

# **LA PRIMERA HUACA**

***LA HISTORIA DEL PUEBLO DE LA GENTE QUE SUEÑA***

*POR*

**J. TYRSON**

*...todo comenzó cuando un mapuche me contó  
que consultaba a su abuela en sus sueños,  
y que todo su pueblo soñaba con sus antepasados,  
hablaba y convivía con ellos en el mundo de los sueños...*

## CAPÍTULO 1

Hace más de sesenta millones de años, cuando el continente sudamericano interrumpió su eterna deriva al chocar contra la placa del Pacífico, la tierra se arrugó, se partió, se levantó y se quejó, anticipando el dolor de la gente que la poblaría. Los Andes habían nacido, y con ellos, una piedra.

Era una piedra especial, no por su forma o su composición, sino por su destino. La piedra tenía unos sesenta centímetros de diámetro, una forma irregular, casi cúbica. Yacía a unos quinientos metros de profundidad sobre una capa de basalto caliente y era la punta que se había fracturado de una enorme placa granítica.

Unos cientos de metros por debajo, la diferencia de presiones ocasionada por los movimientos tectónicos, provocaron que una enorme burbuja del manto terrestre ascendiera, a lo largo de una eternidad, hasta formar de una caldera de magma hirviente.

Millones de años después, las enormes e incontenibles presiones telúricas hicieron eclosión. La tierra tembló, como lo seguiría haciendo año tras año en ese extraño y eterno purgatorio planetario. La caldera generó gases hirvientes hasta que explotó, el magma incandescente rompió capa tras capa en su camino hacia un futuro incierto. La tierra se elevó por la fuerza de la explosión y la lava brotó. Y siguió brotando por mucho tiempo, hasta formar un cono de más de cuatromil metros de altitud.

Unos cientos de metros por debajo, la piedra se acercaba a unos pocos metros de la caldera hirviente. Y a unos pocos años de los hombres.

Hace unos cinco mil años una tosca sandalia de cuero de guanaco se apoyaba en una roca y se impulsaba hacia arriba. La roca vaciló y cayó. Cuelén quedó colgando de la cornisa. Apretó sus dientes y buscó apoyo. Sus sandalias pisaron el manto de vicuña que la cubría y resbalaron una vez más. Cuelén pensó que era su fin. Con un postrer esfuerzo buscó, tanteó, hasta que la punta de su pie se apoyó en una saliente. Cuelén descansó un instante. Sudaba, a pesar del intenso frío que reinaba en los Andes Patagónicos a tres mil metros de altitud. Cuelén volvió a impulsarse y trepó, al fin, a lo que parecía ser la superficie de una enorme meseta. Se quitó el gorro de piel que le cubría la cabeza, se desató el manto y se tiró en la tierra respirando agitadamente.

Cuelén se sentía cansada, muy cansada. Aunque no lo sabía, Cuelén tenía casi cuarenta años. Mucho tiempo de vida para una mujer de esa época. Cuelén había vivido, intensamente. Cuelén amó, y sufrió. Vivió y mató, cuando tuvo que hacerlo. Vio nacer y morir a casi todos sus hijos, a sus padres y a los tres compañeros que compartió con otras mujeres de su tribu. Hoy, lo último que le quedaba era su última hija, Manti, que tenía unos nueve años, su amiga Paricún, que ya era una mujer mayor con cinco hijos, y sus sueños. Como toda su gente, los chonik, Cuelén soñaba y lo hacía cada vez más frecuentemente. Cuelén soñaba el pasado, pero también soñaba el futuro. Cuelén era una machi. Como lo habían sido su madre y su abuela, y la abuela de su madre, y muchas mujeres de su tribu a lo largo del tiempo. Mujeres que aparecían en sus sueños y le hablaban. Y aunque Cuelén no siempre entendía lo que le decían, sabía que algo quedaba prendido en algún lugar de su cabeza. Y eso a floraba al encontrar una planta determinada, al reconocer un suceso, al recibir una consulta.

Pero Cuelén necesitaba más que los sueños ocasionales, por más frecuentes que estos fueran. Cuelén necesitaba poder consultar a sus sueños cuando ella quisiera. Cuelén

preguntó a los espíritus de la naturaleza. Fue a la laguna, buscó al guanaco y a la vizcacha, se arriesgó increíblemente tras el espíritu del puma, pero nadie respondió.

Hasta que la tierra comenzó a temblar. Muchas veces lo había hecho, pero esta vez, Cuelén vio en el temblor una respuesta. Y un llamado. Por eso dejó a su gente en las estribaciones de las montañas y comenzó a subir, y a subir.

Cuelén estaba cansada, muy cansada por el esfuerzo y por la altura cuando llegó a la meseta. Estaba atardeciendo y comenzó a sentir frío otra vez. Se puso el gorro, se ajustó las sandalias y los cubre pierna de guanaco, acomodó su falda de piel de ciervo y su chaleco de fibra vegetal y, una vez más, ató su poncho de vicuña al cuello. Levantó el morral de piel de guanaco que estaba en el suelo, se lo colgó y miró a lo lejos. Allá en el horizonte, a unos pocos kilómetros, se levantaba el cono del Gran Huanca, la montaña que hablaba.

Era la tercera ocasión que Cuelén visitaba el lugar.

La primera había sido con su madre, con quien había aprendido de la gente del norte a interpretar y respetar el lenguaje de las montañas y de los lagos.

Fue cuando Cuelén dejó de ser una niña y sangró por primera vez. Su madre la había llevado y consagrado al Gran Huanca haciendo que la sangre de la niña cayera sobre la tierra. Y ese día el Gran Huanca lanzó una espesa nube de gas incandescente. Su madre, mirando fijamente a la montaña, asintió con la cabeza y comenzó a cantar. Un canto suave, monótono, plañidero. Un canto que, tímidamente, fue acompañado por Cuelén. Cuando la niña aprendió la secuencia del canto su madre calló. Mirando por última vez al Gran Huanca, su madre la tomó de la mano y comenzó a descender. Cuelén tuvo la sensación de que algo importante había sucedido, porque esa noche soñó con el Gran Huanca y el canto de su madre.

La segunda vez que Cuelén visitó al Gran Huanca fue cuando se lo indicó su madre, muchos meses después que murió.

Cuelén había soñado con su muerte días atrás. Por eso no se sorprendió cuando un día, al despertar, la encontró muy quieta, arrollada dentro de su manto debajo del toldo de estera que la protegía durante la noche. Su gente llevaba sus muertos a un cerro cercano y allí los depositaba, enterrados en posición sentada. La sequedad del clima, la altura y el frío, permitían una relativa conservación de los cuerpos, que eran frecuentemente visitados por la tribu. Cuelén no quiso llevar el cuerpo de su madre a ese cerro. Ayudada por Paricún, que a esa altura era una muchacha grande, lo preparó tal como le había enseñado la gente del norte.

Cuelén hizo una serie de incisiones en el cuerpo y lo vació de sus órganos y de sus partes blandas, drenó sus líquidos y, a través de las fosas nasales, extrajo el cerebro ayudándose con una fina costilla de ciervo. Sentó al cuerpo, le cruzó la piernas formando una base y cruzó las manos sobre el pecho. Cuando estuvo en esa posición, lo ató con cuerdas tejidas de junco. Cuelén y Paricún llevaron el cuerpo de la anciana a lo alto de un cerro donde lo depositaron dentro de una cueva cubriéndolo con un manto de vicuña que la madre usara en vida. Cerraron la entrada de la cueva con piedras y se fueron.

Cuelén volvió varios días después a controlar el proceso. Y lo siguió haciendo a lo largo de mucho tiempo.

Su madre había sido una persona importante, sabia y poderosa. Respetada y consultada por toda la tribu. Era, por lo tanto, depositaria del iwallou, el poder. Y ahora, su cadáver se momificaba y era, como lo llamaba la gente del norte, una huaca.

Pero las visitas a la momia no eran solamente para acondicionar el cuerpo. Cuelén iba a hablar con su madre, a acompañarla, a consultarla, a pedirle, cuando era necesario. Sus

designios, al igual que los sueños de Cuelén, era escuchados con gran respeto y consideración por el resto de la tribu.

Un día, en una de sus visitas, su madre le habló y le dijo que comenzaba un tiempo nuevo. Su cuerpo debía ser llevado a las tierras del Gran Huanca y depositado allí. Y Cuelén tendría la respuesta que necesitaba.

Con ayuda de Paricún, Cuelén reforzó la estructura del cuerpo una vez más, lo envolvió en el manto de vicuña y, cargándolo a su espalda, comenzó el ascenso.

Fueron varios días de cansancio extremo, de frío y de hambre, ayudados permanentemente por el consejo y el aliento que les daba en todo momento la huaca de su madre.

Una mañana muy fría, al llegar a un promontorio rocoso en medio de una meseta desierta, Cuelén miró a su alrededor y decidió que era el lugar adecuado. Desde allí se divisaba la montaña en el horizonte.

Cuelén y Paricún abrieron un espacio entre las rocas y asentaron el cuerpo. Lo pintaron y, una vez más, lo cubrieron con el manto de vicuña y lo taparon con piedras para protegerlo del cóndor.

Miró una vez más al Gran Huanca sin poder pensar y descendió acompañada por su amiga. Paricún había observado todo, muy atentamente, y se mantuvo en un discreto y vigilante silencio. Comprendió la importancia de la montaña, aun sin saber sus causas y sus efectos. Y se sintió ligada por siempre a un proceso que sentía pero que no podía definir.

Ahora, años después, Cuelén volvía sola al lugar. Trabajosamente sacó las piedras que protegían el envoltorio. Se detuvo frente al atado de cuero y lo miró fijamente. Después de unos instantes desató los tientos que lo sujetaban, el cuero se deslizó y apareció el cuerpo.

A lo largo de los años, la momia había sido retocada y acondicionada, pieles de ciervo sustituyeron las partes deterioradas donde la piel se había desintegrado, la estructura de huesos fue reforzada con ramas que eran atadas con juncos y tiras de cuero. Y un barro negro, que Cuelén conseguía en un lago cercano, la había ido cubriendo en cada visita. La cara fue pintada con ocre rojo, y cuando el escaso pelo de la anciana cayó, fue sustituido por una larga cabellera de pelo natural que Cuelén había tejido pacientemente de su propio cabello y del de Paricún. La peluca fue ajustada con un casquete de barro en la parte superior de la cabeza.

Con sumo cuidado, con cariño, Cuelén destapó la cabeza. Las cuencas vacías la miraron fijamente. El frío y la altura habían preservado la preparación del cadáver casi perfectamente.

Cuelén se sentó frente a su madre. Permaneció así durante mucho tiempo, hasta que no sintió más su propio cuerpo. Cuelén, sin saber cómo ni cuando, escuchó, una vez más, la voz de su madre. Cuando todo terminó la cubrió nuevamente, y después de darle una última mirada se volvió hacia el Gran Huanca. Cuelén comenzó a caminar hacia la montaña.

Caminó y caminó hasta que se detuvo al pie de una laguna pequeña rodeada de juncos. El Gran Huanca lanzaba humo, vapor y enormes nubes de gases. Eventualmente, un poco de lava aparecía en el borde de su angosto cráter.

Cuelén la miró un largo rato, casi en trance. Su cansancio desapareció y perdió la noción del tiempo y del frío. Comenzó a escuchar un gemido que lentamente se transformó en un canto. Cuelén reconoció aquel extraño canto que le enseñara su madre tanto tiempo atrás. Y era ella quien lo entonaba.

Cuelén se sintió transportada al interior del Gran Huanca. Sintió sus procesos, sus enormes calores, su temblor. La mujer y la montaña fueron una cosa sola.

Entonces, la tierra tembló con violencia y Cuelén, aterrorizada, cayó sobre sus rodillas.

Mil quinientos metros por debajo de la superficie la piedra se movió por el temblor, la capa de roca a su alrededor se quebró y la piedra cayó dentro de la caldera del Gran Huanca. Los movimientos telúricos habían introducido magma hirviente en la caldera que estaba a punto de estallar por el aumento de presión. La pequeña explosión causada por la diferencia de temperaturas entre la piedra y la caldera incandescente fue el detonante para que esto sucediera.

La caldera reventó, por fin, y la lava comenzó un vertiginoso ascenso por la chimenea del volcán. En medio de la loca carrera del chorro de lava, la piedra iba perdiendo capa tras capa de su materia primaria al tiempo que nuevos materiales se fundían con ella. Se transformó una y otra vez, en su composición y en su forma, hasta convertirse en un ovoide de unos treinta centímetros de longitud y unos siete centímetros de espesor. Cuando la piedra estaba incandescente y a punto de desintegrarse, salió al exterior con un estallido. Era una bomba volcánica. La piedra ascendió y ascendió dejando un trazo brillante en el firmamento. Comenzó a enfriarse y, describiendo una enorme parábola, comenzó a caer.

Cuelén miraba aterrorizada cómo el Gran Huanca arrojaba fuego y lava. Estaba segura de que moriría. De pronto, en medio de una enorme explosión de gas y de fuego, vio un objeto incandescente que se elevaba. Cuelén observó cómo subía y cómo parecía achicarse y apagarse. De pronto, el objeto comenzó a iluminarse una vez más, se estaba acercando. Con terror, Cuelén comprendió que el objeto se dirigía hacia ella. Era la furia del Gran Huanca, era su castigo. Cuelén no podía moverse, estaba paralizada ante la fuerza del espíritu de la montaña. Continuó mirando con fascinación al objeto que caía.

Y al final de su enorme vuelo, en la conclusión de su iniciática parábola, la piedra cayó en la orilla de la pequeña laguna, entre los juncos, apenas a unos metros de donde se hallaba Cuelén.

La piedra, todavía caliente, achicharró los juncos, los cuales dejaron grabado en su superficie un caprichoso conjunto de rayas que parecían cruzarse.

Por debajo de la superficie, la caldera rompió sus paredes y enormes masas de tierra se precipitaron a su interior enfriando el proceso. El Gran Huanca se calmaba repentinamente. Cuelén miraba los gases y el vapor que brotaban de la superficie del agua al tiempo que se percataba que la tierra se inmovilizaba súbitamente. Cuelén comprendió. El Gran Huanca había hablado. A unos pocos metros, apenas enterrada en una mezcla de arena, agua y juncos, estaba su respuesta.

Cuelén se acercó, despacio. Cuando el vapor se disipó, comenzó a buscar. Vio la piedra semienterrada. Cuelén la fue a tocar y se quemó. Esperó, paciente y feliz.

Cuando la piedra se enfrió Cuelén la levantó. Era pesada y hermosa. Su superficie redondeada y pulida. Su forma era la de un huevo alargado y algo achatado. No podía ser de otra manera. Los huevos que usaba en sus ceremonias eran los mensajeros del espíritu. Cuando la hizo girar Cuelén vio los extraños dibujos. Seguramente era un mensaje del Gran Huanca. Cuelén se sentó y puso la piedra sobre su falda. La contempló durante horas, tratando de comprender, de penetrar su misterio, mientras la noche cubría por completo la cordillera.

Al amanecer Cuelén seguía inmóvil, casi en trance. Sin ser plenamente consciente de lo que hacía Cuelén sacó del morral su pequeño cuchillo de piedra. Hizo un profundo corte en la palma de su mano y comenzó a brotar sangre. Apretando el puño, Cuelén lo elevó encima

de la piedra y la sangre se derramó sobre la superficie rodando caprichosamente a través de los dibujos. Cuelén comenzó a entonar aquel canto plañidero que aprendiera de su madre.

La sangre cayó y cayó. Corrió a través de los dibujos y la piedra comenzó a brillar. Y Cuelén comenzó a escuchar, dentro de su canto, otro canto más fino y agudo que le hablaba. Era el canto de la piedra que le contaba la vida de su raza, su pasado y su futuro. Después de un tiempo impreciso la piedra calló, y Cuelén también. Estaba abrumada por lo sucedido, por el conocimiento del pasado y del futuro, por la responsabilidad que había contraído. Y por el dolor, por el increíble y profundo dolor al ver el destino de su gente.

Cuelén se fue arrollando sobre sí misma. Permaneció hecha un ovillo, los brazos abrazando sus rodillas y la cara contra la tierra.

Cuando su agonía era ya insoportable, cuando pensó que iba a desaparecer abrumada por la pena, Cuelén se dio cuenta de que el dolor del tajo en su mano ayudaba, en alguna medida, a olvidar por un instante lo que sentía. Y entonces decidió transformar el dolor de su espíritu en dolor de su cuerpo. Era la única forma de soportarlo.

Y allí, sola y cansada, mientras las lágrimas caían por su mejillas, Cuelén apoyó su mano izquierda en la piedra, tomó su cuchillo una vez más y, lentamente pero con decisión, cortó la primera falange del dedo menor de su mano izquierda.

El grito penetró en la tierra, sacudió al Gran Huanca, a las grandes lagunas. Y viajó a través de las montañas y de las pampas montado en el espíritu del tiempo, donde continuó vibrando a lo largo de los siglos, como el símbolo del dolor de un pueblo condenado al sufrimiento.

El pequeño cuatro por cuatro se desplazaba veloz por la Ruta 3 hacia el norte. Era un automóvil de unos cinco años, color oscuro con muchos cromados. Micaela San Román conducía con calma y seguridad. Apagó la radio y miró el paisaje a su alrededor. Hacía más de cuatro horas que había dejado los accesos a Montevideo y estaba llegando a Young. El paisaje del Uruguay, al norte del Río Negro, comenzaba a mostrar las grandes llanuras, los espesos montes a orillas de ríos y arroyos y los cerros que iban achatando su cima. El horizonte parecía estirarse y el aire era, de alguna manera, diferente.

Micaela respiró hondo, se acercaba a los lugares que amaba, los campos y bosques de su niñez, los arroyos y los esteros. Los pagos donde creció, donde tuvo momentos de felicidad, y donde mordió hasta el cansancio aquella extraña soledad que la acompañó toda su vida y que nunca pudo comprender.

Micaela se había marchado de allí hacía más de diez años. Vivía sola y cómoda en el pequeño departamento que alquilaba en Montevideo. No tenía gastos importantes y la renta del campo de su familia le daba perfectamente para vivir. A los treinta años era una mujer de una extraña y exótica belleza. Su cuerpo hermoso, fuerte y bien proporcionado, el color oliváceo de su piel y sus ojos profundamente oscuros, grandes y algo rasgados, le daban un aspecto que algunos de sus conocidos definían como “deliciosamente étnico”. El cabello largo, negro y lacio, era abruptamente interrumpido por un gran mechón rubio sobre la frente que Micaela peinaba con raya al medio. La boca grande, de labios algo gruesos, y la nariz un tanto ancha en la base completaban aquella extraña dispersión de genes. Micaela se sabía atractiva, y no dudaba en utilizar esa virtud cuando así le parecía conveniente. Con una sonrisa recordó el tartamudeo casi incoherente del abogado familiar cuando, al avisarle que debía ir a su pueblo, no podía apartar los ojos de sus muslos bastante descubiertos por la corta falda que usaba.

Y allí estaba, con sus recuerdos y con aquel sol pesado del mediodía, en medio de una ruta desierta. Micaela gustaba de viajar a esa hora, la más tranquila, la más cómoda para manejar, a pesar de soportar el agobiante sol de aquel verano de fines de los 90.

El automóvil llegó a Young, una ciudad que se extendía a expensas de la agricultura y que mantenía una discreta y elegante vida social. Micaela había frecuentado Young en su juventud y había hecho amistades y algún noviazgo, tan juvenil como fugaz. Sonrió al pensar en ello.

Al llegar a la intersección Micaela dobló a la derecha y miró el cartel que le indicaba la dirección hacia Guichón. Su expresión se endureció un poco. Era el pueblo de su familia. Pero todavía faltaban unos cuantos kilómetros para verlos.

Antes de tomar la ruta de salida, Micaela dobló a la derecha y estacionó el auto frente a una bonita casa con jardín y techo de tejas. Era la casa de Estela, su amiga de la juventud con quien compartiera confidencias y aventuras. Estela le había pedido que se detuviera antes de seguir su viaje.

Micaela descendió, cruzó el jardín y tocó timbre. Esperó. La ventana del balcón del piso de arriba se abrió y una mujer se asomó. Saludó con la mano y volvió a cerrar rápidamente. Era su amiga. Micaela se sintió bien. La puerta del frente se abrió y Estela la abrazó. Era una mujer de su edad; su expresión alerta y su sencillo vestir reflejaban la agitada y casi desesperante vida de madre con hijos pequeños. Una vida evidentemente en contraste con la que se adivinaba observando el impecable traje sastre oscuro de Micaela, sus altos tacones y la falda estrecha y corta.

-¡Mica, Mica, hace años...!

-¡Estela...!- respondió Micaela sin poder ocultar su alegría.



Los tirones imperiosos y los gritos confusos de dos mellizos de unos tres años las interrumpieron.

-¡Qué grandes que están, yo los vi de bebés!, ¿y tu esposo?

-Está para el campo- respondió Estela pasando su brazo por los hombros de su amiga al tiempo que la acompañaba al interior de la casa.

Entraron al living, amplio, espacioso, con pocos muebles pero de buena calidad.

Cuando se sentaron Estela le dijo:

-Lamento lo de tu padre, Micaela. Me enteré que estabas en Miami cuando falleció.

-Sí, y todos pensaron que no quise ir ni al velorio ni al entierro.

Micaela se encogió de hombros, miró al piso y entrelazó las manos.

-Vos sabés como es mi familia...

-Tu padre quedó mal después de la muerte de tu madre...

-No, lo de papá es de antes. Me contaron que cuando nació hubo una discusión fuerte. Y después todo fue diferente. Mamá murió al poco tiempo y papá se metió en los libros. Y mis hermanos casi no me hablan, en realidad nunca me hicieron mucho caso. Martha parece odiarme y el otro dos me ignora o me desprecia, no lo sé.

Estela se restregaba las manos, nerviosa por la conversación. No era nada que ella no supiera, pero no le gustaba poner en evidencia la áspera y misteriosa relación familiar de su amiga. Estela cambió de tema.

-¿Qué tal fueron tus estudios?

Micaela se encogió de hombros.

-Bien, aunque nada muy excitante. Creo que estudié psicología más por curiosidad que por vocación.

-Y por llevar la contra a tu familia...

Micaela rió suavemente.

- No es tan así, me interesaba también lo inconsciente, lo ritual, lo no codificado. Pero eso ya fue, ahora estoy bien con el trabajo en la importadora, nada entusiasmante pero gano bien. Como para no pedirle nada a nadie- recalcó con cierta dureza.

Estela la miró un instante en silencio.

-Y...¿ tu salud?- preguntó con temor.

Micaela se encogió de hombros.

-Bien..., nunca más tuve nada en cuatro años. Espero que no pase nada ahora que vuelvo, ... ¡y si pasa que se aguanten!

Micaela la miró un instante y asintió en silencio.

-Mica siempre en el límite del conflicto- dijo como quien se resigna - ¡Tiemble Guichón, Micaela San Román está de vuelta!- bromeó.

-¡No es para tanto!- rieron juntas.

Después de unos instantes Micaela preguntó:

-¿Para qué me dijiste que pasara?

Estela iba a responder cuando sonó el timbre.

-Allí viene el motivo- dijo, y se dirigió a la puerta.

Estela volvió acompañada de un hombre de un poco más de cincuenta años, elegantemente vestido con un pantalón marrón y saco de gabardina al tono. La barba y bigote cortos, entrecanos, la camisa y corbata impecables y el portafolios en su mano, le daban un sutil toque inglés, un tanto acotado por su tez oscura y sus ojos color avellana. Usaba el cabello un poco largo, y sobre las sienes caían unas cuantas hebras plateadas. El hombre se acercó y le tendió la mano. Una mano grande y suave, como todo él.

-Micaela San Román, supongo.

Micaela le dio la mano y lo miró con algo de curiosidad. “Un viejo concheto”, pensó.

-¿Y usted quién es, Mister Stanley?

Estela miró para el piso y comenzó a sacudirse entre risas contenidas. El hombre tragó saliva.

-Soy Gonzalo Ponce, es un gusto, señorita- respondió nervioso.

-¿Me puede soltar la mano, por favor?- Micaela se estaba divirtiendo.

Gonzalo se dio cuenta que estaba estrujando la mano de la muchacha y la soltó rápidamente. Micaela comenzó a recuperar su mano frotándola con suavidad. Él mantuvo una tensa y discreta compostura.

Estela intervino para aliviar la situación.

-Es la persona que nombró tu padre para algo relativo al testamento, Mica. Y va para allá, por eso te pedí que pasaras, para que lo lleves a Guichón.

Micaela asintió en silencio al tiempo que miraba a Gonzalo de arriba abajo. Él resistió estoicamente el análisis.

-Sí, no hay problema- y dirigiéndose a su amiga- pero antes me gustaría cambiarme de ropa, Estela.

Mientras el auto devoraba kilómetro tras kilómetro en dirección a Guichón, Gonzalo Ponce miraba de reojo a Micaela que parecía muy concentrada en la carretera.

-¿Qué pasa, no le gustó el cambio?

Gonzalo suspiró, todavía pensaba en la apariencia de la muchacha cuando la vio aparecer en la puerta del living de la casa de Estela. Micaela se había puesto una camisa a cuadros encima de una remera floja, pantalones bombacha de campaña y un par de botas de cuero muy gastadas. Cubría su cabeza con una boina de vasco azul.

-Un tanto..., local, con una pizca de agresividad, podría definirlo- contestó Gonzalo modulando perfectamente las palabras.

-¿Por qué lo de la pizca de agresividad?

-Porque usted marca un cambio drástico y ostentoso, como para impresionar, o para mostrar su aspecto áspero.

Micaela se puso los lentes negros y no respondió. Sacó un paquete de cigarrillos americanos y lo convidó.

-No, gracias.

-Fuma en pipa.

-Sí..., ¿por?

-Porque va acorde con el look que pretendo mostrar.

Durante casi un minuto lo único que se escuchó fue el motor del auto. Ambos sonreían, muy levemente. Y se miraban apenas de reojo.

-Yo no pretendo ningún look, joven. Fumo en pipa desde hace mucho tiempo, y visto a mi gusto.

Pensó unos instantes y continuó:

-Y también fumé cigarrillos y tomé cosas que usted no podría ni imaginarse.

Micaela lo miró con curiosidad y preguntó con sorpresa en medio de un disimulado tono burlón:

-¿Cuándo fue eso?

-Cuando usted apenas gateaba.

-¿Me vio hacerlo?

-¿Qué cosa?- preguntó el hombre desconcertado.

-Gatear..., me han dicho que es un espectáculo fascinante.

Gonzalo apretó las mandíbulas y respiró fuerte por la nariz. Su vista se mantuvo fija en la carretera.

Micaela sonrió abiertamente.

-Y yo me visto así porque en campaña se usa esta ropa.

-Pero ahora no vamos a la campaña...

-No, pero me encanta molestar a mi familia.

Gonzalo sonrió.

-Me habían hablado de esas cosas tuyas- dijo el hombre.

-En cambio yo nunca supe que usted existía.

Él no respondió. Micaela esperó un instante antes de preguntar.

-¿Por qué lo designó mi padre?

El hombre se enderezó un tanto y apretó su portafolio.

-Conocí muy bien a su padre- hizo una pausa muy corta y agregó- y a toda su familia.

Ella le echó una rápida mirada.

¿Conoce a mis hermanos?

-Sí..., sí, señorita, los conozco.

Ella captó algo en su tono de voz y en su expresión.

-Decime Micaela, o Mica, como me dicen todos. Y vamos a tutearnos, nadie me trata de usted.

-Parece que no tengo opción...

-No.

Gonzalo sonrió y sacando una pipa muy elegante de su bolsillo la puso en la boca.

Micaela sonrió y aceleró.

-¿Cómo piensas que va a ser el asunto del testamento?- preguntó Gonzalo después de un rato.

-No tengo ninguna expectativa, nunca me llevé bien con mi familia.

Gonzalo no respondió, ella continuó.

-Es más, tampoco me interesa nada. Que se lo guarden- dijo con dureza.

Él la miró fugazmente, un brillo de lágrimas incipientes desmentían el desinterés de la muchacha.

Micaela aspiró fuerte por la nariz y agregó.

-Sólo hay una cosa..., un campo que me gustaría... Nada, no me hagas caso, vos no sabés...

Gonzalo se limitó a levantar las cejas.

Guichón es una pequeña ciudad en el centro del departamento de Paysandú. Rodeada de campos ganaderos, Guichón ve circular poco dinero y poca mano de obra. Año a año descende su número de habitantes y los escasos dos mil que quedan, viven tratando de reabrir un cine que cerró y adecuando el entorno de unas hermosas termas de agua salada que fueron descubiertas por accidente cuando, según dicen algunos, se buscaba petróleo en un campo cercano a la ciudad. Una calle central con club y una terminal de ómnibus, una plaza descuidada y poca cosa más. En total, unas diez o doce cuadras de largo unas siete de ancho, y después comienza la zona rural.

Al final de la calle principal, en una confortable casa de dos pisos, de unos cuarenta años de construcción, estaba reunida la familia San Román. Era la casa donde vivían Martha y su

esposo Gabriel. Ricardo, el hermano menor de Martha, vivía en su casa en el campo y mantenía su familia en Paysandú.

Martha, una mujer alta y delgada, de unos cuarenta y siete años, estaba parada al lado del ventanal del living, cruzada de brazos mirando hacia la calle. Ricardo, dos años menor, se mantenía sentado, fumando cigarrillo tras cigarrillo, mientras parecía falsamente abstraído en unos papeles que revisaba mientras lanzaba rápidas, fugaces y tensas miradas a todos los presentes.

Cualquiera que hubiera entrado en ese momento a la habitación hubiera identificado inmediatamente el parentesco entre los hermanos: ambos eran altos, secos, delgados y profundamente rubios. Y ambos tenían aquella expresión de dureza y tensión en el rostro.

El doctor Pereda, abogado familiar, parecía de piedra en la cabecera de la amplia mesa al tiempo que mantenía sobre su rodillas un portafolios oscuro, el cual apretaba fuertemente con las manos.

El sonido de un automóvil que se detenía en la puerta hizo que todos se enderezaran.

-¿Es ella?- preguntó Ricardo con ansiedad.

-No, es Gabriel- dijo Martha.

Gabriel, un hombre canoso, con aspecto calmo y sereno, entró con una sonrisa que se borró al percibir la tensión del ambiente. Se sentó en un rincón y preguntó:

-¿Todavía no llegó?

Nadie le respondió. Martha le lanzó una mirada de suave desprecio. Gabriel no era muy respetado por los San Román, tal vez porque estaba haciendo mucho dinero con el almacén de ramos generales de su propiedad. Pero no era “de campo”, como solían mencionar ocasionalmente los hermanos. Martha se mantenía en un discreto y complaciente silencio cuando su hermano deslizaban esos comentarios. La complicidad era evidente, pero también le resultaba sumamente cómodo vivir con lo que ganaba su marido. Ahora, con la lectura del testamento, seguramente todo cambiaría y tendría su propio establecimiento.

Su padre, Carlos San Román había sido un hombre de fortuna. Varios campos y establecimientos en los alrededores y un par de propiedades en Montevideo y Paysandú, constituían un sólido legado que la familia esperaba con ansiedad. Individuo jovial, valiente y emprendedor en su juventud, Carlos se había casado muy joven con Carmen, otra rica heredera de la zona, y se fueron a vivir juntos en una hermosa casa en Guichón. Vida de pueblo frecuentemente interrumpida por las instancias sociales de Paysandú y Montevideo por los viajes que gustaban hacer y por alguna visita a sus estancias. Era una pareja modelo, hermosos y felices. Hasta aquel año en que todo se derrumbó. Los parientes se transformaron repentinamente en fantasmas innombrables, la tristeza se adueñó del pensamiento y el silencio corría por patios, cuartos y jardines hasta transformarse en el alma de la casa. Los hijos dejaron de preguntar, comenzaron a retraerse, a apartarse, asustados del drama que consumía a la pareja y los hombros de Carlos comenzaron a doblarse. Carmen casi desapareció. No quiso ir a visitar los campos, casi no salía de su casa de Guichón, excepto algún paseo solitario al palmar cercano, al caer el sol.

Micaela nació unos meses después; repentinamente, se podría decir, sorprendiendo a todos. Carmen murió al poco tiempo.

La niña creció casi sola, acompañada nada más por una empleada, eficiente y responsable, pero que no le daba otra cosa que cuidados y alimento. Micaela siempre tuvo buen vestir, una excelente educación, dinero, tuvo todo, menos cariño familiar.

Su padre no la quiso mandar a la escuela, contrató a un maestro que venía a la casa y Micaela cursó los años de primaria en el living de su casa paterna. La niña mataba aquella

espantosa soledad con los animales. Micaela amaba y cuidaba a cuanto bicho se le acercara, preferentemente los caballos, con los que parecía tener un diálogo secreto.

Fue en la adolescencia cuando Micaela comenzó a comunicarse más con los seres humanos. Fue cuando hizo algunos amigos, cuando conoció el sexo asqueante y violento, y cuando, después de aquello, lo hizo en una forma rápida y clandestina, que la dejaba con rabia y ansiedad. Y fue cuando comenzó a tomar conciencia de que todos, incluso los que la querían, le temían.

Micaela se ganó aquella fama de bicho raro cuando apareció en el liceo de Paysandú con su mascota de turno: una pequeña yarará. Se produjo la consiguiente estampida estudiantil y vino la policía. La yara fue ultimada por un bedel del liceo que, solícitamente, y buscando hacer méritos con el director, aplastó la cabeza del animal con un oportuno sillazo. No fue tan oportuno el golpe que recibió el pobre hombre cuando Micaela, que en ese entonces tenía catorce años, le estrelló un taburete en la espalda.

Y poco después comenzó con los trances.

Un día en el liceo, después que sonó el timbre, Micaela permaneció sentada con la vista desenfocada mirando al frente. Fueron inútiles los esfuerzos de profesores, empleados y compañeros por hacerla reaccionar. Llamaron a su padre y después a un médico que no encontró nada anormal en Micaela, excepto que no respondía a ningún tipo de estímulo. Después de dos horas la chica pestañeó y con toda naturalidad se levantó, saludó y se fue. Nunca habló del tiempo permanecido en ese estado, así como tampoco lo hizo en las otras oportunidades en que sufrió lo mismo. “Un estado de histeria pasajero”, diagnosticó un psiquiatra. Le recetaron una medicación, que Micaela arrojaba por el inodoro, y todo siguió su curso. A nadie iba a asombrar que una muchacha tan rara como Micaela tuviera ese tipo de ataques. Y además, no molestaba, era cosa de una vez cada seis u ocho meses.

Pero a partir de entonces Micaela fue tratada en forma diferente, nadie intimaba mucho con la chica, ningún varón la sacaba a bailar en las fiestas, nadie la invitaba a su casa.

Y así creció, en soledad, hasta que fue mayor y comenzó a frecuentar Paysandú y Young. Allí conoció a Estela y unos cuantos muchachos. Finalmente se fue a Montevideo, estudió psicología –secretamente quería saber qué le pasaba y qué eran los trances- y se empleó. Tuvo varias relaciones, pero siempre se mantuvo en aquella incomprensible fortaleza de soledad que algo, o alguien, había erigido quién sabe cuándo.

Martha se enderezó un tanto. Su hermano la miró, tenso, todos habían escuchado el automóvil que se detenía.

Martha se volvió y los miró.

-Es ella- casi murmuró –y vestida como un peón.

Cuando Micaela entró todos estaban muy quietos.

Micaela se detuvo, paseó la mirada por los presentes y dijo muy lentamente:

-Hola, family.

Algunos murmullos fueron la incómoda respuesta. Gonzalo levantó las cejas especulativamente y saludó a cada uno.

-Cómo le va, Gonzalo- dijo Martha dando la mano sin ganas y evitando mirar al hombre. Ricardo le dio la mano de la misma forma y no hablaron. Micaela miró un tanto extrañada la situación.

Tomaron asiento en medio de un incómodo silencio. Las miradas se dirigieron hacia el abogado.

-Vamos a proceder...- comenzó tímidamente. Micaela se puso los lentes negros, cruzó las manos sobre la mesa y quedó muy quieta.

El abogado, muy nervioso, abrió su portafolios y comenzó a sacar documentos. Aclaró la garganta con un carraspeo. Ricardo encendió un cigarrillo. Micaela sacó un trozo de naco del bolsillo de su camisa y, con una pequeña cortaplumas, comenzó a picar el tabaco con prolijidad y lentitud.

El abogado leía todos los prolegómenos mientras los hermanos miraban de reojo a Micaela. La muchacha finalizó su tarea, sacó del mismo bolsillo un manojo de chalas, eligió una después de una exhaustiva inspección y comenzó a armar el cigarro. Pasó la lengua con lentitud por el borde de la hoja y lo encendió. Al rato el olor era casi insoportable. El abogado, en medio de un ataque de tos, se interrumpió.

-Micaela, por favor, ¿podés apagar eso?- preguntó Martha.

-Que él apague el suyo- respondió Mica señalando a Ricardo que continuaba fumando sin parar. Todos lo miraron implorantes. Con un gesto de rabia Ricardo apagó el cigarrillo. Gonzalo Ponce curvó la comisura de su boca en una mal disimulada sonrisa.

El abogado prosiguió la lectura.

Todos los bienes quedaban para los dos hermanos. Martha miró a Micaela con expresión de triunfo. Mica no se alteró, permanecía estática. Incluso para el capataz principal, Benito, su padre había legado un hermoso tambo en producción.

-Y se hizo justicia- dijo Ricardo con cierta sorna.

Micaela se enderezó y se aprestó a responder.

Gonzalo le puso su mano fuerte sobre el antebrazo y se dirigió a Ricardo.

-Joven- Ricardo en absoluto podía ser considerado un joven, ni aun para Gonzalo -le ruego que se calle hasta que todo termine. Y cuando así sea, permanezca callado.

Ricardo abrió la boca, lo miró y dudó un instante. Gonzalo sostuvo su mirada. Ricardo cerró la boca. Gonzalo soltó el brazo de Micaela.

El abogado tragó saliva, nervioso, y siguió leyendo.

Al final, dos cláusulas. Un departamento para Micaela en Montevideo, y el predio de El Estero, lindero al tambo de Benito, sobre el cual el doctor Ponce decidiría su destino en el correr del próximo año.

Micaela, por primera vez, tuvo un gesto de frustración. Los hermanos se miraron algo alarmados, o sorprendidos.

-El Estero..., dicen que...- apenas musitó Martha. Ricardo la miró y la mujer se interrumpió. Micaela frunció el ceño.

-¿Qué pasa?- preguntó.

-Nada, nada- respondió Martha. Micaela quedó mirándola, extrañada. Giró la vista hacia Gonzalo Ponce que se mantenía sin expresión.

El Estero era un campo de unas mil cuadras, metido en medio de la nada, bastante después que terminara la ruta cuatro, la permanentemente inconclusa. Era un campo grande, lleno de enormes montes nativos, algunos cerros, arroyos tributarios del Queguay, y enormes esteros que le daban el nombre al predio. Era un lugar hermoso donde la naturaleza se expandía a placer, pero su configuración lo hacía poco apto para la cría de animales. Unas cuantas ovejas, gallinas y una hermosa tropilla de un centenar de caballos eran toda la población animal. Una casa sencilla, tres alojamientos linderos y varios potreros eran toda la infraestructura del lugar. Desde niña, Micaela iba al Estero en el camión de recolección de la leche, y pagaba su pasaje ayudando al conductor a subir y bajar los tachos vacíos o llenos, según correspondiera al dueño del campo. El último lugar, donde el camino era

apenas una huella, era el tambo que había quedado para Benito. Un poco antes, salía una huella a la izquierda, y desde allí, Micaela caminaba unos cuantos kilómetros hasta dar con la portera que marcaba el acceso al Estero. Un enorme cerro dominaba el paisaje. Al bordearlo, comenzaba a verse el espeso monte nativo que denunciaba la presencia de un arroyo. Donde el monte parecía terminar, un brillo plateado indicaba la lengua de uno de los esteros y, en la loma cercana en medio de un monte de eucaliptos, estaba el casco, compuesto por una casa principal, -que Micaela había acondicionado una y otra vez-, las dependencias de peones y un par de galpones.

El Estero no le interesaba en absoluto a ninguno de los hermanos mayores. Siempre pensaron que iba a ser para Benito, que tenía unas ovejas y algún caballo en ese campo.

Pero Micaela había ido a ese paraje desde pequeña, era su paraíso privado, incluso gustaba pasar varios días en absoluta soledad descubriendo una y otra vez lugares diferentes, pequeños rincones de misterio y de belleza. Cuevas al pie de los cerros, arenales a orillas del río, islas de ombúes. El Estero parecía un capricho de la creación, que renovaba y retocaba constantemente su obra. Tal vez nunca conforme, tal vez en busca de la perfección.

Fue allí, durante aquellas maravillosas soledades, donde Micaela descubrió, casi sin saberlo, el ritmo oculto por el que la vida se renueva. Y Mica estuvo siempre presente en el nacimiento y muerte de cada pedazo de vida del lugar. Vio caer a los grandes sarandíes durante la inundación, acompañó el nacimiento de varios de los caballos del campo, y conocía a cada uno de ellos, vio las primeras carreras de los cachorros del jabalí y escuchó en la noche los desgarrados aullidos de enormes y desconocidos gatos mientras se apareaban. Fue donde vio morir a su perro, y fue allí, cerca del estero, donde lo enterró ella misma mientras lloraba en silencio y sin poder compartir su dolor.

El Estero era su lugar, su refugio, una parte de su vida, y ahora...

Micaela miró a Gonzalo y preguntó:

-¿Qué vas a hacer con eso?

-Tengo instrucciones precisas- fue la lacónica respuesta.

La reunión terminó en medio de sentimientos encontrados. La satisfacción de los hermanos mayores, la tirantez con Micaela, la curiosidad por el enigmático destino del Estero, eran los impulsores de las diferentes tensiones del ambiente.

Micaela saludó vagamente y se dirigió a la salida. Gonzalo la alcanzó ya en la vereda.

-Gracias- dijo Micaela -pero mirá que se cuidarme y poner en su lugar a ese imbécil.

-No me cabe duda- respondió Gonzalo -¿Para dónde vas?

-No lo sé, me vuelvo, tengo un par de semanas de licencia. No tengo ganas de nada, quiero que esto termine de una buena vez.

Micaela pensó un instante mientras conducía mecánicamente por la calle principal hacia la salida.

- Tal vez me vaya de viaje- dijo después de un rato - ¿Te llevo para algún lado?

-Sí- fue la respuesta de Gonzalo que parecía estar pensando en otra cosa.

Cuando el automóvil llegó a la salida del pueblo la tarde comenzaba a vacilar. El sol se estaba ocultando detrás de un manojo de nubes oscuras, espesas. Una ráfaga de viento cálido hizo rodar las pelotas de arbustos secos que se desplazan tristemente por los lugares quietos y por los instantes sin esperanza.

-Viene tormenta- dijo Micaela.

-Vamos para El Estero- dijo repentinamente Gonzalo.

-¿Por qué, a qué vamos a ir?

-Yo tengo que ir, y hay cosas que...- Gonzalo vaciló - es necesario ir- dijo finalmente como una sentencia.

- Por favor- agregó.

Micaela lo miró un instante con curiosidad y, finalmente, se encogió de hombros.

-Vamos..., después de todo, quién sabe si alguna vez puedo volver. Y aprovecho para llevarme algunas cosas.

Micaela suspiró y el cuatro por cuatro enfiló rápidamente por la doble vía hacia abajo. Gonzalo Ponce apretó las mandíbulas, apenas por un instante.

El automóvil apenas tuvo una pequeña vibración cuando abandonó la huella y Micaela puso la doble tracción.

-Son unos diez kilómetros, el terreno está bien. En cuarenta minutos llegamos.

Ya era casi de noche cuando cruzaron la portera. El cielo, oscuro, era atravesado por las finas franjas sangrientas de un crepúsculo reprimido por la tormenta. En el interior de las nubes los fogonazos se sucedían y algún rayo, amarillo, corto y silencioso, se descargaba en el horizonte.

Cuando el automóvil bordeó el cerro cayeron las primeras gotas, gruesas, sin ritmo.

Llegaron a la casa en plena oscuridad. El auto se aproximaba lo más posible a la entrada cuando los faros iluminaron una figura humana, erguida e inmóvil bajo la lluvia. Micaela clavó los frenos.

-¿Qué es eso?- preguntó alarmada.

La figura se aproximó al auto. Era un hombre, de estatura mediana, la cabeza cubierta por un sombrero pequeño, de ala angosta y caída. Se cubría con un poncho oscuro, usaba bombacha de campaña y estaba descalzo. Un perrazo negro, enorme, estaba parado a su lado.

-Quedate tranquila, es un amigo- dijo Gonzalo. Micaela lo miró con asombro.

Bajaron del vehículo y corrieron a guarecerse bajo el ala del porche.

El hombre del poncho se movió en silencio, como un gato, y les abrió la puerta de entrada. El perro siguió sus movimientos con la mirada, sin moverse, quieto bajo la lluvia que arreciaba.

Un relámpago iluminó todo. Micaela pudo ver el rostro del hombre: era un rostro oscuro, cruzado por infinitas arrugas. Un bigotillo gris y un esbozo de barbilla, muy malos, daban un toque de tiempo a un rostro sin expresión. En el fondo de las cuencas, dos ojillos negros y vivaces miraron a Micaela fijamente, sin pestañear. Todos sus rasgos, su actitud alerta, sus movimientos felinos, denunciaban al indio, al hijo de la tierra.

El hombre miró a la mujer muy fijo. Micaela sintió que le leía el alma.

-Gracias, Sepé. Andá a dormir- dijo Gonzalo. El hombre y el perro desaparecieron en la oscuridad. El siguiente relámpago mostró un vacío donde habían estado sus siluetas.

Entraron a un estar amplio, solamente iluminado por la luz de una estufa a leña que crepitaba alegremente. La estancia tenía muebles viejos pero sanos y cómodos. Una mesa de comedor con seis sillas sencillas, un aparador con la vajilla, un sofá y dos cómodos bergeres frente a la estufa a leña. A un lado, una puerta daba a un corredor que conducía a la cocina y a los dos dormitorios con un baño en el medio. Era una casa sencilla y comfortable.

Gonzalo desapareció por el pasillo y volvió al poco rato vestido con una camisa de tartan, bombacha de campaña y botas de media caña. Micaela lo miró con cierto asombro.



Gonzalo le sonrió y con toda seguridad se dirigió a un oscuro rincón volviendo con un farol con mantilla a querosén.

El hombre comenzó la tarea de encender el farol mientras Micaela lo miraba con expresión atenta. Era evidente que Gonzalo Ponce había estado poco tiempo atrás en la casa y conocía perfectamente todo. Y también era evidente que aquel extraño individuo lo estaba esperando.

La mantilla del farol comenzó a ponerse blanca incandescente a medida que Gonzalo bombeaba el tanque del farol y el gas de querosén se quemaba. Cuando la luz fue intensa la habitación se iluminó casi completamente. Gonzalo abrió el aparador, sacó dos vasitos pequeños y una botella de caña quemada. Sirvió y se sentó con un suspiro de alivio mientras miraba el fuego.

Micaela continuaba de pie. Gonzalo, sorprendido, se volvió hacia ella.

-Sentate, ponete cómoda.

Micaela se sentó, lentamente. Tomó el vasito de caña y lo hizo girar muy despacio entre la palma de las manos.

-Explicame todo esto- dijo con calma.

Gonzalo tomó un pequeño sorbo y, sin dejar de mirar el fuego le contestó.

-He estado viniendo aquí, como es evidente. Sepé es un amigo, y es para tenerle confianza ciega. - Miró a Micaela y sonrió -Es un espectáculo inquietante encontrarlo en la oscuridad y en medio de una tormenta, ¿verdad?

Gonzalo tomó un sorbo y se acomodó. Micaela lo acompañó y se deleitó con el calor que inundó su cuerpo. Gonzalo siguió hablando.

-Yo venía a este lugar en tiempos de mi juventud, antes de que Carlos y Carmen, se casaran. Veníamos con mi amigo, el hermano de Carlos, nos gustaba cazar, dormir en el monte, conocíamos todo...

Gonzalo se interrumpió y quedó serio, pensativo. Terminó el vasito de caña y se sirvió más.

-Sepé sabía que yo venía y me esperó con el fuego encendido para sacar la humedad del ambiente- había cambiado de tema casi abruptamente.

Micaela lo miró y no dijo nada, se puso de pie y se acercó a la ventana con el vaso en la mano. Entre relámpagos, miró el campo empapado y los árboles que se agitaban por la furia del viento. La tormenta parecía estar en su peor momento.

-¿Qué venías a hacer al campo en este último tiempo, Gonzalo?

Gonzalo suspiró.

-Es parte de lo que tenemos que hablar...

Una serie de relámpagos iluminaron el predio y un trueno reventó. Micaela quedó rígida. Una silueta a caballo estaba a unos pocos metros de la casa.

-¡Hay alguien allí...!- dijo con sorpresa y alarma.

Gonzalo la miró un instante sin levantarse de su asiento.

-Debe ser Sepé- le dijo.

-No es Sepé. Es un hombre a caballo.

Gonzalo no respondió. En el siguiente relámpago Micaela no vio nada. La muchacha fue hacia la puerta, la abrió y salió al porche. Miró una vez más y no vio nada. Cuando se volvía para entrar vio en un extremo del porche, a unos diez metros, la figura de un hombre, muy quieto bajo la lluvia mientras las ráfagas de viento hacían volar el poncho, casi en harapos, que lo cubría. Un relámpago permitió divisar sus facciones, era un individuo de unos sesenta años, alto, delgado, con el cabello largo, casi blanco, pegado a la cara por la

lluvia. Su cara estaba surcada por una gran cicatriz que se perdía entre la barba espesa. La mirada era dura, casi feroz, y estaba clavada en Micaela.

-¡Gonzalo!- gritó la chica.

Gonzalo se aproximó con una extraña lentitud, salió al porche y miró hacia donde estaba el extraño individuo. Por un instante muy breve las tres personas quedaron inmóviles, hasta que un relincho agónico que venía del monte rompió aquel tenso y precario equilibrio emocional donde la duda, el temor, la sorpresa y un algo que venía de antes, se atropellaban en el alma de las personas.

El hombre caminó lentamente hacia donde tenía el caballo, montó de un salto y se fue, lento, en silencio, con el mentón pegado al pecho. El relincho se volvió a escuchar. Sepé apareció sin que nadie viera de dónde.

-Hay una yegua pariendo, es de la tropilla de Benito. - su voz era grave y áspera, con un acento cortante y gutural que apenas se entendía- El bicho se muere...

Micaela todavía no salía de su asombro cuando asimiló lo que decía Sepé.

-Vamos, Gonzalo- y, sin esperar respuesta, corrió hacia su camioneta. Gonzalo la siguió. Sepé empezó a trotar delante del auto mientras los faros lo iluminaban. Corría semiagachado, los pies ocultos por la falda del poncho, con un trote rítmico, seguro. El hombre parecía flotar extrañamente sobre el terreno a medida que los faros del auto lo iluminaban intermitentemente, saltando con las irregularidades del camino.

Al pie del monte estaba la yegua, tirada en el pasto. El vapor de la transpiración se elevaba de su cuerpo empapado por la lluvia fría. Las patas rígidas, el vientre enorme, dilatado. Los ojos del animal estaban desencajados mientras un poco de espuma brotaba de su boca. Cuando llegaron a su lado el animal hizo un esfuerzo por levantarse y cayó, agotado, con un bramido de dolor y desesperación.

Gonzalo iluminó la escena con una potente linterna de monte mientras Micaela levantaba la pata trasera del animal. Su vagina estaba hinchada, pero la dilatación era escasa.

-¡Las patas, Sepé!- pidió Micaela.

Sepé sacó un lazo potreador de entre sus ropas, maneó las patas delanteras y las afirmó a un tronco cercano. Con el resto del mismo lazo aseguró las patas traseras del animal que comenzó a retorcerse con desesperación.

Micaela tomó el hocico de la yegua entre sus manos y acercó la cara. Comenzó a hablarle, muy bajito, casi musitando. Parecía más un canto monótono que una conversación. El animal se fue aquietando, despacio, hasta que su cabeza descansó en el regazo de Micaela.

Gonzalo la miraba asombrado, levantó la vista y miró a Sepé. El viejo lo miró sin expresión, pero se entendieron.

Micaela dejó reposar la cabeza del animal en el suelo y con mucha delicadeza comenzó a meter una mano en la vagina de la yegua. La mano entró más, Micaela hurgó, buscó, hasta que sus dientes se apretaron y comenzó a tirar. Un pequeño casco asomó por la abertura que comenzó a sangrar un poco. Micaela introdujo la mano una vez más y prosiguió su operación. Al rato, tiró nuevamente y sacó el otro casco. Las patas traseras del potrillo se asomaban muy juntas. La yegua hizo un intento por levantarse y Micaela la tranquilizó con aquel murmullo monótono y suave. Miró a Gonzalo con expresión desencajada.

-Acercá el auto y ponelo de cola para acá. Dame una cuerda que hay en la parte de atrás. Gonzalo asintió con la cabeza y obedeció. Micaela ató las patas del potrillo y el otro extremo a la parte de atrás del auto. Se irguió y miró a Gonzalo.

-Tirá, Gonzalo, lo más suave que puedas- se dirigió al viejo -Sepé, ayudá la salida del potrillo. Yo le agunto la cabeza y la mantengo quieta.

Micaela se arrodilló de nuevo con la cabeza de la yegua en su regazo. Comenzó a acariciarla y a musitar. Hizo una seña a Gonzalo con la mano. El auto aceleró suavemente, la cuerda comenzó a tensarse. Las patas del potrillo salieron un poco más mientras Sepé ayudaba tratando de girar al animalito. La yegua relinchó un poco, casi sin fuerzas. Micaela puso su frente en el hocico y continuó con aquel canto. El auto continuó acelerando, ya medio cuerpo del potrillo estaba afuera. Sepé tenía las manos empapadas en la sangre que brotaba más fuerte. Micaela apretaba los dientes con impotencia y desesperación. El animal fijó su vista en ella. Y mientras el auto aceleraba despacio, un relámpago iluminó los ojos de la yegua que, todavía fijos en los de Micaela, se apagaron lentamente.

El potrillo salió en medio de una gran hemorragia. Sepé hizo una seña y Gonzalo detuvo el auto. Sepé desató las patas del potrillo y comenzó a acariciarle el cuerpo y el hocico. El animalito no se movía. Gonzalo bajó del auto rápidamente y fue hacia Micaela. La muchacha estaba muy quieta, con la cabeza de la yegua en sus manos, mirando fijamente los ojos sin vida del animal. Gonzalo sintió que se le apretaba la garganta. Se arrodilló a su lado y comenzó a acariciarle la cabeza empapada.

-Ya está , Mica, ya está.

La muchacha levantó la vista, su mirada se enfocó, pestañeó, miró una vez más a la yegua y, muy suavemente, dejó reposar su cabeza en la tierra. Fue hacia el potrillo, miró a Sepé y se agachó junto al animalito. El viejo se apartó. Micaela le levantó la cabeza inerte, le apretó la mandíbula y sopló dentro de su hocico. Esperó un instante y repitió la operación. El potrillo se movió, levantó la cabeza y comenzó a patear. Micaela lo soltó y lo miró, el potrillo hizo un esfuerzo por levantarse. Irguió las patas traseras, se balanceó torpemente todavía arrodillado de manos. Micaela le sostuvo el cuello con un brazo mientras ponía el otro debajo del vientre para ayudarlo. El animal paró una mano y enseguida la otra. Quedó sobre sus patas, con un balanceo lateral que poco a poco iba desapareciendo. Era un hermoso ejemplar, oscuro con la cara y manos blancas. El potrillo comenzó a dar muestras de nerviosismo. Micaela lo soltó, esperó y puso su hocico entre las palmas de sus manos. Mirándolo a los ojos, le habló aquel extraño murmullo sin palabras. El animalito se tranquilizó y puso su hocico bajo el cuello de la muchacha.

Micaela miró a Sepé.

-Yo lo atiendo m'ija, vaya no más que lo llevo al establo. Y después entierro a la madre.

-Avisame si hay problemas, Sepé.

-No va a haber m'ija, no va a haber, es un bichito sano. Y tengo una yegua que parió hace poco y todavía da leche.

Micaela miró una vez más a la yegua muerta y se volvió. Gonzalo le pasó el brazo por los hombros y la llevó hacia el auto. La lluvia estaba amainando y un viento frío, arrachado, cruzaba el campo.

Ya dentro de la casa, ambos cambiaron sus ropas empapadas y se sentaron junto al fuego. La violencia y la maravilla de la naturaleza los había dejado conmovidos. Entre trago y trago de caña Gonzalo lanzaba alguna mirada de admiración a aquella extraña mujer que miraba fijamente el fuego, tranquila, distante. Y por un momento, por un pequeño y mágico momento, Gonzalo pudo sentir dentro de sí la tormenta emocional de Micaela. Era una curiosa mezcla de sentimientos y pasiones, era algo primitivo, atávico. Algo que crecía sin saber hacia dónde. Los ojos de la mujer se fueron agrandando al tiempo que sus pupilas se dilataban, y quedó quieta, muy quieta.

Gonzalo sintió que la había perdido en algún lugar que no podía alcanzar. Salió de su contemplación y le habló.

-Micaela..., lo que hiciste fue maravilloso.

Ella no respondió. Él la miró de nuevo y vio algo raro en su expresión. Se acercó, le tomó el mentón con suavidad y lo hizo girar. Los ojos de ella estaban desenfocados, su conciencia perdida. Gonzalo se alarmó. La sacudió suavemente.

-¡Mica, Mica, mirame!

Escuchó un suave roce detrás suyo y se volvió. Sepé había aparecido casi como un fantasma. El perro sentado a su lado. Sepé miraba a Micaela con una extraña expresión. Por un momento Gonzalo pensó que sonreía. Era algo impensable, Sepé nunca había expresado emoción alguna.

-No sé que le pasa, me parece que es su enfermedad...

-Dejala, patrón, dejala. Está buscando, pero no lo sabe.

Y Gonzalo se sentó, muy quieto, con su vaso de caña en las manos y la mirada fija en aquella extraña mujer. Quiso tomar un sorbo pero desistió, tenía el pecho apretado, muy apretado, y su corazón saltaba como un trozo de pulpa viviente colgando de sus ojos, fijos en Micaela.

## CAPÍTULO 2

El sol todavía no había salido cuando comenzó a soplar aquel viento seco y caliente que bajaba de la cordillera. Las ramas de los juncos, amarillos por la sequía, apenas se movieron cuando la mano oscura y grande de Caulicán los apartó suavemente. Apenas podía verse el brillo de sus ojos entre la vegetación.

Observó con infinito cuidado, solamente vio la tierra marrón y quebrada donde meses atrás brillaba un lago.

Caulicán miró hacia atrás e hizo una seña con la mano. La vegetación se movió un poco y Tahuel apareció a su lado. Ambos hombres se miraron con expectativa. Eran fuertes, robustos, en la plenitud de su vida. Vestían pieles que le cubrían el pecho y la espalda, un taparrabos sencillo, cubre piernas de piel de guanaco y unas toscas y sencillas sandalias. Iban armados con arcos de más de un metro y medio de largo y, a su espalda, cargaban un carcaj con flechas. Un morral colgando de su hombro completaba el equipamiento de los cazadores.

Caulicán hizo una seña hacia el frente, pensaba seguir bordeando la orilla reseca del lago. Tahuel asintió. Caminaban despacio, agazapados, deteniéndose cada pocos metros para mirar y escuchar. Tahuel levantó su nariz y comenzó a olfatear, miró a su compañero. Caulicán asintió con la cabeza. Sin dudar, ambos hombres se dirigieron rápidamente a un árbol que se alzaba, solitario, a unos veinte metros del juncal, era evidente que conocían la zona a la perfección.

Se desplazaron siempre agazapados, manteniéndose ocultos de una posible vista desde el lago.

Al llegar al árbol buscaron, abrieron las matas que lo circundaban y allí estaba, era la inconfundible seña del guanaco que dejaba sus excrementos en círculo, siempre en los mismos lugares. Caulicán lo tocó, estaba tibio. Su cuerpo se tensó y miró a Tahuel. Sin decir nada, ambos hombres comenzaron a untar el cuerpo con el excremento de guanaco. Cuidadosamente envolvieron el sobrante en grandes hojas que llevaban en sus morrales y lo guardaron. El excremento de guanaco iba a disimular su olor humano, y seco, era un excelente combustible. Cuando finalizaron observaron la dirección del viento.

Comenzaron a caminar dando un largo rodeo a fin de aproximarse al lago con el viento de frente. Al fin alcanzaron la orilla.

Una vez más, con infinito cuidado, Caulicán apartó los juncos. Allá, a unos cien metros, se veía un pequeño ojo de agua. Y bebiendo de lo que quedaba del gran lago, se encontraban tres guanacos, flacos, debilitados por los meses de sequía. Bebían pequeños sorbos, levantando a cada instante la cabeza, vigilantes, tratando de anticipar el peligro. Los hocicos se elevaban y saboreaban el viento que le traía generoso la información de la vida circundante.

Los hombres se miraron con frustración, estaban demasiado lejos, el lago se había achicado, aun más, desde la última vez que estuvieron. La orilla más cercana, que ofrecía algún tipo de cubierta, se hallaba a unos cincuenta metros de los animales. Una distancia que hacía algo dudosa la efectividad del arco, y para peor, al colocarse allí estarían de espaldas al viento.

Las alternativas eran claras: se aproximaban arriesgando a que los animales los olfatearan y huyeran, o bien esperaban a que los guanacos terminaran de beber y se les ocurriera aproximarse hacia donde estaban ellos.

La ansiedad pudo más, hacía mucho que la tribu no comía carne en abundancia, la sequía y la caza habían hecho que los animales se desplazaran de su hábitat. Tahuel hizo una seña indicando su idea de acercarse lo más posible. Caulicán asintió.

Los hombres se desplazaron cuidadosamente por la orilla. Cada pocos pasos se detenían y observaban el comportamiento de los animales.

El guanaco de mayor estatura estaba venteando mientras las dos hembras bebían. De pronto, su cuerpo se estremeció. Era un animal viejo, que había sobrevivido gracias a la experiencia. El guanaco había olido algo familiar, pero por debajo, muy sutil, percibía el aroma del peligro. Un aroma indefinible, pero que le recordó claramente el dolor de su anca, producto de la vieja cicatriz de un flechazo que se clavó débilmente en la fuerte piel del animal. La flecha demoró tres días en caer dejando al guanaco imposibilitado de correr, a merced del puma y del hombre. Pero sobrevivió, y esa misma circunstancia había afinado su olfato y su instinto.

El guanaco resopló. Las hembras levantaron el largo cuello y permanecieron estáticas, solo sus pequeñas y puntiagudas orejas se movían de un lado a otro.

A unos escasos sesenta metros, Caulicán y Tahuel quedaron rígidos y tensaron los músculos. Los guanacos se volvieron y, lentamente, caminaron unos pasos alejándose del lugar. Tahuel silbó en forma aguda e intermitente, los animales se detuvieron y se volvieron en dirección al sonido. El guanaco es un animal curioso por naturaleza, y los hombres lo sabían. Ahora estaban apelando al último recurso para que los animales les presentaran el flanco y así, podrían arriesgar un tiro algo distante.

Ambos hombres se irguieron de entre los juncos apuntando sus armas. Los arcos estaban tensados al máximo y les estaban dando algo de elevación para compensar la distancia. Sabían que no iban a abatir a ninguno, pero podían herirlo. Con la sincronización que nace de los años de cazar juntos, donde la información fluye a nivel de los instintos, los dos cazadores apuntaron al animal más próximo y soltaron las flechas casi al unísono. Los proyectiles estaban aun en vuelo cuando los hombres preparaban un segundo disparo.

Una de las flechas impactó en el flanco de una de las hembras. El animal se sacudió, gritó y comenzó a alejarse al trote. Los otros dos quedaron quietos, habían localizado a los hombres, pero su curiosidad les hizo mirar un rato más.

Los hombres comenzaron a apuntar, pero ahora, los dos guanacos que quedaban estaban de frente a ellos, mirando. Era un tiro muy difícil. Cuando estaban a punto de disparar los animales reconocieron la forma y el olor, era el viejo peligro, era la muerte. Con un bufido violento se volvieron y emprendieron la carrera con las flechas ya en el aire. El tiro quedó corto. Los tres animales ya corrían atravesando de la superficie del lago.

Los hombres se miraron con desazón, eso significaba un rastreo agotador, tal vez de un par de días, dependiendo de dónde hubiera impactado la flecha. La alternativa era gastar la energía en la persecución o en buscar una poco probable pieza de caza sustitutiva. Esto podía significar alguna liebre o vizcacha, muy insuficiente para el alimento necesario para la tribu.

Caulicán y Tahuel no discutieron, no analizaron, sabían por experiencia cuál era el camino adecuado. Lo que miles de años después sería definido como la ley del forrajeo óptimo, los hizo decidirse por seguir tras el animal herido.

Ajustaron el morral y el carcaj y comenzaron a correr. Era un trote constante, de un golpear casi monótono de los talones sobre la tierra, los hombres sincronizaron rápidamente sus movimientos, con el ritmo de quienes están acostumbrados a hacer y compartir juntos. No era una carrera para alcanzar al animal, era un desplazamiento de regularidad, de máximo

rendimiento, para no perder la pista. Corrían con los puños a la altura de la cintura, con zancadas medianas, respirando por la nariz.

Así alcanzaron la otra orilla, por donde los animales habían desaparecido. Se detuvieron, observaron la vegetación y, rápidamente, encontraron el rastro, apenas definido por algunos pequeños hoyos que indicaban dónde las pezuñas habían encontrado terreno blando. Sin decirse palabra siguieron corriendo.

Después de un par de horas el terreno comenzó a endurecerse y ya no se veían los hoyos. Los hombres habían corrido sin detenerse y el sudor caía abundante por sus cuerpos. Recién se detuvieron cuando vieron que habían perdido el rastro. Miraron cuidadosamente el terreno y volvieron sobre sus pasos a la última pista segura. Caulicán se detuvo, Tahuel comenzó a batir el terreno en semicírculos por delante de la huella. A unos doscientos metros encontró una mancha de sangre espumosa. La flecha había impactado un pulmón. Seguramente el animal no podría seguir mucho tiempo el ritmo de carrera. Tahuel silbó y Caulicán corrió hacia él. Miró la huella y siguió corriendo en la misma dirección que traía. Después de haber recorrido aproximadamente la misma distancia que separaba las huellas anteriores, se detuvo y comenzó a buscar en semicírculos. La próxima huella fue de una pezuña, silbó y fue el turno de Caulicán.

Así siguieron por horas, buscando pisadas, rastros de orina, sangre. Los charcos eran cada vez más grandes y más próximos. El guanaco se debilitaba, sus esfínteres se aflojaban y la sangre, cada vez más oscura, era una muestra de su agonía. Las huellas ahora se dirigían a un espeso monte.

Los hombres se miraron y apuraron la marcha. Caía la tarde y crecía la posibilidad de que la hembra herida fuera presa de un puma.

Apenas entraron al monte encontraron un gran charco de sangre espumosa. Se detuvieron, escucharon y comenzaron a avanzar en silencio, apartando suavemente las ramas y enredaderas. Tahuel se detuvo y olisqueó, miró a Caulicán. Este lo miró con los ojos brillantes, todo su cuerpo tensionado, era el conocido olor a gato grande. Un puma acechaba. Avanzaron unos metros más y el olor a excremento fresco de guanaco los orientó. Allí estaba, agonizando al pie de un árbol. Los cazadores se aproximaron rápidamente, era importante estar al lado de la presa antes que cualquier otro depredador, sería más fácil defender lo suyo que sacárselo a otro. Apenas llegaron junto al guanaco, el puma resopló con fuerza a apenas unos pocos metros dentro de la espesura. No podían verlo, pero sabían dónde estaba. Los dos hombres inspiraron y lanzaron, al unísono, un terrible alarido. El gato chilló, por unos momentos no se aproximaría.

Los cazadores tomaron al guanaco de las patas de atrás y, elevándolas cuanto podían, las ataron, muy separadas, a las ramas de un gran arbusto.

Caulicán se arrodilló, buscó en su morral, sacó un puñal de piedra y, con un rápido tajo, cortó el cuello del guanaco que se sacudió en un último estertor. La sangre cayó abundante sobre la tierra. El puma volvió a maullar con fuerza.

Tahuel sacó una flecha del carcaj, la puso en su arco, y vigiló mientras su compañero comenzaba la faena.

Caulicán, con diestros y rápidos movimientos, sacó las vísceras, calientes y sangrantes, y las echó por tierra. El puma tendría su parte. Cortó cuidadosamente el hígado, lo examinó y, conforme con la inspección, lo envolvió en unas hojas y lo echó dentro del morral. Desataron al animal muerto, lo cargaron y rápidamente salieron del monte.

Cuando se alejaban escucharon el áspero y potente maullido, el puma había encontrado su alimento.

Una vez fuera del monte Caulicán se echó al animal sobre sus poderosos hombros y los cazadores emprendieron la marcha de regreso.

Caminaron por dos días, turnándose para llevar al guanaco, deteniéndose apenas para buscar un ojo de agua donde reponer la provisión de las pequeñas calabazas que llevaban colgando de su cuello. Por la noche hacían un fuego y mientras uno dormía, el otro vigilaba. Era un peligro el olor de la carne fresca que llevaban consigo. El fuego, trabajosamente encendido con las maderitas y el pasto reseco que guardaban en sus morrales, mantendría alejado al puma o, en el peor de los casos, haría brillar sus ojos cuando se aproximara en silencio.

Al fin llegaron al campamento de cazadores, entraron lento, en silencio, con el indisimulable orgullo del cazador exitoso que, sin decir palabra, tira su pieza en medio de sus pares.

Eran los últimos en llegar, miraron en derredor y vieron a sus compañeros entregados a la tarea de cuerear y trozar dos pequeños venados. Otros trabajaban en silencio con tres liebres patagónicas. Todos levantaron la cabeza y sonrieron con aprobación, se escuchó algún grito de festejo, excepto Tonque y sus amigos que miraron en silencio y sin expresión la actitud discretamente arrogante de los recién llegados.

Tonque era sensiblemente mayor que Caulicán y Tahuel. Pero cuando los dos compañeros se iniciaron como hombres y se revelaron como excelentes cazadores, la rivalidad quedó planteada. Hasta el momento, nadie le había disputado a Tonque el título de mejor cazador y proveedor. Pero el Lonco, el gran hombre de la tribu, el anciano más respetado, había enseñado a Tahuel y Caulicán los secretos de la caza, y de la construcción de arcos y flechas. Y los muchachos comenzaron a disputar el prestigio, y por consiguiente, la cuota de poder de Tonque. Pronto se hicieron inseparables. Caulicán era más hosco y serio, más maduro. Todos lo trataban con respeto y era seguro de que se transformaría en una persona importante, seguramente en un lonco venerado y respetado. Consciente de ello Caulicán adoptaba un toque circunspecto y grave, moderado y serio. Y era el favorito del Lonco.

En el otro extremo, su amigo Tahuel gustaba de la broma fácil, de la conversación divertida, consideraba la vida como un infinito momento de diversión. Acompañaba a su amigo en buenos y malos trances, pero siempre con su toque de humor y su escandalosa irresponsabilidad ante cualquier circunstancia. Su carcajada, fácil y estentórea, corría como brisa fresca por el campamento haciendo estremecer a más de una de las mujeres de la tribu.

En el campamento había unos quince cazadores. Los chonik organizaban sus cacerías en base a diferentes sitios de acampada. Eran tres o cuatro lugares que se encontraban, cada uno a casi un día de marcha del lugar de asiento de la tribu. Desde allí partían los cazadores. En la época de las grandes manadas de guanacos los hombres cazaban en grupo, buscando acorrallar la manada en sitios conocidos para abatir la mayor cantidad de animales posible, o bien perseguirla hasta despeñarla por algún acantilado. Ahora, en los años de sequía, el menor esfuerzo y mayor rendimiento se encontraba en base a pequeñas partidas de dos o tres cazadores que salían a buscar piezas individuales. Y los resultados obtenidos establecían las comparaciones y, por consiguiente, ponían de relieve las mejores aptitudes de unos sobre otros y hacían crecer las rivalidades.

En el sitio de acampada los hombres cuereaban las piezas, las asaban de inmediato para evitar la descomposición del alimento y las trozaban para facilitar el traslado. Cuando no se encontraban dedicados a esa faena, los hombres tallaban nuevas puntas de flecha y retocaban las anteriores, cambiaban la cuerda a sus arcos, revisaban el filo de sus cuchillos



y seleccionaban las partes óseas de los animales cobrados para construir nuevas puntas, utensilios, etc. Otra de las tareas era limpiar y preparar los cueros para su transporte y uso. Frotaban fuertemente la parte interior del cuero con una solución de sal y leche de guanaco, -cuando la conseguían-, arrollaban el cuero por una hora y continuaban la tarea al día siguiente. El trabajo era completado en el campamento central, el lugar de asentamiento de la tribu, donde las mujeres, con sus propios dientes, daban la terminación final a los trozos de cuero a utilizar, dependiendo del destino para el cual fueran asignados.

De inmediato comenzó la tarea con el guanaco. A pesar del gesto de Tonque, el resto de los cazadores estaban contentos. Un guanaco, en esos tiempos, era una gran pieza y el rendimiento de la partida era positivo. Sin hablarse todos sabían que al día siguiente tendrían que volver a la tribu, de lo contrario comenzarían a consumir lo cazado y el rendimiento de la partida sería nulo. La escasez de animales hacía parecer improbable el cobrar más piezas de porte.

Esa noche, mientras asaban los trozos de carne clavados en un palo alrededor de una gran hoguera, nadie hablaba. Caulicán compartió el hígado del guanaco con los otros cazadores. Al llegar junto a Tonque le ofreció un trozo humeante en la punta de un palo. Tonque lo miró y dudó, apretó los dientes, pero el hambre y la grave afrenta que significaría un rechazo lo obligaron a aceptar. Era una suerte de ritual, el compartir la parte del cazador. Tonque tomó el trozo y mordió, trató de no demostrar la inmensa satisfacción que le producían la carne y la grasa asadas.

Caulicán terminó la ronda y todos comieron el hígado.

Juntaron la carne asada en un lugar y la cubrieron con pieles. Unos pocos permanecieron de guardia y el resto armó sus toldos para dormir. Antes de recostarse, Taniel miró a su amigo y le sonrió. Le golpeó el pecho amistosamente con el puño. Caulicán devolvió el saludo de la misma manera.

Al día siguiente partieron en dirección al campamento central. Llegaron al mismo tiempo que Cuelén. Vieron, extrañados, cómo la mujer pasaba delante de ellos cargando aquel bulto a su espalda y sin siquiera lanzar una mirada de curiosidad hacia las piezas traídas por los cazadores.

El campamento era como todos los de los chonik que habitaban la región: unas quinientas personas agrupadas según la familia de cada mujer, donde la figura paterna de los niños era el hermano de la madre. La zona de las tolдерías, la de los incipientes cultivos de maíz y calabaza, la zona de taller donde se confeccionaban los utensilios y se tallaba la piedra y la madera, los basurales y las letrinas. Estaba ubicado en un valle a unos mil metros de altura en las estribaciones de los Andes, muy cerca de un enorme volcán que permanentemente amenazaba con sus fumarolas. Un río cercano proveía de agua y el monte de pehuenes, cada vez más ralo, proporcionaba la madera, la resina y las semillas de sus frutos.

Los cazadores fueron recibidos con expectativa, pero al ver las piezas cobradas la gente no pudo ocultar su desazón; todas las partidas habían regresado con unos pocos ciervos, liebres patagónicas y vizcachas. El guanaco que traían era el único obtenido, y la dieta debía ser completada con los otros pequeños animales y los huevos, frutos y peces que las mujeres y niños mayores pudieran recoger.

Manti, la hija de Cuelén, se separó de los niños, corrió hacia los cazadores y tomando la mano de Taniel le preguntó:

-¿Quién lo mató?- se refería, sin ninguna duda, al guanaco.

Hubo un momento de tensión entre los hombres.

Tahuel se agachó y le acarició el cabello, sentía fascinación por la pequeña, una niña de apenas nueve años de sonrisa fácil y pelo arreglado con tientos de cuero, que siempre lo buscaba para hablar y bromear. Por su parte, Manti veía al joven como un dios, como un héroe igual a los de los tiempos antiguos, con él soñaba y fantaseaba sus primeros y confusos sentimientos de amor. Tahuel la miró y le sonrió.

-Todos- respondió.

El alivio sobrevoló al grupo. Tonque bajó la cabeza y asintió casi imperceptiblemente. Cuando se dispersaban pasó junto a Tahuel y, sin mirarlo, le golpeó el pecho con el puño, quizás con un poco más de fuerza de lo normal. Tahuel se sacudió y, con una sonrisa, lo miró alejarse.

Hacía ya dos días que Cuelén había bajado de la montaña. La gente esperó sin preguntar. En algún momento la machi iba a decir lo que fuera necesario. Nadie le habló, pero miraron con curiosidad el extraño bulto que traía Cuelén y su mano vendada en tripa de ciervo. Respetuosamente se apartaron y dejaron que fuera a su toldo de ramas y pieles, donde los muchachos ya le habían juntado algunos huevos y carne de guanaco, salada y asada. Una calabaza con agua fresca completaba la vianda y una estera de juncos limpia había sido tendida sobre un grueso colchón de hierbas.

Cuelén no había hablado con nadie, caminó hacia su toldo apretando fuertemente la piedra debajo de su poncho. Se sentó y permaneció en silencio. Hasta que terminó el día, hasta que pasó la noche y el rocío empapó la hierba alrededor del toldo. La gente comenzó sus quehaceres y pasaba distante del toldo donde Cuelén seguía sentada, muy quieta. Ni siquiera Paricún que cuidaba de la pequeña Manti, se animaba a interrumpir ese extraño proceso. Las provisiones fueron renovadas y pasó una noche más.

Al día siguiente, Cuelén pestañeó como si recién despertara y suspiró. Sus manos, acalambradas, seguían apretando la piedra bajo el poncho. Se sintió débil. Tomó un poco de agua, comió una fruta y se echó a dormir.

Por la noche apareció sorprendentemente en el fuego comunal acompañada de Manti. Todos hicieron silencio. Era raro que un niño asistiera al fuego comunal, pero nadie discutió la decisión de Cuelén. La machi se sentó, acomodó a la niña entre sus rodillas y, después de un rato, se dispuso a hablar. Era el momento y el lugar.

El fuego comunal era el lugar de reunión y sociabilidad, era donde se cimentaba la cohesión social, donde se resolvían los pequeños y grandes problemas, donde el conflicto se resolvía o empezaba. El fuego comunal era el lugar del ritual colectivo, de la sacralidad compartida, de lo trascendente. Era donde se invocaba al pasado y donde se auguraba. Era un lugar sin tiempo. Era, en suma, la culminación de las instancias del río.

En el río, las mujeres, juntaban agua, lavaban utensilios, se higienizaban, ellas y sus pequeños. Y también hablaban, departían, peleaban, y hablaban unas de otras y de otros. Era el lugar donde se ajustaba la marcha social de la tribu. Allí se enteraban de las desgracias y venturas de todos, de los temores, individuales o comunales, de las expectativas, de todo.

El río era el lugar de planteo de la vida, era lo cotidiano, era donde las tensiones personales se manifestaban y también se liberaban. El fuego comunal era el momento de la consumación, era lo atemporal, su convocatoria respondía a canalizar las tensiones y expectativas sociales. Era el lugar de planteo de los grandes problemas.

-Hablé con mi madre- fue lo primero que dijo Cuelén. El Lonco respiró hondo y se acomodó. El mensaje iba a ser trascendente.

El Lonco era una autoridad moral, una referencia permanente de la tribu. Entendía sobre todos los asuntos, pero sin profundizar en ninguno. Era el factor viviente de la cohesión, la pauta ética de la sociedad chonik, la última palabra. Era una autoridad en estado puro, que se había ido modelando y conformando socialmente a través de un proceso de aceptación, de infinitas instancias de dar, recibir y retribuir. El Lonco ejercía su influencia sobre todos los poblados de la región, los cuales habían enviado sus representantes a la instancia.

Cuelén miró al Lonco y consideró que podía seguir.

-Mi madre me contó la historia de la gente de la tierra- de esa forma se nominaban los chonik en su propio idioma.

Y Cuelén comenzó el relato.

-La gente de la tierra vivía en la tierra del frío, junto al agua, en un lago tan grande que no se le ven las orillas. Habían venido del norte, a través de las montañas. Y algunos vinieron por el agua. La gente recibió a todos, como siempre lo hizo. Era un tiempo de mucha comida, de mucha carne. La gente cazaba los grandes animales del agua, que eran muy torpes cuando salían a la tierra. Había muchos de ellos, eran interminables. Y tenían carne, mucha carne y mucha grasa. Y grandes cueros. La gente también cazaba los pájaros que nadan y que no vuelan, y comía sus huevos. Y los huevos de las aves y también los peces. Y comía los pequeños animalitos con cáscara que estaban en las rocas bajo el agua. Son todos animales que no conocemos.

”A la gente nunca le faltó nada, eran felices.

”Pero un día la tierra comenzó a temblar. Porque dos grandes serpientes gigantes lucharon. Eran Cai-Cai Vilú, que hizo crecer el mar, y Ten-Ten Vilú, que hizo crecer la tierra. Y de los golpes de las colas, se hundieron trozos de tierra y muchos chonik murieron, y otros quedaron para siempre en aquellos pedazos de tierra en medio del lago gigante. Y murieron muchos más. Y finalmente, Cai-Cai Vilú dio un tremendo coletazo y una ola gigante se levantó y arrasó con la tierra de los chonik. Todos murieron, en medio de gritos y sufrimiento. Se salvaron solamente los que estaban viviendo más alto, en la montaña. Pero Ten-Ten Vilú, enojada por la furia de Cai-Cai Vilú, dio un coletazo muy fuerte y la tierra tembló y la montaña escupió fuego. Y murieron muchos más.

”Después el sol no se vio más, todo estaba oscuro. Y comenzó a llover. Una lluvia negra y venenosa, que después se aclaró. Y llovió para siempre. Hasta que los pocos que quedaban no aguantaron más y se quisieron ir. Pero unos se quisieron quedar. La gente de la tierra discutió y, finalmente, se separaron. Unos se quedaron, eran pocos, y otros partieron hacia el norte, caminando cerca de las montañas. Caminaron por mucho tiempo, hasta que dejó de llover, hasta que la tierra se tranquilizó, hasta que empezó a hacer calor. Y allí se quedaron algunos, es donde vivimos ahora. Otros siguieron caminando hacia donde sale el sol y no los vimos más. Y nunca más supimos de nuestros hermanos que vivían en la tierra del frío y de los grandes animales. Y nunca supimos de la gente que venía del norte ni de los pocos que venían a través del agua. Ni sabemos nada de los que caminaron hacia donde sale el sol. Pero todos son nuestros hermanos, como la gente del norte, son gente de la tierra.

Cuelén se detuvo y tomó un sorbo de agua. Nadie se movía, excepto para arrimar un leño al fuego. Todos estaban en silencio. Cuelén continuó.

-Y mi madre me dijo que Ten-Ten Vilú sigue enojada con nosotros, y la tierra va a volver a temblar, y la gente de la tierra va a morir- Cuelén hizo una pequeña pausa y los miró – Debemos marcharnos.

Todos levantaron la cabeza alarmados, el murmullo de descontento se escuchó creciente, interrogante. Tonque hizo oír su gruesa voz.

-¿A dónde debemos ir?

-Lejos, respondió Cuelén, al norte y hacia donde sale el sol, donde están nuestros hermanos. Ahora el murmullo se transformó en voces claras que denotaban alarma y descontento.

Los Chonik estaban acostumbrados a mover su campamento. Cuando la tierra se agotaba, producto de las quemadas sobre cuyo barbecho plantaban, cuando los residuos orgánicos hacían incómodo el campamento, cuando la estación indicaba otro lugar para la caza, entonces todos levantaban los toldos y se trasladaban. Pero nunca era muy lejos. Y a lo largo de los años habían establecido un circuito conocido de varios campamentos que eran ocupados periódicamente. Ellos siempre estaban en su tierra, por más que el hábitat fuera considerablemente extenso, considerando las varias comunidades que se asentaban en la zona.

Ahora, lo que Cuelén estaba indicando era un gran traslado, un desarraigo, era ir hacia lo desconocido. La tribu estaba conmocionada, de pronto tenían una historia, tenían hermanos desconocidos en varias partes de la tierra, estaban en peligro. Y nadie podía ignorar que el fantasma del hambre comenzaba a morder sutilmente las entrañas de la gente de la tierra.

Se suscitó la discusión de los que cuestionaban seriamente el anuncio de la machi y de los que estaban dispuestos a intentar lo nuevo. Hasta que el Lonco se movió y todos quedaron quietos, en silencio.

El Lonco sacó de un pequeño envoltorio, que llevaba colgado al cuello, unas vainas que había recogido de un árbol de la zona y una planchuela de madera muy pulida y trabajada. Con toda ceremonia, muy lentamente, sacó las semillas que contenía la vaina y, con una piedra negra y lisa, comenzó a aplastarlas en la tablita. La operación finalizó cuando las semillas se habían convertido en polvo. El Lonco juntó prolijamente el polvillo con la yema del dedo, acercó la tablilla a su nariz y aspiró con fuerza. De inmediato sacudió la cabeza violentamente y quedó quieto, con la cabeza colgando. La tribu esperaba en respetuoso silencio, algunos no se animaban ni a mirar.

Después de un rato, casi una eternidad, el Lonco levantó la cabeza y con voz gangosa, muy áspera, dijo lentamente.

-Cuelén, cuenta qué más te dijo tu madre, cuenta el destino Cuelén.

Cuelén respiró hondo, la intervención del Lonco era una especie de aprobación. Pero también la obligaba a hablar de algo que no quería ni pensar.

-Debemos marchar- insistió -debemos ir al norte para defender a los nuestros de los otros que van a venir. Y debemos ir hacia donde sale el sol, allí la gente de la tierra va a conocer un nuevo animal. Un animal que nos va a dar carne, que nos va a liberar del hambre, que nos va a permitir luchar contra los otros, que nos va a permitir cazar, que va a unir a toda la gente de la tierra en una gran nación.

Una vez más Cuelén se detuvo. Con la mirada desenfocada, fija en el fuego, comenzó a frotar la herida de su mano y continuó.

-Y muchos van a morir, muchos. Pero es el destino y no se puede evitar. Los hijos de los que van a donde sale el sol van a morir en libertad. Los hijos de los que van al norte van a vivir en esclavitud. Y muchos van a quedar dispersos, sin hermanos. Y al final, cuando el tiempo termine, una machi va a volver a juntar a la gente de la tierra.

Cuelén calló. El murmullo comenzó a levantarse nuevamente, interrogante, nervioso. Hasta que el Lonco se puso de pie. Vaciló un poco por el efecto del alucinógeno y habló nuevamente con voz pastosa.

-Cuelén habló con la verdad. Que nadie más hable. En la luna nueva hacemos el nguillatún.

Los cueles estaban en un lugar alto, donde el río se ensancha y baja caudaloso al juntarse con uno de sus principales afluentes. Eran claramente visibles desde el campamento principal de donde distaban a no más de un kilómetro. Los cueles eran una serie de montículos no muy altos, pero lo suficiente como para distinguirse claramente del resto del terreno, y en su interior se habían enterrado los restos de los antepasados de acuerdo a su importancia y jerarquía. Su construcción era una tarea comunal y era el Lonco quien designaba el lugar donde se levantarían y dónde debía ser enterrada cada persona al morir. Unos, muy importantes, se enterraban en la cima del cuele. Otros, al pie. Y había quien se enterraba apartado, lejos de los lugares sagrados.

En la cima de algunos cueles se levantaban unos postes de madera. Eran los altares correspondientes a cada una de las machis. Las incisiones y grabados en los postes, su altura y el cuele donde habían sido colocados, eran un distintivo del linaje y de la importancia de la mujer.

En el cuele más alto estaba el poste de Cuelén. Un grueso tronco, muy trabajado, repleto de incisiones y grabados, se erguía sobre su cima. Era su lugar ceremonial, el lugar más importante del terreno, donde estaban enterrados, cuidadosamente sentados y rodeados de sus pertenencias más queridas, los loncos y las machis más importantes de la tribu. Alrededor de ese cuele iba a ser el nguillatún.

Todavía no había salido el sol cuando ya toda la tribu estaba presente, sentados al pie del cuele. Estaban también presentes familias y enviados de otros asentamientos de la región. Un suave murmullo recorría el lugar y la gente se movía suavemente, como la superficie de un lago apenas rizado por la brisa.

Tahuel y Caulicán se miraron a lo lejos, estaban separados, los chonik ocupaban sus puestos agrupados en núcleos familiares representados por un mástil que se erguía frente a cada uno, y que estaba repleto de símbolos, colas de animales, plumas, objetos tallados, etc. Toda una simbología que hablaba de la historia de la familia.

En la cima de cuele estaba el Lonco, quieto, casi en éxtasis por el cebil que aspiraba. Un joven, al pie del cuele, comenzó a golpear rítmicamente un pequeño tambor hecho con una calabaza y un cuero de estómago de ciervo. Todos quedaron quietos, esperando en silencio. Por debajo del golpe del tambor solamente se escuchaba el rugido suave del río y el graznido de algunas aves.

Un cóndor sobrevoló bajo el campamento y todos miraron al ave. Un sincronismo arcaico, tan viejo como el hombre, hizo saber a todos que era el momento y que todo estaba en armonía. La machi apareció caminando lento, por el este, cuando el cóndor voló más bajo y los primeros rayos del sol hicieron destellar sus plumas.

Cuelén trepó hasta la cima y se detuvo frente al Lonco, apenas lo miró y siguió con el ritual.

Se agachó y, con sus manos, cavó un pequeño pozo en la cima del cuele. De un morral que llevaba sacó un pequeño cuí y lo levantó para que todos lo vieran. El pequeño animalito estaba vivo. Cuelén extrajo su pequeño y afilado cuchillo de piedra. El tambor comenzó a repicar más fuerte y más rápido. El cuchillo se apoyó en la base del cuello del cuí y penetró en la piel. El cuí chilló y un poco de sangre cayó en la tierra. El cuchillo penetró más profundo y comenzó a descender a lo largo del cuerpo del animalito que cada vez chillaba más fuerte. Cuando el corte terminó el cuí estaba muerto.

Cuelén introdujo sus dedos en el cuerpo caliente del cuí, hurgó, buscó y, finalmente, con un tirón decidido y seco que indicaba los años de práctica, extrajo limpiamente el corazón y pulmones del animal. El tambor se detuvo y el tiempo también.

Cuelén observó las vísceras atentamente, eran brillantes, húmedas. Esperó. La tensión casi se podía tocar, los ojos de Cuelén y del Lonco fijos en las vísceras, los espíritus de todos pendientes de lo que sucedía en la cima del cuél.

De pronto, una pequeña gota de sangre, muy roja y brillante, apareció en un lado del pequeño corazón. Cuelén contuvo el aliento. La sangre aumentó, más y más, los pulmones también sangraron. Hasta que toda la víscera se convirtió en un despojo sanguinolento.

Cuelén mostró la víscera en alto mientras un hilo de sangre caía por su brazo. Un murmullo de temor sacudió a todos y el lonco comenzó a gemir. Un gemido largo, sostenido, casi un aullido.

Cuelén se arrodilló, Sacó un pequeño mortero y mezcló las vísceras con semillas de cebil hasta que se formó una especie de pasta rosada. Enterró el preparado en el pozo y tapó la tierra cuidadosamente. Cuando finalizó se irguió, limpió sus ropas y se fue por donde había venido. Su labor había concluido, el futuro de sufrimiento y muerte estaba confirmado una vez más y los espíritus de sus ancestros habían sido alimentados por la sangre y las vísceras para poder renovar su vitalidad y así proteger a la gente de la tierra en los tiempos duros que habrían de vivir.

Esa noche hubo otro fuego comunal donde el Lonco habló.

-La Machi habló con la verdad- dijo con voz grave y nasal –Y debemos partir para que la gente de la tierra sea una gran nación. Ese es nuestro destino.

-Pero también vamos a sufrir, y a morir. El corazón del conejo así lo mostró- la voz grave de Tonque se había hecho sentir.

-Es nuestro destino- insistió el Lonco, descontento por la interrupción -los que no quieran partir van a morir acá. Y pronto- sentenció.

Y continuó.

-Deben partir lo antes posible, hacia el norte para defender la tierra y hacia donde sale el sol en busca del nuevo animal. Y van a conocer a nuestros hermanos, los hermanos de la selva que me enseñaron a llamar a nahuel y que me enseñaron a convertirme en ave con los frutos del cebil. Y van a conocer a los grandes guerreros que buscan la tierra donde no existe el mal. Y van a conocer a los otros que nadie conoce, y contra ellos van a luchar. No confíen nunca en los grandes guerreros que comen a los hombres. Nunca. Ni confíen nunca en los otros que nadie vio. Nunca. Son los que traen la enfermedad y la muerte, son los que destruyen la tierra. Y serán nuestros antepasados, lo único que nos mantendrá como pueblo y como gente de la tierra.

El Lonco se sentó y dejó caer su cabeza. No iba a hablar más. Todo estaba dicho. La gente comenzó a retirarse lentamente, en pequeños grupos, hablando en voz muy baja. Solo el Lonco quedó, muy quieto con la cabeza caída. Y así permaneció hasta que el fuego se apagó y Tahuel y Caulicán lo ayudaron a ir hasta su toldo.

Los días siguientes fueron de tristeza, de confusión. Los más viejos no querían marcharse, querían permanecer y morir en su tierra. Los más jóvenes estaban dispuestos a emprender la marcha, totalmente convencidos de los presagios de la Machi y del Lonco.

Finalmente se produjo la gran separación. Fue casi a la mitad, varias familias decidieron emprender el viaje hacia el norte, hacia lo más conocido, hacia lo que les aseguraba la vida. Y otro número similar se decidió por el este, por la lucha y la gloria de ser una gran nación, aunque ello culminara en la muerte. Pero sería una muerte en libertad.

La grandes familias a las que pertenecían Tahuel y Caulicán estaban aun indecisas. Un día, sin decir palabra, los dos amigos se miraron y caminaron hacia el río. Era el lugar de su infancia, de su juventud. Donde aprendieron a nadar y a cazar peces y pájaros. Donde concurrían en las tibias noches de verano a retozar con las jovencitas que despertaban a la vida.

Caulicán y Tahuel se miraron en silencio. No tenían palabras para definir lo que sentían. Finalmente, Tahuel, exteriorizando lo que temían, dijo:

-Vamos a volver a cazar juntos.

Caulicán no respondió.

-O tal vez lo hagan nuestros hijos.

Los hombres se miraron, sin decir nada, con la garganta muy apretada se golpearon el pecho con el puño.

Caulicán sacó de su morral su cuchillo de piedra favorito y se lo entregó.

-Al mejor cazador- dijo.

Tahuel sacó el suyo y lo entregó a su vez.

-Al mejor hombre, a quien será un gran Lonco.

No quisieron volver juntos. Y a partir de entonces evitaron siquiera mirarse.

En los días siguientes la aldea mantuvo una tensa y silenciosa rutina. Todos caminaban de un lado a otro casi sin hablar. No se escuchaba la risa de las muchachas discurriendo ni de los niños en sus juegos. Ni siquiera el río era instancia social, las mujeres hacían sus cosas y volvían rápidamente al asentamiento de sus respectivas tolderías donde cada gran familia discutía en silencio buscando optar por un destino.

Y un día la tierra tembló, muy fuerte.

-Es la señal- anunció Cuelén -debemos partir.

Y todos tomaron sus pertenencias y se aprestaron a marchar hacia los destinos elegidos. Excepto un grupo de viejos que, con el Lonco a la cabeza se dirigió hacia el cuele principal. Cuelén y Paricún iban hacia el este. Juntaron rápidamente sus cosas porque el terremoto era cada vez más violento.

De pronto se escuchó un rugido sordo, enorme, agorero. Fue algo eterno, todos permanecieron estáticos, aterrorizados, hasta que la montaña estalló. Una columna de humo, gases y vapor se elevó, muy alto en el cielo. Y la lava comenzó a desbordar por la orilla del cráter. Todos miraron con terror la montaña mientras los fuertes temblores de tierra se sucedían con intervalos de calma. Una lluvia de piedras incandescentes comenzó a caer sobre los chonik que comenzaron a correr y a gritar con desesperación. Unos gritaban dando órdenes, otros llamando a los suyos. Y otros, los más, de puro terror.

Con un estallido más la tierra mostró sus heridas, el borde del cráter se rajó y la lava comenzó a descender velozmente hacia la aldea.

El Lonco y los viejos se sentaron en lo alto del cuele y comenzaron a entonar un canto agudo que apenas se escuchaba por encima de los gritos de la gente, de los crujiidos de la tierra y los estallidos de los árboles que caían abatidos.

Cuelén comenzó a trepar con desesperación, iba hacia una cueva donde tenía guardada la momia de su madre. Apenas a unos ochocientos metros de donde se encontraba la lava que avanzaba implacablemente..

Tahuel la vio y corrió hacia ella llamándola a gritos. Cuando estaba por alcanzarla, la tierra se abrió en una enorme zanja que comenzó a correr hacia abajo. Cuelén desapareció a los ojos de Tahuel. La lava se precipitó velozmente por la zanja que avanzaba hacia donde se encontraba el Lonco y el resto de los ancianos de la tribu. Al llegar al borde, Tahuel vio a

Cuelén casi colgando, firmemente asida a un arbusto. La mujer miraba, muy fijamente a un punto delante de ella, al otro lado de la zanja. Vio cómo la tierra se caía sobre sí misma, vio cómo de las entrañas del polvo surgía aquel amado petate de cuero casi flotando en medio de un barro negruzco. Y vio cómo la momia se precipitaba hacia abajo, hacia el río de lava, donde se sumergió con apenas un chisporroteo. Con un alarido de dolor Cuelén se soltó, pero no cayó. La mano hercúlea de Tاهuel la sostenía por el poncho y comenzaba a jalarla hacia arriba. Cuando la tuvo entre sus brazos Tاهuel la sacudió por los hombros al tiempo que le gritaba palabras que Cuelén no podía oír. El hombre la tomó fuertemente de un brazo y comenzó la carrera hacia abajo. La mujer lo seguía a los tropezones abrazando con fuerza su morral.

Finalmente se detuvieron al pie de los toldos. Otra inmensa rajadura de la tierra se produjo cerca de dónde ellos estaban. Todos se miraron aterrorizados.

-¡Hacia abajo!- gritó la voz potente de Tاهuel. Y todos corrieron.

En ese preciso momento la zanja, ahora repleta de lava ardiente, llegó al cuel y todos contemplaron con horror cómo la tierra se hundía en una mezcla de barro y lava arrastrando al Lonco y a los ancianos que continuaban cantando. Vieron cómo se hundía su tradición, sus linajes, sus amigos y sus familiares, su pasado y su historia. Vieron, con temor, cómo el futuro se revestía con los colores trágicos del destino anunciado.

La zanja continuó atravesando la aldea rápidamente y cientos de personas se hundieron en un instante. Los que sobrevivieron quedaron a ambos lados, y un pueblo, arbitrariamente partido, quedó separado para siempre.

Caulicán miró a Tاهuel a través de la zanja humeante. Levantó su puño en alto en señal de saludo, agrupó a la gente que estaba de su lado y comenzó su carrera hacia arriba de la montaña vecina, huyendo de la lava, hacia el norte, como había vaticinado la machi, como lo había dispuesto algún hacedor de estrellas.

Tاهuel respondió de la misma manera, supo entonces, que nunca más vería a su amigo. Se volvió y ordenó la carrera hacia el río, único punto en que se podían guarecer de la lava. Unas doscientas personas lo acompañaban, en completo desorden, algunas con sus pertenencias, otras sin nada. Corrieron con desesperación, arrastrando o cargando a los niños, arrojando por el camino lo que les incomodaba. Pronto comenzaron a sentir el calor del incendio del bosque producido por la lava que avanzaba. Cuando llegaron al río era evidente que la lava los iba a alcanzar. Se agruparon en la orilla abrazándose unos a otros.

El río corría completamente desbocado por el terremoto. Animales ahogados y gruesos troncos de árboles pasaban flotando velozmente. Tاهuel vio que era la única alternativa, ya el bosque humeaba a su alrededor y pronto estallarían en llamas.

-¡Al río!- gritó con desesperación, y todavía agarrando a Cuelén, se arrojó al agua y nadó hasta uno de los troncos que pasaban. Cuelén se hundía, una y otra vez. No nadaba, simplemente seguía abrazada a su morral. Tاهuel intentó sacárselo pero fue imposible, las manos de la Machi eran como garras clavadas en la piel del bolso. Tاهuel desistió, la tomó debajo de la barbilla y nadó vigorosamente hacia el tronco hasta que logró asirse a una de sus ramas principales.

El resto de la gente dudaba, los chonik no eran grandes nadadores y el río fluía violento, incontenible. Algunos imitaron su ejemplo, y pronto fueron decenas de personas las que se arrojaron al agua, algunas nadando, otras prendidas de algún tronco que pasaba.

Y muchas quedaron en la orilla, presas del terror, abrazadas gimiendo. Tاهuel, asido con fuerza al tronco, se volvió y vio la terrible escena. La lava avanzó hasta la orilla, los árboles estallaron en llamas y la gente comenzó a humear. Entre alaridos fueron cayendo muertos y



muchos comenzaron a arder. La lava, como un monstruo de fuego, avanzó rugiente y, ávidamente, devoró a los cuerpos, disolvió los tejidos y los huesos, hasta que al fin, satisfecho y aído, llegó al río y se detuvo en medio de un siseo furioso y una enorme columna de vapor.

Tahuel sintió que algo se rompía para siempre dentro de sí y, donde antes había un nido de alegría, bondad y felicidad, algo muy duro, indestructible y frío comenzó a nacer. Algo que existe dentro de cada ser humano, que solamente aflora cuando el dolor sobrepasa el raciocinio, cuando la circunstancia devora toda posibilidad de decisión, cuando el dios de la vida vence por fin al implacable Tanatos.

Su viaje río abajo siguió hasta que todo se perdió de vista.

Más tarde, Tahuel y Cuelén seguían asidos al tronco en una veloz y descontrolada carrera. La cabeza apenas por sobre la superficie para evitar el golpe de las piedras ardientes y gotas de lava que caían por doquier. Vieron pasar a su lado cuerpos flotando y enormes árboles con varias personas aferradas a su ramaje que los contemplaban con expresión de terror.

Tahuel recordó que, mucho más abajo, el río hacía un recodo pronunciado y confiaba en detener allí la carrera.

Durante una eternidad siguieron en el agua. Las piedras del volcán dejaron de caer y una lluvia de ceniza comenzó a precipitarse. El río fue aplacando su carrera, muy lentamente. Hasta que al caer la noche se detuvo muy suavemente en la orilla al llegar al recodo. El río había crecido mucho, de esa manera evitaron la escarpada orilla y simplemente quedaron meciéndose suavemente en unos cincuenta centímetros de profundidad.

Casi arrastrándose Tahuel salió del agua. Cuelén lo siguió, agotada, cayendo a cada paso, y todavía apretando tenazmente el morral donde se encontraba lo único que le quedaba de su madre: la piedra grabada, la huaca.

Cuando llegaron a un lugar seco ambos cayeron. Tahuel, extenuado, se durmió de inmediato. Cuelén lloró toda la noche. Cuando paró de llorar simplemente dejó de hablar y de moverse por voluntad propia.

Horas después, Tahuel se despertó y escuchó atentamente. Algo raro había en el ambiente, algo que no podía precisar. El río fluía muy lento y en calma, el cielo estaba todavía oscuro por la nube de ceniza. De pronto se dio cuenta qué era lo que lo había despertado: era el profundo, aplastante, sólido silencio. No había pájaros, ni siquiera insectos, no había gente. Era un mundo oscuro, una tierra gris por la ceniza, no había vida.

Tahuel miró a Cuelén y vio que la mujer estaba en silencio, la mirada perdida en algún punto de la vida. Simplemente la tomó de la mano y comenzó a caminar por la orilla río abajo. Por la tarde el hambre apareció. Tahuel seleccionó y mordisqueó algunas raíces. Dio de comer a Cuelén que lo hizo automáticamente. Caminaron y caminaron hasta que anocheció y cayeron agotados.

El segundo día fue peor, habían quemado demasiada energía por las horas en el río, por la caminata y por la violencia de los acontecimientos vividos. Incesantes temblores de frío recorrían sus cuerpos, los brazos les pesaban y las piernas se doblaban. Tahuel salió del monte que acompañaba al río y contempló la tierra. Cuando pudo enfocar la vista vio una enorme extensión, desierta, gris por la espesa capa de ceniza. Tahuel comprendió que debían seguir caminando hasta encontrar un lugar libre de los efectos del terremoto y la erupción. Y debía ser siguiendo el río. Caminaron, cayeron y se levantaron decenas de veces. Por la tarde cayeron agotados.

Al día siguiente, Cuelén no quiso ponerse de pie. Tahuel rogó, la sacudió, la insultó, pero la mujer no respondió. Permaneció con la vista perdida, abrazada a su morral.

Tahuel se desesperó. Fue hacia el río a buscar agua. Cuando estaba cargando su calabaza vio el cadáver de un pez grande, flotando hinchado entre las plantas podridas de la orilla. Tahuel tragó la saliva que brotó dolorosa y abundante en su boca y tomó el pez. Lo abrió y dudó, finalmente sacó las tripas y las arrojó al río. Cortó la mitad del pez y se dirigió hasta donde estaba Cuelén. Lentamente, con mucho cuidado, fue introduciendo pedazo tras pedazo, en la boca de la mujer. Al finalizar le dio agua. Después comió él, un trozo grande, grasoso, que le llenó la boca e hizo doler sus glándulas salivales al contraerse violentamente. El gusto era fuerte, agresivo, casi al punto de la descomposición. El estómago se convulsionó por la entrada de alimento. Tahuel quedó muy quieto, sabía que un vómito, en el estado que estaba, podría ser fatal.

Así permanecieron por dos horas, hasta que la comida hizo su efecto y se sintieron mejor. Volvieron a marchar, lento y en silencio, buscando más peces muertos a orillas del río. Así siguieron dos días más. Sin hacer otra cosa que tratar de vivir.

Al día siguiente todo cambió.

Tahuel había salido del monte para observar, una vez más, el estado de la estepa de ceniza, cuando vio algo a lo lejos. Trató de enfocar su vista y sacudió la cabeza pensando que estaba viendo mal. El sol aparecía otra vez mientras la nube de ceniza comenzaba a disiparse por los vientos altos. El pasto, amarillo y no muy alto, comenzaba a alternar con manchones grises. Y en medio de esos pastos algo se movía. Era algo grande, chato, oscuro e impreciso. El hombre miró al cielo y vio un grupo de cóndores que sobrevolaban en amplios círculos el lugar. Tahuel supo que había algo agonizando o algo muerto, fuera lo que fuera, era carne. Comenzó a acercarse con precaución.

Cuando estuvo más cerca vio que lo que se movía era gente, mucha gente agazapada que se movía dudando, temiendo algo que estaba delante de ellos. Tahuel miró en esa dirección y vio un puma comiendo ávidamente de las vísceras de un guanaco muerto. La gente trataba de acercarse, arrojaba alguna piedra y, de vez en cuando, alguno se aproximaba. El puma respondía rugiendo furioso y ensayando una arremetida que hacía retroceder a todos nuevamente.

Sin dudarle Tahuel buscó en la tierra y tomó dos piedras grandes. Comenzó a acercarse por el lado opuesto a donde se encontraba la gente. Caminaba agazapado, despacio, sin dejar de mirar al puma. El animal seguía comiendo cuando sintió el olor a humano que provenía de otro lado. Gruñó sordamente, acomodó su cuerpo sin dejar de comer y vio a Tahuel. El hombre se detuvo por un instante y luego siguió avanzando. El puma gruñía más fuerte sin dejar de comer. Cuando el hombre estaba a unos doce metros levantó la cabeza y lo miró, todavía relamiéndose el hocico ensangrentado. Lanzó un maullido fuerte, advirtiendo al intruso. Tahuel mantuvo la vista en el animal y siguió avanzando mientras su brazo derecho se echaba hacia atrás. El puma dejó su comida y lo enfrentó. Se agazapó con las patas de adelante muy separadas, las de atrás flexionadas, en tensión, y las orejas achatadas. Lanzó un siseo fuerte, intimidador. Tahuel quedó quieto, estaban a unos cinco o seis metros. Sabía que ya no podría retroceder porque el animal se lanzaría hacia él. Quedó estático, cualquier movimiento haría atacar al animal y seguramente sería desgarrado en el vientre por las patas de atrás del felino mientras que con las de adelante sujetaría su cabeza para mordérsela. Tahuel ya había visto el ataque del puma cuando murió un joven de la tribu en una de sus primeras salidas de caza. No son animales naturalmente agresivos, pero cuando lo hacen son en extremo peligrosos. Y había que considerar, sin duda, que el puma estaría pasando por la misma circunstancia de hambre que todos ellos.

Tahuel seguía inmóvil, mirando fijamente al animal, mientras el sudor comenzaba a caer por su frente. Cuando intuyó una pequeña duda en el puma se decidió. Lanzó la piedra con todas sus fuerzas.

El proyectil impactó fuertemente en la cabeza del animal que lanzó un maullido de dolor y quedó aturdido. Rápidamente Tahuel lanzó la otra piedra que también impactó en la cabeza. El puma cayó sobre sus patas traseras y quedó mirando el suelo con la vista desenfocada. Tahuel no dudó: en dos saltos se aproximó y, con su cuchillo de piedra abrió un tajo largo y profundo en la panza del animal. Se apartó en seguida y esperó. El puma lanzó un horrible maullido de agonía, buscó a su enemigo y no lo encontró, su visión estaba todavía turbia y el insoportable dolor en su vientre lo aturdiría aun más. Trató de huir, trotó un poco y sus intestinos sangrantes comenzaron a caer en la tierra. El animal se sentó y comenzó a bambolearse de un lado a otro. Tahuel esperó, agazapado, hasta que el puma cayó, sin fuerzas, respirando débilmente. Cuando estuvo seguro, Tahuel saltó hacia el animal y cortó de un tajo su garganta. El puma ensayó un débil movimiento de defensa y se desplomó definitivamente. A medida que su sangre brotaba por las heridas, sus ojos se iban poniendo vidriosos y la lengua colgaba entre los dientes. Tahuel lanzó un alarido de triunfo y de desahogo por el pánico contenido. Era el arcaico grito del cazador que proclama su victoria. La gente, que había visto la lucha, comenzó a levantarse y a avanzar.

Eran unas cincuenta personas, hombres y mujeres jóvenes, y algunos niños. Vestían muy precariamente, muchos de ellos estaban desnudos. Tahuel los miró y se alarmó al ver su expresión. Los ojos hundidos, la boca abierta, babeando, el caminar débil, vacilante. Miraron al guanaco muerto, a Tahuel y esperaron. El cazador asintió y señaló la pieza. Con un rugido sordo se abalanzaron.

Comenzaron a comer salvajemente, mordiendo, desgarrando, saboreando entrañas y sangre. Golpeándose unos a otros al disputar un trozo, mientras los niños se agitaban por fuera del grupo pidiendo a gritos un trozo de comida.

Tahuel se acercó y trató de apartarlos, un hombre lanzó un golpe. Con un grito potente, Tahuel lo tomó de los pelos y lo arrojó lejos, golpeó con fuerza a otro y, cuando un tercero avanzó, lo tumbó de una fuerte patada. Ahora el grupo se apartó, temeroso, cubriéndose la cabeza. Tahuel hurgó entre las vísceras, sacó lo que quedaba del hígado, extrajo el corazón y arrojó ambas piezas al grupo de los niños que se abalanzaron sobre la carne roja y tibia.

Todos miraron fijamente al cazador. Tahuel los miró a su vez y su expresión comenzó a cambiar, primero a la alegría y en seguida al dolor y al sufrimiento. Era su propia gente, la gente de la tierra, totalmente trastornados por el hambre y el terror. Vio a familiares y amigos, reconoció a otros de diferentes linajes. Pero nadie parecía reconocerlo, lo único que querían era comer. Tahuel tomó un trozo de víscera y, todavía mirando al grupo, mordió con fuerza y se apartó.

Todos se lanzaron nuevamente sobre el guanaco y volvieron a comer, ahora más tranquilos. Tahuel fue hacia el puma y le extrajo el corazón. Se agachó junto al animal y, en un gesto que tenía tanto de hambre como de ritual ancestral, comenzó a devorar lentamente el corazón de la presa mientras contemplaba a su antes orgullosa y ceremonial gente, comportándose como bestias desesperadas. Y Tahuel los comprendió, y pensó en el futuro, ya nada sería igual.

Los chonik habían vivido siglos en esos pocos días. Una sociedad entera había desaparecido y otra estaba naciendo, en un incierto punto de espacio, tiempo y circunstancia.

Tahuel sintió que una mano le tocaba el hombro, una mano pequeña, reseca y áspera. Se volvió y vio a una jovencita. Muy delgada, los ojos hundidos en cuencas oscuras, El pelo le caía en desorden sobre la cara llena de mugre y de sangre. Estaba completamente desnuda. Tahuel vio las lágrimas que caían muy lento por las mejillas hundidas de la joven. Apartó la cabellera que le cubría el rostro y la reconoció.

-¡Manti, Manti!- exclamó asombrado. Y la abrazó.

La niña lloró convulsivamente entre los brazos del cazador. Algo muy cálido inundó el pecho del hombre al sentir el olor y el contacto con la piel caliente de la jovencita.

El rayo de sol se desplazó lentamente por la pared de la habitación. Bajó y bajó a medida que el sol subía y comenzó a recorrer lentamente el hermoso rostro de Micaela.

La mujer se pasó la mano por la cara, se frotó los ojos y despertó. Quedó muy quieta a medida que trataba de recordar los sucesos del día anterior. La reconstrucción le permitió revivir las emociones y despertar espiritualmente. Revivió todos los eventos del nacimiento del potrillo, el sabor de la caña y..., y nada. No recordaba absolutamente nada más. Y reconoció aquella sensación de vacío, aquel pozo de vida sin llenar que antes sintiera. Otra vez..., seguramente había tenido otro ataque. Sí, esa sensación en la cabeza se lo confirmaba. Era como tener la mente llena de algo vivo, que zumbaba muy bajo, y que le impedía la entrada de cualquier tipo de recuerdo. No era una sensación desagradable, tal vez un tanto incómoda, porque siempre que trataba de profundizarla la invadía la ansiedad, y extraños sentimientos de desazón e impaciencia le apretaban la garganta.

Se sentó en la cama, y miró sus ropas cuidadosamente dobladas en la rústica silla, alguien la había acostado y le había sacado sus ropas. Pensó en Gonzalo y nuevas emociones se le incorporaron.

Miró en derredor. Estaba en lo que siempre había sido su dormitorio. Una habitación sencilla. Una cama confortable, una cómoda antigua donde siempre guardaba alguna ropa, y una silla con asiento de suela constituían el mobiliario. El sol entraba por el espacio que le dejaba una cortina oscura, pesada y algo raída.

Se levantó y fue hacia la ventana. Corrió la cortina y contempló el panorama.

Amanecer en El Estero era algo que siempre la hacía feliz. La ventana daba hacia el frente de la casa. Micaela contempló el campo todavía húmedo, interrumpido con algún espacio plateado donde las delgadas volutas de vapor aun permanecían enredadas entre los pastos.

La bruma era mayor en dirección al monte y al fondo, los cerros luchaban por mostrarse entre las nubes bajas.

Micaela sonrió cuando vio un par de apereás olisquear y morder un matorral de hinojo, cuando vio un par de gallinas que picoteaban tranquilamente el piso de madera debajo del alero y cuando una piara de pequeños lechones pasó velozmente frente a la casa.

De pronto sintió una extraña inquietud, algo que no le gustaba. Levantó la vista y la fijó en el camino. Al poco tiempo divisó un vehículo que se aproximaba. Micaela esperó. Cuando reconoció al vehículo apretó las mandíbulas. Un torrente de recuerdos la invadió; recuerdos violentos, de odio, de asco.

Micaela se vistió rápidamente y se echó un poncho de lana por encima, sacó un pequeño látigo de cuero de víbora que guardaba en un cajón de la cómoda y salió. Se detuvo en el corredor bajo el alero.

El vehículo llegó y se detuvo a unos veinte metros. Descendieron tres hombres que caminaron lentamente hacia la casa. Eran tres hombres maduros, vestidos como la gente de campo, camisa remangada, bombacha y alpargatas; excepto el del medio que calzaba botas. Caminaban lento, como si midieran algo antes de avanzar. Todo en ellos era amenazante, incierto, peligroso.

El de las botas se detuvo y los otros hicieron lo mismo. Era un individuo de unos cuarenta y cinco años, bajo, robusto. Su vientre prominente denunciaba interminables jornadas de alcohol. El pelo muy negro y lacio le llegaba casi a los hombros. Su piel era oscura, sus facciones redondeadas, interrumpidas por dos profundas y viejas cicatrices que cruzaban sus mejillas casi desde la oreja hasta la comisura de los labios. Ambas cicatrices y los esbozos de un fino bigotito que partía desde donde terminaban los surcos, le daban un

aspecto felino y ridículo. Bajo la sombra del sombrero se veían brillar unos ojillos oscuros, almendrados, de aspecto mongólico. Unos ojos que Micaela recordaba perfectamente. Era Benito, el capataz principal

-Mica...- el hombre sonrió como lo hace quien se regodea en el odio. Una sonrisa sucia, de dientes cariados e incompletos, una sonrisa cargada de años de desprecio y rencor mostraba el alma del hombre.

Micaela lo miró a través de su cabello desordenado. Sus labios se recogieron y sus dientes aparecieron en un gesto casi animal. Un ruido sordo y suave brotó de su pecho y su mano apretó el látigo que permanecía oculto bajo el poncho.

Benito rió.

-La misma fiera de siempre... ¿te acordás, Mica?- preguntó Benito con una sonrisa al tiempo que mostraba su dedo mayor en un gesto obsceno.

Micaela recordó.

Era muy pequeña cuando llegó el joven al establecimiento. Venía muy bien recomendado desde el Paraguay. Era eficiente, seguro y dominaba a la perfección las tareas del campo. Algo bruto con los animales, pero eficaz. Y se hacía respetar por la peonada. Muy pronto ganó la confianza de su padre y fue nombrado capataz.

Benito rápidamente se reveló como un capataz arbitrario y déspota en el trato con los hombres. Y tuvo las lógicas resistencias de un par de peones veteranos. Resistencia que pronto desapareció cuando uno de ellos apareció flotando en el estero sin que nadie supiera qué le había sucedido. El otro simplemente se fue.

Nadie dijo una palabra y don Carlos, que ya vivía en aquel limbo posterior a la muerte de su esposa no tenía fuerzas para interesarse por nada. Además Benito tenía una gran virtud: era honrado y leal. Jamás faltó ganado ni cosa alguna en el establecimiento. Y mantuvo su ganado personal cuidadosamente relevado, pagando puntualmente por el uso del campo.

Pero lo que Micaela recordaba era otra cosa. Ocurrió cuando la niña tenía catorce años. Era ya una muchachita muy bien formada y atractiva. Muy enérgica y atlética, con manos fuertes y ásperas, acostumbradas al trabajo con los animales, con la maquinaria, con los alambrados y con las herramientas.

Micaela se encontraba en el establo desensillando a su yegua. Había sacado el apero e iba a buscar agua para bañar al animal cuando antes de salir del establo, algo muy fuerte la agarró de la cintura al tiempo que una mano áspera y poderosa le tapaba la boca. La chica pateó, gruñó, trató de morder, pero no podía zafarse de aquel abrazo. Rápidamente la dieron vuelta y cuando la mano le apretó la boca con fuerza su cabeza golpeó contra la pared del establo y la muchacha experimentó un mareo y un leve desvanecimiento.

Cuando comenzó a reaccionar la invadió un torbellino de sensaciones: el dolor en la boca, el mareo, la náusea, el dolor en la nuca, aquel olor asqueroso, una insoportable mezcla de cuero animal y sudor rancio ... y aquello, aquello tan extraño, tan incómodo, tan doloroso y enervante... algo que no podía precisar, que le quitaba el aliento.

Micaela abrió los ojos y vio, a muy corta distancia, los ojillos porcinos y oscuros de Benito. El hombre la apretaba contra la pared con toda su humanidad al tiempo que su mano izquierda apretaba fuertemente los labios de la niña.

Micaela fue tomando conciencia. Y fue identificando aquella sensación extraña. Era algo entre sus piernas, algo doloroso, que ponía sus nervios a flor de piel...

Y repentinamente comprendió. El dedo ancho y rugoso de Benito hurgaba rítmica y sostenidamente en el interior de su vagina.

Y el asco y la indignación eclipsaron aquella sensación de enervamiento y desasosiego. Comprendió que no podía escapar, que tenía que pensar. Miró a los ojos de Benito que vidriaban de excitación. Y Micaela se aflojó, se desmadejó bajo la mano y el cuerpo del capataz, al tiempo que lo miraba de forma extraña, sin miedo, casi con dulzura.

Benito la miró y se detuvo. Con un rugido ronco la soltó. Ella quedó muy quieta, esperando, con aquella extraña sonrisa en sus ojos. El hombre sonrió y comenzó a desabrocharse los pantalones. Luchó con su cinto y miró hacia abajo.

Cuando levantó la vista comprendió que había cometido un error, la niña lo miraba con ferocidad y sus manos se extendían hacia sus ojos.

Benito tuvo tiempo de echar la cabeza hacia atrás, pero Micaela clavó sus manos en la cara del hombre. El capataz gritó cuando las manos empezaron a desgarrar sus mejillas y le dio un tremendo sopapo. Micaela apretó los dientes y clavó mucho más fuertes sus uñas en el rostro. Sintió cómo la piel se desgarraba bajo su terrible arañazo. Benito trató de apartar la cara y la joven se afirmó y tiró hacia abajo. Enormes surcos de sangre aparecieron en la cara del capataz que aullaba de dolor. El hombre se sacudió y trató de sacársela de encima una vez más. Pero la chica enlazó la cintura del hombre con sus piernas, las apretó detrás de la espalda y mientras las manos en su rostro continuaban su labor de desgarro, Micaela mordió con todas sus fuerzas la nariz del hombre.

Benito lanzó un alarido y no aguantó más, le dio un tremendo puñetazo en las costillas. Micaela cayó al suelo sin poder respirar. La iba a patear cuando sintió que alguien se acercaba. Benito huyó.

Pasó toda la noche en el monte, con un insoportable dolor en sus heridas, aterrorizado, esperando que alguien lo buscara para reclamarle por su conducta. Pero nadie apareció.

Al otro día, muy cauto, apareció entre la peonada. Nadie parecía haberse enterado. Y tampoco el patrón cuando se cruzó con él. Dio una explicación oscura por sus heridas cuando alguien le preguntó. “... nada serio, un asunto en el quilombo...” Y todos quedaban satisfechos con eso, aunque no dejaban de mirar con asombro la magnitud del desgarro.

Y Micaela tampoco dijo nada, por una poderosa razón: había decidido matar a Benito, y no quería que nadie supiera que ella tenía motivo para hacerlo. Iba a ser un crimen misterioso. La joven urdió uno y mil planes. Y alguno de esos planes fue puesto en práctica. Benito supo que debía cuidarse cuando una bala pasó zumbando su cabeza un día cuando tropeaba cerca del monte.

Y así fueron quedando las cosas, los planes de muerte fueron quedando relegados por el desgaste de la vida cotidiana, pero siempre quedó el odio, un odio sordo, permanente, un odio para siempre. Y recuerdos imposibles de borrar. Por el lado de Benito por las burlas que recibía a consecuencia de sus cicatrices que le daban aspecto porcino. Por el lado de Micaela por la insatisfacción sexual que le quedó de por vida a raíz de la violenta experiencia sufrida. La muchacha buscó una y mil formas de sexo que pudieran dejarle algo hermoso. Pero siempre, en el momento culminante, saltaba en su mente el olor de aquel hombre, sus ojillos porcinos, y aquella sensación de nervios a punto de estallar que un día conjugó en ira y en dolor.

Sí, Micaela recordó. Y cuando Benito la provocó con aquel gesto obsceno, ella se limitó a roncar como un chanco.

Benito se puso serio. Micaela se dio cuenta y lo provocó.

-Vení, cerdo, acercate, acercate que te marco otra vez...

El hombre comenzó a moverse hacia delante. Un gruñido sordo y prolongado lo detuvo.

Sepé estaba parado en una esquina de la casa y el perrazo a su lado gruñía amenazante.

-¿Qué andás buscando, Benito?- Gonzalo Ponce había aparecido en la puerta.

Benito miró rápidamente a un lado y a otro, la situación era tirante e incierta.

-La yegua era mía- dijo el paraguayo.

-La yegua murió, Benito- contestó Gonzalo –tendrías que haberla cuidado, estaba a punto de parir.

Benito se mordió nerviosamente los labios antes de responder.

-Quiero el potrillo..., es mío.

Gonzalo dudó. Micaela lo miró y respondió rápidamente.

-El potrillo hubiera muerto junto con la yegua. Lo salvamos nosotros, es nuestro. La próxima vez cuidá de tus animales. Y andate de mi campo, no te quiero ver por aquí.

Benito retorció la boca en lo que quería simular una sonrisa irónica. Solamente logró un gesto de profundo odio. Benito habló, despacio y claro, casi arrastrando las palabras.

-Acá, a la única yegua que tendría que haber cuidado es a vos...

La joven hizo un movimiento muy rápido. Algo restalló violentamente y Benito se tomó el cuello. Micaela aprontó el látigo nuevamente y el hombre se apartó. Instintivamente llevó la mano a su facón que estaba en la cintura a su espalda. Micaela se aprontó. Gonzalo avanzó hacia Benito. Y todos quedaron paralizados cuando escucharon el ruido de un golpe seco. Se volvieron.

Sepé permanecía inmóvil, pero dos tientos colgaban debajo de su poncho, y atadas a sus extremos se veían dos grandes bolas de piedra, que habían golpeado contra la madera del piso cuando el hombre las soltó de su cintura.

Sepé echó el poncho hacia atrás, el perro se apartó y se colocó a un costado de los hombres que acompañaban a Benito, como si hubiera hecho esto muchas veces, en movimientos perfectamente sincronizados en días de caza y de peleas sangrientas.

Benito supo de inmediato que el peligro principal venía de allí, las boleadoras en manos de alguien que sabe usarlas son un arma terrible.

Sepé se agazapó un poco y comenzó a balancear las boleadoras, sostenía en su mano una bola más pequeña de la que pendía un tiento, después el nudo central y de él partían los otros dos tientos de las piedras más grandes. El perro comenzó a bordear a los hombres colocándose por detrás, iba despacio, agazapado, su negro lomo completamente erizado. No gruñía ni ladraba, solo se acercaba muy lentamente en cada movimiento. Los hombres retrocedieron y se juntaron.

Benito quedó frente a Sepé, sacó su cuchillo muy despacio. Micaela los miró perpleja, algo se había desvanecido, cualquier revancha, cualquier rencor humano era menor que la carga de odio racial y ancestral que crecía entre los hombres. Allí había algo muy antiguo, algo que ni los propios protagonistas podían precisar. Algo que había sido tejido con mucha sangre, con muchos muertos, a lo largo de muchos años. Era un sentimiento con vida propia que se hacía cargo de los humanos cuando estos volvían a conjugar, una vez más, alguna circunstancia de violencia que venía desde el fondo del tiempo. Micaela sintió que eso la ganaba, que permeaba su mente y su corazón. Y odió a Benito aun más, por encima de su circunstancia personal, lo odió al compás de miles de voces que estallaban en su cabeza y que...

El estampido del Magnum restableció el presente y el paradigma de lo humano.

Gonzalo Ponce tenía en su mano un enorme revólver y en su expresión una enorme determinación.

Todos lo miraron algo molestos, como algo ajeno a un drama que era imperioso recrear. Pero pronto comenzaron a reaccionar. Benito guardó su arma, Sepé se enderezó y dejó



reposar las boleadoras contra el piso. Solo el perro permaneció alerta hasta que un chistido de su amo lo trajo nuevamente a su lado.

Micaela pestañeó varias veces, como si despertara.

-Andate, Benito- dijo Gonzalo con mucha calma –y no vuelvas.

Benito lo miró y no respondió. Miró al viejo y lo señaló con el dedo. Sepé asintió levemente con la cabeza. Miró a Micaela, escupió el piso y se dirigió al jeep. Los tres subieron y se fueron.

Gonzalo suspiró y guardó el arma.

Sepé estaba con la vista fija en el vehículo que se alejaba.

-¡Cario...! –dijo con desprecio y desapareció detrás de la casa seguido por el perro.

Micaela se aflojó, sus hombros cayeron y se tomó el rostro con ambas manos. Gonzalo se aproximó y pasó su brazo por encima de sus hombros.

La muchacha se refugió en el pecho del hombre y lloró en silencio, con pequeñas sacudidas.

-No entiendo..., no entiendo ..., sentí que... no sé, no entiendo y me siento mal.

El hombre la tranquilizó.

-Quedate tranquila, pronto vas a entender todo.

Muy temprano en la mañana Micaela quiso ver al potrillo. Gonzalo la acompañó al establo. El potrillo estaba apartado, en un box pequeño, al que recientemente le habían acomodado la paja. Su boca, todavía manchada de leche, indicaba que recién se había alimentado. Al lado, una yegua joven que había parido recientemente, había oficiado de madrina. Un brasero cercano mantenía el rescoldo de la noche anterior. Un jergón en el piso indicaba que Sepé había pasado la noche allí.

El potrillo lanzó un relincho cuando los vio. Micaela se acercó y le acarició el hocico, el animal se restregó satisfecho. Micaela miró a Gonzalo con ojos brillantes.

-¿Me lo puedo quedar?

-Vos lo trajiste al mundo, es justo.

-Le voy a buscar un nombre- abrazó al potrillo que relinchó contento.

Cuando salían del establo el animalito continuaba chillando reclamando su compañía.

Micaela estaba feliz.

Pasaron el resto del día recorriendo el campo. La casa estaba en perfectas condiciones, al igual que los establos, la casita del fondo y el alojamiento de los peones. Los baños estaban limpios y las herramientas aceitadas y engrasadas, según correspondiera. Los alambrados estaban bien mantenidos y las picadas en los montes se mantenían abiertas. En un playón del estero se había construido un pequeño muelle de troncos al cual estaban amarrados un pequeño bote con motor y una canoa. Todo lucía en perfecto estado.

-¿Quién mantiene esto?- preguntó Micaela.

-Sepé...

La mujer hizo un gesto que expresaba admiración.

Cabalgaban muy juntos, al paso. Y habían comenzado a subir la leve pendiente de uno de los cerros chicos.

-¿Quién es Sepé?, tiene algo raro...

Gonzalo sonrió.

-Es un indio.

-Sí, eso es evidente...

-No quiere hablar de sí mismo. Sepé quiere decir hombre sabio, dicho de otra forma, es un chamán. Un día dice que tuvo un sueño y se vino para el interior, apareció por acá pidiendo trabajo. Yo lo conocía de antes...- Micaela vio cierta vacilación en la interrupción de Gonzalo- el hecho es que necesitaba peones para la yerra y lo tomé. Y empezamos a hablar...- Gonzalo quedó pensativo.

-¿Qué pasa?

-Nada, parece increíble, pero hay tanta cosa que tenés que saber, tanta cosa. El indio te va a contar.

-¿Él?

-Sí, habla, escribe, ha estudiado cosas.

Micaela movió la cabeza con asombro. Estaban llegando a la cima del cerro. Se detuvieron. La vista en derredor era hermosa. Desde allí veían gran parte del campo. El casco completo, el monte cercano a la casa, el borde sur del estero con su muelle...

-¿Y dónde anda Sepé?- preguntó Micaela.

-Iba al establo chico a ver al potrillo.

-Entonces, ¿quién se llevó la canoa?- Micaela señalaba hacia el muelle del estero donde el bote se veía solitario.

Gonzalo suspiró antes de responder.

-Debe ser Andrés, el jinete que viste ayer.

-¿Y quién es ese, es un peón?

Gonzalo negó con la cabeza.

-No, no, ya te voy a contar después.

-¿Y por qué no ahora?

-No, tiene que estar Sepé, hay mucha cosa...

Micaela lo miró sin expresión.

-¿Te importa si me quedo sola?, quisiera pensar.

Gonzalo asintió con la cabeza

Micaela condujo su caballo cerro abajo. Gonzalo la siguió con la mirada.

Micaela volvió cuando anochece. Gonzalo estaba encendiendo los faroles de la casa y había preparado el mate.

-¿Cómo te fue?

Micaela se encogió de hombros.

-Anduve por ahí, recorrí un poco el estero, pasé la tarde con el potrillo. Tengo hambre...

Gonzalo le tendió un mate. Micaela se sentó y tomó en silencio, la mirada perdida en la llama de la lámpara de querosene. Gonzalo vio que el humor de la mujer había cambiado en forma evidente. Se mostraba hosca, retraída, con un poco de agresividad.

-Voy a la cocina a comer algo, después me voy a acostar- dijo con brusquedad. Gonzalo no respondió, se limitó a tomar el mate que ella había puesto con cierta violencia sobre la mesa.

Micaela despertó de madrugada. Quedó muy quieta en la cama tratando de identificar dónde estaba y qué la había despertado. Escuchó. Algunos pasos rápidos y la voz agitada de Gonzalo le indicaron que algo estaba pasando. Se vistió rápidamente y se dirigió al estar.

Cuando entró, Gonzalo y Sepé la miraron con expresión grave.

-¿Qué pasó?

-El potrillo...

Micaela tomó una linterna y salió corriendo de la casa y se dirigió hacia el establo. Gonzalo intentó detenerla.

-¡Espera, Mica, espera!

Pero Micaela corría sin que pudieran alcanzarla. Entró al establo y corrió hasta el fondo. Se detuvo como clavada al piso cuando divisó la enorme mancha de sangre. Caminó, despacio, con el terror apretando su garganta. Con el haz de luz de la linterna siguiendo aquella mancha oscura y brillante. Y lo vio. Tendido en el piso, los ojos sin vida, y el enorme tajo en el cuello que seguía sangrando lentamente.

Micaela rugió, el dolor la invadió, ocupó toda su mente. Y su mente se apagó.

Despertó en el living de la casa. Estaba sentada en uno de los cómodos asientos y cubierta con una frazada. Gonzalo la sacudía suavemente y le ofrecía un café. Más atrás, Sepé mateaba pensativo, el perro echado en la entrada.

Micaela se sentía un poco aturdida, tomó la taza de café y bebió un sorbo.

-¿Cuánto tiempo...?

-No mucho, unos minutos- contestó Gonzalo.

Micaela bebió otro sorbo de café. De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas, miró interrogante a Gonzalo.

-Fue el Cario- el indio había respondido a la muda interrogante –pero ya lo van a agarrar, no llega a mañana.

Micaela terminó el café tomando despacio, la cara sin expresión, en un raro contraste con alguna lágrima que se deslizaba por su mejilla.

-Andá a dormir, Mica- dijo Gonzalo.

-No, no quiero dormir. Quiero saber todo.

Gonzalo suspiró y miró al indio. Este asintió en silencio.

-Está bien- Gonzalo acercó un asiento a donde estaba la muchacha y comenzó a hablar. Le hablaba muy despacio, en un tono monocorde, mirándola a los ojos. Hablaba de cosas sin importancia, le contaba de su estadía en París, donde estudió etnología por un año, de sus investigaciones en psicología, en historia. Micaela comenzó a pestañear, un extraño y leve sopor la invadía mientras escuchaba la voz. Ahora solo sentía el sonido, casi sin percibir el sentido de la charla.

Gonzalo elevó apenas la voz.

-Contame qué hiciste ayer Micaela.

Ella lo miró interrogante, casi saliendo de ese estado de sopor.

-Haceme caso, cerrá los ojos y contame qué hiciste ayer, con detalles.

Micaela empezó a contar todo, cuando estaba por llegar a la instancia con Benito se agitó un poco.

Gonzalo se percató.

-Ahora contame qué hiciste el día anterior.

Micaela empezó a contar.

-Ahora vamos a la semana anterior, elegí un día, cualquiera, y contame.

Micaela quedó un instante en silencio y comenzó a contar con voz pastosa, sus ojos cerrados, su cuerpo relajado se había recostado contra el sillón. Casi no pensaba en lo que decía, su voz salía sola, sin esfuerzo. Ahora estaba escuchando a Gonzalo que le hablaba.

-... y nada malo te va a suceder, yo voy a controlar todo y no vas a decir nada que no quieras, tenés que tener confianza, yo te voy a proteger y nada malo vas a sentir... Vamos ahora al año pasado, un día cualquiera, el de tu cumpleaños.

Y ella continuó hablando. Con mucho cuidado, muy lentamente, Gonzalo la condujo un año más atrás, y diez años más atrás..

-... y ahora vamos a tu infancia, tenés tres años...

Micaela siguió contando las imágenes que veía, como relámpagos aparecían sus juguetes, sus mascotas, su padre...

-Ahora contame cómo te sentís.

Y la joven habló y contó todo, su voz era la de una niña.

-Ahora vamos a tu nacimiento...

Micaela comenzó a ver extrañas imágenes y se sintió agitada.

-Tranquila, tranquila, te estás viendo, no estás sintiendo, te estás viendo.

-Siento que me ahogo, me ahogo, y me duelen los ojos, la luz es insoportable, y el ruido, todo me duele, y algo raro, algo que no sentí nunca.

Micaela se agitó.

-Tranquila, tranquila, estás sintiendo tu propio peso. Tranquila, ya naciste. Respirá.

Micaela respiró hondo, Gonzalo esperó hasta que su respiración se normalizó.

-Ahora vamos atrás...

Los hombros de Micaela cayeron, su mandíbula colgaba. Gonzalo continuaba induciendo el retroceso.

Más, mucho más, atrás, cientos de años atrás.

Lentamente, muy lentamente, la mujer se fue encogiendo, se hizo un ovillo y después se enderezó.

-Todo está oscuro- dijo.

-¿Cómo te sentís?

Ella se encogió de hombros.

-¿Quién sos?

Micaela volvió a encogerse de hombros.

Gonzalo miró a Sepé, el indio movió la cabeza afirmativamente.

-¿Dónde estás ahora?- preguntó Gonzalo.

-Estoy en el arroyo...

Micaela se frotaba la mano izquierda con fuerza y expresión de dolor.

-Voy a morir, tengo que asegurarme de que todo siga, que todos sepan. Las voy a preparar.

Quedó un instante en silencio. De pronto levantó su mano derecha, la llevó hacia la cabeza y con los tres dedos centrales dibujó en su frente tres líneas verticales.

Gonzalo miró a Sepé.

Sepé le habló rápidamente, en una lengua extraña, cortante.

Micaela respondió en el mismo idioma.

El indio asintió.

-Sí, sí- dijo el hombre –traela de vuelta.

Gonzalo, con mucha calma, fue induciendo las mismas etapas en sentido contrario hasta llegar al presente.

Las facciones de Micaela se recompusieron.

-... y ahora vas a despertar, y vas a conservar el recuerdo de todo lo que viste y sentiste. Va a ser un recuerdo sereno, sin sufrimiento, sin dolor. Nada va a molestarte. Al finalizar la cuenta abris los ojos. Tres..., ahora sentís tu cuerpo..., dos..., ahora estás en este tiempo..., uno..., ahora estás en este espacio y abris los ojos sintiéndote muy bien.

Micaela abrió los ojos, su expresión era de profunda calma. Miró a los hombres, miró a su alrededor y suspiró. Quedó muy pensativa.

-¿Qué fue todo eso?- preguntó con calma.

-Un pequeño viaje al inconsciente colectivo - respondió Gonzalo.

-Jung... -dijo Micaela con cierta duda.

-Sí, es difícil de aceptar, pero yo lo investigo hace años. Y tuve muchas evidencias de ello. Lo que hice fue condicionar tu mente para retroceder en el tiempo, y cuando estaba en pleno retroceso fuimos más allá, antes de tu nacimiento. La mente puede hacerlo en determinadas condiciones de conciencia. Es algo muy discutido, pero a veces es el único recurso...

-¿Recurso para qué?

-Necesitamos comprobar cosas de vos, necesitamos saber más.

-¿Por qué?

-Son requisitos de tu familia para entregarte El Estero, además, hay cosas que tenemos que averiguar, cosas que nos faltan, tenemos...

La muchacha lo interrumpió.

-¿Qué es lo que quiere mi familia, quiénes son los que tienen que saber cosas, qué está pasando?- preguntó con cierta violencia y con ansiedad.

-Es un pedido de tu madre...

-¿¡Mi madre!?- exclamó con asombro.

Sepé se acercó a Micaela y se sentó a su lado. Le pasó la mano por la cabeza.

-Tranquila, m'hija, tranquila- le dijo.

Micaela se tranquilizó, repentinamente se sintió muy bien.

-Tenés que dormir, Mica. Y vas a soñar. El sueño va a poner todo en orden.

Micaela sentía que la mano áspera del hombre sacaba toda la ansiedad de su cuerpo, y una agradable somnolencia la invadió.

-Sí- dijo con un largo bostezo -mejor dormir y mañana hablamos.

Gonzalo suspiró con alivio.

Micaela soñó. Sus sueños no fueron muy reveladores, era solamente aquella cosa..., algo que veía y que no entendía bien, pero que la dejaba con la sensación de algo que comenzaba, con el alivio de un camino cierto.

Cuando despertó el sol estaba alto y la casa en silencio. Los ruidos del campo la trajeron a la realidad.

Micaela se levantó, se sentía extrañamente descansada. Fue al baño y se higienizó. Cuando el agua helada mojó su cuerpo recordó al potrillo. Sintió rabia, sintió una gran angustia. Al recordar las instancias que siguieron, Micaela se dio cuenta de cómo su estado de conmoción había sido aprovechado por Gonzalo para aquella extraña experiencia. Y Sepé... Ahora los recuerdos de la madrugada tomaron cuerpo en su mente. Y de alguna manera todo tenía que ver con la cosa aquella con la que había soñado.

Micaela se vistió y salió. No vio a nadie. Los ladridos del perro de Sepé le llegaron algo lejanos desde atrás de la casa.

“Están en el establo”

Micaela se dirigió hacia allí.

Cuando se aproximaba vio a los dos hombres muy quietos mirando hacia el borde de un monte de abrigo. Y al llegar a su lado quedó paralizada por el horror. Cabeza abajo, con las piernas muy abiertas y un pie atado a cada eucalipto, colgaba el cadáver de Benito. Su vientre estaba abierto por un enorme tajo, las vísceras derramadas colgaban hasta el piso, mordidas y destrozadas. Los ojos desorbitados y la boca atada por un trapo denunciaban

que había muerto lentamente, mientras sus propias tripas caían por su cara y eran devoradas por los cerdos.

-Lo abrieron como a un chanco...- fue la expresión que escapó de los labios de Micaela. Gonzalo y Sepé se volvieron hacia la mujer.

-¿Quién lo hizo?- preguntó Micaela.

Antes que le respondieran Micaela percibió una sombra que se movía en el interior del monte. Era un jinete que se aproximaba a donde estaban ellos. Cuando apareció a la luz del sol lo reconoció, era aquel extraño, Andrés, según le había dicho Gonzalo.

El hombre la miró, muy intensamente, un brillo casi demencial se reflejaba en sus ojos, casi ocultos por el ala del sombrero. Tenía el torso desnudo, algún arañazo y un par de moretones denunciaban la dura pelea con el capataz.. Y las manchas marrones en sus manos y en sus pantalones denunciaban la sangrienta faena posterior. El hombre habló con voz ronca.

-Vayan, yo me hago cargo del cuerpo de este cerdo.

-¿Qué vas a hacer, Andrés?- preguntó Gonzalo.

El hombre miró a Micaela antes de responder.

-Me voy, ahora que ella está aquí y el cerdo murió, me voy..., con Gabriela.

Gonzalo asintió en silencio. El hombre, sin dejar de mirar a Micaela, continuó hablando.

-Contale, Sepé, contale y llevala al camino de su gente. Si no es así..., acá termina todo.

-Va tranquilo, Andrés, yo me ocupo- dijo el indio.

El jinete se dirigió a Gonzalo.

-Y después, cuando ella termine, traela, Gonzalo, traela con nosotros. No queda mucho tiempo, vos sabés como es allá.

Gonzalo movió la cabeza asintiendo sin ganas.

-Sí..., ya lo sé- dijo finalmente lanzando un largo suspiro.

El hombre miró una vez más a Micaela, pasó los tres dedos centrales de su mano derecha por el medio de su frente en un movimiento descendente, y se volvió. Micaela pudo ver a lo largo del centro de su espalda una línea de cortas cicatrices, antiguas y violáceas, que ascendían, se dividían y bajaban por sus hombros y la parte posterior de sus brazos. Se fue, y al paso lento de su caballo la sombra del monte lo fue tragando.

Un silencio espeso se hizo en el campo.

Más tarde, cuando los tres estaban finalizando un frugal almuerzo, Sepé preguntó:

-¿Qué soñaste m'hija?

Micaela dejó a un lado el resto de queso con dulce de membrillo, bebió un poco de vino y pensó.

Tomó un pequeño trozo de carbón de la estufa, y en una servilleta de papel hizo un dibujo.

-Soñé con esto- dijo acercando el dibujo a Sepé.

El indio lo miró y asintió satisfecho, se lo pasó a Gonzalo. Gonzalo lo observó y miró al indio.

-La huaca- fue el comentario de Sepé y mirándola con respeto agregó -Estás en el camino, m'hija. Ahora te vamos a explicar.

Micaela se acomodó y prestó toda su atención. Gonzalo encendió una pipa y Sepé comenzó a armar un naco alisando cuidadosamente la chala con un pequeño cuchillo.

-Yo tuve que aprender a leer para saber quienes somos...- comenzó diciendo el indio.

Y Sepé comenzó a contar la historia de la gente que sueña.

Hacía ya varios años que la risa fácil había huido de la expresión de Tahuel. Todo en él se había transformado. Su gesto era adusto, de permanente concentración. Su cuerpo, expuesto al permanente caminar y cazar, se había vuelto más cuadrado, mucho más musculoso, las piernas poderosas, las manos anchas. Su equipamiento personal, al igual que el de todos en la tribu, había sido reducido a lo imprescindible, apenas un cuero de puma para protegerse de la intemperie durante la noche o durante el invierno, un morral pequeño, también de cuero, en el cual guardaba unos pocos enseres como puntas de piedra, algún punzón de madera y otro de piedra, y un pequeño cuchillo del mismo material. A la espalda, el arco y algunas flechas.

Tahuel se había transformado en jefe indiscutible. Su capacidad para la caza, su fortaleza física, el episodio del puma y su resistencia a toda prueba lo erigían como el hombre más fuerte y más temido en una confrontación donde hubiera de dirimirse el poder.

Pero el verdadero poder de Tahuel provenía de su capacidad para organizar, para discernir más allá de cualquier duda sobre el camino correcto o la mejor decisión, para convencer y para persuadir. Tahuel era un fenómeno de liderazgo natural producto del entorno. Un entorno y una circunstancia de vida que habían cambiado la organización social de los chonik. Ya no estaban los clanes matriarcales de antaño, y las familias no se constituían alrededor de una machi o una mujer de respeto, ahora los grupos humanos dependían de un hombre diestro, de un cazador. Y estos cazadores se agrupaban bajo el mando natural de un líder: el mejor cazador, el más fuerte, el que los guiara en la lucha por la sobrevivencia.

Los chonik basaban su conformación social y su organización en la caza y en los consiguientes desplazamientos. Se agrupaban en un número no mayor de veinticinco o treinta individuos, el número que permitiera al grupo sobrevivir en base a las posibilidades de caza y recolección de la zona en que estuvieran. Y así el trabajo quedó claramente dividido en esas dos tareas, la caza para el hombre y la recolección para la mujer.

Los implementos de caza se habían modificado a los efectos de un mejor rendimiento. El arco se había transformado, era mucho más potente. Tahuel le había atado unas costillas de ciervo por encima y por debajo de la parte central, aumentando considerablemente la resistencia y la potencia del arma. También las flechas eran mucho más elaboradas. La caza no era ya algo predecible, como lo había sido durante la vida en las estribaciones de la montaña, donde se salía a cazar determinada presa de la cual se conocía muy bien donde encontrarla, así como su desplazamientos y costumbres. Ahora todo había cambiado.

Hacía dos años que la tribu se desplazaba detrás de la caza siguiendo el curso del río, cazando en el monte circundante y a veces en la enorme sabana que se extendía infinita más allá del monte, amarilla, reseca por los meses de frío y una atroz sequía que ya duraba casi tres años. La tribu no sabía lo que iba a poder cazar cada día, por lo tanto, tal vez tuviera que utilizar las flechas de punta redonda para abatir los pájaros, o bien las de larga punta aserrada para cazar algún pez, o, con un poco de suerte, las de dura punta de piedra para abatir algún animal de cuero duro.

Los cazadores no buscaban la pieza más grande, ni la más numerosa. Su actividad predatoria estaba instintivamente dirigida a lo que les proporcionara más proteínas con el mínimo esfuerzo. Dejaron entonces de correr tras los esquivos y escasos guanacos y se concentraron en el oso hormiguero, el tatú, el ñandú, el venado -dependiendo del lugar y situación-, y ocasionalmente los peces. Mientras tanto, las mujeres buscaban el fruto más abundante, el que tuvieran más al alcance y con menor esfuerzo, o bien las almejas, caracoles y ranas en la orilla de los arroyos.

Esa economía en la obtención de recursos había sido crucial para la supervivencia del grupo de Tاهuel y otros grupos similares con los que ocasionalmente se veían.

Mientras que otros, sin poder adaptarse a la situación, o insistiendo en antiguas prácticas, o bien en grupos demasiado numerosos o demasiado escasos, habían fracasado con la consiguiente extinción.

En sus prácticas sociales los chonik habían perdido el nguillatún, aunque Tاهuel, cada vez que podía, promovía el fuego comunal nocturno. El líder cazador había sustituido a la figura del Lonco, pero una reserva importante de sabiduría y de caudal espiritual se mantenía en la machi. No era como antes en cuanto a su pompa y relevancia social en los homenajes, pero no había perdido ni una sola de sus atribuciones en lo que hace a la predicción y orientación espiritual de la tribu. Y cuando los grupos se reunían una o dos veces al año para mantener el sentido de nación, era Tاهuel la máxima autoridad social y era la machi, Cuelén, la máxima autoridad espiritual ante la cual, el mismo Tاهuel bajaba la cabeza y sometía su espíritu.

Pero Tاهuel, en su preocupación por mantener a su gente a salvo, por mantener sus virtudes y valores, sus tradiciones y costumbres, se había transformado en un hombre solitario. El cacique experimentaba lo que cientos de miles de líderes sentirían a lo largo de los siglos: la profunda e implacable soledad del que manda. Y eso había afinado su instinto hasta poder anticipar las circunstancias de peligro o de conmoción. Él siempre sabía donde iba a surgir el problema.

Fue precisamente esa cualidad, desarrollada y cultivada en sus horas de silencio y de soledad, que le permitió anticipar el ataque. Cuando sucedió, todos estaban preparados. Fue un ataque rápido, ineficiente, conducido por cinco individuos desordenados. Pero para los chonik fue todo un acontecimiento social, no estaban en absoluto acostumbrados a la guerra y nunca habían sido atacados o habían agredido a ningún ser humano. No entendían por qué razón aquellos hombres querían matarlos.

La previsión de Tاهuel quiso que la tribu estuviera agrupada, los hombres en el borde y las mujeres y niños en el centro, recostados contra un arroyo. Varios jóvenes fueron puestos como centinelas adelantados y armados con flechas de punta de piedra. No era una táctica de defensa de los chonik contra ataques de humanos, era tan solo una medida de protección nocturna para que los pumas no le robaran ningún niño pequeño, cosa que ya había sucedido con anterioridad. Pero ahora, Tاهuel estaba presintiendo una nueva amenaza y extremó la medida agregando dos hombres más. Fue uno de estos hombres quien detectó primero el peligro y alertó con un silbido.

En el combate que siguió, desordenado y confuso, fue herido levemente uno de estos centinelas y los demás repelieron la agresión matando a dos de los atacantes con certeros flechazos.

Cuando todo finalizó y los chonik vieron los cadáveres comprendieron los motivos del ataque. El cuerpo y el rostro de los infelices hablaba por sí solo con el viejo y conocido idioma del hambre. Los huesos de sus cuerpos y de sus caras saltaban por encima de un pellejo macilento y seco, los ojos hundidos y los dientes casi inexistentes de roer raíces. Los arcos de los hombres eran pequeños y débiles, acorde a lo que podían tensar en ese estado de debilidad. Su cuerpo intensamente tostado y con evidentes muestras de deshidratación los mostraba como cazadores de sabana, hombres que vivían en permanente exposición al sol. Seguramente su dieta era deficiente y escasa.



Tahuel quedó muy pensativo cuando observó a los atacantes. Ordenó el enterramiento. Los chonik conservaban parte de su tradición, pero al no tener cueles cercanos levantaban un pequeño montículo y allí en el centro enterraban a sus muertos.

Esa noche, Tahuel cambió de lugar el campamento, lo corrió trescientos metros río abajo. Luego cortó unos cuantos pedazos de grasa, tomó un par de rescoldos de los que cargaba la tribu y se los llevó.

Cuando llegó al lugar del campamento anterior encendió un pequeño fuego en el extremo del monte, pinchó la grasa en una rama verde y la clavó en el centro de la pequeña hoguera. Tahuel se retiró unos metros dentro de la espesura y esperó. La grasa pronto comenzó a largar su olor penetrante mientras goteaba chirriante sobre el fuego.

Al rato Tahuel vio como los pastos de la sabana linderos al monte se movían. Y pronto una sombra delgada y silenciosa apareció reptando en dirección al fuego. Era un ser humano, seguramente uno de los que lo habían atacado aquel día. El hombre se acercaba, se detenía, escuchaba, husmeaba el aire y miraba a un lado y a otro. Y así hasta estar a pocos metros del fuego. Allí, sus sentidos no podían percibir otra cosa que no fuera aquel pedazo de grasa asándose sobre las brasas.

Tahuel lo rodeó en silencio y, cuando el individuo estaba por tomar la grasa, saltó sobre él y le atenazó el cuello. El pobre hombre chilló y se sacudió sin poder soltarse. Tahuel lo arrastró monte adentro para protegerse de cualquier ataque desde la sabana. Redujo rápidamente al individuo cuyas fuerzas eran escasas. Cuando vio que no ofrecía más resistencia, Tahuel aflojó muy despacio su apretón en el cuello. Sin soltarlo lo llevó hasta el fuego. Sacó una flecha de su carcaj ante la mirada de terror de su prisionero, lo miró muy fijo a los ojos y pinchando un trozo de grasa lo acercó lentamente a la boca del hombre. El pobre comenzó a mirar la grasa y su boca comenzó a babear. Tahuel, muy despacio, introdujo el trozo de grasa en la boca del su prisionero. El hombre comenzó a masticar al tiempo que sus ojos lloraban. Tahuel lo soltó. El hombre masticó y masticó, no solo por la dificultad de tragar algo después de tanto tiempo sin alimento, sino por prolongar indefinidamente ese instante de alivio y felicidad.

Tahuel pinchó otro pedazo y se lo ofreció. El hombre miró la grasa con avidez, y luego miró a Tahuel y hacia la sabana. Tahuel comprendió y se apartó. El hombre gritó algo y un par de sombras delgadas aparecieron reptando, miraron con desconfianza hacia donde estaba Tahuel, el hombre volvió a hablar y los dos se abalanzaron sobre los restos de grasa que humeaban sobre los rescoldos. Los tres comieron agachados, devorando con avidez, en un silencio solamente interrumpido por sordos gruñidos de satisfacción.

Cuando terminaron permanecieron muy quietos, mirando los restos del fuego. Tahuel se les acercó y los observó de pie, mientras ellos permanecían agachados, la cabeza baja, en una evidente señal de sumisión a aquel que los había vencido y que les daba alimento. Tahuel levantó a uno de ellos por el cabello y le miró el rostro muy de cerca. Era muy joven, y el hambre había pintado su huella en la expresión de su cara. El joven no pudo sostener la mirada de Tahuel y bajó los ojos. Tahuel los levantó a todos y, a empujones los llevó caminando delante de él hacia el campamento.

Cuando se aproximaba silbó. Siguió sin detenerse. Sus escoltas alcanzaron a ver la sombra de uno de los centinelas del campamento bastante antes de llegar al núcleo principal. Los prisioneros fueron recibidos con una mezcla de rencor y curiosidad, y algún guerrero intentó un golpe hacia ellos.

Pero pronto la opinión de Tahuel se impuso: debían ser alimentados y tratados bien hasta que se repusieran. Nadie protestó más.

Los miraron y los revisaron sin ninguna clase de pudor, como si fueran una nueva presa. Durante la revisión descubrieron dos cosas: uno de ellos llevaba un extraño artefacto formado por tres bolas de piedra atadas, cada una de ellas, a un largo tiento de cuero y unidas en el centro. Miraron con curiosidad el artefacto y comenzaron a discutir acerca de su uso, pero Tahuel, rápidamente reconoció un arma y lo tomó para sí. Después preguntaría cómo se usaba. Lo otro que descubrieron fue que uno de los prisioneros era mujer. La atroz hambruna sufrida, las consiguientes privaciones y sufrimientos, habían unificado las formas de esa pobre gente hasta casi perder los rasgos fisonómicos que marcaban la diferencia de sexo. Todos se habían transformado en unas criaturas delgadas, secas, con ojos saltones y pómulos salientes, todos con la misma expresión de labios delgados y contraídos, de dientes pequeños y gastados que se veían casi permanentemente en una mueca que parecía una sonrisa de crueldad. Todos tenían los cabellos largos, sucios y enredados que les ocultaban la cara. Todos tenían un pecho hundido, un vientre abultado y caderas estrechas. Ese día, con una firme decisión, Tahuel transformó a aquellos despojos en seres humanos. Y ese día Cuelén habló y profetizó. Y así todos supieron que siempre, a lo largo de los siglos, una característica de su nación sería la de acoger y proteger al extraño, al que busca comida, al que busca refugio. Sin pedir retribución, tan solo dando cumplimiento a un equilibrio mucho mayor que rige a los humanos, un equilibrio solo entendido por una percepción superior como la de la machi.

Los extraños se integraron a la tribu. Al principio muy despacio, manteniéndose unidos entre ellos y sin apartarse mucho de Tahuel, quien los interrogaba pacientemente todos los días. Tahuel quería saber todo acerca de ellos y los lugares de caza, pero lo más importante para el jefe era una cosa: saber dónde había más gente, dónde podrían encontrar alguien con quien intercambiar o de quien cuidarse.

Así fue que Tahuel supo de los grandes guerreros que recorrían los ríos, de los lugares de caza y quién los dominaba, de los cazadores lacustres del norte, de los que vivían en las montañas, y de gente desconocida hacia donde sale el sol. Supo de los climas templados del norte y de la aridez implacable de la sabana, y presintió la sequía, el frío y el hambre de esa zona. Tahuel comentaba con Cuelén todo lo que se enteraba y la machi asentía en silencio, confirmando sus visiones y predicciones.

A medida que las barreras del idioma fueron cayendo, la nueva gente se fue separando de Tahuel, y la integración con los demás fue mayor, como si el cacique hubiera determinado que algo se había cumplido y que ellos debían alternar con los de su jerarquía. Cada uno de ellos fue haciendo sus amistades personales, estableciendo sus preferencias y ganando su espacio. Y Tahuel volvió a su dura soledad.

Cuando los nuevos se fortalecieron, cuando la nueva dieta restituyó sus fuerzas físicas y la irrigación cerebral tuvo un nuevo caudal, los nuevos se revelaron como hábiles cazadores y rastreadores, y enseñaron la confección y uso de boleadoras a toda la tribu. Esto redundó en un inmediato enriquecimiento de la dieta al cazar mucho más fácilmente al ñandú y a algún otro animal corredor. Las boleadoras se integraron como artículo indispensable entre el equipamiento de los cazadores. En la sincronización que requería la caza en conjunto, en el compartir, en el diario dar, recibir y retribuir, en la risa y en el canto de los fuegos comunales, los nuevos dejaron de ser extraños y fueron parte integrante de los chonik, incluso Saura, la mujer.

Saura era una mujer ya hecha, de unos veinticinco años. Aunque muy desgastada por el hambre, pronto comenzó a recuperar sus formas y se transformó en una mujer fuerte y, si bien no era muy bonita, era lo suficientemente atractiva para interesar a algún hombre de la

tribu. Saura tenía otra característica, era la que menos hablaba, la que menos se integraba, la que más observaba y aprendía. Y pronto se dio cuenta de cuál debía ser su lugar: Saura pasó a ser inseparable de Cuelén. Silenciosamente, se pegó a la machi acompañándola en todos sus quehaceres, la ayudaba, la servía y se mantenía prudentemente en silencio y apartada cuando Cuelén así se lo exigía al realizar alguno de sus misteriosos rituales. Saura trabó una fuerte amistad con Manti, y al fin, resultaba algo natural para todos el ver a las tres mujeres siempre juntas, desapareciendo en el monte por horas, o bien realizando extrañas ceremonias en la cima de alguna loma.

Cuelén había observado con mucho cuidado a la recién llegada antes de permitirle participar de sus actividades. Todo cambió una noche, cuando la sorprendió fumando. Saura había quemado unas semillas de cebil y se había cubierto con una estera de juncos para evitar que escapara el humo y poder absorberlo con todas sus fuerzas. Cuelén esperó a un lado, en silencio. Cuando la joven terminó quitó la estera que la cubría y quedó muy quieta, sentada, un leve balanceo movía su cuerpo y sus ojos bizqueaban.

Cuelén se le acercó, la tomó por los hombros y miró muy fijo adentro de sus ojos. Saura dijo una sola cosa: “Tupán...”, y cayó desmayada. Cuelén permaneció a su lado, con la cabeza de Saura apoyada en su regazo, la vista perdida mientras respiraba con fuerza las últimas volutas de humo de cebil. A partir de ese día integró a Saura a sus actividades, y la mujer dejó de cazar y de juntarse tanto con sus compañeros.

La compañía de Cuelén trajo un nuevo respeto para Saura dentro de la tribu, y la mujer, consciente de ello, comenzó a tener otro porte, otra actitud. Arregló su pelo como las demás mujeres, vistió igual y habló su idioma, pero su comportamiento indicaba, sutil pero evidentemente, una jerarquía superior. Rápidamente Saura percibió todo y también se dio cuenta de qué era lo que le faltaba para consolidar su posición. Y decidió conseguirlo.

Fue durante una noche muy fría. El fuego comunal había finalizado y todos se retiraron rápidamente a sus toldos para dormir abrazados. Los chonik habían formado grupos en torno a cazadores y durante las noches de frío dormían juntos, agrupados en familias y protegidos por los cueros y estereras que el conjunto poseía.

Los muchachos jóvenes ocupaban sus puestos de vigilancia, alguna silueta se deslizaba silenciosa para ir a orinar al lugar destinado para las necesidades fisiológicas, algunos gemidos se escuchaban más allá, inequívoca señal de que la danza del amor continuaba por encima de cualquier cosa.

Tahuel había quedado solo frente a los rescoldos, estaba mirando fijamente el resplandor mientras pensaba en las posibilidades de caza para los días siguientes, en las provisiones que quedaban, en los muchachos que debían ser entrenados como cazadores, en... Los gemidos de la pareja no lo dejaban pensar.

Una vez más volvió a su mente la imagen de los oscuros ojos de Saura que lo habían mirado fijamente desde el otro lado del fuego. Tahuel había devuelto la mirada. Tal vez fuera un gesto de desafío, nadie lo miraba así. Pero no, en los ojos de la mujer no leyó el desafío, en ellos se reflejaba una determinación. Y, por debajo, en el fondo de la mirada, algo que Tahuel casi había olvidado. Una ola de calor había invadido sus genitales y subido hasta su cara. La mujer, al verlo, había cambiado muy sutilmente su expresión y bajando los ojos se había retirado a la zona oscura de la reunión.

Tahuel decidió olvidar todo eso, lo alteraba, no le permitía pensar con claridad. Se levantó y fue a su ronda nocturna. Tahuel recorría los puestos de los jóvenes centinelas para asegurarse que ninguno dormía. En varias ocasiones algún joven había sido despertado por un terrible mamporro del cacique.

Esa noche todo estaba bien. Golpeó amistosamente con su puño el pecho del último centinela y se retiró a dormir, solo, aparte de todos, como siempre.

Levantó su toldo hacia donde soplabla la brisa, clavó firmemente el palo en la tierra, enganchó la estera de juncos y se echó sobre su cuero. Al instante estaba dormido.

No supo cuánto tiempo después se despertó, pero sí se percató que su espalda tiritaba y el frente de su cuerpo recibía una cálida tibieza, algo vivo estaba muy cerca, muy cerca. Iba a saltar cuando percibió aquel olor, aquel aroma que tantas veces le hiciera apretar los dientes y los puños. Era olor a mujer. Un corto rugido salió del pecho del hombre cuando sintió que un cuerpo se recostaba lentamente contra todo su ser. Y las caderas redondas y firmes de una mujer acariciaron lentamente su bajo vientre. Tahuel creyó que enloquecía, su sexo casi saltó en la brutal erección y abrazó con fuerza a aquella mujer intentando penetrarla. Pero ella luchó para soltarse, clavó un codo en el hígado del hombre que la soltó con un bufido. Tahuel quedó quieto, esperando, intentando comprender. Entonces ella, con mucha suavidad, lo recostó y lo montó, comenzando a mecerse con mucha suavidad, su pelo caído sobre su cara. Tahuel sintió sensaciones nuevas, nunca había hecho el sexo de aquella manera, sus actividades en ese sentido eran rápidas, brutales y, normalmente, tomando a la mujer por detrás, como había aprendido de los animales. Cuando apartó los cabellos de la cara de la mujer ya sabía quién era, había reconocido el brillar de aquellos ojos entre la mata de pelo, el mismo brillo que observara a través del fuego comunal. Pero había algo más en su expresión. Tahuel reconoció, en aquellos ojos algo bizqueantes, el leve efecto del cebil, el suficiente para exaltar el sentido, antes de sumirse en los abismos inconscientes del trance. Y un mundo de posibilidades, de placeres desconocidos, de sensaciones intensas, invadió su pensamiento. Y al fin todo se disolvió, en el profundo placer, en la conjugación de los sentidos, mientras olía y saboreaba a esa mujer, mientras escuchaba su lamento animal en la consumación, mientras su sexo estallaba de placer... y mientras leía, sin poder evitarlo, en el fondo de aquellos ojos bizcos, el viejo y eterno momento de triunfo de la hembra.

A la mañana siguiente Tahuel apareció tarde en el campamento. Los que lo miraron con atención percibieron algo diferente en él, algo que fue totalmente claro cuando Saura apareció caminando detrás suyo, llevando el cuero y la estera del hombre, muy erguida y mirando a todos con cierto desafío. Nadie dijo nada, todos continuaron en lo suyo. Excepto la mirada helada que les dirigió Manti y la mirada de aprobación y alivio que les dirigió Cuelén, todo siguió su curso.

Cuelén supo que iba a morir cuando su madre le habló a través de la huaca. Al otro día Manti tuvo su primer sangrado menstrual. La machi llamó a su hija y a Saura, juntaron unas pertenencias y comenzaron a caminar. Nadie les dijo nada, estaban acostumbrados a las cosas misteriosas de la machi. Y nadie pensó que les pudiera acontecer nada, algo superior y tremendamente poderoso protegía a la machi.

Las tres mujeres caminaron y caminaron, salieron del monte y se adentraron en la sabana. La machi había indicado que solamente tomarían agua. Ni Manti ni Saura le preguntaron nada, solamente obedecían. Al caer la noche estaban muy cansadas y sus pasos eran lentos y cortos. Todo el día había transcurrido como en un sueño, bajo el permanente resplandor de un sol amarillo blancuzco que parecía martillar cualquier rastro de vida sobre el piso duro y pedregoso de la pampa reseca, tan solo cubierto por aquella delgada y eterna manta de pastos amarillos que se balanceaban lentos y casi sin vida de un lado a otro del horizonte. Habían perdido de vista el monte y la noche caía. Una brisa helada comenzó a

soplar, pero las mujeres, empapadas en sudor, y atontadas por el cansancio y el esfuerzo, no lo sentían.

Manti, debilitada por la pérdida de sangre, caía una y otra vez, y era Saura quien la ayudaba ante la aparente indiferencia de Cuelén. La machi sabía que el lazo que debería tejerse entre ambas mujeres era mucho más necesario que la atención que le pudiera brindar a su hija. Era necesario recomponer la amistad entre ambas. Una amistad que habían quedado un poco maltrecha a partir de la relación de Saura con Tahuel. Porque Cuelén tenía preparada una instancia importante para ellas, una instancia definitiva e imprescindible para el futuro de la tribu.

En el horizonte, a la luz de la luna llena, se recortaba una suave colina. Hacia allí se dirigió Cuelén. La colina estaba más lejos y era un poco más alta de lo que parecía en un primer momento. Al llegar a la cima las mujeres jadeaban agotadas. Cuelén abrió su morral sacó unas cuantas semillas de cebil y comenzó a molerlas pacientemente mientras su jadeo iba disminuyendo. Manti y Saura la observaban en silencio. Cuando las semillas se transformaron en un polvo marrón claro, Cuelén sacó la huaca de dentro de su bolso. Saura miró al piedra con atención y curiosidad, mientras Manti se mantenía en una actitud de respetuoso silencio. Cuelén murmuraba algo en voz baja mientras ponía un poco de polvo de cebil sobre la huaca. Cuando terminó miró a su hija y a Saura muy fijamente. Tomó el resto del polvo de cebil y lo colocó sobre una tablita de madera. Sacó un pequeño tubo de junco y aspiró un poco del polvo. Se lo pasó a sus dos compañeras que repitieron la operación.

Cuelén esperó un rato. Cuando vio que el cebil comenzaba a hacer efecto en las mujeres Cuelén comenzó su canto agudo y melancólico, el mismo que había entonado tanto tiempo atrás en las cumbres, de cara al Gran Huanca.

Sin dejar de cantar la machi sacó de su morral una cuantas varillas de caña de unos siete u ocho centímetros de largo por uno de ancho, con punta en ambos extremos y muy afiladas en sus cantos. Con mucho trabajo atravesó la parte inferior de su antebrazo, cerca de la muñeca, con una de las varillas. Lo hizo cuidadosamente, levantando la piel, sin herir el músculo. Cuando fue a insertar la siguiente varilla Saura la asistió. Y siguieron insertando varillas de caña hasta el hombro. Ocho varillas de caña atravesaban la gruesa piel de cada uno de los brazos de Cuelén al finalizar la operación. La machi miró a Saura, era su turno. Pero cuando iban a comenzar fue Manti quien asistió a la mujer y clavó una a una las varillas en sus brazos. Y, finalmente, ambas mujeres, con los brazos chorreando sangre ayudaron a la pequeña Manti a sufrir la flagelación.

Cuando terminaron, Cuelén las tomó de las manos y juntándolas por los puños, dejó que la sangre de las tres cayera abundante sobre la huaca. Así permanecieron por mucho tiempo, hasta que el cebil, el ayuno y el dolor las llevaron al trance. Y Saura dijo en un hilo de voz: “Tupán...”

Y las visiones compartidas comenzaron. Los antepasados aparecieron y les mostraron los tiempos anteriores y los tiempos por venir, como lo habían hecho antes con Cuelén. Las mujeres hablaron con el “amigo”, la entidad que las protegería y aconsejaría en la vida. Con el “amigo” vieron la historia de los chonik, vieron su presente y su futuro, vieron cómo a lo largo de tiempos infinitos morían y nacían una y otra vez, vieron como la nación olvidaba su nombre y cómo eran nombrados por gente extraña. Vieron la muerte y el hambre, la guerra y el sufrimiento. Pero a través de todo vieron cómo se mantenía el esfuerzo por ser una nación: la nación de la gente que sueña.

Cuando finalizaron, Saura y Manta cayeron arrolladas en medio del profundo dolor de lo vivido. Y Cuelén, como había hecho tanto tiempo atrás, conjugó en dolor físico aquel atroz sufrimiento. Con su pequeño cuchillo de piedra procedió a cortar la falange del dedo meñique de cada una de sus compañeras. Saura apretó los dientes y un rugido ronco escapó de su pecho. La pobre Manti se desmayó.

Pero el sufrimiento del espíritu se había hecho carne una vez más. Nada podría destruir la fuerza moral de esas mujeres.

Cuelén podría caminar tranquila al encuentro de sus antepasados. Faltaba tan solo una cosa por hacer.

La machi habló para Tahuel y llamó a reunión de grupos. Al amanecer, los mensajeros, ágiles corredores, partieron para las zonas de caza guiados por los recientemente incorporados al grupo. Ellos habían venido de lejos, habían caminado mucho y sabían dónde iban a encontrar a más gente perteneciente a la nación. Debían ir todos, era, tal vez, un último nguillatún.

Los grupos comenzaron a llegar a llegar muchos días después. Algunos eran del tamaño de la banda de Tahuel, otros un tanto mayores. Todos venían con sus familias, todos habían adoptado las mismas estrategias de supervivencia y varios habían incorporado las boleadoras. Tahuel reconoció a muchos de sus compañeros chonik, pero con sorpresa encontró que mucha gente nueva había sido asimilada a la tribu. En esos años la nación había crecido hasta ser tan numerosa como antes. Eso produjo la consiguiente sorpresa y júbilo en todos ellos, se sentían más fuertes, más unidos, y para muchos había sido una sorpresa enorme haber sido convocados por gente que suponían muerta hace ya mucho tiempo. Y una vez más vieron la figura mística y protectora de Cuelén. Una vez más eran nación.

Con emoción, Saura y sus compañeros se reencontraron con algún familiar y varios amigos que creían muertos

Faltaba llegar tan solo un grupo, el de los grandes cazadores y guerreros, comentaban algunos.

Cuando aparecieron recortados en una loma, Tahuel supuso casi con certeza de quien se trataba. Eran muchos hombres y unas pocas mujeres con muchos niños, todos varones. Los hombres tenían aspecto fuerte, sus armas estaban en muy buen estado y parecía disciplinados, seguros y un tanto altivos. Su jefe se adelantó y se paró frente a Tahuel mirándolo fijamente. Los hombres hicieron una mueca que parecía una sonrisa y se golpearon el pecho con el puño. Y Tonque abrazó a Tahuel con la fuerza y el sentimiento de antiguos compañeros que se reencuentran después de haber pasado mucho tiempo y mucho dolor.

Una de las mujeres del grupo de Tonque se separó de sus compañeros y corrió hacia Cuelén. Era Paricún, la amiga que Cuelén había llamado noche tras noche en sus solitarios rituales de cebil y desangre. Paricún la miró:

-Me llamaste –dijo casi interrogante.

-Muchas veces –respondió la machi –te necesito.

Pasaron tres días de convivencia. Los hombres intercambiaron informaciones de la caza en diferentes lugares. Discutieron y acordaron sobre la mejor implementación y uso de las armas que habían desarrollado e incorporado. Hablaron sobre la eficacia de los nuevos arcos, las diferentes puntas inventadas, la utilidad de la guampa de ciervo para tallar filos prolijos y duraderos, el largo adecuado de los tientos de las boleadoras y el tamaño de las

piedras. Tonque contó de sus enfrentamientos con los temibles guerreros de los ríos y de cómo debían evitarlos.

En tanto, las mujeres intercambiaban sobre técnicas de recolección y rendimiento de los diferentes alimentos, hierbas y sus usos medicinales, de la forma de curtir mejor los cueros. Y en voz baja y en grupos muy pequeños, hablaban de las mejores técnicas abortivas, de la dudosa eficacia o la evidente ineficacia de determinadas hierbas y de los métodos a veces brutales con que algunos grupos controlaban la natalidad y seleccionaban el sexo. Mientras tanto, en los grandes grupos femeninos, circulaban las más variadas anécdotas de diferentes entidades que se llevaban a los recién nacidos. Desde los pumas o entidades misteriosas hasta un misterioso cuerito que repentinamente envolvía a la criatura y se la llevaba flotando por el río. Entre algún retazo de realidad y mucho de imaginación, las mujeres daban lugar al nacimiento de leyendas que durante siglos explicarían y harían tolerable la espantosa realidad del sacrificio de niños a que se veían obligados los grupos de cazadores recolectores a efectos de mantener un número de gente que hiciera sustentable la supervivencia. Nunca iban a recuperar los hábitos agricultores que tenían en las estribaciones de los Andes y que les permitían crecer sin sufrir. Pero otros medios de supervivencia, desconocidos hasta entonces, iban a hacer crecer a la nación de la gente que sueña.

Fue durante esos días que Cuelén inició a su amiga Paricún en el ritual de Tupán. La machi había tallado tres piedras iguales a su huaca, las consagró con la sangre del ritual y repartió una para cada una de las mujeres que las guardaron con respeto y celo.

Después de esos días de intercambio, cuando el sentido y el espíritu de nación había sido recuperado y el orgullo de pertenecer había ganado a los chonik, Cuelén hizo el anuncio.

-Voy a morir- dijo, erguida en medio del círculo de hombres, detrás estaban las mujeres y ancianos y al final los jóvenes y niños –pero hoy voy a indicar cómo será la vida del pueblo.

La machi habló, y sus palabras eran repetidas por voceros para que llegaran a todos en la reunión. Cuelén contó una vez más la historia de los chonik y volvió a profetizar acerca de lo que habría de vivirse en la marcha hacia donde sale el sol. Habló de la hospitalidad que debería caracterizar a la nación y del animal que los haría crecer como pueblo. Habló de ese mundo al cual llamó Tupán, donde siempre encontrarían a los amigos y antepasados que ya no estuvieran. Y habló de las mujeres que serían las grandes intérpretes de Tupán y de los designios generales para el pueblo, las mujeres que debían llevar, cuidar y alimentar la huaca con la sangre del pueblo. Habló de la importancia de los caciques que los conducirían en esa epopeya y del necesario respeto y obediencia que se les debería tener. Y habló de la continuación del viaje, esparciéndose hasta los últimos rincones de la estepa pampeana, caminando hacia las tierras cálidas cruzando el desierto del hambre, caminando hacia donde sale el sol hasta encontrar el otro lado del mar, como antes lo habían hecho sus ancestros en las costas al otro lado de las montañas. La huaca y Tupán, el mundo de los sueños y de los antepasados, iban a poder identificar entre sí a los descendientes de los chonik cuando olvidaran su nombre y fueran separados en el futuro. Pero nadie debía olvidar nombrar a sus antepasados y contar su historia, quien no fuera nombrado no iba a poder vivir en el mundo de Tupán y desaparecería para siempre.

Y al finalizar, una vez más habló y profetizó acerca de la muerte y el sufrimiento.

Cuando terminó se sentó y su trance la llevó rápidamente a un sueño profundo.

El pueblo quedó callado, triste y temeroso por lo que habrían de vivir, pero fortalecido por la renovación de su sentimiento de nación, por la conciencia de haber incorporado en

conjunto nuevos rasgos culturales, por un nuevo sentido de la vida y del mundo al definir sus experiencias individuales y grupales bajo la concepción del mundo de Tupán, y por los elementos de cohesión que representaban los caciques y las mujeres custodias de la huaca. Los chonik iban a perder su nombre, pero se iban a transformar en una gran nación.

El día que Cuelén iba a morir se levantó muy temprano, antes que amaneciera y salió de la arboleda seguida por Manti, Saura y Paricún. Los centinelas miraron a las mujeres con respeto y reserva. Caminaron por la pradera hacia una colina cercana, Cuelén trepó trabajosamente mientras sus compañeras permanecían abajo. Cuelén llegó a la cima, debilitada y transpirando. Sacó su estera de juncos y la extendió en el suelo. Sacó sus pertenencias y las colocó alrededor. Miró todo con aprobación. Se sentó y durante un largo rato y contempló la franja roja en el horizonte que crecía y crecía anticipando el nacimiento del sol. Cuelén se recostó en la estera y, con un largo suspiro, cerró los ojos. Cuando despuntaba el primer rayo de sol en el horizonte la machi moría en paz, la boca entreabierta en una muy leve sonrisa y las manos apretando la huaca sagrada contra su pecho, feliz, porque sentía que, una vez más, se transformaba en cóndor.

Al anoecer las mujeres subieron la colina. Paricún enterró su propia piedra donde había muerto su amiga y guardó para sí la huaca de Cuelén. Después, preparó el cadáver de la misma forma que, años atrás, la machi había preparado el cuerpo de su madre, quitando las vísceras y la sangre, acondicionando y atando los huesos hasta conformar un bulto pequeño y transportable, pintando la cara y colocando cabellos cuando fue necesario, colocó varillas, ató el cráneo y, al final, todo quedó bien sujeto. Envolvió todo en un cuero y lo colocó a su espalda. Y nunca, hasta el día de su muerte, lo iba a abandonar. Así lo había dispuesto su amiga, la machi.

Cuando las mujeres volvieron a la tribu nadie preguntó nada. El pueblo guardó silencio por un día entero y Tاهuel cortó una falange de su dedo meñique.

Tres días después los chonik partieron. Un grupo continuó por el cauce del río, Tاهuel condujo a los suyos hacia los lugares templados en busca de la gente de los bosques, Tonque se dirigió hacia el lugar donde sale el sol, hacia donde encontrarían el otro lado del mar.

Las tres mujeres se repartieron en cada uno de los tres grupos. Saura siguió con Tاهuel, Paricún siguió con Tonque, y la pequeña Manti, con un sentimiento de desgarró casi imposible de soportar, continuó con los que seguían por el cauce del río. Iba a abandonar a sus amigos, a Tاهuel, y al cuerpo de su madre. Pero comprendió que era su obligación, fue el día en que Manti entró en la adultez. Sería en el futuro una mujer triste y solitaria, completamente consagrada al mundo de Tupán.

El día que se despidieron Paricún lucía un extraño tatuaje en su frente, tres líneas oscuras, paralelas y verticales descendían desde la raíz de su cabello hacia la base de la frente. Cuando Saura le preguntó acerca de ello Paricún le respondió:

-La Huaca, Tupán y la mujer que los lleva – y mientras lo decía recorría con los tres dedos centrales las líneas del tatuaje. Sus compañeras repitieron el gesto y las palabras. Al otro día, con el doloroso y trabajoso procedimiento de tatuar pinchando la frente y restañando la sangre con carbón húmedo, Saura y Manti tenían sus respectivos tatuajes.

Los chonik habían terminado de cimentar su tradición y continuaban la marcha detrás de sus sueños.



### CAPÍTULO 3

Sepé fue bajando la voz a medida que finalizaba el relato. Levantó la vista y miró a Gonzalo y a Micaela como si recién hubieran aparecido en la habitación.

-Tuve que leer y soñar durante años para aprender todo esto- le dijo a Micaela. Y agregó: - Ponce me ayudó mucho.

Con un suspiro Gonzalo se levantó y comenzó a llenar la pipa. Mientras lo hacía miró cuidadosamente las botellas guardadas en el aparador y sacó una de caña con pitanga. Se sirvió un vaso pequeño, lleno hasta el borde.

-Dame una –pidió Micaela. Gonzalo le sirvió.

La mujer hizo girar lentamente el vaso entre las palmas de sus manos al tiempo que su mirada, perdida, casi desenfocada, vagaba por la habitación.

La tarde avanzaba y el sol hacía rato que había abandonado el cenit. Sepé salió y volvió al rato con un plato grande, lleno de rodajas de jamón cortado grueso, queso semiduro y galleta de campaña.

Comieron en silencio mientras terminaban la caña. El indio trajo una jarra de lata con café humeante.

Micaela suspiró y miró a Gonzalo.

- No podemos seguir con esto, Gonzalo, necesito saber qué está pasando. Qué tiene que ver todo esto con que yo me quede con el predio de El Estero, quién es el tipo ese, el tal Andrés y cuál es su interés en todo esto, por qué el asunto de la historia de los indios y todo eso de la hipnosis y las cosas que sueño. ¿Y qué tiene que ver mi madre con todo esto?!- agregó con violencia – Ni siquiera la conocí, nadie en mi familia me prestó la menor atención, ¡nunca!- gritó la mujer. Los hombres guardaron silencio. Micaela dejó caer sus hombros, cansada de la explosión. -Acá no entiendo nada, y no estoy dispuesta a someterme a ninguna otra prueba ni a ir a ningún lado hasta que me expliques todo –dijo con determinación.

Gonzalo y Sepé se miraron.

-Sí, tenés razón – dijo Gonzalo, no adelanta nada seguir con esto sin explicarte.

Sepé asintió con la cabeza.

-Esto empezó hace muchos años, cuando Andrés y yo éramos muy jóvenes y tus padres... – Gonzalo dudó un instante antes de seguir- Carmen y Carlos eran novios, eran mis amigos. Los cuatro éramos inseparables. A las fiestas, a los viajes, a todos lados íbamos juntos. En aquella época frecuentábamos mucho la capital, y Carmen me presentaba a todas sus amigas. Fueron años felices. Pero pronto comenzaron los problemas de los años sesenta y nos vinimos para el interior. Andrés se fue para Tucumán, y Carlos y Carmen se casaron en Paysandú, fue una boda inolvidable. Nadie había visto a una pareja tan enamorada. Los padres de ambos habían fallecido hacía ya muchos años, y cada uno de los jóvenes era dueño de una gran fortuna, varias estancias y campos en todo el país, alguna propiedad en el extranjero, los campos de Guichón, en fin, de todo. Se vinieron a vivir a la casa de Guichón, querían alejarse del infierno político en que se sumergía el Uruguay. Y lo lograron. Desde acá todo parecía algo muy distante, era cosa de la capital. Cuando la guerrilla pasó al campo duró muy poco tiempo, no era su elemento.

”Carlos y Carmen continuaron su idilio. Yo los visitaba bastante seguido. Un día Carlos compró el predio de El Estero. Con toda ilusión preparó una sorpresa para su esposa y, sin decirle nada, la trajo en su jeep. Apenas Carmen puso un pie en el campo, aun antes de que le dijeran nada, una pequeña yarára la picó. Pasó muy mal durante algunos días. Tuvieron

que darle suero y le advirtieron que se cuidara, había desarrollado una alergia, un rechazo, y cualquier nueva picadura podría ser mortal. Cuando se recuperó, guardó un extraño rencor contra aquel campo, Carmen decía que la había rechazado. Carlos no sabía qué hacer, a él le parecía un lugar hermoso, no entendía aquella irracionalidad de su esposa. Ahora que lo miro en perspectiva todo me parece increíble, Carmen estaba anticipando todo lo que sucedería después. Yo andaba por Francia mientras todo ocurría...

Carlos montó rápidamente y salió al galope atrás de aquel bagual que había escapado. El potro enfiló hacia los campos planos que bordeaban al estero y Carlos sonrió. Estaba feliz, iba a ser un buen galope, largo, tendido, era un campo sin problemas, apenas interrumpido por alguna loma suave y por matas aisladas. Un campo sin hoyos que pudieran mancar a su alazán. Carlos lo taloneó con suavidad. El caballo relinchó de excitación y alegría al presentir la carrera. Se tendió en aquel galope largo y cómodo que hacía disfrutar tanto al caballo como al jinete. Carlos aflojó la rienda y lo dejó correr, se inclinó hacia delante y pegó su cabeza al cuello del animal. El olor de la bestia lo inundó y el hombre sintió, una vez más, aquel placer indescriptible, indefinible, que sienten los hombres en el momento que se sumergen y se funden en algún aspecto de la naturaleza viva.

El sol se acercaba al borde del cerro y la tarde, ya madura, hacía aparecer la vida en el estero. Los gritos del chajá, el biguá que volaba bajo, mirando atentamente el espejo de agua que ya tomaba algún reflejo rosado, las garzas y espátulas que hurgaban el agua de las orillas, los apereá que salían nerviosos detrás de las matas, el coletazo de la tararira que cazaba mojarras lanzando un arco iris de agua, el ronquido lejano del carpincho, y aquel lento y firme latir de la tierra bajo los cascos del alazán, teñían de vida y color al campo. Carlos percibía todo mientras galopaba y gozaba con un placer casi sexual, de aquel permanente regalo de la tierra.

Hacía más de una semana que permanecía en El Estero, y no quería volver al pueblo. Carlos estaba en esa peligrosa etapa de la vida en la que todo es revisión y permanente confusión. Amaba a su familia, a su esposa y sus tres hijos, pero Carlos buscaba algo más dentro de sí. Si seguía buscando adentro, seguramente lo iba a encontrar y saldría fortalecido en una renovación espiritual. Si no..., su vida iba a cambiar, con dolor, con sufrimiento, como la de tantos hombres que no pueden conjugar la crisis de la madurez y quedan presos de las terribles emociones y las atezantes dudas que los inundan. Su vida había sido siempre previsible, casi una rutina. Una vida de familia tranquila durante su niñez, el temprano noviazgo con Carmen, la muerte de sus padres, el casamiento, los hijos, todo muy tranquilo, muy normal. “Aplastantemente normal”, pensaba Carlos en ocasiones sorprendiéndose a sí mismo en aquel pensamiento que se le escapaba como una mezcla de confesión y reclamo. “Andrés...”, cuando pensaba en su hermano menor Carlos sentía un poco de envidia, mucho de cariño y una gran admiración. Era la antítesis de Carlos, un niño simpático, travieso y desprolijo, que pronto se convirtió en joven aventurero, eterno viajero y mujeriego contumaz. El mundo de Andrés era el de las pescas y cacerías, los campamentos, el billar y las copas en el boliche del pueblo, las pencas y las timbas. Nunca pidió nada de la enorme fortuna de sus padres, apenas la renta imprescindible para llevar una vida cómoda y sin problemas. Sin excesos condenables, Andrés disfrutaba de la vida hasta extremos que provocaban la envidia de algunos, la reprobación de otros y la excitación de muchas. Andrés viajaba mucho, gustaba de recorrer los rincones olvidados y desconocidos de América, había recorrido Los Andes, las selvas de Tucumán, las cumbres

y los valles de Bolivia y del Perú. A lo largo de esos viajes Andrés aprendió mucho y calló más. Su alegría desbordante fue dando paso a una suave introspección con un toque de misticismo. Últimamente venía poco por El Estero, había comprado un campo en El Chaco y pasaba mucho tiempo allí. Leía mucho y saboreaba los momentos de gratificante soledad. Sin dejar de disfrutar de la vida, Andrés la comprendía mucho más.

“Mientras que yo...” Carlos taloneó al caballo que se tendió más aun y el vértigo del galope lo hizo tapar algún pensamiento intruso que no quería escuchar.

El bagual se cansaba y estaba más cerca. Con habilidad Carlos inclinó el cuerpo, movió las rodillas y apoyó la rienda en el cuello de su alazán. De inmediato el potro respondió y torció su carrera a un lado cortando la posible escapada del bagual por el lado del cerro. De esa forma, iba a quedar de frente al monte espeso y seguramente detendría su carrera.

Tal como lo había pensado Carlos, el potro se detuvo al llegar a la orilla del monte, se volvió y relinchó desafiante. Carlos puso su caballo al paso y comenzó a aproximarse lentamente, se detuvo a unos metros y esperó. Era un potro joven, todavía sin domar, un poco arisco, tendría que tener cuidado. Carlos desmontó y aprontó el lazo de tiento. Lo balanceó un par de veces y lo voleó por encima de su cabeza. Con precisión, Carlos largó el lazo que cayó sobre el cuello del bagual. El hombre rápidamente pasó el lazo detrás de su cintura y afirmó los talones de sus botas contra el terreno. El potro bellaqueó violentamente y se paró de manos, Carlos afirmó con fuerza el lazo, pero el potro era muy fuerte. Comenzó a tirar y arrastró al hombre. Carlos aguantó con los dientes apretados, pero sus botas pegaron contra una piedra y cayó de bruces. Sintió cómo el lazo quemaba la palma de sus manos cuando se deslizaba y soltó. El potro se internó en el monte con un trote corto. Carlos se levantó y movió la cabeza de un lado a otro, furioso. Pronto iba a anochecer y era inútil entrar al monte a buscar al caballo.

“No importa, ya va a volver por la noche. O queda enredado con el lazo y mañana lo vengo a buscar.”

Carlos montó y volvió al paso, bordeando el monte por si el potro salía. Al fin desistió y enderezó para las casas. Al llegar desmontó, guardó el apero y dio un remojón a su caballo.

Ya en la casa, por la noche, Carlos pensaba en el potro, pensaba en Carmen y pensaba en sí mismo. Con una sensación de leve melancolía, comió un poco de capón frío que quedaba del mediodía y se tendió a descansar. La falta de una buena comida caliente lo deprimía. El sueño llegó envuelto en tristeza y soledad.

Despertó temprano. En la cocina el peón había hecho un horrible café de malta que Carlos tomó mecánicamente. El Estero no requería más de dos o tres peones, solamente había una tropilla de caballos, alguna majada que se utilizaba para alimentación y animales de granja. El ganado de los San Román estaba en otras estancias. El Estero era para disfrutarlo. Carlos no intimaba con los peones, no por ningún motivo laboral o alguna arista de clasismo, no, Carlos disfrutaba de la intimidad de su soledad, aunque esa soledad en ocasiones mordiera con fuerza su corazón. Y así transcurría todo, en un tranquilo y opresivo silencio que era interrumpido en ocasiones, por alguna conversación de trabajo o algún comentario sobre el clima. “A veces pienso que esto es tristeza...”

Carlos tuvo ganas de ver a su mujer, pero no se animó a partir. Un extraño cerco, mezcla de incertidumbre y temor a la reacción del otro, se iba levantando día a día entre ambos. Sin quererlo, y sin saber cómo evitarlo, se iban distanciando uno del otro. Y para que eso no fuera evidente Carlos partía para El Estero con el pretexto de trabajos que debía hacer. Carlos no quiso pensar más, temía hacerlo, y nunca llegaba a nada concreto, aunque presentía que se acercaba a algo desagradable. Casi con rabia comió un trozo de galleta de

campana, algo dura, mientras se obligó a pensar en el potro y las cosas para hacer ese día. Tendría que recorrer el campo, arreglar algún alambrado, reparar el horno de barro...

Con un suspiro Carlos terminó el frugal desayuno y salió al exterior. Se desperezó mientras escuchaba los ruidos y los silencios, saboreando los frescos y los calores que anunciaban una hermosa mañana de sol. La bruma que cubría el estero todavía no se había levantado y cubría el campo con retazos grises.

Fue allá, a lo lejos, como un fantasma entre los jirones de bruma, que apareció. El paso firme, largo y elástico, la cabeza inclinada hacia abajo, el bolso colgando a la espalda y un palo largo que apoyaba al caminar, le daban el aspecto de quien ha caminado mucho, sabiendo lo que busca, pero sin encontrarlo. Y traía al potro perdido; al paso, tranquilo y despacito, con la rienda floja. Venía siguiendo sus sueños, según contó después, y nadie le respondió, tan solo un peón, aspirando fuerte por la nariz, había asentido en silencio, como si entendiera de todo ese asunto. Persiguiendo esos sueños había recorrido casi toda Sudamérica, había estudiado y preguntado, había aprendido mucho de la gente y de la vida. Y había hablado de eso sin que se lo preguntaran, como si fuera una carta de presentación, pero..., cosa rara..., nunca dijo lo que soñaba ni lo que buscaba. Y nadie se animaba a preguntárselo. Un poco porque la gente de campo sabe respetar ciertas cosas, o tal vez por aquellos ojos oscuros que bizqueaban de a ratos debajo de la mata de pelo negro, lacio y duro. Era una mirada extraña, como de animal herido, una mezcla de dolor y rabia, con un brillo que a veces parecía alcanzar el éxtasis... o el delirio.

Cuando llegó, ató el potro al corral y caminó hacia Carlos, despacio y con la cabeza baja. Carlos San Román tuvo que acercarse para verle los ojos escondidos detrás de la mata de pelo que caía sobre su frente. Entonces se encontró con aquella mirada y su inconsciente supo que su destino había llegado.

Vestía un enorme poncho de vicuña, lana apretada con dibujos de motivos andinos y colores todavía firmes, una prenda cómoda y funcional que mantiene por debajo una temperatura constante y permite soportar el calor, el frío, la lluvia y la nieve. Por debajo del poncho se veían unas sencillas bombachas de campana con la pretina desprendida. Calzaba unas sandalias rústicas, con tiras de tiento y suela de goma, hecha, seguramente, con cubierta de camión. Toda la indumentaria, así como los motivos del gran bolso que colgaba a su espalda denunciaban a alguien acostumbrado a la intemperie, alguien que anduvo domando montañas, alguien que viene de lejos...

“Un caminante...”, pensó Carlos. Estaba acostumbrado a verlos pasar por el campo. Algunos eran de cuidado, la mayoría se limitaban a comer algo, cortar un poco de leña o fajinar en pago por el alimento, y seguían su eterno caminar sin que nadie, ni ellos mismos, supieran a dónde iban. De otros se veían tan solo las huellas de su paso por el campo. En ocasiones alguno carneaba una oveja y dejaba el cuero limpio y prolijamente colgado de un alambrado o de un árbol, como señal inequívoca de que mató para comer. A Carlos no le gustaba mucho eso, pero sabía de ese código eterno de los campos donde a nadie se le niega comida.

-¿Qué andás buscando, muchacho? –preguntó Carlos.

Debajo de la mata de pelo Carlos creyó ver el destello de unos dientes muy blancos y parejos.

-Comida...- respondió una voz un tanto extraña, con algún acento, ronca, algo pastosa, con un tono de contralto.

-Andá a la cocina –dijo Carlos señalando a su derecha -allí vas a encontrar algo.

El caminante hizo una seña inclinando la cabeza y enfiló para la cocina. Carlos lo observó alejarse. Vio algo raro en su andar.

“Todo en esta gente tiene algo raro”.

Con un suspiro se desmereció y fue para el establo a aprontar el caballo.

Fue una mañana de mucho trabajo, una de esas jornadas que dejan un cansancio parejo y agradable en todo el cuerpo. Había encontrado varias ovejas en los cerros, alguna trancada en una horqueta, otra muerta y con el vientre abierto, “seguramente algún chancho”, alguna vaca cimarrona que huyó rápidamente cerro arriba y un gato montés que asustó al caballo y casi lo tira. Recorrió y reparó alambrados, juntó leña, reparó una vía de agua en el bote que usaba para recorrer el lago del estero y, al final de la mañana pegó la vuelta.

Cuando llegó a las casas entró al corral. Desmontó y le dio el caballo al peón. Iba a decirle algo pero el hombre evitó su mirada, tomó el caballo y se apartó rápidamente sin decir nada. Carlos quedó un tanto asombrado.

Encogiéndose de hombros se dirigió a la cocina. “Un pedazo de capón frío y alguna galleta con queso... alguna fruta...”.

Algo interrumpió su proyecto de almuerzo..., un olor, un delicioso aroma a comida. “¿Y a éste que le pasó, le dio por cocinar...?”

Carlos entró a la cocina, el olor de la comida casi hizo estallar sus glándulas de saliva.

Como si lo hubiera presentido, como si lo hubiera olido, ella se volvió. Lo miró y, sin decir palabra, le alargó un plato donde se veían, apetitosas, doradas y calentitas, dos enormes empanadas.

Vestía una especie de túnica marrón claro que le llegaba hasta las rodillas. Una cuerda raída y gastada apretaba su cintura. Las sandalias de goma de camión y aquella mirada bajo el pelo oscuro sobre la cara dieron el resto de la información a Carlos. Mecánicamente, sin dejar de mirarla, Carlos tomó una de las empanadas y mordió. Era una delicia, una empanada mendocina, con carne picada gruesa, huevo, comino y varias verduras y especias. Carlos se quemó cuando el aceite caliente se deslizó por su mentón. Ella le alcanzó un repasador. Mientras el hombre comía, la mujer no dijo nada y siguió con su tarea. Carlos vio cómo revolvía la olla donde humeaba y hervía lentamente un contundente guiso de carne y verduras. La mujer miró el fuego de la cocina de campaña y agregó un leño chico.

“Lo justo para mantener un hervor lento y sin quemar el fondo. Sabe.” –pensó Carlos.

Carlos salió de la cocina con un suspiro y comiendo la segunda empanada. Cuando entró a la casa vio que estaba puesta la mesa, “Esto no se ve desde que venía Carmen...”, y había dos cubiertos... Carlos frunció un poco el ceño y fue a lavarse.

Cuando volvió, la fuente de guiso estaba en el centro de la mesa y ella estaba de pie en un rincón. Había cambiado su túnica por un vestido suelto de amplio escote. Su pelo estaba un poco más abierto y lo había peinado con un cerquillo y dos colas grandes que caían sobre los hombros. Era joven, apenas un poco más de veinte años, su tez era de un color canela oscuro y lucía suave y brillante. Era evidente que se había lavado. Su estatura era un poco más alta de lo normal, y parecía muy fuerte, tal vez por su cintura importante, sus caderas anchas y sus hombros un tanto musculosos. El conjunto armonioso, y el busto, grande y carnoso, le daba un toque de sensualidad que, secreta y veladamente, ofrecía mucho más de lo que mostraba. Toda ella era un gran mensaje de naturaleza, de instinto y de animalidad. Levantó la vista y lo miró con la cabeza aun inclinada hacia abajo. Sus ojos oscuros, un tanto juntos, apoyados contra las cejas, mostraban a una mujer totalmente consciente de sí misma, de su potencia y de su efecto en todo lo que la rodeaba. Carlos se sorprendió sin

saber por qué, ella sonrió levemente mostrando unos dientes pequeños y muy blancos y bajó la cabeza otra vez. Quedó quietita contra el rincón. Carlos se sintió más seguro, se enderezó y miró la comida apreciativamente, asintió con la cabeza. Era una vez más el hombre, el patrón.

El guiso ameritaba un vino. Se dirigió al bargueño viejo y sacó una botella de tinto, lo descorchó y se sentó.

Sin decir palabra ella se sentó y le sirvió la comida y el vino. Carlos se sintió vulnerable otra vez, pero la mujer mantenía la cabeza baja y la actitud sumisa. Carlos tomó un sorbo de vino en silencio y probó la comida. Estaba deliciosa. El hombre asintió con la cabeza. Como si fuera una señal de autorización la mujer se sirvió el guiso y comió en silencio. Carlos la miró largamente y finalmente sonrió. Le sirvió vino. Ella movió la cabeza en señal de agradecimiento y bebió sin mirarlo.

Comieron en el mismo silencio, el hombre mirándola ocasionalmente y ella sin levantar la vista del plato.

Cuando finalizaron, la mujer levantó la mesa, limpió algún resto de comida y llevó los platos a la cocina. Volvió con un plato con queso y dulce y un trozo de galleta. Se lo sirvió a Carlos. El hombre comió mientras ella picaba naco y aprontaba una chala. Cuando el cigarro estuvo listo lo encendió y se lo dio. Él la miró asombrado, ella le sirvió otro poco de vino y se retiró. Volvió al rato con una taza de café y la dejó frente a él. Miró a su alrededor y, cuando todo pareció conformarla, se retiró y no apareció más.

Carlos quedó muy pensativo, disfrutando el cigarro, el café y el placer de haber comido en serio por primera vez en muchos días. Y no solo era eso, había algo más, la sensación de sentirse protegido, de que todo andaba bien en la base, de que él podía ocuparse de sus cosas y volver con la seguridad de que sería recibido y encontraría todo listo y acondicionado. Una sensación que había olvidado.

Transcurrieron algunos días en medio de aquel silencio cómplice y de comidas succulentas.

Ella se ausentaba en largos paseos por el campo que a veces duraban dos o tres días. La primera vez que se fue, Carlos pensó que se había marchado. Y, para su sorpresa, le dolió. Pero ella volvió, y lo hacía después de cada paseo. Poco a poco se fue haciendo cargo de todo, sin imponer nada, casi sin palabras, pero sin tolerar resistencia alguna. Pareció una cosa lógica, hasta deseada por todos, que el peón que se ocupaba de las casas desapareciera el día después de cobrar.

Nadie comentó nada. Parecía que todo se acomodaba y que así seguiría eternamente. Pero todo cambió. O, mejor dicho, se precipitó, diría alguien viendo las cosas de afuera. Porque todo ya había cambiado el día en que ella apareció caminando entre jirones de niebla. O no, alternaba otro observador de los tiempos, es la misma historia, es la misma historia que comenzó cuando el Gran Huanca explotó y aquella cuerda de tiempo se tensó para siempre. Pero alguien, que gusta de analizar el implacable presente, diría que lo que desencadenó todo fue la naturaleza, y aquella yegua alzada había sido, tan solo, una parte de ella.

Carlos estaba en el potrero. La yegua estaba alzada y Carlos trataba de que el potro la cubriera. Pero el semental se negaba, no era su día. Además, en algún rincón de su cerebro estaba firme el recuerdo de algún mordisco y un par de patadas que le había propinado la yegua anteriormente.

Carlos había embretado la yegua en el potrero chico y luchaba tironeando del lazo que sujetaba al semental por el cuello. El caballo relinchaba y trancaba las patas mientras Carlos apretaba los dientes y lanzaba algún insulto. “Tendría que haber traído algún

peón...” En el brete, la yegua apartaba su cola y abría las patas, nerviosa y ansiosa, cuando escuchaba el relincho del potro.

Carlos se cansó, ató al caballo al palenque y se sentó un rato a pensar. Entonces la vio. Ella estaba mirando todo desde el otro lado del corral, el pie apoyado sobre uno de los largueros, el mentón sobre los brazos, un tanto agazapada, como si fuera un bichito. Cuando vio que el hombre se sentaba se enderezó y saltó dentro del corral.

-¡Cuidado, muchacha, ese potro es bravo! –alertó Carlos viendo que caminaba en dirección al caballo. Ella no respondió, apenas sonrió un poco. Llegó al lado del animal que retrocedió y cabeceó, nervioso. Ella lanzó un tenue silbido, el potro movió las orejas, dudó, y bajó la cabeza. Ella lo acarició en el hocico. Miró a Carlos y sonrió nuevamente. Soltó el lazo, agarró firmemente el pelo de la cruz del caballo y, con un salto felino, lo montó. Anduvo de un lado a otro del corral, taloneando y controlando al caballo con las rodillas. Carlos no pudo evitar mirar cómo la falda se remangaba dejando ver unos muslos plenos, cobrizos y brillantes. Enfiló el potro hacia el brete, pero el caballo bellaqueó un poco. Ella desmontó, lo ató nuevamente y caminó decidida hacia el abrevadero, Carlos la miraba curioso. Ella cortó un trozo de el ruedo de su túnica, lo sumergió en el agua y lo escurrió. Se dirigió hacia el brete donde estaba la yegua y, separándole la cola, frotó, varias veces y con suavidad, el trapo mojado contra el sexo del animal. Olió el trapo, asintió con la cabeza y liberó a la yegua del brete. El animal salió con un trote tranquilo y se detuvo unos metros más allá. Carlos se sorprendió. Ella fue nuevamente hacia el potro. Lo acarició y, con suavidad, frotó el trapo húmedo contra el hocico del animal. El caballo se tensó un instante y estalló en un relincho ronco, casi un bufido de rabia que se fue agudizando más y más para finalizar ronco otra vez. La yegua se estremeció cuando lo escuchó, sus patas se abrieron, su cola se separó y vació completamente su vejiga. Estaba lista, quedó muy quieta, temblando, apenas.

La mujer sacó rápidamente el lazo del cuello del animal y salió del corral. Fue a pararse al lado de Carlos que no salía de su asombro. El potro trotó, despacio, elegante, sus manos levantadas, en dirección a la yegua. Le dio un mordisco en el cuello, la yegua apenas relincho suave. El potro le hoció el sexo, una vez, dos veces. Su miembro se tensó al máximo, estaba listo. Con un relincho agónico la montó. Buscó un poco y la penetró. El cuerpo de la yegua temblaba de excitación y placer.

Carlos, con una mezcla de asombro y respeto, con una cierta turbación y con un sentimiento incipiente que trataba de impedir, miró a la mujer a su lado. Ella mantuvo la vista en los animales. Carlos miró los caballos y, mientras el potro llegaba a la culminación, el hombre sintió un calor muy suave en su muslo, el calor animal de la pierna de la mujer que se le recostaba muy suavemente, y que apenas aumentaba la presión mientras la cópula animal se aceleraba y culminaba. Fue un instante, apenas un chispazo en el tiempo, durante el cual todo lo que vivía se sintonizó con el pulso del universo.

Cuando todo terminó ella se retiró sin decir nada, sin mirarlo. Carlos sintió un insoportable calor animal que subía de sus genitales. Ella fue para las casas y desapareció detrás de la cocina. Carlos la siguió, sin saber para qué, sin atreverse a pensar. Cuando dio vuelta la esquina de la cocina la vio. Estaba a unos metros de él, lo miraba fijamente, con un leve brillo animal en sus ojos, mientras sacaba agua de la bomba de mano. Cuando el agua brotó, ella, sin dejar de mirarlo, tomó un trapo, lo empapó y, levantando su falda, comenzó a lavarse muy lentamente la entrepierna para limpiar el sudor del caballo.

Carlos vio que no tenía ropa interior, sintió que sus piernas se aflojaban, tragó saliva, se dio vuelta y se alejó. Ella quedó mirando cómo se iba, con una leve sonrisa en su cara, mientras

que sus ojos, semientornados y con un extraño brillo gris, denotaban una placentera mezcla de sentimiento y anticipación.

De noche, Carlos no podía dormir, el recuerdo de aquel contacto caliente contra su pierna mientras el potro cubría a la yegua, la imagen de ella lavándose lentamente... Cuando la sangre en sus sienes batía hasta casi estallar, cuando la mano del hombre agarraba furiosamente su sexo, se escuchó el ruido. Fue un siseo suave, un deslizar silencioso, una puerta que se abrió despacio, sin ruido, dejando entrar un poco de claridad. Carlos quedó muy quieto, ansioso, deseando que aquello fuera, sabía que no se iba a resistir, sabía que no podía, que no quería hacerlo. Y con un infinito abandono, con una sensación muy dulce que parecía eterna, Carlos suspiró de placer cuando aquella sombra suave y calentita se deslizó adentro de su cama.

Carlos estalló, la tomó con furia y la abrazó. Ella reaccionó con un chillido suave de gata en celo. El aplastó la boca contra los labios calientes de ella y quedó quieto un instante.

-¿Cómo te llamás? –preguntó con la boca apretada contra la de ella.

-Gabriela –respondió con voz ronca.

-¿Y a dónde vas cuando desaparecés?

-Busco algo que es mío, pertenece a mi gente.

-¿Acá?

-Sí, y no hables más- respondió. Y con habilidad lo giró y quedó montada sobre el hombre. Antes de sumergirse en aquel mar de primitivas sensaciones, Carlos pudo ver en aquella penumbra sus dientes pequeños, sus ojos brillantes y un tanto bizcos y, cuando un rayo de luna la acarició, vio tres rayas suavemente oscuras y punteadas que bajaban desde el centro de su frente hasta sus cejas.

Después..., después todo fue sexo. Puro, duro y salvaje, animal, violento. Pleno de sabores y olores.

Carmen San Román miraba sin ver a través de la lluvia que empapaba la ventana de su casa de Guichón. El fuego crepitaba en la estufa a leña mientras ella, mecánicamente, se servía otro vaso de whisky. Carmen esperaba, odiaba admitirlo, pero esperaba. Hacía más de un mes que no veía a su esposo. Carlos permanecía en El Estero, apenas a unos kilómetros de allí. Carmen había decidido no ir más, no quería buscarlo, mendigarle su compañía, pedir por su amor. Que fuera él quien viniera a ella. Carmen se había propuesto esperar, pero ya no aguantaba más. Luchó para que las lágrimas no salieran de sus ojos mientras se servía otro whisky. Si las lágrimas no caían era como si no existieran, como si no estuviera llorando. Respiró hondo y echó la cabeza hacia atrás. Lo estaba logrando. Aun cuando cualquiera que mirara sus hermosos ojos azules los viera teñidos de rojo entre delatores brillos de agua.

Carmen tomó un generoso trago. La bebida la confortaba. Mecánicamente se levantó y se miró, una vez más, en el gran espejo del living. Se puso de perfil e instintivamente su vientre se retrajo. Carmen pasó la mano varias veces por su cintura. Sí, había engordado un poco, pero mantenía su hermosa figura y su porte elegante. Se podría decir que esos pocos kilos de más, la hacían aun más apetecible. Y diariamente podía comprobarlo en las miradas de admiración de muchos de sus vecinos que la saludaban con cortesía y una pizca de intención cuando salía a hacer las compras o alguna visita. Carmen San Román era, a sus treinta y cinco años, una hermosa mujer que no parecía haber tenido dos hijos. Y ella lo sabía. No podía entender por lo tanto, el alejamiento de su marido. “Y el mío...”, no lo podía negar. No sabía cómo había comenzado, qué había sucedido, o cuándo.



Ella odiaba el trabajo y la rutina del campo, aun cuando le encantaba aparentar que le gustaba, durante las conversaciones con sus amistades. Allí desempeñaba a la perfección el papel de la “gauchita elegante”, pero a la hora de trabajar, Carmen se retraía. Sabía todo sobre la faena en los campos, pero hacía años que decidió que eso no era para ella. El problema fue que nunca pudo definir algo para hacer por sí misma. Era tarde para retomar algún estudio, sería impensable, “¡ridículo!”, ponerse a trabajar a las órdenes de alguien. La alternativa de la actividad en las comisiones barriales y los juegos de cartas con vecinas era lo único que hacía. Una actividad en la que era permanentemente requerida y reconocida por sus dotes de planificación y organización, pero que, en la intimidad, despreciaba profundamente. Entonces, a Carmen, solamente le quedó un rol importante para desempeñar: el de fiel, elegante y hermosa esposa de su marido.

Cuando pensó en ello no pudo evitar recordar aquella vez, cuando estuvo a punto de ser otra cosa, cuando el hombre le apretó la cintura con fuerza y sensualidad en aquel baile, cuando aquellos ojos, un tanto enrojecidos por el alcohol, se clavaron en su alma al tiempo que introducía la pierna entre las suyas, abriéndolas, casi levantándola en un giro del tango, cuando se sintió desfallecer y casi se rinde al abrazo... Pero había resistido, había sido fiel a Carlos. Siempre le quedó la duda si su fuerza había brotado de su virtud o de su temor a un escándalo mayúsculo. Él nunca más la buscó, pareció olvidar todo. Carmen lo interrogó con la mirada en alguna ocasión posterior, cuando sintió el deseo de lo ajeno, de lo diferente, cuando lo vio apretar a tantas mujeres. Pero la mirada de él no respondió. Y así quedó sellada para siempre una situación, una posibilidad de algo que no fue. Algo que Carmen atesoró por siempre. Era algo suyo, íntimo, algo que nada ni nadie podía tocar, algo para no compartir.

“¿Cuándo, cuándo fue que comenzó todo a caer?”, se preguntó por enésima vez. Y su recuerdo volvió a su vida de familia.

Como si fuera un espectador de su propio drama, vio cómo Carmen y Carlos seguían su marcha triunfal en aquel teatro de paja. Siempre habían sido considerados, y aun lo eran, la pareja ideal, los más hermosos, los más exitosos, llenos de felicidad, con mucho dinero y con hijos. El modelo, el ejemplo a seguir, el motivo de la envidia de otros... Pero, después que sus hijos habían crecido, todo eso había comenzado a caer, lenta y secretamente, sin que nadie se diera cuenta. Sí, había sido a partir de aquellos años, en la culminación, cuando la exitosa pareja había tenido dos hermosos niños. Nada más tendrían para demostrar a ese público imaginario que los admiraba y aplaudía, el público de la vida, que habita mucho más en la mente de los actores que en la realidad, o que, cuando es real, son apenas diez o doce personas.

Habían tenido dos hijos. Martha, la mayor pasaba los quince, y Ricardo, el menor andaba en los trece años. Habían sido, como debía esperarse, unos niños correctos, impecables, callados y sumisos, de los cuales Carmen se había ocupado casi con exclusividad. Siempre había dejado muy claro que el asunto de los niños y su crianza era de su competencia. Y Carlos, después de los primeros y no muy firmes esfuerzos, se había retirado a un cómodo segundo plano dejando que ella decidiera. Pero ahora los niños habían crecido, estudiaban en Montevideo, tenían su departamento. Y aquella sensación de nido vacío desgarraba a la mujer. Entonces, muy pero muy despacio, la edad, el ocio, un mundo que cambiaba y del cual se negaban a participar, y la falta de expectativas de la pareja, habían comenzado a actuar levantado imperceptibles barreras, tácitos respetos, distancias a no recorrer, espacios que no se debía penetrar. Carmen lo sabía, siempre había sido la más inteligente de los dos, la más analítica, y también la más sensible. Comprendía el momento de la vida en que se

hallaba su marido, ocasionalmente tendía una mano hacia él..., para retirarla rápidamente cuando el hombre comenzaba a sincerarse y a desnudar su vulnerabilidad. Lo que Carmen no podía comprender era por qué ella se comportaba de esa manera. Tal vez, en el fondo, no quería cambiar la imagen que siempre había tenido de Carlos, o tal vez era mejor dejar todo así... Sí, a ella no le disgustaba manejar a su placer sus tiempos y sus deseos, tener su intimidad, su propio espacio de vida. Y muchas veces se encontró en medio de extraños pensamientos, dibujando una novia para su marido, construyendo una separación de la que él fuera un feliz protagonista, sin traición, sin ofensa, sin dolor, sin trauma, por su propia decisión. “Y así, yo puedo quedar libre y sin carga de culpa en la separación, (él, fue el que se marchó), y así podré definitivamente..., y tal vez entonces..., y algún día...” Sorprendida, se interrumpía y reprimía la corriente de pensamiento al llegar a este punto. “¿Es que quiero esto en verdad?”, se preguntaba una y otra vez. Pero descubría, con asombro, que en ese nuevo universo que planteaba, tampoco había un lugar para sus hijos. Y Carmen se sumía en una horrible confusión, en una peligrosa depresión, al sospechar que tal vez fuera infeliz, que estaba llevando una vida equivocada, que había fallado. “¡No, yo no me equivoco!”. Y una y otra vez recorría su pasado buscando aquel punto en que erró el camino. Pero nunca lo encontraba. Porque no quería reconocer sus fallas, y porque nunca existe un punto determinado en estos dramas.

Se resistía con terror a considerar la posibilidad de un cambio por su propia iniciativa, no quería destruir la imagen de esposa y madre que trabajosamente había construido y que tantas satisfacciones sociales le había deparado. Y tampoco soportaba más aquella soledad y aquel silencio emocional que crecía día a día.

Y el corazón de Carmen seguía en ese loco vaivén que la llevaba desde el deseo de la soledad e independencia sin responsabilidad, a momentos en los cuales sufría por la ausencia de su marido.

Carmen sintió que se sobreponía, que rescataba fuerzas de su pasado y decidió tomar la iniciativa. Iría a ver a Carlos. Si eso fallaba..., bueno, a cualquiera le podría demostrar que ella había hecho el esfuerzo, que la culpa era de él. Además..., con alegría y con una tenue resignación, Carmen se confesó que amaba a su marido, habían sido muchos años, muchos años..., quería verlo, quería verlo y abrazarlo ya mismo. Hablar, contarse todo, buscar en él las respuestas a las interrogantes que la consumían. Sí, aun era tiempo de reconstruir todo. Juntos iban a hacerlo, “una vez más, como antes”.

Rápidamente se compuso, se sentía mejor cuando tomaba una decisión, cuando sentía que la iniciativa era suya. Llamó a la empleada y aprontó todo para la partida. Iba a estar ausente un par de días.

Había parado de llover. El auto de Carmen, un modelo del año anterior con tracción delantera, resbalaba ocasionalmente en alguna huella de barro mientras se aproximaba al predio de El Estero. La tarde caía. “Justo para la hora del mate”, pensó disfrutando anticipadamente el momento de intimidad con su marido.

Carmen se detuvo, abrió la tranquera que marcaba la entrada al campo y entró. Comenzó a mirar todo a su alrededor mientras avanzaba lentamente. Todo parecía cambiado, más verde, con una renovada luz. “Es lindo esto..., tal vez ahora...”

El automóvil llegaba a las casas. Carmen vio a Carlos y sonrió, estaba sentado, cómodamente instalado bajo el alero de la casa. En su lugar preferido para tomar mate, “Llego justo”. Bajó y avanzó hacia Carlos, sonriente, entusiasmada, con ganas de abrazarlo.

Todo sucedió casi al mismo tiempo, Carmen se dio cuenta de la expresión extraña de su marido, casi de alarma, de dolor, la puerta que se abría y la mujer que aparecía. Llevaba una bandeja con el mate recién preparado y una fuente con tortas fritas. Carmen se detuvo, la mujer la miró sin ninguna expresión. Tan solo se sentó en los escalones de la entrada, cerca y debajo de Carlos, acomodó la bombilla, cebó un mate y se lo tendió a Carlos. El hombre mecánicamente, lo tomó, sin dejar de mirar a su esposa.

Carmen entendió todo en un instante.

-¡ Vos, andá para la cocina! –le dijo a Gabriela.

La mujer no se movió, la miró muy fijo, apenas bajó la cabeza y juntó los ojos contra las cejas. Carlos se inclinó y le tocó el hombro. Gabriela miró un instante más a Carmen, apenas una fracción de tiempo, como para dejar algo dicho, algo establecido. Y se fue sin decir palabra. Carmen la miró alejarse hasta que se perdió detrás de la cocina.

Carmen miró a Carlos, se miraron largamente, sin un gesto, con un mensaje silencioso, profundo, en el cual decían todo lo que sus palabras no podían. En un mudo y casi estéril intento por comprender, por explicar, por evitar, por reconstruir. El odio, el frío rencor que apretaba las tripas, el reproche, la justificación, el cobro de cuentas viejas, el inútil intento de tratar de explicar el instinto, la circunstancia, todo cruzó entre ellos en aquellos momentos en que las almas se destrozaban una contra otra.

“Carmen”.

Carmen era la única en condiciones de hacer algo. Su posición era menos vulnerable.

Carmen se enderezó, respiró hondo y se acercó. Sin decir palabra arrimó un taburete y se sentó a su lado. Tomó el termo y el mate y cebó, un mate espumoso, con yerba seca, “Lo prepara bien la yegua esta”. Se lo tendió a Carlos mirándolo fijamente. Él miró hacia el horizonte mientras sentía cómo su mano tomaba el mate y lo dirigía hacia su boca.

Carmen se instaló en El Estero y trajo la empleada de la casa de Guichón para que se hiciera cargo de la casa y la cocina. Gabriela quedó relegada a atender los corrales, los establos y los exteriores. Las tostadas sustituyeron a las tortas fritas y el jugo de pomelo con el que Carmen desayunaba todas las mañanas volvió a la heladera en lugar del botellón con menta.

De lo otro que se ocupó Carmen fue de la cama matrimonial. Con dolor, con terrible dolor y celos, pudo comprobar cómo el comportamiento de su marido había cambiado. Y con una mezcla de rabia y placer, tuvo que admitir que ahora le gustaba mucho más. Ella terminaba exhausta, satisfecha como nunca. Pero de reojo miraba, y no podía dejar de pensar en la expresión de su marido, llena de hambre animal insatisfecha. Y Carmen, a pesar de sí misma, de su cansancio y su dolor, lo buscaba una vez más, en una inútil lucha contra aquel atávico sentir.

Carlos había decidido no hablar, dejar las cosas así, como las había planteado su esposa. Tampoco podía explicar nada, ni siquiera lo comprendía para sí mismo. Los cambios lo sacudieron, lo llenaron de ansiedad, de duda, de temor e insatisfacción. La cama no era igual, la cocina era diferente, habían cambiado los ritmos, todo se había teñido de sensatez, de civilidad, un sentido de cosa correcta se extendía como un manto pesado que lo cubría todo, deteniendo, limitando, ahogando las pasiones y huyendo de los límites de la vida. Pero el bramido de una lucha soterrada, se escuchaba diariamente en el fondo de cada alma. Una lucha vieja, que trascendía los tiempos de los protagonistas, una lucha de más de quinientos años, que comenzó cuando algún extranjero le puso nuevos nombres a las cosas y a los bichos, cuando clasificó a los hombres, cuando trajo un dios, cuando inventó las religiones.

Hasta que un día, la implacable y astuta naturaleza, mujer al fin, hizo que todo volviera a cambiar en la vida de los San Román, que todo volviera a tener una apariencia de calma, de rutina y de tranquilidad. Quedó, solamente, la suave tensión de algo que podía crecer y estallar, como la que se adivina en el interior de esas nubes negras y pequeñas que se ven en el horizonte en las tardes cargadas de calor y electricidad.

El cambio comenzó aquella la tarde en que ellos estaban tomando mate bajo el alero. Vieron a Gabriela que iba hacia la cocina, pero iba a pasar muy cerca de ellos, demasiado cerca para las distancias que, calladamente, se habían estipulado.

Gabriela no se había acercado más a Carlos, y Carmen no dejaba de controlar que así fuera. Su mirada vigilante, su actitud alerta, no habían dejado de ver ni una sola de aquellas miradas de Carlos a Gabriela, miradas en las que intentaba una explicación, en las que se entendía un deseo. Nunca vio expresión alguna en la cara de ella.

Pero aquel día Gabriela pasó demasiado cerca, seguramente para que vieran su sonrisa, suave, apenas perceptible, pero de indudable satisfacción. Carmen la miró con recelo, nada en aquella mujer era sin intención, nada era al azar. Carlos no se dio cuenta de nada. Solo vio que, en algún momento, Gabriela había dejado de mirarlo de la misma forma y que Carmen experimentaba un cierto alivio, aunque no dejaba de vigilar.

Gabriela desapareció otra vez. Pero ahora pasaron muchos días, pasaron meses. Carmen deseando que hubiera muerto, Carlos deseando verla, tan solo una vez más, para volver a sentir aquello. Todos sabían que andaba en los campos de El Estero, algún capón cuereado, escamas y espinas cerca de la laguna, alguna majada que se movía allá lejos, o alguna tropilla que salía corriendo en el horizonte, todo delataba la presencia de que alguien andaba por el campo. Pero nadie decía nada, “mejor dejar todo así..., sí, es mejor así...”

La venida de los hijos durante las vacaciones de verano introdujo una necesaria y saludable alternativa social en la vida cotidiana de la pareja. Contribuyó a olvidar, a relegar la tensión, a colocar los sentimientos y los recuerdos en los rincones oscuros del corazón

Carmen estaba feliz otra vez, y hasta se permitió organizar alguna fiesta con vecinos y amigos. Carlos se adaptó a un ritmo que no le era desconocido. Y todo fue quedando atrás como si hubiera sido una isla, salvaje y fuera de contexto en aquel océano de rutina, de amistades, de un cálido, suave y tranquilo amor.

Y estaban los hijos. Carlos tenía escasa comunicación con aquella rígida y hierática jovencita en que se había convertido su hija mayor, Martha. Pero, cuando aparecía algún tema de interés común, lograba algún momento de forzada comunicación durante el cual ambos ponían lo mejor de sí para hablar y para terminar rápidamente. Algo similar le ocurría con Ricardo, un jovencito tímido e imberbe que temía tocar cualquier animal y corría desesperado a lavarse cuando se ensuciaba con barro.

“Son mis hijos, los quiero, tengo que hacerlo”, se decía Carlos casi con desesperación, sin poder recordar algún instante de su infancia donde los hubiera cambiado de ropa, o los hubiera hecho dormir en su falda, les hubiera dado de comer, o, tan siquiera, algún instante en que hubieran compartido algún juego.

Los hijos volvieron a los respectivos colegios. Fue un alivio para todos. Y el matrimonio recuperó la vida que siempre habían tenido. Antes. Antes de que ella hubiera aparecido. Antes de que Carlos se aterrorizara ante la perspectiva de que su vida fuera a terminar en aquel mar de férrea rutina y convencionalismos sociales.

“¿Qué pasó todos estos años, a dónde se fue la vida mientras yo vivía?”, se preguntaba el hombre, confuso, desesperado ante la posibilidad de que todo estuviera terminando en aquella intención de vida familiar donde él era casi un desconocido, un elemento pasivo y

casi inútil en aquella interacción de seres que lo rodeaban, que a veces le hablaban, que decían quererlo y que no sabían cómo demostrarlo. Seres a los que respondía casi sin escucharse, con palabras y gestos establecidos, siguiendo rígidos códigos y rituales que se habían formado a lo largo de años de convivencia inconsciente.

Por todo eso, por una mezcla de temor, de insatisfacción, de rebeldía, aquella noche buscó a Dios en el fondo de una botella de caña. Y rugió con rabia pidiendo una segunda oportunidad para sí mismo. Fue un grito fuerte, desgarrado, casi agónico, que Dios escuchó con el ceño fruncido, que Carmen escuchó cuando llegaba a su fin y, pensando que había soñado, siguió durmiendo. Un grito que fue escuchado por las entrañas de aquella mensajera de los tiempos que habitaba los montes y los cerros cercanos. Entonces Dios suspiró y, como si hubiera estado esperando por todo aquello, como si alguien lo hubiera escrito para que Él lo ejecutara, dio una nueva vuelta a su implacable molino y la mujer, sola en el monte, sintió que un ramalazo de dolor en su vientre la paralizaba.

Sabía lo que significaba, el momento había llegado. Así se lo venían advirtiendo las voces internas. Se sentó y esperó. Pasó una eternidad mientras alternaba los gritos de las voces en su mente con dolores cada vez más frecuentes. Estaba jadeando y sudando cuando un nuevo ramalazo, más fuerte que ninguno, la recorrió y ella se arqueó. Sintió que su entepierna se empapaba. Quiso pensar, quiso saber qué hacer, pero ya no pudo pensar más, dejó que las voces hablaran. Las voces dejaron de gritar, con un suave susurro la llevaron hasta una horqueta baja y, como habían hecho todas las mujeres que vivieron esa circunstancia a lo largo de milenios, Gabriela se colgó de la horqueta colocando ambos gajos bajo sus brazos y pujó fuerte. Sintió que se desgarraba y gritó con los dientes apretados. Sus uñas se clavaron en los brazos de la horqueta hasta partirse, todo su cuerpo se endureció, sus piernas se arrollaron y, con un bramido antiguo, pujó una vez más, la definitiva. La niña nació mientras las visiones de mujeres antiguas con la frente tatuada cruzaban por la mente de Gabriela. Eran las mujeres que le hablaban en su mente, mujeres que la acompañaban, que la confortaban en su trance, mujeres que sabían del dolor físico y del dolor del espíritu, y que habían cargado por siglos con el dolor de la nación de la gente que sueña. Mujeres que sabían sufrir, y que la acompañaban en sus sueños y visiones cuando entraba en el mundo de Tupán. Mujeres que le habían dejado un deber, un legado.

Gabriela salió de su trance. Buscó y levantó el cuerpito de su hija. Le limpió la boca, la sopló suavemente y la movió. La niña aspiró y lloró, fuerte. Con lo que le quedaba de fuerza Gabriela se agachó y retiró la placenta. Sobreponiéndose al rechazo mordió un par de pedazos. Puso su pecho en los labios de su hija. La niña succionó ávidamente mientras la madre, en una antigua y primitiva comunión, masticaba pedazos de su propia carne, de la carne que había alimentado a su hija hasta el momento de nacer.

Un águila mora, volando solitaria, gritó en algún lugar del cielo.

Fue como aquella vez, cuando el sol comenzaba a correr a las nubes bajas. Apareció caminando despacio entre jirones de niebla. Carlos sintió una profunda emoción. Carmen un profundo dolor. Ella llegó, los miró y, sin decir nada, puso a la niña entre los brazos del hombre.

Los días siguientes fueron un verdadero infierno. Carmen, en un ataque de rabia casi demencial, echó a Gabriela. Pero Carlos, apelando a lo poco que quedaba de sí, se puso firme y lo impidió. Gabriela se metió en un establo y no salió.

-¡Es mi hija, carajo! ¡Es mi hija!- gritó Carlos en un estallido de furia cuando se le acabaron los argumentos. Y dio vuelta la mesa del living de una patada. Carmen se asustó y se retiró. Carlos se emborrachó.

Al fin transaron, Gabriela se quedaría alojada en una dependencia del fondo, apartada de las casas, que acondicionarían para ella y para la niña.

-¡Pero cuando deje de darle de mamar a la niña, se va! –dijo Carmen.

-¡Eso lo vemos después! –le respondió él.

Carmen dejó las cosas así, pero implantó un complicado reglamento donde se establecían los espacios a recorrer por Gabriela, los momentos en que Carlos podía tener a la niña (nunca junto con Gabriela, tan solo una hora durante las tardes, y un peón la traía y la llevaba), las comidas, los cuidados, etc., y, ante cualquier duda, ella debía ser consultada para una resolución final.

Así pasaron los primeros meses, en una tirantez casi insoportable.

Fue cuando llegó Andrés a pasar unos días. En realidad llegó porque se estaba escondiendo de la policía por una pelea en un bar. Por lo menos eso fue lo que contó, y todos le creyeron, era parte de su leyenda. No era la primera vez que Andrés dejaba al alguien seriamente lesionado, y parecía ser que ahora la cosa había sido peor. El gran problema de Andrés no era su carácter pendenciero, era en lo que se transformaba cuando tomaba un poco de más. Allí dejaba de ser el joven alegre y de vida disipada que alegraba las reuniones y hacía brillar los ojos de las muchachas, para transformarse en un peligroso y agresivo animal, capaz de herir y de matar. Andrés tenía uno treinta años, y todos decían que no llegaba a los cuarenta, que lo mataban antes.

Andrés introdujo un toque distinto cuando llegó a El Estero. Carlos tenía con quien hablar, siempre se había llevado muy bien con su hermano menor, y lo quería entrañablemente. Y los ojos de Carmen volvieron a iluminarse, a brillar como antes.

Y en pocos días todo comenzó a tomar el gusto de cosa antigua, segura y divertida. Volvieron las cacerías de los hermanos y las comidas alegres en torno a la mesa familiar. Carmen estaba recuperando la felicidad, por más que existiera aquella sombra viviendo en la casa del fondo. Tenía todo lo que quería, lo que podía tener y lo que soñaba, tenía su vida y su fantasía viviendo a su lado. Por unos días Gabriela no mandó más a la niña, hacía frío, había mandado decir. Y nadie dijo nada. Mejor así.

Hasta que Andrés la vio, hasta que ella vio a Andrés. Los hermanos volvían de pescar, y ella estaba allí, lavando la ropa en la orilla de la laguna. La niña arropada en la orilla y ella lavando, lentamente, con la falda remangada a medio muslo, tal como la había visto Carlos aquel día en la bomba de agua. Los ojos de Gabriela se clavaron en los de Andrés, y su mirada llegó hasta adentro.

Andrés interrogó a su hermano con la mirada. Carlos bajó la cabeza. Esa noche, después de cenar y en medio de unos vasos de caña, los hermanos hablaron hasta la madrugada.

Al otro día, Andrés no fue a desayunar, lo encontraron tomando mate, solo, al lado de la cocina, mirando fijamente hacia la casa del fondo. Carmen sintió una punzada aguda en su pecho.

Después, más tarde, los vieron caminando, despacito, charlando y mirando el piso, las manos de él cruzadas atrás, ella con la niña en los brazos, mirando de a ratos la cara del hombre.

Carmen apretó los dientes casi hasta rompérselos. “Es demasiado, los dos no. ¡Los dos no!”, pensaba mientras veía cómo le era arrebatado aquello que era suyo y aquello que mantenía en secreto en un rincón de su corazón.

Una noche, muy tarde, Carmen fue hasta la casa del fondo. Sin ceremonia alguna entró. Gabriela estaba dando de mamar a su hija, no se inmutó ante la intromisión.

-Te vas –dijo Carmen- ahora sí, te vas, definitivamente.

Gabriela la miró muy tranquila.

-No me voy nada, gringa. Acá hay algo que es mío y no me voy a ir.

-¡Es mi marido! –casi gritó Carmen.

Ella sonrió.

-No estoy hablando de eso, eso es tuyo, si. Me refiero a algo que hay en el campo. Acá hay algo que es mío, mucho antes de que vos vinieras.

Carmen se desconcertó.

-¿De qué estás hablando?, ¿qué cosa es tuya?

Gabriela la miró muy fijo, sin enojo, sin conflicto, tan solo le estaba explicando algo muy importante para ella.

-No lo sé, gringa, pero hay algo. Lo vi en mis sueños, me lo dijo Tupán.

Carmen quedó con la boca abierta, sin saber qué responder. Aquella mujer hablaba en serio.

-Pero, no podés quedarte, m'hija, esto..., esto es un lío..., así no podemos vivir.

Gabriela la seguía observando, leyendo su corazón.

-Mirá, gringa, somos mujeres, te voy a hablar claro. No quiero a tu hombre, él ya me dio lo que necesitaba. Solo quiero encontrar eso.

Carmen pensaba, calculaba. “No, esta sucia no va a tener nada.”

-¿Y Andrés? –preguntó, nerviosa, alterada, casi con miedo de poner en evidencia su sentimiento. Pero era conversación de mujeres, no es necesario ocultar nada. Y a veces, ni siquiera es necesario hablar.

Gabriela sonrió.

-A ese me lo puso la vida adelante, ese es parte de todo. Ese es mío.

Carmen casi explotaba de rabia, pero se contuvo.

-Te doy una semana, después llamo a la policía -dijo. Y salió dando un portazo.

Gabriela quedó muy quieta, apenas moviendo la cabeza de un lado a otro, resignada, triste por un destino que no quería.

-No vas a poder, gringa, no vas a poder... –dijo muy bajito para sí misma.

La noche era oscura, sin luna, sin estrellas. Por eso, tan solo los fantasmas de El Estero y los que esperaban en el tiempo, vieron a la sombra desplazarse silenciosamente en dirección al monte. Vieron sus ojos negros donde brillaba la muerte y la tristeza. Y lo que iba a suceder no lo sabría nadie, nunca. No estaría en el relato de Gonzalo Ponce, solo aparecería, muy fugazmente, muy distorsionado, en lo que soñaría el viejo Sepé la noche que Gonzalo contó todo a Micaela. Pero las consecuencias quedarían impresas en el archivo de la raza y en el corazón de las gentes, como una cuota más de dolor, de tragedia y de fatalidad.

La sombra llegó al monte y entró. Apartó las ramas, siguió monte adentro hasta que encontró un lugar donde sentarse, entre las coronillas, cerca de los juncales de la orilla de la laguna. Estuvo un rato muy quieta, hasta que un canto suave comenzó, un canto agudo, trágico, antiguo. Después, todo fue silencio y quietud. Un oído muy agudo, increíblemente afinado y alerta, hubiera podido escuchar el suave, muy suave siseo de un cuerpo húmedo que se arrastra por los pastos. La yarára era muy grande, de casi un metro y medio de largo y muy gruesa, era una hembra adulta. La víbora había despertado en la noche, nunca supo que fue lo que la alertó. Lo sintió como una llamada, como algo imperioso que la obligaba a moverse. Era una llamada fuerte, antigua, tan potente como el llamado sexual, una

llamada a la cual habían acudido muchas de sus antecesoras miles de años atrás, cuando una mujer las había invocado.

Sin otro estímulo que responder a aquello, sin sentir nada que no fuera la ansiedad por acudir, la yarará se acercó a la sombra, trepó por su pierna y quedó muy quieta en el regazo, casi en trance. La sombra la tomó delicadamente por detrás de la cabeza y presionó con sus dedos el cuello y la nuca del animal. La víbora abrió la boca muy grande y dejó al descubierto sus enormes colmillos. La sombra aprontó un pequeño recipiente, apoyó los colmillos del animal en el borde y apretó. Dos potentes chorros de veneno cayeron adentro del frasco. La sombra soltó a la víbora que se marchó tan tranquila y lentamente como había acudido, como acudiría cada noche en que la sombra la invocara.

La sombra cerró el frasco y se marchó. Fue directo para la cocina. Con mucho sigilo, abrió la heladera, sacó el botellón con jugo de pomelo y vertió un par de gotas adentro. Y se marchó, hasta que el instinto le dijera que debía volver a repetir todo otra vez.

En los días siguientes, Andrés se sumergía en Gabriela y Carlos en la botella de caña.

Carmen no decía nada, ya no tenía ganas de pelear. Se sentía sin fuerzas. “Una alergia”, pensó una noche cuando se vio una pequeña erupción en su vientre.

Pero cada día se sentía peor, le costaba respirar, le costaba comer, le costaba levantarse. Pidió a Dios un poco de fuerzas, tan solo para poder echar a la india aquella.

Y Gabriela se tuvo que marchar. No se sabe si por intervención divina ante el pedido de Carmen, o se fue acompañando a Andrés cuando apareció la autoridad a buscarlo. Y no lo buscaban por pendenciero, ni lo buscaba la policía. No. Era un teniente del ejército que preguntó por él. Al parecer era amigo de unos guerrilleros que habían venido de Argentina, parece que los conocía de antes... “Un poco más que amigo, en realidad anda entreverado con ellos”, dijo el teniente cuando vio que no lo encontraba y que Carlos le preguntaba con insistencia. No era cosa de andar en problemas con Carlos San Román, mejor decir la verdad, y si el tipo no aparece..., mejor para todos. Se evitaba un procedimiento un tanto escabroso por la importancia de la familia.

Cuando avisaron que se iban, los sentimientos de todos eran confusos, se iban solos, sin la niña.

Carlos sentía una mezcla de alivio y de desgarró. Hacía mucho tiempo que no tenía nada con Gabriela, desde que apareció Carmen. Pero el verla de vez en cuando, el tenerla cerca, el saber, el recordar... “y se me va...”. Pero quedaba la niña, un motivo para recordarla, para saber que había existido en su vida. “Un motivo de problemas futuros...”.

Carmen, casi sin fuerzas, agradeció al cielo que se fuera esa mujer. Pero en aquel rincón profundo e íntimo de su corazón, lloró por la partida de Andrés.

Para Andrés fue una consecuencia de su vida, no quería pensar en el futuro, tan solo quería estar con ella, con Gabriela, siempre

Gabriela se comportaba como si todo eso lo supiera de antes, de mucho antes. La separación con su hija no la alteraba, era como si hubiera plantado algo que tenía que crecer allí. Era un gajo de esa tierra, otra posibilidad en caso de que fallara en la tarea que le habían indicado en sus sueños. Y Gabriela se había ocupado de poner un muy buen tutor para ese gajo. Tampoco pareció importarle en absoluto la separación con Carlos. En cuanto a Carmen... todo estaba sucediendo. Y estaba feliz de marcharse con Andrés. Él no sabía a dónde ir, a dónde esconderse. Ella sí.

Ya era de madrugada, Gonzalo estaba cansado. Micaela había estado escuchando sin decir nada. Solamente un par de veces, cuando las lágrimas asomaron a sus ojos, fue que pudo



traslucir algún sentimiento. Gonzalo no sabía si eran lágrimas de dolor, de emoción o de furia. Sepé sabía que era todo eso junto, más la ansiedad, una enorme ansiedad que había comenzado a devorarla.

Gonzalo continuó ahogando un bostezo.

-Al tiempo Carmen murió, una alergia terrible la fue debilitando. Y murió. Carlos se sumergió en las cosas del campo, a vos te cuidó una niñera y todo fue rutina. Hasta ahora, donde parece que todo vuelve a ponerse en marcha.

Micaela se sirvió otra taza de café. Se levantó y paseó por la sala con la mirada perdida.

-Una india... –dijo casi en un susurro-, mi madre era una india.

Sepé la miró expectante.

-¿De qué país, de qué tribu?- preguntó Micaela con ansiedad, casi con rabia.

-Nunca pertenecemos a ningún país –dijo Sepé- no existían los países cuando llegaron los blancos.

Micaela lo miró interrogante, nunca se había puesto a pensar en esos términos. Gonzalo intervino.

-Tampoco la palabra “tribu” es muy exacta. Debemos pensar en muchos pueblos diseminados por una región que va desde un océano a otro. Pueblos que se movían mucho, que tenían rasgos culturales comunes, algunos de ellos vivieron en lo que es hoy el Uruguay.

-Charrúas. –dijo Micaela.

Gonzalo dudó antes de responder. Sepé lanzó un ronquido corto que quería simular una risa irónica.

-Ese es el nombre que nos dieron los blancos y los carios –dijo con una cuota de dolor en su voz.

Micaela frunció el ceño.

-No se sabe cómo los charrúas se denominaban a sí mismos –siguió Gonzalo- Charrúa es el nombre que dio algún cronista español cuando le preguntó a un guaraní, que intentaba hablar español, cómo se llamaban aquellos indígenas que veían en ese momento, o que hacían tal o cual cosa en un lugar determinado. Y el guaraní, el cario, como se llaman los guaraníes a sí mismos, le dijo algo que el hombre entendió como “charrúa”. Y así quedó establecido. De la misma manera nominaron a los Bohanes, Guenoas, Minuanes, etc. Son nombres dados por los guaraníes y escritos por los españoles en base a lo que lograban entenderle al guaraní cuando se referían a unos y a otros. Tenemos que pensar que son parte de un mismo pueblo que se estaba desplazando o acampando en determinado punto. Son los antiguos chonik que se esparcieron desde Los Andes patagónicos hasta acá. Son diferentes de los grupos de las selvas, son diferentes de los guaraníes, son diferentes de los grupos andinos y de los del planalto brasileño. Son grupos de llanura que se fueron formando desde hace miles de años y que adoptaron similares rasgos culturales de acuerdo al entorno natural en el que vivían. Llegaron a esta zona hace unos tres mil años, o más. No sabemos si se veían a sí mismos como un solo pueblo, pasó mucho tiempo y se mezclaron con muchos otros pueblos, tomaron cosas de los guaraníes, de los blancos, de los grupos kaigán que ocupaban las mesetas del Brasil, de los selvícolas, de todos.

Gonzalo se interrumpió y quedó pensativo. Micaela vio que estaba por decir algo importante y esperó.

-Pero una cosa se mantuvo, siempre hubo un núcleo, algo que estaba en el corazón de cada uno de esos agrupamientos y que los hacía diferentes a todos los demás. Son las tres líneas

en la frente y su significado: la huaca, el mundo de Tupán, y la mujer que sueña y que entra en el mundo de Tupán.

-La huaca... –repitió Micaela en voz baja –es eso que soñé.

-Sí. Una huaca es algo que contiene el poder sagrado. En este caso es una piedra, una piedra depositaria del poder de invocación al mundo de Tupán, depositaria del recuerdo, de la tradición. Una piedra mágica, sagrada. Un rasgo cultural que la humanidad ha tenido desde sus inicios. Aun hoy, nosotros mismo, tenemos piedras, algunas talladas en forma de esculturas de dioses, otras en su forma original, sobre las que depositamos cualidades mágicas, poderes, recuerdos. Son símbolos a los cuales, con el tiempo, con los diferentes rituales, se le adjudica poder por sí mismos. Un poder que en las islas del Pacífico le llaman el Mana, para los afrobrasileños es el Ashé, para los sioux era Wakan..., o bien puede ser el Espíritu Santo para los católicos. La huaca era una piedra depositaria de poder. Se encontraron varias diseminadas por nuestro territorio, nunca se le pudo dar significado alguno por parte de arqueólogos o antropólogos. La ciencia no puede dar significado a algo que está enterrado sin otro contexto que unas boleadoras, unas puntas de flecha y algún hueso. Nosotros sabemos que es así por el tipo de investigación que hemos hecho con Sepé, recurriendo a métodos que no son aceptados científicamente, leyendo mucho, haciendo suposiciones, rescatando hilachas de memoria de algún viejo. Así pudimos construir una historia y asignar significados.

-¿Y ahora, qué estás haciendo con todo esto?, no entiendo nada. –dijo Micaela.

-Ahora..., ahora estamos buscando algo que buscaba tu madre en este campo, algo que decía que le pertenecía a su gente desde antes de que vinieran los San Román, y que si lo encontramos podemos decir que El Estero es de tu propiedad. Fue un pedido de Gabriela. Pero fue una condición que puso Carmen antes de morir, si eso no aparece, para vos no hay nada. Y soy yo quien lo tiene que decidir y establecer ante escribano.

-¿Y qué puede ser eso?

-Pensamos que es una huaca, una piedra oblonga, de unos treinta centímetros por diez, con algunas inscripciones indescifrables. Pero no sabemos cómo comprobar que sea una huaca auténtica, hubo muchas imitaciones. Y el campo es enorme. Por eso estamos recurriendo a este tipo de investigación. Hay varios hitos en la historia en los cuales sabemos que la huaca tuvo gran importancia. Tenemos que investigar eso.

Micaela caminaba de un lado a otro de la sala.

-¿Dónde está... Gabriela? –preguntó dudando al nombrarla- ¿Está viva?

Gonzalo la miró un instante, suspiró antes de responder.

-Sí, está con Andrés, en los algún lugar de Los Andes.

-¿Por qué allí? –preguntó Micaela, extrañada.

-Es algo largo de explicar, es parte de la historia. Tenemos que ir paso a paso. Cómo te voy a explicar..., no quiero sacar de sintonía a tu mente.

Micaela asintió en silencio.

-Sí, entiendo. Pero después quiero ir a verla.

Gonzalo quedó muy quieto, parecía no saber qué decir. Miró a Sepé que asintió casi imperceptiblemente.

-Está bien. Mañana continuamos. Vamos a llegar hasta el momento en el cual todo eso se coloca en su sitio. Ahora vamos a dormir, por favor.

Fue una noche extraña para todos, con sueños repletos de imágenes que reflejaban lo que habían hablado, una noche en la que descansaron poco, y donde el sueño pesado, profundo, recién los alcanzó poco antes del amanecer.

Micaela despertó con el sol alto. Se higienizó y se horrorizó al ver en el espejo del baño sus ojos hinchados. Después de un rato de masajes y alguna crema, salió al exterior. Bajo el alero encontró el mate preparado. Tomó unos mates, comió un pastel relleno de dulce de membrillo y se sentó a pensar en todo aquello. Era muy confuso, excitante, raro, triste y conmovedor. No podía definir sus sentimientos. Su familia no era lo que había pensado, no sabía cómo considerar todo aquello. “Y mi madre...¡tengo madre...!” Con un esfuerzo consciente fue relegando todo pensamiento y especulación, toda anticipación. No había otro camino que seguir lo que planteaba Gonzalo.

“Gonzalo...”, un leve estremecimiento la recorrió y culminó en una sonrisa. “Otro tema interesante para desnudar...”

Se sorprendió y sonrió ante el lapsus de su pensamiento.

Esa tarde estaban los tres reunidos en la sala. Habían descansado. Casi sin proponérselo, se habían mantenido apartados unos de otros durante el día. Era necesario para descansar, para poder procesar y digerir las vivencias.

-Vamos a ir a los hitos importantes que te había mencionado –dijo Gonzalo.

Sepé iba a retomar el relato cuando miró a Micaela.

La joven estaba con la mirada extraviada y se balanceaba lentamente. Era el preludeo de otro de sus desmayos. Gonzalo hizo ademán de levantarse para ayudarla cuando, sorpresivamente, Micaela le hizo una seña con la mano deteniéndolo. Gonzalo se sentó.

Sepé la observó y asintió con la cabeza.

-Ella sabe, ella aprendió a entrar en el sueño.

Micaela jadeaba un poco. Hizo una vaga seña de asentimiento mientras sus ojos comenzaban a voltearse y se recostaba lentamente en el sillón.

La joven luchaba en su interior. Se daba cuenta de que esta vez entraba en el sueño de manera consciente, no era un desmayo como los que había experimentado toda su vida, era una experiencia que podía controlar. Y a medida que las imágenes de la realidad se iban diluyendo en paisajes agrestes y antiguos, Micaela experimentaba el profundo alivio de saber qué le pasaba. Y de comenzar a anticipar un porqué. Con lo último que le quedaba de razonamiento vio la imagen de la joven que se internaba en el bosque. El peso de la memoria de la raza cayó sobre ella y Micaela dejó fluir la historia que la contenía.

## CAPÍTULO 4

Hace unos tres mil quinientos años, cuando llegaron a la zona de lo que después sería el Río de la Plata, los chonik había olvidado su nombre y muchas cosas más. Una de ellas el sentido de gran nación. Ahora eran miles, y se extendían a lo largo y ancho de la pampa, al sur de las selvas del norte. Dependiendo siempre de los lugares de caza, se desplazaban detrás de las piezas ocupando diferentes ámbitos durante un tiempo variable. Había pueblos que permanecían en algún lugar durante muchos años, por lo cual pasaban a ser reconocidos como los habitantes de esa zona, normalmente a orillas de alguna laguna grande o sobre la margen de determinado río. Y el nombre que se les otorgaba los identificaba cada vez más con sí mismos y los diferenciaba con otros. Así aparecieron los puelches, la gente del este; los pehuenches, la gente de los pinares; los ranqueles, la gente de los cardales; los querandíes, a orillas del río del mismo nombre, y cientos de grupos más. Todos con una base de lenguaje similar y con los mismos rasgos culturales, pero reconociendo y defendiendo el espacio de cada uno.

Otros se mantenían en permanente movilidad, su permanencia en los predios de caza era mucho menor, eran gente muy fuerte, poco sociable, con un carácter moldeado más por una vida trashumante e incierta, que por las rutinarias alternativas de la semisedentarización. Ellos llegaron a esta zona, y se movieron durante años por las enormes llanuras que van desde el Paraná a la margen norte del Río de la Plata y al sur de lo que hoy es el Brasil. Un área cruzada por numerosos ríos repletos de peces y campos donde nunca escaseaba el venado, el ñandú o la perdiz; a orillas de un océano rico en recursos de todo tipo. Los peces, los mariscos de orilla, los pájaros y sus huevos, y los lobos marinos, proporcionaban una dieta abundante y rica en grasas.

Dentro de esas tribus, si se las puede llamar así, existió un grupo bien definido. Fueron los que mantuvieron más viva la tradición de los sueños, los que veneraron a sus huacas y a las mujeres que las alimentaban, los que protegieron ese secreto aun a costa de su vida, los que se opusieron al avance de los carios desde que se encontraron por primera vez.

El *Tekó'á*, la gran aldea de los carios, estaba en plena ebullición. El Payé, el jefe espiritual, había hablado de que debían emigrar una vez más, la eterna búsqueda de la Tierra Sin Mal lo llamaba otra vez.

Hacía unos pocos meses que los carios habían levantado la empalizada de la aldea. Según el *Tey y'-rú*, quien determinaba los ciclos de cosecha, el terreno no se había agotado, por lo tanto no era tiempo de partir.

La decisión quedaba en manos del gran cacique Maluý, el *Avá-até*, el gran jefe guerrero. Y Maluý dudaba. Sus exploradores le habían informado de rastros de gente en los campos cercanos a la aldea. Por otra parte, no le gustaba en absoluto que la decisión de mover al pueblo partiera del Payé, esto le restaba autoridad, una autoridad que necesitaba cada vez más fuerte a medida que su camino los llevaba hacia el sur, hacia las tierras que habían recorrido sus ancestros, pero que su gente no conocía.

Los carios eran agricultores sencillos. El maíz, el maní, la mandioca, el algodón, las calabazas y los porotos eran los principales productos que cosechaban. Establecían sus cultivos en las selvas y en los bosques aledaños a los ríos, cortando y quemando la vegetación baja, y plantando sobre el barbecho en los húmedos terrenos a la sombra permanente de los grandes árboles. Para ayudarse en sus faenas empleaban el *ybyrajhacuá*, el palo con punta aguzada y quemada, la principal herramienta para cavar y plantar. Cuando

el terreno comenzaba a agotarse, después de varias cosechas, se desplazaban hacia otra zona. Esos desplazamientos coincidían con una serie de rutas determinadas por los Payés, quienes en su permanente búsqueda de la Tierra Sin Mal, huían de la anunciada destrucción de la Tierra y buscaban la tierra de los dioses donde no se conoce la muerte.

Los carios tenían una cerámica bien desarrollada, lo cual les permitía guardar y transportar el producto de sus cultivos. Esa economía de base agrícola completada con la caza y la pesca, les permitía alimentar a grandes cantidades de personas, por lo tanto eran numerosos los contingentes que se desplazaban de sur a norte, y viceversa, recorriendo las rutas sobre los ríos que recorrían en sus *ygabas*, las enormes canoas que construían de un solo árbol.

Cuando se establecían, los carios levantaban una empalizada que contenía las chozas. En el centro la gran *oga*, la enorme choza principal que albergaba a las familias emparentadas con el jefe y que a veces podían ser más de cien personas. Alrededor, el resto de las chozas que contenían a las otras familias de la tribu. Más lejos, en las partes alejadas del monte, grupos de dos, tres o cuatro chozas, indicaban el lugar donde vivían las familias más alejadas del jefe, lo cual podía ser por razones de enemistad o por ser recién llegados a su zona de influencia. Todo esto constituía una *tava*, el poblado o aldea. Los cultivos se encontraban en los terrenos alrededor de la empalizada o próximos a las chozas alejadas.

Pero en esos desplazamientos, indefectiblemente se aproximaban a las grandes llanuras, a las pampas, a las tierras de los descendientes de los chonik.

Ocurrió poco antes de la segunda cosecha de *mandiyú*, el algodón con el cual hacían los tejidos. Las mujeres se encontraban seleccionando las plantas mejores para su mantenimiento y arrancando las más pobres, eligiendo cuidadosamente aquellos gajos que debían cuidar y transportar. De esa forma, el cultivo se iba domesticando en cepas que solo crecerían en basa a cuidados humanos.

Yaraí era toda una mujer a sus dieciséis años. Tenía dos hijos, tejía y participaba de las tareas de la agricultura y recolección desde su infancia. Ese día vio una hermosa planta de *ca-á*, yerba, que crecía en medio del aquel claro.

Yaraí se abrió paso entre las enredaderas y entró en el claro. Con mucho cuidado examinó la planta. “No, es demasiado joven para sacarla”.

La yerba seca con agua caliente, el *caaiguá*, la utilizaban los carios como infusión, mientras que la yerba fresca era una muy buena medicina para los dolores de la panza y para frotar cuando dolía el cuello. Preparada en forma especial y secreta, el Payé la utilizaba como medio para entrar en el mundo de los dioses y profetizar.

Yaraí pensó en marcharse, no era bueno apartarse mucho de los demás. Estaba cerca del río y podía encontrarse con un jaguar en cualquier momento. Fue entonces que percibió un leve movimiento en el fondo del bosque. Miró con atención y lo vio. Estaba a unos veinte metros, era un venado, un hermoso y enorme macho con su cornamenta completa. El animal miró a un lado y a otro, nervioso, su hocico se alzó, venteó y partió al trote corto. No había avanzado mucho cuando se escuchó un silbido suave, un golpe seco y el venado cayó dando un bufido. Yaraí vio que sus patas se movieron un poco y nada más, quedó quieto en el suelo, oculto por la vegetación.

Yaraí permaneció inmóvil, sabía que su gente no cazaba cuando había alguien en la zona de los cultivos. Esperó. Vio a lo lejos, entre las ramas, una figura humana que avanzaba hacia el venado. Era un cazador. Yaraí lo miró con curiosidad, evidentemente no era de su gente. Era alto, bastante más alto que los hombres de su tribu. Y muy fuerte, sus espalda ancha y sus hombros musculosos, su cuerpo robusto, brazos y piernas con músculos que se movían como animales debajo de la piel oscura y brillante por el sudor. Su cabello era oscuro y

largo, apretado contra la frente por una tira de cuero fina. Vestía un taparrabo de cuero y cubría su espalda con un cuero similar. Sobre el pecho, una especie de peto de juncos tejidos. Usaba arco y a su espalda, un carcaj con flechas de varios tipos. Yaráí no pudo dejar de ver con curiosidad las tres bolas de piedra atadas con cueros trenzados que colgaban de su cintura. Yaráí observó sus facciones. Sus pómulos altos y salientes, su nariz estrecha y hundida en la parte superior, ancha en las fosas, sus ojos oscuros, rasgados en forma horizontal y hundidos, y su boca grande de labios gruesos, le daban un aspecto casi feroz. Una ferocidad que desapareció cuando el cazador, alertado por su instinto, levantó la cabeza, la miró, y abrió la boca en una amplia sonrisa de dientes muy blancos y parejos.

Allí quedaron ambos jóvenes, mirándose y sonriendo, en medio del bosque, sin saber qué decir. El joven gritó algo, pero Yaráí no le entendió. El cazador insistió, hizo una seña con la mano indicando que esperara. Entró en la espesura y volvió enseguida. Traía sobre los hombros el cuerpo de un venado chico. Se acercó y lo arrojó a los pies de la muchacha. Evidentemente el cazador debía recorrer una distancia considerable de vuelta a su campamento. Y ya tenía un venado grande, por lo tanto, ofrecía el menor a la joven.

Yaráí dijo algo, pero no se entendieron. Fue la sonrisa de la muchacha al tomar el venado, lo que estableció el agradecimiento. El cazador la miró detenidamente, con curiosidad. Con cuidado sus dedos acariciaron la túnica blanca de algodón rústico que cubría a la joven. Era evidente que eso le sorprendía. Tocó el adorno de plumas de colores que la joven traía en su cabeza, sus dedos ásperos se deslizaron por la frente y la nariz y se detuvieron en el *tembetá*, el pequeño adorno de hueso que perforaba el labio inferior. Ella lo dejó hacer, sus gestos y su mirada le recordaban a sus pequeños hijos cuando miraban algo con mucha curiosidad.

El cazador finalizó su inspección y le sonrió ampliamente, hizo una seña con la mano indicando que esperaba encontrarla nuevamente y cargando sin dificultad el enorme venado sobre su espalda, partió al trote desapareciendo en la espesura.

Cuando Yaráí volvió a la aldea con su regalo y contó el incidente, causó conmoción. Yaráí era de la familia de Maluý y de inmediato acudió a contarle al jefe lo que había ocurrido. Maluý la escuchó atentamente, preguntó todo acerca del cazador, especialmente acerca de sus armas. Cuando la joven finalizó la despidió. Maluý quedó preocupado. La presencia de extraños siempre era un motivo de preocupación. Podía ser la posibilidad de una guerra, una fuente de peligro y muerte en caso de derrota. O una oportunidad de cimentar su liderazgo en caso de que fueran pocos y débiles. Pero la descripción del cazador le preocupaba, era fuerte, y muy bien armado. Maluý había escuchado hablar de esos hombres, permanentes habitantes de las pampas, hábiles cazadores, grandes corredores y excelentes guerreros. Sus bandas no eran muy numerosas, pero eran peligrosos.

Cuando el Payé se enteró insistió en que debían partir, la presencia de los guerreros era una señal para irse de allí. Maluý consultó al jefe agrícola. No era tiempo, debían esperar para abastecerse mejor antes de partir.

Maluý encontró la solución. Esa tarde anunció la construcción de tres nuevas *ygas*. La construcción de las canoas llevaría mucho tiempo y mientras tanto podrían abastecerse. Al mismo tiempo, era una señal de que había escuchado al Payé y que tomaba las medidas para partir. En cuanto al guerrero, después vería. Mandaría una partida a explorar. Tal vez fuera un cazador aislado muy alejado de su gente.

Esa noche, Maluý demoró en dormirse, pasó mucho tiempo pensando, mientras escuchaba los ronquidos, los susurros, los llantos de los niños, los quejidos y los ruidos del amor que producía su enorme familia cuando dormía en la enorme choza central.

Por la mañana, muy temprano, lo despertó el grito agudo de una mujer seguido por otras expresiones de alarma y asombro. Maluý supo que algo pasaba. Tomó su *Ibirapema*, la temible maza de guerra que utilizaban loa carios, y salió rápidamente de la choza pateando algunos hombres para que despertaran.

Allí, en un claro donde la empalizada estaba siendo reparada, había un grupo de unos veinte hombres. Muy altos y fuertes, muy bien armados, muy serios. Eran ellos, Maluý reconoció inmediatamente la descripción que le había hecho Yaraí. Por la expresión de sus rostros y por sus armas cualquiera hubiera supuesto una intención hostil por parte de los guerreros. Pero la gran cantidad de piezas de caza que se veían delante de ellos eran una inconfundible señal de obsequio y amistad. Varios venados, nutrias, carpinchos, ñandúes, mulitas y muchos peces constituían la ofrenda. Era el alimento de varios días para la aldea entera.

Maluý se adelantó a su gente que los miraba con una mezcla de curiosidad y temor. Observó cuidadosamente la caza que le ofrecían. Todos los animales abatidos por certeros disparos de arcos potentes, y los peces habían sido cazados con flecha, no con veneno en el agua ni con redes. Sí, eran diestros, muy diestros.

Al frente de los cazadores había un individuo muy grande y muy fuerte. Su edad madura, su porte y su ubicación en el grupo, lo indicaban como el jefe. Maluý observó con curiosidad al guerrero, vio que le faltaba un dedo meñique en su mano izquierda y una falange del mismo dedo de la mano derecha. Vio su piel curtida por mil cicatrices y en un momento, vio con asombro la línea de cortes, ya viejos, que subía desde sus muñecas hasta el cuello.

Maluý lo miró a los ojos. “¿Cuántos más serán, cuántos habrá detrás de los árboles?”, pensó sin que su expresión denotara su inquietud. De lo que no tenía ninguna duda era que los guerreros podrían haberlos atacado cuando todavía dormían. Maluý tomó una decisión.

Con gesto decidido se adelantó, levantó un venado por los cuernos, lo miró detenidamente, hizo un gesto de aprobación y lo mostró a su gente. Todos rieron y gritaron con alegría. Maluý miró a los cazadores sonriendo. Maluý miró al jefe, el hombre sonreía apenas, pero solo con su boca. El gesto no podía borrar la permanente alerta de sus ojos negros y brillantes.

Maluý habló algo rápidamente a uno de sus hombres y éste partió al interior de una choza. Todos se mantuvieron en un silencio nervioso. El hombre volvió con una túnica de algodón. Maluý la tomó de sus manos y la entregó al jefe. Este la tomó con asombro e hizo gestos de agradecimiento inclinando repetidamente la cabeza. El jefe sacó las boleadoras de su cintura y las entregó a Maluý, quien las tomó y las miró con curiosidad. Nunca había visto algo como aquello. El jefe tomó despacio las boleadoras de sus manos y con un rápido movimiento aplastó la cabeza de uno de los carpinchos que yacían en el suelo. Maluý hizo gestos de comprender. Con su *Ibirapema* aplastó otra cabeza. El jefe comprendió y sonrió. Tomó las boleadoras con la más pequeña en su mano y comenzó a hacerlas girar por encima de su cabeza. Todos escucharon un silbido que crecía en forma amenazadora. De pronto, el jefe las soltó arrojando su brazo en determinada dirección. Las boleadoras volaron y se enroscaron en un poste, giraron rápidamente y su giro terminó en un fuerte golpe que astilló la parte superior del poste. Todos lanzaron una exclamación de asombro.

Maluý inclinó la cabeza repetidas veces en gesto de agradecimiento. Un gran alivio recorrió a todos y algo se distendió en los cuerpos de los visitantes. Una vez más el intercambio, el dar, recibir y retribuir, había sellado la relación entre los hombres.

Los cazadores visitaron asiduamente a los carios, y siempre les traían regalos. Piezas de caza, pescados, hermosos papagayos de los cuales los carios sacaban las mejores plumas

para los tocados, cuchillos de piedra, cueros prolijamente curtidos, etc. Siempre había un regalo, una deferencia, una ayuda.

Entretanto había comenzado la construcción de las canoas. Era un trabajo arduo y de mucho tiempo. Los carios debían seleccionar los mejores árboles, las ceibas, blandos para cortar y ahuecar y duros al secarse. Los cortaban trabajosamente con sus hachuelas de piedra. Una vez caídos debían limpiarlos de toda rama y descortezarlo. Entonces comenzaba la larga tarea de ahuecar. Rompiendo, cortando, quemando, raspando y puliendo. Al mismo tiempo se le daba forma ahusada a los extremos, se tallaban y colocaban las bancadas, se embebía todo en aceite. Y cuando al fin quedaba lista, venía el agotador trabajo de trasladarla al río. Estas enormes embarcaciones, que podían tener más de veinte metros de largo y pesar varias toneladas, eran trabajosamente trasladadas a través de la selva. Se debía montar, tallar rolos para el deslizamiento, tejer cuerdas y construir andamios para levantarla cuando algún obstáculo lo requiera. Era un trabajo agotador, de varios meses, en el que participaba casi toda la aldea.

Su construcción fue una buena ocasión para integrar a los cazadores. Ellos no solo proveían fuerte mano de obra, sino que, gustosamente, se encargaban de traer la comida diariamente. La construcción de las *ygabas* era una instancia de integración donde se compartía el trabajo y la comida, y se fortalecían los lazos de amistad o parentesco. Rápidamente los cazadores comenzaron a asimilar el rico lenguaje de los carios por un par de sencillas razones: eran mucho más numerosos y tenían un vocabulario mucho más vasto. Y así, trabajando, compartiendo, dando y recibiendo, la comunicación comenzó a fluir. Y con ella varios rasgos culturales. Algunos cazadores sustituyeron el manto de cuero por la túnica de algodón, otros integraron alguna pluma colorida a su vestimenta, y aprendieron a gustar del *itacuguá*, la deliciosa y estimulante infusión de yerba con agua caliente que tomaban en una pequeña calabaza sorbiendo a través de una cañita con pequeños agujeros. Una práctica que se extendería a lo largo de los siglos, de las etnias y de las razas, y que se transformaría en elemento de socialización, abrigo y compañía.

Maluý pronto trabó una gran amistad con el jefe guerrero compartiendo días de cacerías y noches de *itacuguá*. También era corriente ver las largas y trabajosas conversaciones que se establecían, cada vez más seguido, entre Yará y el joven cazador que la había encontrado en el monte.

Pero además de estos lazos individuales, hubo un factor decisivo en la apertura social por parte de los guerreros, ocurrió durante la tercera o cuarta visita, cuando conocieron a Ibiro. Ibiro no pertenecía a la gente de los carios. Pertenecía a los axé, los habitantes de la selva profunda. Había sido capturado durante un feroz combate que los carios habían tenido con su gente. La partida de axé había peleado bravamente, y al final, solo Ibiro quedaba de pie, rodeado de cadáveres, blandiendo desafiante su maza. Se produjo un instante de silencio, de tensa quietud. Varios carios tensaron sus arcos, apuntaron, esperaron. Maluý miró fijamente los ojos de Ibiro, miró la sangre que lo teñía, sangre que brotaba de sus heridas y sangre de sus enemigos. Maluý reconoció a un gran guerrero, a un hombre valiente, fuerte. Sus virtudes eran importantes, no podía morir así. Maluý dijo algo y los arcos bajaron. Ibiro, respirando agitadamente, miró a un lado y a otro sin saber qué hacer. Esperaba su muerte, pero no ocurrió. Desconcertado, bajó su maza. Vio cómo el jefe cario se acercaba y, sin percibir ningún gesto de peligro, dejó que aquel hombre le sacara muy suavemente la maza de las manos y le pusiera la mano en el hombro en señal de reconocimiento. Un murmullo y gestos de aprobación recorrieron a los guerreros que observaban la acción. Ibiro acompañó a aquellos hombres cuando así se lo indicaron, no tenía otra opción. Su asombro fue



mayúsculo cuando, al llegar al poblado, vio cómo todos lo rodeaban amistosamente y le ofrecían comida y regalos, y lo cubrían con hermosas plumas. Así fue que Ibiro se quedó a vivir entre los cairos, de esto hacía ya varios meses, y estaba muy a gusto. Eran gente amable, inteligente, y lo trataban con una deferencia e importancia especial.

Cuando los guerreros lo conocieron quedaron asombrados, Ibiro sabía encontrar miel, y lo hacía de una forma muy particular. El hombre lanzaba un agudo y suave silbido, y esperaba. Repetía varias veces lo mismo hasta que escuchó que su silbido era respondido desde los árboles. Ibiro buscó atentamente hasta que divisó un pequeño pájaro. Silbó otra vez y el pájaro voló y se internó en la selva. Ibiro lo siguió, se detuvo y escuchó. Ahora fue el pájaro quien silbó e Ibiro le respondió. Así siguieron internándose en la selva, hasta que el pájaro se detuvo silbando fuerte. Ibiro miró en esa dirección y vio un enorme camoatí, un panal de peligrosas abejas de monte que zumbaban nerviosas por la presencia humana. Ibiro cortó unas ramas verdes e hizo una gran humareda debajo del panal. Cuando las abejas huyeron, Ibiro abatió el panal de una pedrada. Tomó unos grandes pedazos repletos de miel y los guardó. Cuidó de dejar un generoso trozo en el suelo. Ibiro partió rápidamente antes de que volvieran las abejas. Cuando se había apartado unos metros se volvió y observó sonriente, cómo su amigo, el pájaro silbador, había descendido y comía ávidamente la miel del trozo de panal que el hombre había dejado para él.

Cuando los guerreros vieron las habilidades de Ibiro y éste les contó su historia, respetaron mucho a los cairos. No solo no lo habían matado en aquel combate, sino que lo habían recibido, lo habían integrado y era uno más de ellos. Una tradición que los guerreros conocían y respetaban desde siglos atrás.

Así fue que las fuerzas positivas de la vida, lucharon por prevalecer en aquel encuentro de dos culturas. Y la lucha era contra la desconfianza, contra el temor, contra el centro de poder que se encarnaba en el Payé.

El Payé nunca había hablado con ninguno de los guerreros, se limitaba a observarlos de lejos. No se les acercaba y permanentemente se informaba acerca de todo lo que decían o hacían.

Esta situación lo estaba llevando a una peligrosa enemistad con Maluý. Siempre había existido una tensa y fuerte rivalidad entre ambos hombres y lo que representaban. Y ambos luchaban por mantener su cuota de poder disputándose la aldea. La gente de la aldea se inclinaba a un lado o a otro, dependiendo de una predicción acertada, de una protección contra los demonios de la selva, o de una guerra ganada o un lugar exitoso para la siembra y la caza. Se sentían bien cuando su mundo espiritual estaba controlado y seguro, y se sentían bien cuando su vida social transcurría en paz, con alegría y felicidad.

Ahora se acercaba una instancia decisiva: la fiesta de las *igabas*. Cuando finalizaran las canoas se haría una gran fiesta, seguramente se bebería mucho *ca-u-y* y todos se pondrían alegres. El Payé se comunicaría con los espíritus y haría predicciones, el *Avá-até* Maluý daría órdenes importantes, tal vez alguna pareja nueva anunciaría su unión. Todos se preparaban para la fiesta y, por supuesto, habían invitado a los nuevos amigos, los guerreros proveedores de caza y de hermosos cueros.

Maluý sabía que el Payé haría toda su exhibición de gestos y contorsiones durante el trance y que esto dejaría impresionados a muchos de la tribu. Debía pensar en algo importante para lograr ascender. Una sombra de tristeza pasó por el rostro de Maluý, sabía qué debería hacer, era el único que decidía esas cosas. Y ya era tiempo de hacerlo. Pensó en compartir su decisión con su nuevo amigo. Con sorpresa, Maluý se dio cuenta de que había trabado una gran amistad con el jefe guerrero. Tal vez por ser el único a su nivel, tal vez

por ver en su rostro las mismas huellas que imprimían, año a año, la soledad y la responsabilidad del mando.

Pero todavía no podía confiar, el Payé había envenenado aquella relación con una sola pregunta. Fue una noche en que ambos hombres discutieron en la soledad, en medio de la oscuridad.

Maluý había hablado mucho sobre la importancia de los guerreros, sobre lo necesarios que eran para la caza, para el trabajo diario en las canoas, sobre lo bien que eran recibidos por toda la aldea, sobre la importancia de establecer una alianza firme ante posibles enemigos comunes.

El Payé, un viejo doblado y arrugado, se había mantenido en silencio. Cuando Maluý finalizó el Payé habló.

-Dime Jefe, dime dónde están sus mujeres, dónde están sus niños, dónde están sus viejos y sus chozas. Cuando sepas esto yo les voy a hablar.

Maluý quedó en silencio. El Payé tenía razón, no sabía nada acerca de ellos, no sabía cuántos eran, siempre venían los mismos, no sabía dónde vivían.

La desconfianza creció como una víbora que se desenrosca en el interior de Maluý. A pesar de ello, no se animó a preguntar, no quería romper aquella amistad. Pero la situación no se podía sostener. En la fiesta de las *ygabas* lo preguntaría. Era el momento donde toda la aldea se sinceraba y ponían en claro sus dudas y deudas, era la gran instancia de renacimiento social, el nuevo comienzo. “Sí, será el mejor momento para preguntar”.

En medio de la oscuridad, Gualenchu se abrió paso entre la vegetación hasta llegar a aquel claro del monte que conocía muy bien. El insoportable hedor le había advertido, antes que la tenue llama en el interior del toldo, que la vieja estaba presente. Gualenchu suspiró, era una suerte que la mujer no hubiera salido en uno de sus paseos nocturnos a encontrarse con fieras y con espíritus, o a recolectar extrañas plantas que solo se debían cortar de noche.

Gualenchu había esperado que todos durmieran antes de ir en busca de la vieja. No deseaba que nadie se enterara de que iban a tener una conversación, esto podría levantar alguna alarma.

Gualenchu mantenía una distancia física y social con la vieja. La mujer siempre acampaba lejos de las tolderías, y también viajaba sola en los largos desplazamientos que los cazadores hacían por las pampas. Solamente tres mujeres jóvenes, que la vieja había elegido cuidadosamente, la acompañaban, la atendían, la cargaban y la cuidaban. Al mantenerse apartada, la vieja hacía crecer el misterio y el temor sobre su persona, crecía por lo tanto, el respeto que le tenían. Además, era una posición bastante cómoda a los efectos de mantener el secreto y la privacidad en sus temibles rituales y hechizos.

El ámbito de las tolderías era el espacio físico de Gualenchu. Unos treinta toldos cercanos a un arroyo, construidos de cueros y esteras, que albergaban a más de cien personas agrupadas en familias. En el medio estaba el fuego general y más lejos, apartada de los toldos, estaba la zona de residuos y deposiciones.

Más lejos aun, en el monte que se veía en la cumbre de la colina, acampaban la vieja y sus discípulas.

La distancia social entre ambos, era una consecuencia del alejamiento físico y una necesidad para preservar los ámbitos de decisión de cada uno. La vieja controlaba el mundo espiritual, el futuro, la salud individual y grupal, el conflicto de amor, la explicación de la suerte o la desgracia comunales. Gualenchu controlaba todo lo demás, era el jefe.

En ese tiempo se había dado una circunstancia que incluía ambas competencias: el encuentro con los carios.

Después que Tenco había encontrado a la joven en el bosque la vida había cambiado, era la primera vez que encontraban gente que no fueran de su nación. La tradición indicaba el buen recibimiento y el compartir, tal como habían hecho sus antepasados, tal como era indicado de generación en generación, tal como habían hecho Gualenchu y su gente cuando fueron a entregar los presentes al otro día del encuentro de Tenco. Pero cuando iban a concurrir al encuentro, una de las mujeres que acompañaban a la vieja bajó la colina, entró en las tolderías y dijo que la vieja se oponía al encuentro con los carios. Nadie sabía cómo se había enterado, y lo que era peor, la vieja se negaba a cualquier tipo de explicación, simplemente se oponía.

Gualenchu conocía muy bien el poder de la anciana cuando decidía intervenir en algo, y aunque en ocasiones sospechaba que había perdido la razón, se cuidaba muy bien de decirlo, no podía privar a la tribu del sostén espiritual que significaba la vieja. Y él mismo se sentía mucho más tranquilo al tener cerca a alguien que interpretaba y vivía en el mundo de Tupán. Por lo tanto, Gualenchu cambió su decisión: no iría toda la tribu a visitar a los extraños, iría él acompañado de veinte guerreros. Y así seguirían hasta saber bien quién era aquella gente y por qué la vieja se oponía a la relación.

Una vez tomada la decisión se sintió bien, era una medida de prudencia. Iría a visitar a los extraños, pero mantendría bien lejos las tolderías de su gente.

Pero ahora las cosas se precipitaban, habían sido invitados a la fiesta de las canoas, y Gualenchu consideraba que debía ir toda la tribu. Por esa razón, esa noche había decidido consultar a la vieja.

Cuando Gualenchu se acercaba al toldo de la vieja vio una sombra silenciosa que se deslizaba a escasos metros de él. “Vieja zorra”, pensó al percatarse de que era una de sus discípulas. Estas mujeres, además de su trabajo de sirvientas, eran sus aprendices en todo lo que hace a sus prácticas secretas, eran quienes recolectaban plantas y animales para los diferentes rituales en los que también oficiaban. Y eran salvajes y peligrosas luchadoras que darían su vida por proteger a su maestra. Casi no hablaban, miraban a todos con la cabeza baja y los ojos contra las cejas, no participaban de la vida comunal, nunca se bañaban y se vestían con cueros sin curtir. Y eran terriblemente diestras en el uso del arco y flecha y del cuchillo. Esa que se había deslizado era una de las centinelas nocturnas, seguramente las otras lo estarían vigilando desde algún punto de la oscuridad.

A medida que se acercaba, Gualenchu comenzó a tropezar con huesos de animales, montones de basura y restos de fogón. El olor a carne podrida, a basura vieja, a mugre, a excrementos y orín, humanos y animales, era casi insoportable.

La vieja ocupaba un toldo bastante grande a los efectos de albergar a sus discípulas, sus mascotas y sus numerosos y misteriosos enseres.

Gualenchu apartó el cuero de la entrada del toldo. El repentino chillido lo dejó clavado en su lugar. Frente a él, a menos de un metro, se encontraba un enorme gato montés de lomo amarillo y moteado. El animal estaba encorvado en posición de ataque y mostraba sus enormes colmillos mientras el chillido se transformaba en un grave siseo. Era la mascota favorita de la vieja.

La mujer estaba detrás, en el fondo del toldo. Lanzó un grito gutural y el gato saltó sobre su regazo y se arrolló. La vieja lo apartó de un manotazo y el animal corrió a echarse en un rincón. A Gualenchu le pareció ver un cuerpo fino y brillante que se deslizaba detrás de la vieja y se ocultaba debajo de una pieles.

Gualenchi permaneció quieto. Moviendo apenas un pie lleno de barro y costras, la vieja acomodó un cuero delante de ella, cerca del agujero en el suelo donde brillaba tenuemente la llama de un rescoldo. El hombre se acercó y se sentó. La miró. Siempre era una experiencia estremecedora mirar a la vieja.

Estaba sentada en medio de un montón de cueros sin curtir que la cubrían y se extendían hasta formar una alfombra. Lo único que se veía de ella era su cabeza y una mano a la que le faltaban todos los dedos excepto el pulgar. Era una mano oscura, con los huesos casi a flor de piel, llena de cicatrices largas y profundas. La vieja tenía su pelo blanco y pajizo, apretado con una vincha de cuero. Su cara tenía una expresión feroz. No tenía dientes, y el mentón, casi se juntaba con la nariz aplastada, torcida y un poco ganchuda. Movía la boca en un constante rumiar sin que se distinguieran sus labios. La frente estaba cruzada por tres profundas cicatrices negras en forma de líneas que bajaban desde la raíz del pelo hasta las cejas. Eran unas cicatrices anchas, enormes, que la vieja renovaba ocasionalmente en algún ritual. Sus ojos eran dos pequeños carbones brillantes en el fondo de unas cuencas profundas y rasgadas. Cuando se quedaba quieta, los ojos parecían ser lo único con vida de aquel cuerpo flaco y enjuto.

-Tenemos que ir todos –explicó Gualenchi-, deben conocer a la familia.

La vieja esperó, lo miró con sus ojillos brillantes y negó moviendo despacio la cabeza. Gualenchi insistió.

-Tenemos que ir, nos han invitado.

La vieja volvió a negar.

-Quiero una explicación –dijo Gualenchi.

La vieja habló, con una voz que parecía un chillido grave, siseante.

-No, es peligroso. La mujer me lo dijo en el sueño.

Gualenchi torció la boca.

-La mujer también te anunció lluvias y hace tiempo que sigue la sequía, la mujer te anunció un animal nuevo, y no lo vimos. La mujer prometió una tierra repleta de carne y seguimos cazando los mismos animales flacos. Gualenchi piensa que la anciana ve visiones falsas, que se está equivocando.

La vieja no respondió, hizo un ruido que podría ser una risa sardónica o un eructo. Se levantó y caminó hacia la salida. Gualenchi se apartó y arrugó la nariz al sentir el hedor de la vieja al mover los cueros que la cubrían. La vieja se detuvo en la entrada, se volvió e hizo una seña de que la siguiera. Gualenchi la siguió.

Caminaron dentro del monte oscuro. Gualenchi escuchó la conocida sinfonía de los animales nocturnos del monte. También escuchó, por debajo de eso, un suave deslizar de cuerpos entre las hojas cercanas. Gualenchi pudo distinguir algunas sombras que caminaban cerca de ellos. Las horribles mujeres cuidaban a la vieja en todo momento. Y seguramente el gato andaría por allí, y, tal vez, aquello brillante y largo que reptó detrás de la mujer.

Pronto llegaron a un enorme matorral. La vieja apartó las ramas y Gualenchi vio que estaban en la entrada de una cueva. Una entrada baja, estrecha. La vieja se internó y el cacique la siguió. Todos los ruidos de la vida desaparecieron, era como entrar en otro mundo, un mundo que solo la vieja conocía. Gualenchi era un hombre valiente, temible y fuerte, pero no pudo evitar que su piel se erizara. Algo pesado, diferente, casi tangible, se respiraba en la cueva. Algo que Gualenchi no pudo definir si estaba vivo.

Avanzaban tanteando las paredes. Pronto se vio un tenue resplandor. Dieron vuelta un recodo y se toparon con una pequeña hoguera en un hoyo en el suelo. Sentada a un lado,

una de las discípulas de la vieja. Las líneas oscuras de su frente todavía sangraban. A sus pies había una piedra oblonga, llena de hendiduras y rayas que parecían extraños símbolos, brillante por la sangre de la mujer.

La vieja se volvió hacia Gualenchu con una expresión de felicidad en su cara y un dedo flaco y oscuro señalando la piedra.

-Comió –dijo contenta como un niño-, la huaca recién comió.

Hizo una seña a la mujer que se retiró silenciosamente.

Gualenchu pudo ver que la huaca estaba sobre un cuero bien curtido. No había nada más en la cueva, excepto un envoltorio de cueros recostado a una pared.

La vieja sacó algo de entre sus ropas y se lo ofreció al cacique.

-Come hombre, come, que vas a ver el mundo de Tupán.

Gualenchu miró lo que le daba, era un pequeño hongo. Lo sostuvo en su mano dubitativo. La vieja sonrió, si es que aquella horrible mueca podía ser una sonrisa, y comió a su vez un hongo. Gualenchu la imitó.

Fuera del gusto a tierra y a bosta no sintió ningún sabor especial. Vio cómo la mujer le seguía sonriendo y le hacía señas de que se sentara.

Gualenchu se sentó sin saber qué esperar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, ni cuánto hacía que la vieja estaba cantando con aquel aullido lúgubre. Lo que le extrañaba era la inmensa claridad que alumbraba las cosas. No era el fuego, era como si todo tuviera una luz propia, brillante, hermosa. Incluso la vieja parecía diferente. ¡Parecía joven!

Gualenchu se controló, se dio cuenta de que todo era producto del hongo, no se iba a dejar engañar por la anciana.

La vieja puso la huaca en sus manos.

-Escucha cacique, escucha la huaca.

Gualenchu sostuvo la piedra con ambas manos y escuchó un zumbido que crecía, como el del viento en los árboles. Cuando comenzó a sentir voces sacudió la cabeza, se resistió. Pero las voces eran más fuertes. Gualenchu soltó la huaca y el sonido en su interior desapareció.

La vieja lanzó una carcajada horrible.

-¡No quieres escuchar, cacique, no quieres escuchar a la mujer del tiempo!- y siguió riendo al tiempo que tironeaba del brazo del hombre conduciéndolo al fondo de la cueva.

Gualenchu sintió que su fuerza volvía y su razón funcionaba. Llegaron a donde estaba el envoltorio de cueros. La vieja lo miró con expresión feroz y, con un movimiento repentino tiró de los cueros.

Gualenchu no pudo evitar mirar y lanzó un grito de terror. Sus ojos quedaron prisioneros de aquello. Estaba paralizado, todo su mundo había desaparecido, sus conceptos sobre la vida y la muerte se habían hecho pedazos. Y el gran Gualenchu era como un niño dominado por el pánico en un mundo que no conocía, que nunca hubiera querido conocer. No pudo dejar de escuchar la carcajada de la vieja que se perdía a medida que la mujer del tiempo entraba en su cabeza, le hablaba y le advertía sobre los grandes guerreros que cruzaban los ríos.

Atardecía. La fiesta de las canoas estaba comenzando. Los hombres encendían las antorchas que iluminaban toda la aldea. Las casas de cada familia lucían sus emblemas, todos vestían sus túnicas de fiesta y se adornaban con hermosas plumas de papagayo y de ñandú. Charlaban y se desplazaban excitados y alegres mientras hacían circular el *itacuguá*.

Las tres *ygabas* estaban adornadas con plumas y flores. Lucían brillantes por el aceite, y los grandes remos, también con adornos de flores, estaban apoyados contra la banda de una de ellas.

El *ca-u-y* estaba fermentado y listo. Los carios lo preparaban hirviendo la mandioca y luego masticándola. Escupían dentro de un gran recipiente y lo dejaban fermentar junto con granos de maíz también macerados con saliva. Obtenían así, una potente bebida alcohólica, espesa y gustosa que los alegraba y embriagaba.

El Payé no se veía por ninguna parte, seguramente el hombre se estaba preparando para su gran actuación, para el momento culminante de la fiesta, su momento de gloria donde iba a consagrar la *ygabas* y a anunciar la pronta partida.

Maluý estaba solo, pensativo. No quería hablar con nadie. Lo único que necesitaba en ese momento era la compañía de su amigo, Gualenchu.

Las mujeres habían preparado exquisitos manjares con carnes asadas, frutas y miel, que Ibiro había provisto en abundancia. Muchos empezaban a comer, otros comenzaban a tomar el agua de la embriaguez y algunos empezaban a cantar.

Un griterío de alegría indicó a Maluý que los guerreros habían llegado. Como siempre, sonrientes, amables, con muchos regalos. Maluý se acercó y puso su mano en el hombro de Gualenchu que vestía la túnica blanca que Maluý le había obsequiado. El cacique le respondió de la misma forma. Ambos hombres quedaron un tanto confusos al descubrir en el fondo de los ojos del otro, algo que podían ver pero que no podían leer, algo que lo único que dejó fue un creciente sentimiento de desconfianza y fatalidad.

Gualenchu y su gente ocuparon un lugar en la reunión. Al contrario de lo que sucedía siempre, no se mezclaron con los demás, se mantuvieron todos juntos. Era la misteriosa orden que había dado el jefe.

Gualenchu había tomado esa medida de precaución casi instintivamente. De la terrible experiencia que había vivido al visitar a la vieja, tan solo tenía recuerdos vagos y algún mensaje apremiante que le resonaba en su mente. Gualenchu recordaba que se había despertado con frío, tendido en medio de la oscuridad del monte. No sabía dónde estaba la vieja, ni quería averiguarlo, tan solo quería volver a su toldo y acostarse entre el calor familiar y protector de sus mujeres. Mantenía en su interior una sensación de profundo miedo, algo verdaderamente aterrador había visto en algún lado, algo que le había mostrado la vieja. Y en su mente resonaba el mensaje de que debían apartarse de los carios, de que debían emprender el viaje hacia donde sale el sol.

Esto había decidido a Gualenchu a tomar una serie de medidas precautorias y a visitar a los carios tal como lo habían hecho desde un principio: veinte guerreros y manteniéndose todos juntos. No le dio otra explicación a sus hombres, nunca lo hacía. Y tampoco sabía cómo explicarles aquello que había vivido, ni deseaba que supieran que la vieja había logrado asustarlo.

Y allí estaban, todos juntos, charlando y comiendo como uno más de la aldea, sonriendo con sus bocas anchas y generosas. Pero Gualenchu, que no dejaba de estar alerta aunque sin saber por qué.

La noche, los cantos, y el consumo de *ca-u-y* habían avanzado. Todo era alegría, excepto las miradas ocasionales que cruzaban Maluý y Gualenchu, miradas cada vez más cargadas de angustia y de dolor.

De pronto se escuchó una gran algarabía. Había aparecido el Payé. Verdaderamente era un gran espectáculo. Estaba entre dos ayudantes que portaban sendos cuencos de los cuales salía un humo espeso y aromático. Vestido con pieles de jaguar, adornado con hermosas y

enormes plumas, con un enorme bastón con el que golpeaba el suelo, y con una mirada feroz que recorría a todos los presentes, el Payé auguraba una de sus mejores actuaciones. Siempre era lo mismo, se lo recibía con una mezcla alegría y un leve matiz de burla. Pero, a medida que su actuación avanzaba, todos iban quedando subyugados por el hombre y la risa daba lugar a las expresiones de asombro, a los ojos y bocas abiertas, a los estremecimientos y a los temores.

El Payé avanzó hacia el centro del claro. Comenzó a girar en torno a las *ygabas* al tiempo que entonaba una monótona letanía. Eran los augurios de éxito y larga vida para las embarcaciones. Le estaba asignando un nombre a cada una y resaltando futuras virtudes y hazañas.

Cuando parecía que aquello iba a ser interminable, el Payé se detuvo. Había finalizado la consagración de las canoas, era el momento esperado por todos, el momento de la gente del pueblo. Su cuerpo giró lentamente y miró a todos los presentes. Por un instante su mirada se detuvo en Gualenchu. El cacique lo ignoró.

El Payé gritó algo y de entre la gente, apareció uno de sus ayudantes, un joven que portaba una caña de unos dos metros de largo. Un murmullo nervioso recorrió a todos los presentes. El joven sacó una bolsita y volcó el contenido dentro de la caña. El Payé tomó el otro extremo de la caña y volvió a pasear su mirada por los presentes. Unos gritos de ánimo y excitación lo saludaron. Lentamente, el Payé colocó su nariz en el extremo de la caña y echó la cabeza hacia atrás. El joven levantó el otro extremo de la caña, lo puso en su boca, hinchó su pecho y sopló con fuerza. El Payé echó la cabeza violentamente hacia atrás como si hubiera recibido un proyectil. Volvió a colocar su nariz en el extremo de la caña al tiempo que el joven volvía a introducir la bolsita en el otro extremo. Ahora pudo verse que el contenido de la bolsa era un polvillo muy fino. El joven volvió a soplar con fuerza, el Payé volvió a arquear su cuerpo hacia atrás y quedó en esa posición un buen rato mientras el joven desaparecía entre la gente. Todos quedaron en silencio.

El Payé, muy lentamente, comenzó a enderezar su cuerpo al tiempo que un leve temblor lo recorría de arriba abajo. Permaneció así, levemente encorvado y temblando. Hasta que de su interior partió un fuerte alarido. Allí comenzó el paroxismo de su actuación.

El hombre corría de un lado a otro, se revolcaba girando sobre sí mismo, saltaba y aullaba. De pronto se detenía frente a alguien y le decía cosas de su pasado, de su futuro, de su familia y de poderosos peligros que lo acechaban. La persona en cuestión normalmente reaccionaba con una expresión de terror. Y saltaba hacia otro y repetía la actuación, cada vez más fuerte, con más histeria. El público experimentaba una mezcla de excitación y de temor, ansiando ser objeto de la atención del brujo pero temiendo recibir algún mal augurio o una maldición. Las mayoría de las veces, el Payé tan solo emitía una serie de palabras ininteligibles, de ruidos, de gritos guturales sin sentido. Pero era suficiente para asustar a cualquiera y para mantener la tensión del grupo.

Maluy observó que ahora, en su recorrida, el Payé evitaba cuidadosamente enfrentar al cualquiera de los invitados. Y mucho menos a Gualenchu. Maluy sonrió para sus adentros. De pronto, el Payé quedó en medio del claro, muy derecho y rígido. Iba a hacer su anuncio. -¡Los demonios de la selva han crecido! –gritó el Payé- ¡Los demonios de la selva han entrado dentro de nosotros! ¡Pronto comenzarán las enfermedades, las peleas, las guerras!

El Payé hizo una pausa, miró a todos y con tono dramático y grave anunció:

... y la muerte.

Todos callaron. El terror los estaba dominando. Nunca el Payé había sido tan dramático ni había hecho augurios tan serios. El Payé miró de reojo la reacción de Maluý. Al ver que el jefe estaba inquieto y se movía se adelantó y continuó.

¡Tú, mujer! –gritó con un tremendo alarido señalando a una joven- ¡Tú, siente la enfermedad dentro de ti, siente cómo el demonio come tu interior!

La joven, aterrada, cayó tomándose el vientre con ambas manos. Todos la observaron y comenzaron a tocarse el cuerpo. El Payé no desperdició la oportunidad.

-¡El mal! ¡El mal está entre nosotros! ¡Debemos partir, la Tierra sin Mal, la Tierra de la paz nos espera! ¡Debemos partir, mañana mismo!

El encargado de la cosecha miró a Maluý. Maluý se irguió levantando un brazo, ya era suficiente. Su autoridad estaba demasiado erosionada por la actuación del Payé.

Todos callaron.

-¡Sí! –gritó Maluý- partiremos, cosecharemos para tener suficiente alimento y partiremos.

Y viendo que el Payé iba a intentar algo dio una orden en voz fuerte.

Gualenchu y su gente vieron cómo, de inmediato, todos callaban, todos miraban hacia abajo. Al rato, un grupo de hombres armó una gran parrilla en el centro del claro, levantaron un fuego grande y una enorme vasija llena de agua fue apoyada en el fuego.

Ahora el Payé se había sentado como uno más y permanecía callado. La gente miraba todos los preparativos con una expresión en la que paseaban la tristeza, el respeto y la resignación. Ahora intercambiaban comentarios en voz baja. La magia reinante instantes atrás, había desaparecido bajo un manto de tensión, de anticipado dolor, de temeroso respeto.

Los guerreros vieron que algo iba a suceder, se mantuvieron callados y alertas. Gualenchu buscó la mirada de Maluý. Lo vio muy quieto, de pie, mirando abstraído la hoguera que crecía con llamas enormes. Maluý levantó la cabeza y lo miró a su vez. Gualenchu solo vio una profunda tristeza, vio la decisión de un hombre condicionada por siglos de pautas culturales. Pero Gualenchu no lo entendió.

Maluý dio una orden. La gente se apartó y un hombre apareció caminando lentamente. Era Ibiro. Sonreía ampliamente, su cuerpo estaba desnudo y cubierto de miel. En algunos lugares tenía plumas pegadas. Había sido afeitado en las cejas y en la parte anterior de su cabeza. Ibiro entró al claro y se paseó delante de todos. Continuaba sonriendo y mostrando el atuendo que le habían hecho. Ibiro estaba repleto de *ca-u-y* y feliz por participar en la fiesta. Tan feliz que comenzó a bailar, sin percatarse de que nadie sonreía y pocos lo miraban. Ibiro pasó frente a los guerreros que lo ovacionaron, todos habían aprendido a apreciarlo. Gualenchu no perdía de vista a Maluý. La danza de Ibiro continuaba, ahora hacía piruetas y reverencias. En medio de su nube de embotamiento y felicidad Ibiro vio que Maluý se le acercaba. ¡El jefe venía saludarlo, el *Avá-até!* Fue lo último que vio. Mientras su cabeza estallaba por el violento golpe de la *Ibirapema* de Maluý, Ibiro se derrumbaba, muerto, con la sonrisa aun en sus labios.

Ninguno de los carios se movió, como si eso fuera una parte más de un horroroso y conocido drama. Los guerreros lanzaron un grito de asombro y sus ojos denotaron una furia extrema, inmediata, irracional. Con un grito seco y cortante Gualenchu los contuvo. No lo podían creer, no podían asimilar una crueldad tal, una injusticia y una ruptura de toda norma de hospitalidad como la que habían presenciado. Cruzaron algunos murmullos entre ellos, seguramente Ibiro había hecho algo grave, imperdonable. Pronto vieron que aquello recién comenzaba, lo peor estaba por ocurrir.



Con asombro, los guerreros observaron cómo varios hombres se acercaban al cuerpo de Ibiro y comenzaban a cortarlo, a despedazarlo con mucha práctica, mientras consumían abundantes dosis de *ca-u-y*. El cuerpo fue trozado y se sacaron las entrañas que se pusieron a hervir en la gran olla con agua. Sobre la parrilla se pusieron los pedazos de carne. Todos esperaron en un silencio tenso. Después de un rato, los pedazos de carne fueron retirados de la cocción y de la parrilla. Se le dio el caldo a las mujeres y a los niños, quienes lo tomaron lentamente y en silencio. Los guerreros comieron las entrañas y el resto de los hombres de la tribu comían los trozos de carne. El gran amigo, el formidable guerrero que había sido Ibiro, estaba dentro de todos ellos. Y todos compartirían sus virtudes.

Un hombre le dio el corazón a Maluý. El jefe cortó la mitad y comenzó a comerla. Dijo algo por lo bajo y el hombre, con la otra mitad todavía humeante, se dirigió hacia Gualenchu y se la ofreció. Maluý no quiso mirar.

Gualenchu miró el trozo de carne, miró al hombre que se la ofrecía y se levantó. Sin decir palabra se dirigió a la hoguera. Mientras todos lo miraban con curiosidad, Gualenchu se sacó la túnica que le había regalado Maluý y la arrojó al fuego. Un grito de rabia partió de los carios. La gente de Gualenchu se puso de pie. Maluý lo miró, con profunda tristeza. Un abismo de incompreensión cultural se había abierto entre los hombres. Un abismo donde comenzaban a agitarse el odio y la furia en forma descontrolada. Maluý vio la mirada de Gualenchu y no pudo evitar sentir lo mismo que aquellos ojos reflejaban, y una terrible furia comenzó a invadirlo. Pero ambos sabían que no era el momento ni el lugar.

Gualenchu caminaba hacia su gente cuando el Payé le cortó el paso y, apuntándole con un dedo largo y oscuro, comenzó a proferir todo tipo de insultos y maldiciones incomprensibles.

Gualenchu sacó sus boleadoras y, sin detenerse, le hundió el cráneo de un solo golpe. El Payé, el imponente brujo que hasta hacía unos segundos atemorizaba a todos y auguraba sus futuros, había caído, desmadrado como un muñeco, su maldición había sido abruptamente interrumpida por la muerte. Los carios se agitaron, buscaron sus armas. Los guerreros tensaron sus arcos. Gualenchu y Maluý los contuvieron. Rápidamente, sin dejar de vigilar a los carios, los guerreros se internaron en el monte y desaparecieron. Los carios se reunieron rápidamente alrededor de Maluý quien comenzó a dar las instrucciones para la guerra.

Al otro día, más de cien guerreros carios partían al trote en busca de sus enemigos. Eran un contingente formidable, armados con arcos y mazas, agrupados en secciones, cada una al mando de un jefe. Al frente estaba Maluý. De su cara había desaparecido todo rasgo de confusión y de dolor. Estaba otra vez en guerra. Estaba feliz, había vuelto a ser el jefe.

Cuando los carios encontraron el lugar de acampada de los cazadores no hallaron nada. Tan solo restos. La exploración que ordenó Maluý solamente encontró a una vieja mugrienta y dos mujeres que luchaban como demonios. Mientras la vieja y las mujeres eran ultimadas a golpes de maza, la aldea de los carios era incendiada y saqueada, sus jóvenes eran pasados a cuchillo y varias de sus mujeres eran llevadas prisioneras, entre ellas Yaráí.

Conjuntamente con esas mujeres, fueron tres cosas que serían importantes para la vida de los cazadores de las pampas, para la vida de la gente que sueña: la lengua guaraní –que sería el idioma general en toda la zona-, el *itacuguá* –que en el futuro sería conocido como el mate-, y el gusto por las bebidas embriagantes.

Muchas veces se encontrarían los carios con aquellos cazadores en los siglos siguientes, y nunca se integrarían unos con otros. La gente que sueña sería conocida por muchos nombres. Los carios serían por siempre los guaraníes.

Excepto casos individuales, donde la integración fue posible, las diferencias entre ambos los llevarían a enfrentamientos sangrientos, como había sucedido en ese primer contacto de la historia.

Micaela comenzó a despertar, lo último que vio antes de reaccionar completamente, fue la figura de una mujer dentro de una cueva, muy quieta, aterrorizada, esperando que todo terminara. Las tres líneas de su frente sangraban, y la sangre caía sobre la piedra que apretaba entre sus manos. A sus pies, un extraño envoltorio de cuero recibía las gotas de sangre que resbalaban por la huaca.

Cuando terminó de contar todo, Micaela estaba extenuada.

Gonzalo miró a Sepé. El viejo levantó las cejas en expresión ambigua.

-¿Qué fue lo que vio Gualenchu que lo asustó tanto? –preguntó Gonzalo.

Micaela movió la cabeza dubitativa.

-No lo sé, yo solo sentí el miedo, el terror del hombre, todo se oscureció delante mío.

-Un mecanismo de protección de la mente. –comentó Gonzalo.

-Sí, pero sé que es algo importante. Lo sé. –afirmó Micaela.

Gonzalo se levantó y se desperezó. Caminó de un lado a otro, las manos en los bolsillos, la cabeza baja, pensando.

-Por la descripción que hacés, eso sucedió antes de 1492. Los guaraníes todavía usaban cuñas de piedra para trabajar la madera. No hubo contacto con el blanco.

-Sí, eran seres humanos, todavía no eran indios –terció Sepé.

-No entiendo –dijo Micaela.

Gonzalo sonrió con un dejo de ironía antes de dar una respuesta.

-Indio es un concepto que surge a partir del contacto con el europeo. No denomina a un pueblo, es una definición en principio racial y que después, en los tiempos modernos, pasó a ser un recorte social. Hay lugares de América en los que se les dice “indios” a todos los que son campesinos. Lo triste es que, en esos lugares, todos los indios son campesinos, pero no todos los campesinos son indios. Volviendo al tema. Cuando los europeos entraron en contacto con el pueblo guaraní, con los carios, fue prácticamente un etnocidio cultural, de esto nunca se habla, al contrario, se dice cuánto benefició a los guaraníes el contacto con el europeo.

-¿Cómo fue eso? –preguntó la muchacha.

-A principios del año 1500 aparecen los jesuitas y todo el asunto de las misiones jesuíticas, las reducciones, como se las conocía. Siempre se menciona cómo los indígenas –a esta altura ya eran tal- se vieron beneficiados por el jesuita, nunca se habla de lo que culturalmente les ocurrió. Los jesuitas sustituyeron la cuña de piedra, que utilizaban los guaraníes como principal herramienta, por la cuña de hierro. Con este simple hecho todo se derrumbó. Como viste, para construir una canoa, una aldea, montar una zona de cultivos, necesitaban mucho tiempo. El hierro acortó increíblemente esos tiempos, les cambió toda la estructura de producción y, por lo tanto, el tiempo disponible para otras cosas. Pudieron tener excedentes en sus productos y así comenzar el comercio. Además, mientras tenían cuñas de piedra, pasaban mucho tiempo en la labor, durante el cual se compartía la tarea, la comida, se socializaba entre ellos. Cuando aparecen las cuñas de hierro todo se hace en pocos días. Les cambian por lo tanto, los ritmos de la vida. Los guaraníes nunca más pudieron prescindir del hierro. Incluso trabajaban la tierra a cambio de cuñas de hierro. Fue el principal instrumento de dominación de los jesuitas. Pero les cambiaron mucho más cosas, por eso hablo de un etnocidio cultural. Vimos que vivían en chozas comunales para

grandes familias. Cuando los jesuitas pusieron las misiones pasaron a vivir en chozas particulares para cada familia, así se destruyó el ethos social que existía. Y, para colmo, apareció el concepto de pecado. Nadie se preocupaba en la choza comunal si alguna pareja tenía sexo. A partir de los jesuitas todo fue diferente. Y más, antes los guaraníes consideraban el tiempo por las cosechas, por los ciclos de la naturaleza. Los jesuitas les introdujeron el concepto del tiempo europeo que ya se manejaba por las horas y el calendario. Había relojes en algunos pueblos. Y con ellos marcaban una interminable serie de rituales cristianos que los guaraníes debían cumplir. Hasta la música y la ropa les cambiaron.

-Y ellos no se oponían?

-Los que más se oponían eran los payés, todo fue, en realidad, un enfrentamiento entre los curas y los payés, fue una lucha que se desarrolló en las superestructuras de los pueblos. Y, apoyándose en la estructura, en lo material, los jesuitas triunfaron. Les hicieron la vida más fácil hasta cambiársela definitivamente. Los guaraníes nunca se enteraron cuándo dejaron de ser un pueblo libre y pasaron a ser vasallos del europeo, a cultivar las tierras del europeo, a trabajar su ganado, e incluso a pelear en sus guerras. Y los payé lucharon por mantener su poder. Como viste, la principal arma del payé era el espectáculo que montaba en algunos momentos. Nunca pudo oponerse al despliegue, casi magnífico en ocasiones, de los prolongados y complejos rituales cristianos. Aunque no entendieran nada, o casi nada de lo que hacían, los guaraníes fueron quedando fascinados por este despliegue religioso, diario y masivo. Y después, como cita un estudioso: “El obsequio de cuentas, agujas, alfileres, cuchillos, anzuelos, y en épocas posteriores, yerba, tabaco y lienzo de algodón, fue más fuerte que los reproches y su orgullo, y terminó por ganar sus voluntades”. Yo agregaría a esto las grandes cantidades de carne y los beneficios del comercio con Buenos Aires.

-Pero yo siempre escuché que los indios querían estar dentro de las misiones –dijo Micaela.

-Sí, tal vez, la alternativa a estar en la reducción de las misiones era trabajar en la encomienda, es decir, en el sistema de esclavitud agraria que la Corona había autorizado para los colonos. La otra alternativa era vivir en estado de naturaleza. Pero cuando aparecieron las misiones, y más, cuando apareció el ganado, ya muchos guaraníes preferían la vida donde todo está solucionado y el alimento era seguro, antes que la alternativa de vagar por la selva y arriesgar un enfrentamiento con las patrullas de españoles o portugueses. Siempre se habló de la gran cantidad de guaraníes que entraban a las reducciones. La verdad era que entraban, comían un tiempo y salían a vagar. Así durante años y años, hasta que al fin, cuando fueron sometidos a tiros de fusil y de cañón, pasaron a vivir junto con el europeo, se transformaron en su más fieles aliados. Siempre fueron muy inteligentes y, por lo tanto, relativamente fáciles de aculturar. Todo lo contrario de los pampas, de los charrúas y todos los demás que, como sabemos, eran el mismo pueblo. Pero todos eran “indios” para el europeo. Aunque algunos lo hayan sido más que otros. No creas que actualmente se piensa muy diferente.

Micaela se encogió un poco. No podía dejar de sentir dentro de su pecho la enorme carga de dolor que crecía a medida que el recuerdo de la raza entraba en su conciencia.

-Es horrible –murmuró- todo esto es horrible.

Sepé bajó la cabeza. Gonzalo la miró con dolor.

-No sé si dejar que profundices por tu cuenta en esto Mica, es muy doloroso, y tendríamos que mantener el hilo de la investigación. Esto último que viviste, no trajo más que dolor y

un poco de conocimiento adicional... –Gonzalo se interrumpió al ver que la muchacha negaba con la cabeza.

-No, Gonzalo, no es así. La placa, la huaca que tenía la vieja era la misma con la cual yo soñé. Y sé... –Micaela vaciló un poco- sé que es la huaca original, la que un día cayó a los pies de Cuelén. Eso fue lo que la mujer del tiempo le dijo a Gualenchu. Él no lo pudo entender, pero todo me quedó adentro, muchas cosas no las entiendo, no las puedo definir, pero todo va quedando como escrito adentro de mí. Lo peor es que, aunque no entienda todo, siento la sensación final de ese conocimiento. Es algo que duele, duele mucho.

Micaela estalló en sollozo prolongado. Sus hombros se sacudían sin parar. Los dos hombres sintieron una profunda tristeza, como la que proviene de contemplar una emoción auténtica como la que estaban viendo.

Sepé se levantó y salió. Al pasar por al lado de Micaela acarició su hombro y le palmeó un poco la espalda.

Gonzalo se sentó a su lado y la abrazó. Micaela se refugió en su brazos y lloró con todas sus fuerzas. Lloró hasta que sus lágrimas se agotaron, hasta que pensó que no podía soportar más dolor.

-Si querés, no seguimos con esto- le dijo Gonzalo.

Ella se secó los ojos, se limpió la nariz y le dijo:

-No, no, yo quiero seguir. Aunque no sé bien porqué razón. Pero sé que es algo mucho más importante que tener El Estero, es más importante que mi propia vida. Tal vez..., tal vez lo único verdaderamente importante que he vivido. Pero quiero descansar. Quiero ver gente, luces, autos, ir a un cine...

## CAPÍTULO 5

La rambla de Montevideo brillaba, mojada por la reciente lluvia de verano. Había sido un chaparrón breve, copioso, que apenas había refrescado un poco a los numerosos caminantes de la tarde que caía y a los que aun disfrutaban las calurosas arenas de la playa Pocitos. Ahora quedaba otra vez el calor, el brillo del agua en la calle y una nube de vapor que se levantaba del pavimento caliente. Era la hora intermedia del sábado, cuando la gente comienza a dejar de disfrutar el día preparándose para la noche, cuando los que pasean en auto deciden volver, cuando los novios salen a caminar o a tomar algo y los que piensan en la aventura nocturna recién comienzan a prenderse del teléfono.

También era la hora del cambio de turno en el personal de aquel pequeño y coqueto boliche de la rambla que se las arreglaba para sobrevivir a los vaivenes económicos, manteniendo una temperatura agradable y una íntima media luz, en cualquier día del año y a cualquier hora.

El mozo, veterano y con la sempiterna cara de aburrido de todos los mozos de carrera, miró el reloj cuando vio entrar a la pareja. Su relevo estaba llegando en ese preciso instante y los recién llegados tenían pinta de una sola bebida y mucha charla. El veterano seguro que iba a dejar una buena propina, pero por lo menos, una hora más tarde. Y lo poco que iban a consumir no daba para esperar la propina.

El mozo desapareció cuando la pareja se sentó en el rincón del fondo, junto a la ventana, como se sientan los que tienen ganas de charlar y mirar sin ver, buscando los rincones que les dan la intimidad y las ventanas que les dan la luz, espacios que les permiten juntar las cabezas en la charla y separarlas para mirar hacia fuera cuando es necesaria la reflexión íntima o el tomar distancia de algún diálogo comprometedor. Son los instantes en que las parejas disfrutan de lo mismo pero en diferente forma. Las mujeres miran las manos del hombre que habla, al tiempo que escuchan cómo modula la voz y cómo se expresa. Las más perceptivas, se deleitan, al mismo tiempo, con el suave aroma de su perfume, con la textura de la piel en un roce de manos no siempre accidental, con sus gestos al fumar, con las caras de niño asustado que se escapan en medio de un relato muy íntimo.

Para el hombre el espectáculo siempre es el mismo, simplemente la cara y los gestos de aquella mujer de la que ha logrado poseer una parte de su alma. Algo inolvidable y maravilloso para el que lo ha experimentado. El hombre parece retirarse a un plano de privilegio, de único espectador, de dueño y creador de aquel momento, tan suave y placentero que debe hacer verdaderos esfuerzos por escuchar la voz, por hacer humana a aquella diosa que él creó y que le pertenece en aquel instante.

El mozo entrante, un hombre joven que hacía poco había tomado ese trabajo, los miró y arrugó la nariz. Se acomodaban, se miraban, apoyaban la cabeza en sus manos tapando sus bocas, en un gesto inconsciente de callar, de no dejar escapar el pensamiento hasta que no estuviera listo el interior de cada uno. Estaban comenzando a crear aquel instante de magia. El mozo, sin explicarse todo esto en detalle, fue muy pragmático en su pensamiento aplicando sus años de experiencia en situaciones como aquella. No miraban la carta ni se preocupaban por llamar al mozo. “Un par de cervezas y afuera”. Suspiró resignado y se les acercó a tomar el pedido pensando en las marcas que tenía la casa para ofrecer.

-Dos chop, maníes y queso picado. Y un pimentero, por favor.

“Debe ser porteño”, se dijo el mozo cuando volvía a buscar el pedido.

-¿De dónde sacaste eso? –preguntó Micaela.

Gonzalo sonrió.

-Un boliche en Buenos Aires, hace unos quince años. Se tomaba cerveza y queso fresco en cubitos con pimienta por arriba, y una gran cantidad de maníes con cáscara. No creo que acá tengan. Al final de la noche, todo el mundo cantaba y pisaba con cierto placer el colchón de cáscaras que quedaba en el piso. Era un lugar que se llenaba de periodistas, hombres que hacían extraños negocios, espías diversos y mujeres que les gustaba lucir misteriosas.

-Eso parece una novela de Malraux.

-Sí..., en cierta forma era así.

-¿Y vos, a cual de los tipos de hombre pertenecías en ese boliche?

Gonzalo sonrió al recordar.

-Un poco a todos ellos.

El mozo vino con el pedido y ellos interrumpieron la charla. Cuando se retiró, Micaela se inclinó hacia adelante y dijo, ansiosa:

-Contame, contame que eso me interesa.

Gonzalo la miró atentamente con el ceño apenas fruncido.

-¿Por qué te interesa “eso”, precisamente?

Ella lo miró largamente, con un extraño brillo en el fondo de sus ojos oscuros.

-Cuando digo “eso”, me estoy refiriendo a vos. Casi no sé quién sos.

Gonzalo se sorprendió, suspiró y miró hacia fuera. No vio el color rojo sangre del cielo, ni el espejo rosado en que se había transformado el mar. Solo miró el horizonte. Y se sintió un poco cansado. El momento en que tomamos cuenta de cuánto hemos vivido y de lo que hemos vivido es siempre sorpresivo.

Tomó la cerveza lentamente. Estaba bien helada, introducía una agradable calma en el interior cuando bajaba por la garganta.

-Yo era un poco de todo. A fines de los sesenta, los caudalosos, trágicos e inolvidables sesenta, yo andaba por París.

Micaela se acomodó y sintió un enorme placer.

-Creo que París era el mejor lugar del mundo para estar, me di cuenta después. En ese momento tan solo lo viví día a día. Estábamos juntos, con Andrés.

Micaela se sorprendió.

-Sí, con Andrés. Éramos los inseparables de las grandes aventuras que nos ofrecía la vida. A pesar de ser tan jóvenes, logramos interpretar lo que sucedía en el mundo, las grandes corrientes que lo agitaban.

Andrés, como viste, había hecho su opción. Cuando fue a París estaba buscando contactos y financiación para defender un movimiento indigenista que se estaba gestando en el corazón de Sudamérica, una quirotada sin sentido. Pero para él, era lo más importante de su vida. Ya estaba radicado en un valle de los Andes, y, por supuesto, con Gabriela.

Micaela se puso un poco tensa. Gonzalo la miró y siguió su relato.

-Yo había decidido que el lugar para estar era Europa. Podría haberme quedado acá, abrazar alguna de las innumerables causas heroicas que te ofrecían en esos tiempos y terminar, con suerte, en una cárcel. O con un tiro en la barriga. O tal vez con la insoportable duda de que no te haya pasado ni lo uno ni lo otro. Pero tenía plata y tiempo. Y no me sedujeron las propuestas nacionalistas o internacionalistas que encontrabas en cada boliche del Uruguay de fines de los sesenta. Me fui a París y me anoté en la Sorbona para hacer un curso de un año de etnología. Eso sonaba increíblemente evolucionado en aquellos años. Hoy te miran con lástima pensando en cómo desperdiciás tu tiempo en no ganar dinero. Pero haber estado en París en 1968 fue una experiencia para no olvidar. Cuando llegó Andrés me contó

todo lo de Gabriela. Recuerdo que mis sentimientos, mis emociones eran confusas. Yo quería mucho a Carmen y a Carlos, y Andrés era mi gran amigo, mi compinche. Opté por escuchar y no juzgar. Nos sumergimos en la vida de París. Era algo verdaderamente apasionante en ese momento. Estábamos en el centro de todo, nos parecía que manejábamos el mundo. Teníamos un pequeño departamento en la Rue Cujàs, en pleno barrio latino. Allí se vivía de noche, en interminables veladas de cigarros Gitanes, botellas de Calvados, algún porro que se adelantaba a su tiempo y muchachas con los ojos exageradamente pintados. Y arreglábamos el mundo. Uno de los que fue al departamento fue el propio Dany el Rojo, Cohn Benditt.

Micaela lo miró interrogante. Gonzalo sonrió.

-El que comandó toda la revuelta estudiantil del 68, un icono, un referente ineludible en esos tiempos. En ese momento era uno más, después, a medida que pasaron los días y aquello creció, cuando logramos poner a diez millones de trabajadores a favor nuestro, Dany se transformó en una figura internacional.

-No sabía que eras de izquierda –dijo Micaela- te imaginaba por fuera de todo eso.

Gonzalo lanzó una carcajada y empujó el chop hasta terminarlo. Hizo una seña al mozo.

-Por supuesto que no. Eso de las izquierdas y las derechas son estupideces. Son reductos mentales de conservadores que no se atreven a pensar. Hemiplejia moral, como decía un célebre pensador. En ese momento lo nuestro fue un cuestionamiento desde la raíz del ser humano, queríamos rever todo. Comenzamos con los planes de estudio, seguimos y llegamos a cuestionar hasta el tipo de contrato social con que nos relacionábamos en la vida en sociedad. Y tuvimos un eco enorme, dentro y fuera de Francia. Nuestro error fue que no teníamos nada para proponer. Logramos parar al mundo, y cuando el mundo se detuvo a escucharnos no supimos qué proponer. Y todo aquello se fue diluyendo. Cohn Benditt terminó ecologista, otros canalizaron su inquietud hacia los extremos, Francia se hizo más tolerante, cambiaron algunas cosas en la enseñanza y en las leyes, les dimos motivos complementarios a los parcaidistas en Argelia y poca cosa más. Demasiado poco para las fuerzas que habíamos despertado.

-¿Y Andrés? –preguntó Micaela.

-Se volvió para América. Lleno de nuevos contactos, con nuevos planes, delirando acerca de cómo iba a hacer renacer la América indígena.

Gonzalo suspiró largamente antes de seguir.

-Cuando me despedí de Andrés, ambos sabíamos que estábamos viviendo mundos separados, que nunca sería lo mismo que antes.

-Pero en cierto modo siguen unidos. En esto están en lo mismo.

Gonzalo negó con la cabeza, sus labios estaban apretados, sus ojos tenían un brillo cristalino. Micaela lo miró con atención.

-¿Qué pasa? –preguntó- ¿Qué es lo que no querés contar?

El mozo llegó con el chop. Gonzalo miró hacia fuera, su mano apretando su boca. Cuando el mozo se retiró tomó un gran sorbo de cerveza. Micaela no se movió ni un centímetro, temía interrumpir aquello que aparecía y que Gonzalo trataba de impedir. Sin dejar de mirar para afuera Gonzalo dijo.

-Estaba Claudette.

Micaela permaneció inmóvil a pesar de que su estómago se contrajo violentamente.

-Claudette tenía apenas veinte años. Y un espíritu indómito, quería comerse al mundo. Era la típica francesita de los sesenta. Delgada, ojos grandes muy pintados, peinado a la garçon, minifalda, botas, Chanel y Calvados con Malraux hasta el amanecer. En medio de todo

aquello, las emociones estaban a flor de piel. Nos enamoramos... –Gonzalo se detuvo un instante, una profunda tristeza comenzó a cubrir todo- ... y nos casamos. Sí, nos casamos en París en mayo del 68, en medio de una revolución y con un mundo que caía rendido a nuestros pies.

Micaela seguía inmóvil, tensa, mirando fijamente los ojos tristes de aquel hombre, tratando de entrar en su alma, de extraer la raíz de su sentimiento más íntimo, más auténtico y más poderoso. Gonzalo siguió.

-Cuando todo comenzó a diluirse yo comencé a pensar en la vida futura juntos, en los hijos, en dónde íbamos a vivir. En fin, lo que piensa un hombre casado. Claudette me miró como si estuviera delirando. “¿Cuándo te convertiste en un burgués?”, me preguntó con un dejo de desprecio en su voz. Eso me dolió. Yo argumenté, expliqué que todo había terminado, que teníamos que disfrutar lo poco o mucho que hubiéramos logrado, trabajar sobre eso. “Para mi, recién empieza”, me respondió. Y en aquel momento supe que la había perdido, se me estaba quemando en aquel incendio que se veía en su mirada. Yo la amaba, pero la perdía.

-¿Y ella? –se atrevió a preguntar Micaela.

Gonzalo pensó.

-No lo sé. Quiero pensar que me amaba a su manera, dentro del mundo aquel que ella estaba construyendo. Fuera de ese mundo, yo, sencillamente no existía. Empezamos a distanciarnos cada vez más. Ella salía mucho, vivía prendida del teléfono, guardaba cosas en forma secreta. Y yo no preguntaba, tan solo quería irme de allí, pero no me animaba. Al fin, se fue ella. Cuando se despidió me dijo: “Es mejor así, es por tu seguridad”. Lo próximo que supe de ella fue que integraba una banda terrorista, vi su foto en los diarios. Entonces me fui. Dejé París. Lo único que me llevé fue el enorme vacío de haber perdido el objetivo de una revolución, de haber perdido un amigo y de haber perdido a la mujer que amaba. Y desde entonces estoy tratando de encontrar algo en que valga la pena comprometerse. Me vine para América, conocí a Sepé. Murió tu padre. Y aquí estoy.

Micaela lo seguía mirando, alerta.

-¿Y qué fue de Claudette? –preguntó.

La mirada de Gonzalo se tornó vidriosa. Respondió, era la primera vez que lo decía en voz alta.

-Murió en Nicaragua. Luchando contra la revolución. Al final, se había hecho mercenaria y estaba casi consumida por la droga. Cuando recibí la noticia, no me dolió. Para mi había muerto en París, joven y llena de vida, luchando por algo que insisto en creer que valía la pena.

Los hombros de Micaela se distendieron casi imperceptiblemente. Su mano acarició con suavidad la de él.

-Gracias –le dijo.

Gonzalo pareció despertar de un sueño. La miró sorprendido, las cejas levantadas.

-Por ser sincero –dijo Micaela- por dejarme ver tu alma.

El hombre le apretó la mano con fuerza. Como sin ese contacto hubiera encontrado una parte de sí mismo que había olvidado. Algo que se había disuelto en algún café del Barrio Latino de París, entre copas de Calvados y el humo de los cigarrillos Gitanne. Y con ello, Gonzalo sintió el terror de volver a perderlo.



El departamento de Micaela era cómodo y sencillo. En un noveno piso, detrás del Shopping Center. Un amplio living con una espaciosa terraza, una cocina, un baño social y un dormitorio en suite.

Gonzalo estaba sentado en una reposera en la terraza contemplando el hermoso espectáculo de las luces de la calle desde esa altura. Micaela había servido una cena sencilla y rápida y se había ido a cambiar.

Cuando Micaela apareció, Gonzalo sintió que se le secaba la garganta. Vestía unos sencillos short de jeans, sandalias y una remera corta y muy justa. El típico atuendo veraniego de cualquier montevideana. Pero su cuerpo, apenas exuberante y bien proporcionado, su cabello oscuro y su color de piel, eran una combinación muy fuerte para un hombre que ha experimentado con alguien así momentos plenos de vida y de intimidad.

Micaela se percató de su mirada y buscó sus ojos. Gonzalo la evitó.

Ella se sentó frente a él con una sonrisa divertida en los labios.

-¿Qué sigue ahora? –preguntó casi divertida.

Gonzalo carraspeó.

-Bueno, tenemos que ver. Tu inconsciente ya está estimulado, se puede decir que tú misma vas conduciendo todo ahora. Pero me parece mejor descansar un poco. Acá en Montevideo hay cosas que ver y que van a servir para la investigación.

-Ah... –respondió Micaela sin perder su sonrisa- Debo pensar que tenés miedo, o que hay algo que te detiene, o te bloquea, tal vez algún recuerdo...

Gonzalo trató de desviar la mirada.

-No, no, nada me detiene. Pensé que era mejor que descansaras y ganar tiempo con lo que tenemos que ver acá.

Ella se inclinó hacia él apoyando el mentón sobre las manos y mirándolo muy fijamente, persiguiendo su mirada al punto que para Gonzalo era más violento mirar para otro lado que caer dentro de los ojos de la muchacha.

-Entonces no hay problema que llevemos esto a otro nivel –era evidente que Micaela se estaba divirtiendo.

Gonzalo suspiró y la miró.

-No. No hay problema, al contrario. Deseo hacerlo. Deseo hacerlo con desesperación. Desde que comenzamos con ello –dijo con mucha calma y con un tono suave y serio.

-Entonces, ¿qué te detiene, cuáles son tus dudas?

-En este caso, la iniciativa es tuya, Mica.

-No veo por qué...

-Porque para mi es demasiado riesgoso. A esta altura de la vida, y considerando los tiempos de cada uno, no puedo arriesgar un mal entendido, no puedo arriesgar ser víctima de algún juego perverso de un espíritu juvenil. Simplemente no puedo, para mi sería demasiado doloroso, no podría reponerme. Por eso dejo esto en tus manos, aun a riesgo que se diluya, que desaparezca en algún giro del alma, en alguna trampa de la psique.

Ahora ella estaba más seria.

-¿Estás hablando de la investigación? –preguntó.

-No –respondió Gonzalo con mucha calma- Vos sabés que no.

Aquella noche, uno en brazos del otro, pudieron sintonizar almas y deseos que vagaban extraviados.

Micaela transformó aquella ansiedad y aquella rabia que sentía desde que Benito la sometió, en una descarga plena, cargada de placer. Una sensación de totalidad que barrió con noches de ansiedad y días de sexo robado al amor.

Gonzalo sintió que renacía, que algo nuevo ocupaba el lugar de algo doloroso. Y en su momento de máximo placer vio, muy fugazmente, la cara de Claudette que desaparecía, sonriente y contenta. Y en su lugar, aparecía la imagen morena y salvaje de Micaela, agitándose despeinada y sudorosa, sus ojos casi en blanco y su sonrisa que crecía sorprendida, al tiempo que ambos gemían y se agitaban en medio del placer de aquella redención de los cuerpos, de aquella unión de las almas. Como dos náufragos que se encuentran en el mar de las emociones, y hallan el amor en el fondo del caos.

El cuatro por cuatro de Micaela se desplazaba por el tránsito lento y desordenado de Montevideo. Atardecía cuando avanzaban por Boulevard Artigas rumbo al norte.

-¿Cómo fue que se dio el sueño? –preguntaba Gonzalo.

-No lo sé, no sé si fue un sueño. Sé que sentía esa palabra dando vueltas en mi cabeza. Fue ese pensamiento que me despertó, lo estaba escuchando antes de despertar, por eso me llamó la atención. Y cuando me levanté, no sé si estaba despierta o dormida, lo único que quería era escribir esa palabra.

Gonzalo miró una vez más el papel arrugado que tenía en las manos. Era una servilleta de limpieza de cutis, y en medio, con letra temblorosa, se veía una palabra: “calelián”, escrita con lápiz labial, lo único que Micaela había encontrado para escribir cuando se despertó.

-No sé qué querrá decir, pero por las dudas vamos a hacer caso a tu inconsciente. Es en esa esquina, doblá.

Micaela dobló a la izquierda y el automóvil avanzó unas cuantas cuadras mientras ellos permanecían en silencio.

Gonzalo hizo una seña y el auto se detuvo frente a una casa vieja y sencilla. Una casa como muchísimas más de la ciudad. Excepto por un pequeño cartel en su frente que decía: “Sociedad Indigenista del Uruguay”.

Entraron. Avanzaron por un corredor y de inmediato se encontraron con un amplio hall al cual daban todas las habitaciones de la casa.

-¡Ponce, Ponce, querido. Cuánto tiempo sin verlo –una señora cincuentona, muy alta, teñida de rubio muy claro, vestida con un impecable traje sastre, llena de joyas y con un cuidado, y un tanto sobrecargado, maquillaje, avanzaba sobre la pareja con los brazos extendidos al cielo.

-Matilde... –atinó a decir Gonzalo antes que lo atrapara.

Abrazó a Gonzalo y pegando el maxilar a la mejilla de Ponce de un lado y de otro, hizo estallar sendos besos.

-¡Qué lindo verlo de nuevo, Ponce, tengo tanto para contarle! –miró a Micaela de arriba a abajo rápidamente- Que tal, querida, soy Matilde de Azcurrena... –dijo muy rápido y enseguida tomo a Gonzalo del brazo y lo condujo a la biblioteca. Micaela los siguió divertida.

-Mire –dijo señalando ampliamente los estantes repletos de libros, la mayoría muy viejos- mire cuántos libros nuevos hemos conseguido.

Gonzalo miró todo como si estuviera muy interesado. En un rincón de la sala había un hombre. Era bajo, fuerte, su piel morena y su pelo muy negro y lacio. Tendría unos cuarenta y pocos años. Estaba armando un cigarro mientras miraba a Gonzalo y a la mujer con expresión ambigua.

-¡Y conseguimos un bibliotecario! ¡Roberto, venga que lo voy a presentar! ¡Ya le dije que acá no se fuma, querido!

El hombre se acercó con un suspiro de resignación. Saludó a Gonzalo tendiéndole la mano. Gonzalo sintió que era áspera y blanda, casi no apretaba al saludar. “Del interior”, pensó.

-Mucho gusto señor...

-Roberto Quispe.

El hombre tendió la mano a Micaela que entraba en ese momento. Micaela lo saludó mientras el hombre la miraba con mucha curiosidad.

-Quispe... –le dijo.

-Micaela –respondió ella.

El hombre asintió levemente con la cabeza, como si el nombre que le había dicho la muchacha no pudiera ser otro. Se puso el cigarrillo sin encender en la comisura de la boca y volvió a su rincón.

A Gonzalo no se le escapó la mirada del hombre. Miró a Micaela que levantó las cejas y se encogió levemente de hombros, indicando que también se había sorprendido por la reacción.

Gonzalo escuchó un ruido incesante a su izquierda. Era Matilde que hablaba sin parar.

-... y sabe que la mancha mongólica me creció? ¡Está enorme! Evidentemente soy india, no cabe la menor duda. ¿Quiere verla, Gonzalo, quiere que le muestre?

-No Matilde, en otra oportunidad. No olvide que le debo una visita.

-En-can-tada. Cuando quiera. Y entonces le muestro la mancha. Sería un placer que usted la viera... –agregó con un dejo extraño en su tono de voz.

Micaela la miró sorprendida. Ella continuaba.

¿Y sabe que descubrí que tengo un diente en pala? Toque, toque –dijo abriendo la boca y echando la cabeza hacia atrás.

Gonzalo no podía huir. Tanteó los incisivos superiores con un dedo y lo retiró rápidamente al sentir que la lengua de la mujer se apoyaba en su índice.

-Sí, tiene razón, completamente en pala.

Ella sonrió con una mezcla de satisfacción y picardía por la pequeña travesura que había hecho.

-¿Sabe lo mejor, Gonzalo? Estamos por repatriar los restos de los últimos charrúas. El gobierno de Francia ya accedió a mandar los huesos. ¡Al fin vamos a tener a nuestros ancestros con nosotros. A mi, una mujer que lee las manos me dijo que yo era descendiente de Senaqué, ¡se imagina lo orgullosa que estoy! Aunque era previsible.

Gonzalo levantó las cejas con asombro. No pudo evitar mirar a Roberto en el fondo de la pieza. Su cara era indescifrable, pero Gonzalo casi pudo sentir el profundo hastío que cubría al hombre. Miró a Micaela que estaba haciendo esfuerzos por contener la risa. Había que terminar con todo aquello.

-Matilde, ando buscando una cosa.

Matilde lo miró con cierta decepción.

-Diga, querido, diga.

-Es una palabra: “calelián”, ¿le suena?

Matilde negó con la cabeza.

-La menor idea... Habría que revisar todo –dijo señalando los libros- Pero yo, ¡ni loca me meto en medio de eso! ¿Sabe la tierra que tienen? Pero revise, revise cuando quiera. Otra cosa que quería decirle, hacemos un té a beneficio de los niños indios de Bolivia, el ticket es de doscientos pesos, si quiere..

-No, Matilde, imposible, debo volver al interior.

Matilde suspiró con desencanto.

-¡Qué lástima, usted siempre de paso!

-No se preocupe que vuelvo el mes que viene y la visito. Y allí tendremos tiempo para hablar. Y me gustaría ver la mancha.

A Matilde le brillaron los ojos.

-En-can-tada.

Gonzalo y Micaela se volvieron para irse. Sorpresivamente el bibliotecario se levantó.

-Deje que yo los acompañe señora Matilde.

Matilde se sorprendió, pero le gustó aquella muestra de vasallaje, le daba otro nivel delante de Gonzalo.

Dos nuevos besos a Gonzalo, una inclinación de cabeza a Micaela, y Matilde de Azcurrena se enderezó con el porte de una dama del siglo XIX que despide a sus invitados.

Una vez en la calle se volvieron para despedirse de Roberto. El hombre encendió el cigarrillo y les dijo.

-Calelián era un cacique.

Gonzalo y Micaela se sorprendieron.

-¿Usted sabe de su vida?

-Sé...

-Tendríamos que hablar.

-Yo creo que sí –respondió Roberto Quispe mirando a Micaela- Hay una charla que les puede interesar, es este fin de semana, en el Museo Nacional de Antropología. ¿Por qué no van? Yo voy a estar allí.

Asintieron y se despidieron del hombre que quedó fumando tranquilamente en la puerta de la Sociedad Indigenista.

Cuando el auto se perdió de vista, Roberto Quispe aplastó el cigarrillo con el pie y entró. Caminaba muy pensativo mientras escuchaba los gritos de Matilde de Azcurrena que lo llamaba pidiéndolo un té.

En el auto Micaela preguntaba.

-¿Qué es eso de los dientes y la mancha esa?

-Son marcadores genéticos. Indican ascendiente indígena. Últimamente está de moda tener algún antepasado indígena, como pudiste apreciar.

Micaela sonrió.

-Sí, ya lo vi... ¿Y dónde se encuentra la mancha esa que te querían mostrar, tan decididamente?

-Donde la espalda pierde su honroso nombre –respondió Gonzalo muy serio.

Ella lo miró sorprendida y ambos largaron la risa.

El Museo Nacional de Antropología se encontraba en medio de un enorme predio totalmente cercado, al final de una ancha avenida rodeada de árboles y platas. Era una enorme casona del siglo XIX donde las espaciosas habitaciones que servían como salas de exposición, rodeaban a un gran jardín en el cual se encontraba una hermosa fuente. “Traída de París”, comentaba con orgullo el cuidador que, a poco que se le buscara la lengua, se mostraba mucho más conocedor de la historia y características de la gran casona que del Museo en sí.

En una sala inmediata a la entrada, Gonzalo contemplaba detenidamente una exposición sobre los oficios artesanales que iban desapareciendo. Iba a comentar algo a Micaela cuando se dio cuenta de que la muchacha no estaba a su lado. La encontró en el otro

extremo del salón, muy quieta, contemplando una gran caja de vidrio. Cuando se acercó Gonzalo vio cómo los labios de Micaela temblaban casi imperceptiblemente y su cara adquiría una expresión extraña. Gonzalo reconoció los signos de una profunda emoción y pensó que a muchacha iba a tener uno de sus trances con el consiguiente desmayo. Se le acercó rápidamente y la abrazó. Entonces, ella se puso a temblar mucho más fuerte al tiempo que lo miraba son los ojos muy abiertos y le señalaba la vitrina. Gonzalo, sin soltarla miró lo que le indicaba. Dentro de la vitrina había un esqueleto acostado. Tenía un cráneo grande, con dientes sin desgaste que evidenciaban una dieta compuesta principalmente de carne, complexión muy fuerte, con huesos gruesos. Hombros anchos y piernas largas. Le faltaban tres falanges en los dedos anular y menor de la mano izquierda. A sus pies, un par de boleadoras y una placa oval, de piedra, con extrañas inscripciones. En la base de la vitrina, en una plaqueta de plástico se leía: “Enterramiento año 3000 AP. (C 14) Sitio Arapey S 7 12”.

Gonzalo miró a un lado y a otro, no había nadie en la sala donde se encontraban. Apartó a Micaela que estaba cada vez más alterada.

-¿Qué pasa, qué sentís? –preguntó en voz baja y un tanto alarmado.

-No lo sé, no lo sé- respondió Micaela tranquilizándose un poco- pero es la primera vez que veo una placa, y el esqueleto..., el esqueleto ese..., fue algo raro, muy raro.

-¿Es la placa con la que soñaste?

-No, estoy segura que no, aunque es muy parecida. Fue el ver eso y ponerme a pensar, lo que me hizo sentir a punto de desmayarme.

-¿Estás mejor?

-Sí..., un poco, pero ver ese cuerpo allí..., no sé, es una mezcla de rabia... y de dolor. Como si fuera algo muy injusto.

-¿Lo decís porque está en exposición?

-No, eso no me preocupa, es porque no se sabe nada, no se sabe nada. Y se habla de... ellos, como si fueran una especie de animal, algo raro. Casi una curiosidad. Y son seres humanos, como vos y como yo, con sus angustias, sus ilusiones, sus amores. ¡Eso yo lo sé. Lo sentí!

-Vamos, salgamos de acá –dijo Gonzalo con el brazo encima de sus hombros.

Caminaron por un largo y ancho pasillo, repleto de fotos y leyendas explicativas acerca de la industria del cuero en la época indígena, las cerámicas, etc. El creciente murmullo de voces indicaba que se aproximaban al lugar de la conferencia.

Llegaron a una sala grande donde se encontraban unas cien personas, la mayoría jóvenes estudiantes, las dos filas anteriores lucían carteles indicando que estaban destinadas a invitados y profesores. Adelante había un atril en un sitio elevado, un proyector de diapositivas y un pizarrón. Lo normal en toda conferencia.

Gonzalo y Micaela se sentaron en el fondo. Gonzalo paseó la mirada por la sala y vio, en un extremo, a Roberto Quispe que los saludó con una inclinación de cabeza. Al frente, en la segunda fila, Matilde de Azcurrena estiraba su cuello y agitaba su mano, casi con desesperación, para saludarlo. Gonzalo respondió, y vio cómo la mujer se inclinaba hacia tres amigas y les hablaba en voz baja. Las tres se dieron vuelta al unísono e hicieron una radiografía a distancia de Gonzalo Ponce que se movió incómodo en el asiento. Miró a Micaela para comentarle la situación pero vio que la muchacha seguía muy seria mirando un punto indefinido al frente.

En ese momento entró un profesor. Lentes, unos cuantos papeles en la mano, despeinado, una calvicie que aparentemente avanzaba tan rápido como su abdomen y un aspecto general de calculada desprolijidad lo harían definir como “profesor veterano” en cualquier parte del

mundo. No hubo aplausos ni presentaciones. Allí todos se veían todos los días y sabían cuál era el tema y cuál era el papel de cada uno. Tampoco iban a escuchar nada nuevo, por lo menos la mayoría de ellos. Gonzalo conocía perfectamente aquel juego donde lo importante es hacer figurar en el currículo del profesor, que dio tal o cual conferencia; y en el currículo del alumno, que asistió a tal o cual conferencia. El contenido importaba poco, y a veces nada. Como muchos de los congresos que se hacían “de entre casa”.

El Profesor comenzó a hablar en un tono monótono. Cuando no leía de sus papeles en el atril, leía lo que tenía impreso en alguna transparencia, lo cual hacía insoportablemente aburrida la instancia. El fondo de la ponencia era demostrar que los indígenas del Uruguay sí eran inteligentes de momento que habían desarrollado industrias primitivas como la del cuero y el tallado de piedras para su utilería. Y además enterraban a sus muertos, “lo que da una idea de un universo espiritual con algún grado de complejidad”.

Gonzalo que se había cruzado de brazos y piernas apenas comenzó a hablar el Profesor, miró a Micaela. La joven estaba con los ojos muy abiertos, los labios apretados, en una muestra inequívoca de furia contenida ante lo que escuchaba. Gonzalo sonrió, pero se inquietó un poco. Miró a Matilde de Azcurrena que, junto con sus amigas, asentía entusiastamente a cada frase del Profesor. En el otro extremo del salón, Roberto Quispe armaba un cigarrillo y lo ponía en su boca sin encenderlo. Miró a Gonzalo, levantó las cejas y hombros y suspiró.

El Profesor continuaba, ahora estaba mucho más animado y hablaba del heroico papel de los charrúas en las guerras por la independencia.

... y los charrúas eran una parte integrante del ejército nacional. Aunque no se integraban en forma individual como los guaraníes, los charrúas eran un grupo que siempre era utilizado en las tácticas de guerra de guerrillas y hostigamiento a las partidas enemigas. Ellos también lucharon por la independencia...

-¡Lucharon porque les servía, porque les pagaban!

La que había gritado interrumpiendo la conferencia del Profesor era Micaela.

Gonzalo la miró con disimulado asombro, el público la miró con asombro, Matilde de Azcurrena la miró con horror y el Profesor no sabía cómo mirarla.

-Disculpe –dijo el Profesor- la señorita... ¿es alumna, o es profesora, o algo así...?

-No soy nada, simplemente me parece que usted está equivocado y expresé mi opinión.

-Bueno..., la opinión de un lego en la materia no me parece..., en fin, no me parece...

-¿Podría aclarar el punto, Profesor? -pidió un alumno.

-Bueno..., sí... Cada vez que había una batalla o una acción militar, a los charrúas siempre se les veía al lado de las tropas de Artigas, o de Rivera. Lógicamente podemos suponer que estaban de acuerdo con lo que nuestros próceres defendían.

Micaela ahora se puso de pie.

-Y yo sostengo que era porque le pagaban, lo hacían con yerba, con alcohol, con ganado, con caballos, con todo lo que les servía para su vida y la de su pueblo.

-¿Y en que se basa usted para sostener eso, señorita? –preguntó el Profesor con un dejo de intolerancia en la voz.

-En lo mismo que usted, en la lógica, como usted sostuvo. Lo que pasa es que mi lógica me dice que para ellos no había países, no existían fronteras, ni ideales, ni intereses políticos, ni cosa alguna que no fuera el bienestar, o, a esta altura, la supervivencia de su pueblo. Ellos estaban en este territorio mucho antes de que llegaran los europeos y establecieran fronteras. No tenían porqué luchar por nada que no les interesara directamente.

-Está el caso del indio Andresito, y de Manuel, hijo adoptivo de Artigas, ¿cómo lo explica?

-No sé, no conozco el caso, pero es un caso personal, de lo que yo hablo es de una nación entera, ¿usted piensa que para los indios y sus familias un español era muy diferente de un portugués o de un criollo? No, señor, usted sabe muy bien que todos los blancos se empujaban por exterminarlos.

Un murmullo creciente indicaba que una discusión se estaba gestando entre el estudiantado y el Profesor no estaba nada tranquilo. Matilde de Azcurrena estaba sencillamente indignada, y lanzaba miradas incendiarias hacia Micaela e interrogantes hacia Gonzalo.

-Joven –el Profesor intentó retomar el control- su visión de nuestros indígenas es bastante..., ¿cómo podría decir?, bastante descalificatoria, por decir algo.

-¿Y la suya, que habla de “nuestros indígenas” como si fueran nuestras mascotas? ¿Qué coloca un esqueleto de indio en una vitrina como si fuera una excentricidad? ¿Acaso piensa que ese esqueleto es muy diferente del de su padre o del de su abuelo, o del suyo?

Gonzalo se estaba divirtiendo a pesar de lo tenso de la situación. Micaela continuaba, furiosa, implacable.

-¡Son seres humanos, señor, no son curiosidades! ¡Ni son nuestros! ¡Son una nación con sus costumbres y características, muchas de las cuales usted ignora!

El Profesor estaba dando muestras de verdadera furia. Gonzalo consideró que ya era suficiente y que eso podría levantar un escándalo que no le servía a nadie. Tomó a Micaela del brazo con firmeza y le habló al oído al tiempo que la conducía a la salida.

-Ya está, Mica, dejalos tranquilos, ellos no saben.

Micaela lo miró sorprendida, como si recién se diera cuenta de todo. Se encogió de hombros, hizo un gesto de hastío con su mano y salió junto con Gonzalo.

Detrás de ellos quedaba una confusa mezcla de discusiones, preguntas airadas, expresiones de asombro y de descontento, y los restos de una conferencia aburrida que se había transformado en algo sin forma pero mucho más animado.

Cuando Micaela y Gonzalo alcanzaban la puerta escucharon unos pasos presurosos. Era Roberto Quispe que corría agitado hacia ellos y con una gran sonrisa en los labios. Cuando los alcanzó respiró un par de veces antes de hablar.

-Estuviste genial, muchacha, genial. Quisiera hablar con ustedes más tranquilos, les dejo mi tarjeta. Llámenme, por favor, es importante. Vuelvo antes de que se den cuenta y me maten. Y sin esperar respuesta Roberto Quispe volvió corriendo al salón de la conferencia.

Micaela y Gonzalo se miraron asombrados.

La casa de Roberto Quispe era en un predio a orillas del Río Santa Lucía, a unos veinticinco kilómetros de Montevideo. Dejando la ruta, un camino vecinal hacia el norte, se internaba en una zona bastante poco habitada, a pesar de la cercanía con la capital. El camino finalizaba en una huella que, después de muchas vueltas, llegaba a una casa vieja a orillas del río.

El interior era amplio y un tanto oscuro. La gran estufa a leña que estaba al fondo de la estancia principal tenía una chimenea de piedra sobre la que se cruzaban dos lanzas de tacuara con moharra de hierro. Frente a la estufa, se veían unos sillones viejos, a los que le hacía mucha falta un retapizado, y una mesa baja y ancha. A un lado, una pequeña mesita con un mantelito de fieltro sostenía una pequeña caja de vidrio. Gonzalo y Micaela miraban, muy serios, una placa de piedra, de forma oval y con inscripciones indescifrables, que se encontraba en el interior de la caja.

En ese momento entraba a la estancia Roberto, portando una bandeja en la cual se veía el mate, el termo y una fuente de la que asomaban tortas fritas.

Roberto vio lo que hacía la pareja y no dijo nada. Colocó todo sobre la mesita y comenzó a cebar el mate después de ofrecer los pasteles.

Micaela y Gonzalo comieron en silencio y tomaron unos mates antes de que Roberto hablara.

-Cuenten en qué andan, tal vez podamos ayudarnos mutuamente –dijo Roberto.

Micaela miró a Gonzalo que, antes de hablar, hizo sonar el mate ruidosamente indicando que estaba vacío y bien tomado, casi un ritual de los uruguayos, que consideran de buena educación chupar fuertemente de la bombilla hasta que el ruido indique que no quedan restos de agua en el fondo de la calabaza.

Gonzalo le pasó el mate a Roberto y comenzó a hablar. Habló durante largo rato, sin omitir nada, mientras la rueda de mate y pasteles seguía lenta y fraternal. Roberto no lo interrumpió, se limitaba a asentir suavemente con la cabeza cuando escuchaba las partes culminantes del relato.

Micaela permanecía muy quieta, reflexionando, un tanto incómoda y asombrada al escuchar todo junto y reconocer su protagonismo en la historia.

... y así fue que fuimos a parar a la Sociedad Indigenista y a la charla esa, que no sé como terminó. –Gonzalo finalizaba su relato con la interrogante.

Roberto sonrió divertido.

-Se discutió un rato, pero enseguida se calmaron. Lo importante era seguir cada uno en la suya, y están todos contentos con eso. Las constancias de asistencia fueron expedidas, se habló del avance en las gestiones para traer los restos de los últimos charrúas, el Profesor seguramente va a conseguir una refinanciación de su proyecto de investigación, los antropólogos se aprestan para medir y clasificar los restos de los charrúas y la Sociedad Indigenista se apresta para impedirlo y hacer un monumento, o algo así. Por supuesto con los consiguientes pedidos de dinero. Y la señora Matilde y sus amigas darán algunas charlas hablando del éxito de la empresa de repatriación de los restos y del considerable aumento de sus manchas mongólicas y sus dientes en pala. Todo lo cual les confiere un aura de etnicidad originaria que parece lucir muy bien en los círculos que frecuentan. Aunque es seguro que la inmensa mayoría tiene ancestros guaraníes, que fueron la base poblacional indígena mayoritaria en este país.

Roberto miró a Micaela y le preguntó con ironía.

-¿Tú te imaginas al Profesor pidiendo fondos para investigar y concluir que a los charrúas poco le importaban los uruguayos? ¿Y que la mayoría de los descendientes de indígenas lo son de los guaraníes y no de los charrúas? No, Micaela, todo país invierte en crear mitos hermosos y construir historias heroicas acerca de su pasado. El heroico pasado con los indígenas luchando por la libertad del país es uno de los ejemplos. Nadie va a dar dinero para otra cosa que no sea cimentar una identidad nacional acorde a la autoimagen que construimos. Y vos, en medio de esa cuidadosa construcción, te mandás esa bomba – Roberto lanzó una carcajada.

-Pero es la verdad –dijo Micaela.

-Es nuestra verdad, es lo que sabemos –dijo Roberto y los tres quedaron pensativos.

-En todo caso, la verdad corre por otros carriles –continuó- a veces coincide con la ciencia, a veces no. Depende de lo que sea que le interese a la ciencia en ese momento. En este caso no coincide, hay cosas en juego mucho más importantes que la verdad. Los fondos para la investigación son una de esas cosas. Hay sueldos, vidas, programas, institutos, colegios y facultades dependiendo de eso. Y es así en todo el mundo. Pero vamos a lo nuestro.

Gonzalo se acomodó antes de preguntar.



-¿Cómo estás vos en esto, por qué te interesa nuestra experiencia?

-Lo de ustedes no es algo aislado ni casual. Hay más gente investigando.

Miró a Micaela.

-Hay más gente que sueña y que “ve”.

Micaela se agitó, sintió una gran excitación, y un profundo alivio. Aquello era una experiencia compartida, no era un delirio individual ni un accidente psíquico personal. Miró a Gonzalo que le tomó la mano para tranquilizarla.

-Sí –continuó Roberto- varios se sintieron como tú, por eso te lo dije. Yo mismo lo experimenté en un principio. Por suerte no estaba solo. Yo nací en Argentina, en la ciudad de La Plata. Cuando era muy joven entré a trabajar en el museo de esa ciudad. Allí, en un oscuro depósito, entre unos cajones llenos de tierra, fue que encontré esa placa que ustedes miraban. No estaba clasificada, creo que ni siquiera sabían que eso estaba allí. Y en medio de la oscuridad y soledad del depósito tuve mi primera experiencia: me desmayé..., y soñé. Me asusté mucho, pero como soy descendiente de indígenas, como habrán visto por mi aspecto y mi apellido, pregunté a mi madre acerca de eso. Mi madre estaba muy viejita, pero cuando le conté todo se mostró muy inquieta, muy interesada. Y me llevó a ver a un señor que ella conocía. Bueno, en síntesis, hay una sociedad de gente que está investigando todo esto. Hay historiadores, sicólogos y antropólogos, todos de mente muy abierta y trabajando en secreto. Varios de ellos son descendientes de indígenas americanos. No somos muchos, mas bien somos muy pocos. Pero nos movemos bien y conseguimos algunos fondos. El estudio abarca todos los grupos pámpidos, siguiendo lo que ustedes saben, la emigración desde los Andes hasta estas zonas. Lo que me acaban de contar es muy importante para nosotros. No solo confirma la historia, sino que incluye cosas nuevas. Y lo que es más importante: logramos conocer la historia de la primera huaca y la historia inicial del comienzo de la emigración, cosas que desconocíamos. Todo coincide, aunque pensamos que la emigración desde la Patagonia y las estribaciones de los Andes comenzó un poco antes y que hubo grupos que partieron de más al sur. Pero todo se complementa. Y hace poco nos surgió una punta de investigación que entra en el Uruguay, cosa que nos interesa mucho. A mi me consiguieron este trabajo para ver qué hay acá, a ver si encontraba a alguien. Y aparecieron ustedes.

-¿Por qué les interesa lo de Uruguay particularmente? –preguntó Gonzalo.

-Porque los llamados charrúas parecen ser los que guardaron más fielmente la tradición de los antiguos chonik. Son los únicos cuyas mujeres continuaron tatuando su frente con tres líneas negras, los únicos que conjugaban el dolor físico con el espiritual en el ritual de laceración de su espalda y brazos, y en la amputación de las falanges de sus dedos. Eran reacios a juntarse con otros grupos y a aculturarse. Y además, sólo en esta zona se encontraron tantas placas de piedra. Lo que no sabemos es si todas son auténticas, no sabemos porqué están tan diseminadas y, si bien no son muy numerosas, podemos decir que hay unas cuantas,

-Y qué es lo que buscan ustedes? –preguntó Gonzalo.

Roberto pensó antes de responder.

-Re-unir al pueblo, que se sepa en realidad quienes fuimos y quienes somos.

Los tres quedaron por un instante en silencio.

-¿Y ustedes, cual es su objetivo?

Gonzalo se apresuró a responder.

-El mío es constatar la existencia de algo en El Estero, algo que acredite que es perteneciente a la madre de Micaela o a su gente. Para eso me contrataron. No pienso ir más allá.

Micaela lo miró seria.

-Yo sí pienso ir más allá –dijo.

Gonzalo sintió que se desgarraba en su interior. Una historia vieja volvía a repetirse, y los fantasmas de dolor y de muerte danzaban una vez más en su corazón. Ambos se miraron un rato, mientras algo comenzaba a quedar pendiente.

-¿Volvemos a lo de Calelián? –propuso Roberto para distender la situación- Precisamente, de su historia surgió la punta de investigación que me trajo aquí.

Micaela suspiró y volvió la mirada hacia Roberto mientras Gonzalo sacaba su pipa y comenzaba a aprontarla con movimientos mecánicos.

-Referente a lo de Calelián, y a todo lo demás-, dijo Micaela- no entiendo qué o quién determina que yo sueñe con ese nombre y vayamos a parar a la Sociedad Indigenista donde vos trabajás. O, mirado desde otro punto de vista, cómo es que venís a trabajar a este país, buscando una respuesta tan específica, y te encontrás con nosotros.

Todos se miraron en silencio.

Roberto lanzó un suspiro.

-Eso –expresó- puede ser un misterio aun más grande que todo este asunto. Y dudo mucho que algún día podamos entenderlo. Tratar de definirlo sería inútil, solamente nos llevaría a enunciar cosas que sonarían demasiado fantásticas. Creo que la opción mejor es dejarse llevar por esas misteriosas fuerzas, o corrientes de vida, no sé cómo llamarlas. Además, por lo que veo, no creo que podamos impedirlo.

Gonzalo echó una bocanada de humo muy aromático.

-Si, vamos a la historia- expresó con evidente deseo de salir de la aquella situación.

Roberto Quispe cebó un mate, lo paladeó, y comenzó a contar la historia del cacique Calelián.

En la época de Calelián, a mediados del siglo XVIII, todo había cambiado: los pueblos de las pampas habían descubierto el caballo, el magnífico animal que mencionara Cuelén y que los convertiría en una gran nación.

Y así fue realmente. En un primer momento, cuando recién ingresó la ganadería en la zona, los indígenas cazaban el caballo para explotar su carne y sus cueros. La carne de yegua era mucho más apetecida que la de venado, y el cuero, dúctil, flexible y resistente, fue ideal para la confección de tolderías y vestimentas.

Cuando vieron las capacidades del caballo como animal de carga y de transporte, sus patrones culturales cambiaron radicalmente. Pasaron de ser grupos nómades pedestres a nómades ecuestres. Aunque quizás, la denominación de nómades ecuestres no sea la más apropiada, tal vez sea mejor considerarlos como grupos de una gran nación que se desplazaba a placer por los enormes territorios de las pampas. Antes del caballo se necesitaban muchos días para encontrar otros grupos, coordinar reuniones, hacer ceremonias y rituales en conjunto. Por ese motivo el concepto de nación se fue perdiendo y los diferentes grupos fueron estableciéndose en varios lugares. Cuando el caballo pasa a formar parte de sus vidas, las distancias desaparecen y por más de doscientos años se constituyeron en una única nación. Por eso no era extraño encontrar integrantes de diferentes grupos integrados en enormes bandas para realizar malones. Durante la época de Calelián ocurrieron varios de esos incidentes.

Otra cosa que incidió, y mucho, en estos cambios, fueron las vacas y las ovejas. Nuestros antepasados se habían transformado en excelentes jinetes y, consecuentemente, en expertos organizadores de vaquerías. No había nadie como ellos para organizar un rodeo o trasladar enormes cantidades de ganado de un potrero a otro. Ni había nadie como ellos para robar, con enorme oficio y astucia, caballadas y tropas enteras controlándolas casi en un silencio absoluto. La industrialización del ovino trajo consigo la confección de textilera, y a la obtención de carne de vacuno se le sumaba el enorme valor agregado del cuero, a tal punto, que rápidamente la vaca sustituyó al caballo como proveedor de cuero y carne. Tenemos que pensar que el ganado introducido se transformó, en gran parte, en ganado cimarrón. Hay relatos de cronistas que indican que, a mediados del Siglo XVIII, enormes tropillas de miles de caballos salvajes cruzaban la pampa de un lado a otro. Y otro tanto con las vacas. La caza se facilitó notablemente. Ahora era fácil correr un ñandú o un venado, o incluso vacas cimarronas, a las que desjarretaban a la carrera cortando con sus lanzas los tendones de sus patas traseras. Con toda esta abundancia, la nación pampa obtuvo fácilmente enormes cantidades de cuero, de lanas, de carnes de vacuno y carnes de caza, de plumas de ñandú, etc. Y además, pasaron a tener grandes facilidades para su transporte. Esto, inevitablemente produjo unos excedentes de mercadería para los cuales la salida lógica fue el comercio. Y con ello aumentó el contacto con los europeos y se estableció un mercado del cual nuestros pueblos pasaron a ser enormemente dependientes. Apareció el alcohol, la dependencia de la yerba elaborada, las necesidades de hierro para utensilios y armas, cambiaron las costumbres en las vestimentas y por sobre todo, el contacto con el europeo los llevó a ser víctimas de un sistema de justicia, la justicia colonial, que no comprendían y que muchas veces era totalmente opuesta a sus costumbres.

A esto hay que sumarle la enorme cantidad de indígenas que fueron evangelizados, que se les exigió hablar en otra lengua, que se les sometió y a veces se les esclavizó. Y por supuesto las cruces étnicas, con el agravante de que el mestizo era considerado como indio, se le excluía, y muchas veces pasaba a integrar las bandas de materos que pululaban por la campaña.

A tal punto llegaba la dependencia que el pueblo tenía con los europeos, que en épocas de privaciones, o sequías, muchos pedían para entrar en las reducciones, que habían construido principalmente los jesuitas, para así poder mantener lo que para ellos, ya era un estilo de vida definitivo. Tenemos que pensar que varias generaciones vivieron bajo ese régimen de dependencia, para muchos de ellos era la vida normal lo que experimentaban.

Así fue que la nación comenzó una lenta pero inexorable desintegración, social, física y moral, producto de la pérdida de identidad, del alcohol, de las enfermedades y de las guerras.

Dada la baja tolerancia al alcohol que tiene genéticamente nuestro pueblo, el alcohol los alteraba rápidamente, los embrutecía y los tornaba muy agresivos. Dentro de su ámbito, si un hombre se enojaba con otro y la discusión terminaba en un fuerte golpe con el puño, o incluso con la boleadora, el pleito se saldaba allí. Incluso muchas mujeres fueron sometidas de esta forma. Pero cuando eso se hacía bajo efectos del alcohol, no era raro que alguien terminara muerto con el cráneo partido por la boleadora, o bien atravesado de un chuzazo. Entonces la justicia intervenía y el hombre iba preso, si lo agarraban. Esto fue causa de muchos conflictos con los europeos.

Pero tal vez lo peor hayan sido las enfermedades. El contacto con el europeo nos hizo exponer a males que nos eran desconocidos y para los cuales no teníamos defensas naturales. Y así fue que desde la sífilis a la viruela, e incluso la gripe, exterminaron a

pueblos enteros. Nuestra gente moría masivamente, muchas veces sin saber por qué. Los primeros en ser contagiados fueron, por supuesto, los carios, los guaraníes, que eran quienes estaban más cerca del europeo. Pero después las epidemias se fueron extendiendo. Los que se mantuvieron más separados del europeo fueron los menos afectados.

Y estaban las guerras, las eternas guerras contra el europeo. El uso del caballo, también había cambiado las armas y las estrategias de combate de los pampas. Los arcos se habían hecho más cortos para ser utilizados desde arriba del caballo y habían adoptado la lanza como la principal arma de lucha ecuestre. En cuanto a la estrategia, sin pensarlo y como una consecuencia, apareció el malón.

Las circunstancias que llevaron a ello fueron varias: en primer lugar tenemos que considerar que una tremenda sequía agotaba la pampa a mediados del siglo XVIII. Esa sequía disminuyó dramáticamente la caza y la disponibilidad de ganado cimarrón. El ganado existente se encontraba, entonces, en las estancias cercanas a cauces de agua. Consecuentemente era allí donde los pampas se iban a aprovisionar. No parecía importarles mucho que ese ganado perteneciera a un dueño, no tenían ese concepto de la propiedad, no podían asimilar que una gran cantidad de vacas pastando a campo abierto pudieran pertenecer a una persona que se encontraba a leguas de distancia. Su sentido de la propiedad comunal, les permitía tomar el ganado con toda naturalidad. Lógicamente, pronto se dieron cuenta cuáles eran las reglas del juego que imponían los europeos, pero no por eso dejaron de ir a buscar ganado a las estancias cuando así lo necesitaban. La gran paradoja era que después vendían sus cueros y parte de la carne a los mismos a quienes se las habían sacado. Y nunca quisieron devolver el ganado robado. Lógico, para ellos no era robo. Eso dificultaba mucho cualquier intento de paz de los muchos que se hicieron.

Otro de los motivos del malón era la venganza. El avance de los europeos era casi incontenible. Y no era extraño que en esa colonización de las pampas, atacaran pueblos indígenas y capturaran a mujeres y niños para “evangelizarlos”, que era un elegante sinónimo para denominar a la esclavitud. Como contrapartida, los pampas atacaban estancias, pequeños poblados y establecimientos, secuestrando mujeres y niños y matando a los hombres. Era una táctica de guerra de guerrillas. En cuanto a las mujeres y niños que se llevaban, eran integradas en sus poblados. A los pampas les gustaba la mujer blanca, y dentro de sus tradiciones estaba el acoger y recibir a cualquier extraño. No era raro entonces que los integraran a su vida, por más que las mujeres muchas veces sufrieron y murieron ante lo insoportable del cambio de vida.

Pero no debemos suponer que nuestro pueblo estaba formado por guerreros idealistas. No, había de todo, como en todos lados. Nosotros también tuvimos nuestros asesinos, nuestros violadores y nuestros ladrones. Estos, conjuntamente con los delincuentes europeos que normalmente eran acogidos en las tolderías, formaron bandas peligrosas y salvajes. Normalmente se exaltaban esos aspectos por parte de los europeos antes de proceder al ataque de represalia para tratar de rescatar a los cautivos, recuperar el ganado robado y vengarse de las afrentas recibidas. Y fue por causa de estas bandas que se organizaron las partidas de exterminio que la historia recoge tanto en Uruguay como en la Argentina.

La gran diferencia que se marcaba en este enfrentamiento, era que los indígenas actuaban por razones inmediatas, en tanto que, para los europeos, todo era parte de una política superior de avance y exterminio.

Así fueron cambiando las cosas para nosotros, lenta y violentamente.

Muy pocos se dieron cuenta de lo que sucedía. Las que más se opusieron fueron quienes antiguamente, en su orígenes, se llamaban las machi, como lo fueron Cuelén, Paricún,

Saura. Las machis advirtieron lo que pasaba y trataron de mantener a nuestro pueblo apartado del europeo, rechazaban cualquier tipo de ventaja o comodidad que proviniera de ellos. Y muchas condujeron a sus pueblos a lugares apartados. Algunos de esos pueblos se mantuvieron más distantes, como los llamados charrúas. Esto hizo que se les considerara como más primitivos, o más salvajes. Pero lo que ellos querían era preservar su estilo de vida, su cultura. De alguna manera sabían que el blanco era algo perjudicial para ellos. Esa es una de las razones por la cual nos interesan tanto.

Uno de los grupos que trataba de mantenerse alejado de los europeos, era el de Calelián. Todo comenzó allá por 1739, cuando una expedición militar mató a más de 70 indígenas y capturó a más de 100 mujeres con sus hijos. Allí aparece la figura de Nicolás Cangapol, un gran cacique, que fue quien nucleó a todos los grupos indígenas de lo que es hoy la provincia de Buenos Aires y el norte de la Patagonia. Como respuesta a estos ataques Cangapol inició una serie de malones y atacó a numerosas estancias. Todas las tribus participaron en esta ofensiva, excepto la de los llamados calelianes.

Los calelianes tenían su ubicación en la zona correspondiente a San Luis, a Córdoba, a Santa Fé. No estamos seguros de que fueran charrúas, es muy difícil precisar esto. La historia no los recoge como tales, pero tenemos nuestras dudas, tanto por su comportamiento como por datos históricos, que establecen la presencia de los charrúas en esa zona y en esa época. No sabemos por qué razón este grupo no quería participar en los enfrentamientos. Y sabemos que querían trasladarse a la banda, a lo que es hoy el Uruguay. Esto siguió así por un tiempo. Pero ocurrió un malón particularmente salvaje en la zona de Areco, en el cual fueron asesinadas mujeres y niños. De inmediato se inició una persecución. Pero quiso el destino que la partida encontrara a la gente de Calelián durmiendo en los alrededores y los confundiera con quienes habían hecho el malón. Todo culminó en un ataque feroz y en una matanza generalizada. Pocos escaparon, entre ellos Manuel Calelián y su familia. Pero José Calelián, padre de Manuel, fue capturado en el enfrentamiento y degollado junto con toda su familia.

A partir de entonces, Manuel Calelián se transforma en un verdadero azote para los europeos. Organiza un malón tras otro y logra que se le plieguen numerosos contingentes que integraban tribus diferentes. Con tremenda astucia, Calelián cambiaba de continuo su lugar de acampada, atacaba y se retiraba. Y cuando era perseguido por los europeos, que tenían un armamento muy superior, dividía una y otra vez sus tropas y establecía lugares con caballadas de refresco. Así terminaban quienes perseguían, reducidos a pequeños grupos con caballos tan cansados como ellos mismos. Entonces, muchas veces, los perseguidos daban vuelta y atacaban, con la consiguiente derrota de los blancos.

Fue tal la superioridad de Calelián en esa época que los blancos muy pronto empezaron a ofrecer la paz. Lo autorizaron a acampar cerca de sus poblados y comenzaron las negociaciones. Pero estas negociaciones, solamente fueron hechas por Calelián y su grupo más cercano. No participaron de ellas sus hermanos, quienes siguieron la lucha junto con Cangapol.

Y acá viene uno de los misterios que debemos resolver. Un buen día mandan una partida a detener a Calelián. Y lo detienen a él y a toda su gente disponiendo que las mujeres de la tribu sean enviadas a la reducción de Santo Domingo de Soriano y los hombres pasados a la otra banda, a Montevideo, a trabajar en las obras del rey.

No se sabe porqué Calelián se dejó detener con tanta facilidad. Pero se sabe de su triste final.

Roberto Quispe finalizaba su relato. Había dejado el mate, la bandeja de pasteles estaba vacía. Gonzalo limpiaba su pipa Y Micaela se restregaba las manos.

-¿Por qué te referís a los blancos como los europeos? –preguntó Gonzalo.

Roberto se encogió de hombros.

-Poco importa –respondió- de cualquier manera son todos blancos.

Gonzalo vio, de reojo, cómo Micaela asentía con la cabeza.

-Es como decir “son todos indios”.

Roberto asintió con la cabeza.

-Debo de reconocer que tenés razón.

-Supongo que, desde ese punto de vista, me debo considerar como... “blanco”, sin importar mi nacionalidad.

-Sí –respondió Roberto un tanto incómodo- Sí, no es algo que se pueda evitar.

-¿Y cómo te considerás vos? ¿Y cómo la considerás a ella? –preguntó señalando a Micaela con la cabeza.

Roberto sonrió y respondió.

-Ser indio significa una identificación étnica, una autoidentificación, diría yo. Es identificarse con una forma de ver la historia, con una forma de ver y sentir el mudo de lo espiritual. En otros lugares de América es identificarse con una lengua determinada o pertenecer a una determinada condición social.

-Yo puedo decir que veo la historia de la misma forma... –objetó Gonzalo.

-¿Y creés en el mundo de Tupán?

-Tenés que admitir que me estoy dejando llevar por eso en el curso de mi trabajo.

-¿Alguna vez te sentiste discriminado, separado de la sociedad, sin saber a dónde pertenecés?

Gonzalo esperó unos instantes antes de responder.

-Sí –fue la escueta respuesta.

Roberto lo miró en profundidad y preguntó.

-Gonzalo, con todo eso que me dijiste, ¿te autoidentificás como indio?

Un leve temblor agitó por un instante el ojo de Gonzalo Ponce.

-No –dijo finalmente.

Roberto le sonreía. Le apoyó la mano en la pierna amistosamente y le dijo:

-No te preocupes, tampoco podrías considerarte judío, y son tan blancos como vos. Ni yo podría considerarme esquimal o mongol, aunque tengamos muchas cosas en común, entre ellas, numerosos marcadores genéticos. La cosa pasa por otro lado, es algo que no es fácil de definir. Tampoco podemos generalizar el asunto de “indio”, como bien me hiciste notar. Yo me siento tan lejos de un sioux, o de un maya, o de un xavante, como vos de un vasco, o un finlandés, o un iraquí. Como ves, no estoy hablando de razas. De acuerdo a las últimas investigaciones genéticas hay más diferencias al interior de una raza que las que existen con las llamadas razas diferentes. Por lo tanto, las razas no existen. Estoy hablando de naciones. Simplemente somos naciones diferentes que hemos vivido una historia similar y que estamos siendo víctimas de la definición que se ha hecho de esa historia. Una historia hecha por... los blancos.

Gonzalo miró a Micaela. La joven bajó la cabeza evitando su mirada.

-Sí, lo sé, todo eso lo sé. El tema es ser sujeto de todo eso. Eso es lo diferente, que te lo hagan sentir. –respondió con cierto pesar al ver cómo había quedado por fuera de algo vago, impreciso, pero muy fuerte. Un lazo se había tejido rodeando a Micaela y a Roberto,

un lazo que venía de mucho tiempo atrás y en el cual él no había sido incluido. Ni podría serlo nunca.

Gonzalo se recompuso tragando su angustia.

-Sí, es una buena definición. Estoy de acuerdo. ¿Y ahora, qué sigue?

Con cierta dificultad todos volvieron a sí mismos y al tema central. Roberto tomó la palabra.

-Ahora, espero que Micaela me diga por qué Calelián se dejó apresarse tan fácilmente. Por algo el nombre le vino a la cabeza y por algo nos encontramos. Ella tiene la llave de la historia.

-Pero yo no sé..., no es algo en lo cual pueda sumergirme a voluntad, las cosas vienen...

-Podemos intentar con hipnosis otra vez –dijo Gonzalo- aunque ahora es más difícil obtener algo auténtico debido a toda la información a la que fuiste expuesta.

-Yo había pensado en otra cosa –dijo Roberto.

Lo miraron interrogantes.

Roberto fue hasta una habitación y volvió con una cajita. La abrió y volcó su contenido en la mesa. Cayeron unas cuantas semillas oscuras.

-*Yopo* –dijo- lo mismo que utilizaban nuestras machis. No te preocupes –se adelantó al ver la cara de duda de Gonzalo –lo he usado muchas veces. Es algo seguro, si se usa con cuidado.

Micaela miró a Gonzalo que se sintió reconfortado al ver que la joven todavía estaba con él.

-Cebil –dijo Gonzalo- Es riesgoso, ¿sabés usarlo, Roberto?

-Sí... –dijo, pero no pudo evitar que una sombra se desplazara por su rostro- sí, no se preocupen, sé muy bien cómo usarlo.

Gonzalo dudó un poco y finalmente asintió con la cabeza. Micaela suspiró.

-Vamos –dijo- cuando quieras.

Roberto comenzó a moler despacio unas cuantas semillas de cebil dentro de un pequeño mortero de madera.

-Vamos a poner una dosis que te mantenga flotando, así podemos preguntarte. Otras veces he puesto dosis más grandes y la persona habla de lo que ve y siente, sin que podamos entender. Se ha dado el caso de que alguien habla en algún dialecto de esa época.

Roberto terminó de moler las semillas que, a esa altura, se habían transformado en un fino polvillo grisáceo amarronado. Puso el polvillo en una media caña y le dio a Micaela un tubito de madera.

-Aspirá Mica, hacé de cuenta que es merca.

Micaela sonrió y Gonzalo levantó las cejas.

-Yo nunca...

-Dale, era una broma. Aspirá y concéntrate en el nombre de Calelián.

Micaela aspiró fuerte y el polvillo entró en su nariz. Exhaló y se dejó caer hacia atrás en el sillón. Esperó.

Después de unos instantes sus ojos se entrecerraron, no del todo, apenas dejaban ver la parte blanca, era como si se voltearan. Su cabeza se balanceaba lentamente. Gonzalo miró a Roberto que asintió tranquilizándolo.

La cabeza de Micaela colgó y sus hombros se bajaron. Se apretaba las manos con fuerza.

-¿Cuál es tu nombre, quién sos? –preguntó suavemente Roberto.

-Quenue..., Micaela San Román..., no lo sé –dijo con voz muy tenue.

-Micaela –dijo Roberto con más fuerza tratando de situar las coordenadas mentales de la muchacha.

-Micaela, ¿quién es Quenie, que siente Quenie, donde se encuentra?

-Quenie..., va caminando. Está oscuro... Quenie es la mujer de Manuel..., sí, mi esposo es Manuel ¡Y quieren matarlo, todos quieren matarlo!

Micaela comenzó a agitarse y a retorcerse. Roberto intervino.

-Tranquila, Micaela, tranquila. ¿Qué hace Quenie?

-Quenie va a ver a la vieja. La vieja va a morir. La vieja le dice que recupere el cuerpo de José, del padre de Manuel. Debo recuperar el cuerpo, allí está todo, junto con el cuerpo está todo.

-¿Qué es lo que hay que recuperar con el cuerpo?

-No lo sé, la vieja me ordena que recupere todo, es muy importante para el pueblo. Si no lo recuperamos no podremos soñar ¡Y vamos a morir, vamos a desaparecer! Tengo que hablar con Manuel, tengo que decirle todo, tengo que explicarle por qué la vieja hizo las rayas en mi frente. –Micaela hace una pausa mientras respira agitada. Gonzalo mira a Roberto quien le hace una seña con la mano indicando que espere.

Micaela continua.

-Manuel..., Manuel, mi hombre, ¡cuánto lo quiero! Manuel..., no le gustan las rayas, teme que me transforme y me aparte de él. Le explico, le digo lo que ordenó la vieja. No quiere, no quiere, ¡me grita! Tengo miedo, no quiero que me golpee. Pero le vuelvo a decir todo, es importante, es nuestra historia, es la vida del pueblo. Tenemos que sobrevivir, sea como sea. Y la vieja me dijo que todos van a desaparecer, todos van a morir. Nosotros somos lo que debemos mantener el pueblo unido. ¡No podemos dejar de soñar, no podemos salir de Tupán! ... Manuel duda, piensa, sabe que Quenie nunca le va a mentir, sabe que Quenie es sabia y siempre habló con la verdad. Manuel va a hablar con los blancos, les va a pedir el cuerpo de José. El Gobernador va a estar de acuerdo, no quiere pelear con Manuel.

Roberto y Gonzalo se miraron.

-Micaela –dijo Roberto, despacio pero con firmeza- Quenie va a buscar el cuerpo, va a buscar el cuerpo.

-Sí, Quenie va a buscar el cuerpo de José. Va con Manuel. Deben estar los dos solos, ha dicho la vieja. Estamos en el fondo de una barranca. Están buscando. Está lleno de cuerpos, despedazados, por todos lados. ¡El olor, el olor a muerto! Es horrible. Manuel aprieta sus dientes con furia, siento dolor, mucho dolor y una gran tristeza. Son cuerpos de niños, de mayores, reconozco algunos trapos. Sé quienes son. Los tiraron, los tiraron al fondo de la barranca y los animales los despedazaron. Manuel grita con rabia y dolor. Está allí, junto a un cuerpo semidespedazado, en el fondo del barranco, bajo unos matorrales. Manuel levanta la lanza de su padre y me la muestra. Está llorando. Nunca lo vi llorando. Voy allí y busco. Allí está lo que me dijo la vieja. Es esa bolsa de cuero. La abro, está la huaca..., y..., y eso..., eso..., horrible, ¡horrible!

Micaela se agita y grita aterrorizada. Roberto interviene rápidamente.

-¡Micaela, aquí, Micaela!

La joven respira más tranquila. Roberto continua.

-Vamos más adelante, vamos más adelante, con la huaca, siguiendo la huaca.

Roberto comenzó a quemar unas semillas de mientras Micaela hablaba. Puso una pequeña escudilla con las semillas ardiendo cerca de la joven, del tal forma que el humo fuera hacia ella.

-Quenie..., corto mi mano, corto mi mano y sangra. –La cara de Micaela expresa un profundo dolor al tiempo que se toma la mano izquierda con la derecha.



-La sangre cae sobre la huaca y comienzo a ver a mi esposo. Quiero saber cuándo nos vamos a volver a juntar, él me lo prometió. Lo veo, está en un lugar muy oscuro, y todo se mueve. Está encadenado. Siento su rabia, su enorme furia. No está solo, está con unos pocos amigos. Ahora los vienen a buscar, los sacan afuera. ¡Está en un barco, está en un barco! Les sacan las cadenas, los dejan mover. Manuel mira las balas del pequeño cañón, son bolas de hierro, pequeñas, ¡como boleadoras! ¡Manuel va a atacar, va a atacar! Toma una bala y la arroja contra un blanco, lo ha matado. ¡Todos luchan, arrojan las balas contra los blancos! Pero ahora los atacan, los cortan con los sables, suenan disparos. Comienzan a caer. Manuel tiene una herida en el brazo. Ahora las balas se han acabado, están todos juntos, los blancos los rodean y apuntan con sus armas. Se acercan, quieren encadenarlos. ¡Oh, no, no, por favor! ¡Manuel va a saltar! Le habla a sus amigos, ¡todos van a saltar! ¡Y saltan al agua! Se hunden..., Manuel sale a flote. Ve cómo el barco se aleja, escucho los gritos de sus amigos. Algunos se hunden. Manuel sigue mirando al barco. Se cansa. Piensa en mí, veo sus ojos que me miran. Nos miramos, nos miramos a través de la huaca. Y el se hunde..., se hunde..., ya no aguanta más el dolor en el pecho. Siento que me duele, me duele a mí. Y lo veo morir, mirándome, y con su sonrisa en los labios. Ha muerto. Mi esposo, mi hombre ha muerto. No aguanto más. Mi mano se pone en la huaca, saco mi cuchillo... El alarido de dolor de Micaela los sorprendió. La muchacha se arrolla sobre sí misma al tiempo que su mano derecha sujeta la mano izquierda con fuerza. Gonzalo se acerca rápidamente y la abraza hasta que se calma. Roberto le hace señas de que se aparte. Gonzalo lo mira con rabia pero accede.

-¡Micaela!, ¿dónde se encuentra Quenue, donde estás?

Micaela se endereza, jadeando.

-Estoy en la misión, estoy escondida. Es de noche. Todos duermen menos nosotras. Le cuento todo a mis amigas. Todas han cumplido con el ritual, todas se han tatuado la frente y han construido una huaca, igual a la que yo tengo. Están tajeando sus manos, y la sangre cae sobre sus piedras. Ahora es mi turno. Me saco la venda, me aprieto lo que queda de mi dedo y sangro sobre cada una de las huacas. ¡Duele, duele mucho!... Ya terminé. Ahora nos vamos, nos escapamos de allí. Cada una va a buscar un grupo para integrarse a él y mantener la huaca y los sueños. Nos vamos. Yo estoy sola, con mi dolor, con la huaca, con..., con...

Micaela se sacude de un lado a otro, se agita.

-¡No puedo..., no puedo, no entiendo! –grita con desesperación.

-¡Roberto, basta! –dice Gonzalo en un tono que no da lugar a réplica. Se levanta y retira la escudilla humeante de la cercanía de Micaela y apaga las semillas con el agua del termo.

Roberto suspira y se echa hacia atrás. Gonzalo abraza a Micaela mientras esperan. La muchacha comienza a reaccionar. Su respiración se normaliza, abre los ojos y se mira el dedo meñique de la mano izquierda. Mira a Gonzalo y a Roberto.

-Todavía me duele –explica- y todavía siento la angustia, la terrible tristeza por la muerte de Manuel.

De pronto su cara refleja duda.

-¿Sirvió para algo? –pregunta.

-Sí, mucho –dice Roberto- Ahora sabemos por qué se entregó Calelián. Y murió tal como lo contaste, está en los registros de la época. Y su esposa, junto con otras mujeres de la tribu, fueron llevadas a la misión de Santo Domingo de Soriano. Allí estaba Quenue. Pero lo más importante: sabemos que todas las huacas son auténticas, sabemos cómo se formaron. Eso

se debe haber mantenido. Y ubicamos la primera huaca en Soriano. Nos estamos acercando. Pero, ¿qué cosa es eso otro que no pudiste explicar?

-No lo sé, sé que es algo que me impresiona mucho, me produce como un bloqueo, no sé lo que es.

-Pero casi seguro que es lo que vio Gualenchu, ¿no? -preguntó Gonzalo.

-Sí, siento lo mismo, estoy segura de que es lo mismo. ¡Y tanto tiempo después!

-¡Pero ya estamos muy cerca, avanzamos mucho! Y lo que verdaderamente importa es la placa, la primera huaca. -dijo Roberto.

-Y creo que por hoy es suficiente -dijo Gonzalo con firmeza.

-Gonzalo, yo estoy bien. -respondió Micaela.

-Pero yo no. -dijo él.

Roberto se limitó a armar un cigarrillo sin decir nada.

Esa noche Micaela y Gonzalo permanecían acostados, despiertos, pensando mucho más cosas de las que tenían ganas de decir.

-Acá hay algo que me incomoda, y no sé lo que es -dijo al fin Gonzalo.

Micaela permanecía de lado, dándole la espalda. No respondió.

-¿Estás dormida?

-Lo que te incomoda es no tener el control total de todo. -el tono de Micaela había sido un tanto cortante, brusco.

-¿Qué te ocurre, Micaela?

Ella se dio vuelta y lo miró.

-A mi nada, a vos te ocurre algo. Lo acabás de decir.

Gonzalo prefirió buscar qué era lo que le pasaba, antes que aceptar la invitación a pelear que había en el tono de la respuesta.

-Una de las cosas que me preocupa es el asunto del cebil. Es un alucinógeno, puede ser peligroso.

-Roberto sabe cómo utilizarlo.

-¡Y yo también!, ¿qué te crees que hacíamos en los sesenta en Francia? Vi a muchos que quedaron mal por el ácido, a muchos. No sé si este tipo sabe algo, recién lo conocemos.

-Y no te gusta mucho, ¿verdad?

Gonzalo permaneció en silencio. Ella continuó.

-No te cae nada bien que yo le preste atención, que tengamos algo en común, ¿no es eso?

-Tengo que confesar que hay un poco de eso, pero lo del cebil...

Ella lo interrumpió.

-Mirá Gonzalo, al fin estoy entendiendo el por qué de mis desmayos- dijo hablando suave. Y enseguida levantó la voz- ¡Y es la primera vez en mi vida que siento que pertenezco a algo, que encuentro a gente con la cual tengo algo en común! ¡Esto es mío!, ¿me entendés?, ¡mío! Y no voy a dejar que me lo saquen tus celos ni nada en el mundo.

Gonzalo sintió un dolor frío en el pecho. Quedaron un rato en silencio, sin atreverse a seguir. Gonzalo no aguantó más, fue a lo único que en realidad le interesaba.

-¿Y dónde queda nuestra relación en todo esto?

Después de un instante de agobiante silencio, Micaela respondió.

-Me tenés que dar tiempo, Gonzalo, necesito tiempo. Estoy muy confundida.

-Está bien, pero aparte de eso, yo tengo una tarea que cumplir, tenemos que seguir con lo de El Estero...

-¡Me importa un carajo El Estero! -dijo dándose vuelta hacia la pared.

-Esta reacción es una consecuencia del cebil, ¿ves lo que te digo?  
Micaela se tapó la cabeza y no respondió.  
Gonzalo esperó, bufó y se dio vuelta para el otro lado.

Lo que despertó a Gonzalo al otro día fue el ruido de la puerta que se cerraba muy despacio.

Se dio cuenta de que Micaela había salido.

Se levantó, se higienizó y preparó el desayuno. Con un dejo de tristeza y nostalgia se percató de que repetía los mecánicos movimientos de su vida solitaria. Movimientos y pensamientos que volvían, duros, implacables, para gritarle una vez más su soledad, para decirle que todo se repetía, que era el sino de su vida. Los días pasados con Micaela en El Estero habían sido tan solo un oasis, una isla en su mar de soledad. Tal vez ella tuviera razón, tal vez tuviera necesidad de controlar todo. Seguramente una conducta que indica un temor a perder algo. Tal vez fuera el momento de dejar que las cosas sucedan, sin intervenir en ellas, sin producirlas. Volver a nacer en la vida. Sin repetir cosas pasadas. Siempre se puede.

Pero antes tenía que ver a quien lo había aconsejado, a quien le había dicho que todo esto iba a pasar. A quien, seguramente, conocía el final pero no lo decía. Como hace todo brujo que conoce y ayuda a las fuerzas del destino y solamente contempla cómo se tejen las historias de los hombres en su inútil lucha por impedirlo.

Gonzalo juntó sus cosas y se marchó.

## CAPÍTULO 6

Sepé detuvo su caballo al pie del cerro. Miró la isla de ombúes que se levantaba en la ladera norte, la más escarpada, y los recuerdos lo invadieron. Allí lo había llevado su abuelo cuando era muy niño, poco después que sus padres murieran. Y allí mismo, en ese lugar, su abuelo le contó la historia y le enseñó a leer el futuro. En los pocos años que siguieron antes de que muriera el abuelo, Sepé aprendió a curar por medio de las plantas, aprendió a invocar a los espíritus de la naturaleza, aprendió a leer el destino y a ayudar a los hombres. Y aprendió a entrar en el mundo de Tupán. Después vinieron interminables tiempos de viajes, de estudios, de preparación. Todo para llegar a aquellos tiempos en la mejor condición para la vuelta de la machi, para que el tiempo recomenzara el ciclo que el humano había interrumpido y la gente que sueña se volviera a reunir.

Pero Tupán tiene giros extraños. Ayer, su abuelo había aparecido en su sueño y le dijo que tenían que hablar. Cuando esto sucedía era algo importante.

Sepé descendió del caballo y buscó el lugar debajo del ombú. El mismo lugar en el cual su abuelo lo había iniciado enseñándole a soñar a Tupán. Era el lugar donde Sepé buscaba el poder, donde el iwallou entraba en él y lo transformaba.

Era una mañana nublada, calurosa. Sepé alejó a su perro y dejó suelto a su potro, sabía que no se iban a apartar mucho. Se sentó al pie de un ombú centenario, enorme, rugoso, con una profunda cavidad en su base. Saludó a aquel viejo abuelo de la naturaleza, pidió permiso y apoyó su espalda en él.

Con un suspiro abrió la bolsita que llevaba. Sacó el polvillo, el “vino del alma”, como le decía aquel amigo ecuatoriano que lo visitaba año a año. Otros lo conocían como “la sogá del muerto”, aunque su nombre más conocido era el de “ayahuasca”. Sepé conocía su contenido y sabía cómo utilizarlo, la base era la misma que la del cebil: el DMT, la dimetilriptamina, un peligroso alucinógeno si no se le usa con cuidado y conocimiento.

Sepé inhaló y esperó. Conocía muy bien todo el proceso que seguía. Antes de sumergirse en el mundo de Tupán, Sepé miró al cielo gris blanquecino. Muy alto, un águila mora daba vueltas en círculos, justo encima del ombú. Todo estaba bien, Sepé sonrió y se dejó llevar por la ayahuasca.

El águila buscaba su comida. Algo muy poderoso la había llevado a ese lugar. Sus alas extendidas se inclinaban, apenas, en cada vuelta del amplio planeo. De pronto algo muy pequeño se movió y cambió, muy sutilmente, la fisonomía del paisaje que se encontraba doscientos metros por debajo. El águila giró su cabeza, enfocó y lo vio. Era un pequeño lebrato que se encontraba bajo aquel matorral, a más de un kilómetro de distancia. El águila sintió la punzada del hambre al mismo tiempo que todos sus sentidos se disponían a la caza. Iba a plegar sus alas en su veloz vuelo de ataque cuando sintió aquello. Era algo que entraba suavemente en su cuerpo, como la brisa que apartaba con suavidad las plumas grandes del ala y de la cola, como el humo que la acariciaba y la envolvía cuando volaba sobre una hoguera. Era algo suave, y fuerte. Era una voluntad que la hacía sentir bien, que le sacaba las ganas de cazar. El águila sintió que no podía hacer nada, excepto volar. Volar obedeciendo, llevando aquello que, ahora, era ella misma. Y voló, lento, alto, hacia el sur. Comenzó a ver.

Vio a la mujer y al hombre. Y sintió sus emociones y sus esperanzas. Vio al auto de su amigo que iba hacia El Estero, sintió sus dudas y su dolor. Su vuelo continuó en otra coordenada y el tiempo desapareció. Avanzó en el futuro para ver cómo todo podía

desaparecer en medio del torrente y de las emociones humanas. Vio a la machi parada frente al Gran Huanca y pensó que era el pasado. La tierra temblaba. Sintió las oleadas de dolor, de terror, y los designios de la vida que eran sepultados por la naturaleza. Supo que solamente la firmeza del hombre podría permitir el cumplimiento de todo. La firmeza del hombre solo, el hombre que había nacido para ese momento del tiempo y que no lo sabía. El hombre que estaba cayendo en su mar de dolor y de desesperanza. El hombre que buscaba algo auténtico, duradero, para poder matar a los fantasmas de su pasado. El hombre que buscaba amar, una vez más en su vida.

El águila sintió que todo comenzaba a volver, estaba otra vez en su espacio de caza. El hambre..., el hambre y la necesidad de cazar... El águila plegó sus alas y se lanzó en vertiginosa picada sobre el lebrato al pie del arbusto. Extendió sus garras, clavó, y su pico abierto se enterró en la piel blanda del animal. La felicidad en su estado más puro inundó al ave. Estaba cazando, estaba comiendo.

Sepé fue volviendo en sí. Todavía sentía la sensación de la sangre en su boca y el profundo placer animal de satisfacer un instinto. Dio gracias a su abuelo por aquellos momentos de felicidad pura. Sepé quedó muy quieto, esperando que el nuevo conocimiento terminara de procesarse. Cuando todo se integró, Sepé sabía lo que tenía que hacer. Con un silbido llamó a su potro. El animal apareció al trote lento, con un relincho corto de satisfacción. El perrazo apareció detrás, silencioso y alerta, como siempre. Sepé montó y enfiló para las casas. A esperar a su amigo que venía a preguntarle.

Sepé tenía preparado el mate cuando Gonzalo llegó. Los hombres apenas cruzaron palabras de saludo, un gran abrazo decía muchas más cosas.

Recién después que Gonzalo cambiara su atuendo por uno más cómodo y se sentara bajo el alero junto al viejo, la conversación comenzó a fluir. Lenta, fácil, como si la hubieran interrumpido tan solo unos momentos antes.

Gonzalo contó todo lo que había sucedido y lo que sentía. El viejo permanecía callado, cebando mate.

-Pero me imagino que sabrás de todo esto –dijo Gonzalo.

-Sí, hoy volé –fue la lacónica respuesta.

-¿Y qué debo hacer?

-Seguir. Hacer las cosas que el destino te ha marcado.

Gonzalo suspiró.

-Me estoy quedando sin fuerzas, Sepé. Parece que todo termina igual que antes.

-Mirá, patrón, cuando me buscaste, hace años, estabas mucho peor que ahora. Viste tu vida y saliste adelante. Ahora no podés dejar, mucha cosa depende de vos.

Gonzalo recordó aquella época terrible de su vida. Tantos años atrás...

Había dejado París, destrozado por la pena e intoxicado por el hachís. Había perdido a Claudette. Pensó en volver a su país, pero nada quedaba de sus amigos. Enterado de la muerte de Carmen, del drama de la pareja y la tristeza en la que se había sumergido Carlos, tan solo le quedaba Andrés. Pero él también había desaparecido en medio de la pasión por sus causas indigenistas, consumido en el amor por aquella mujer.

Gonzalo había vuelto, con París royendo su alma. Fue a parar a Chile porque fue el pasaje más barato pasaje que encontró. Dos días en Santiago de Chile fueron suficientes. La ciudad lo ahogaba, necesitaba espacio, aire. Se emborrachó y despertó en Puerto Montt, a cientos de kilómetros al sur de Santiago de Chile.

“Tal vez muy cerca de donde todo comenzó”, pensó en ese momento. Gonzalo se sorprendió al darse cuenta de la increíble coincidencia. Sus pensamientos volvieron al recuerdo, a aquellos días en Puerto Montt.

No tenía la menor idea acerca de qué hacer allí, ni siquiera sabía que aquel lugar existía. Vagó sin rumbo preguntando y conociendo. Después de todo, era un lugar como cualquier otro, y estaba en América otra vez, había vuelto. A recomenzar a vivir, o a terminar de morir, no lo sabía. Mientras caminaba por la zona del puerto, Gonzalo sintió cómo la depresión lo invadía. El cielo permanentemente gris, lluvioso, el frío, todo contribuía a su tristeza. Entró en aquel pequeño bolichón, necesitaba algo caliente, no sabía cuanto tiempo hacía que no comía. El curanto, la típica comida caliente de la zona hecha a base de mariscos, le levantó el ánimo. Después del tercer pisco pensó que tal vez ya hubiera cumplido con lo que tenía que hacer en esta vida. Sí, tal vez las cosas fueran más simples y no tan gloriosas. Todo iba a terminar en poco tiempo, dentro de una botella de pisco, o de cualquier otra bebida. No le importaba, solamente quería saber. Tenía una imperiosa y extraña necesidad de saber si todo había terminado. Tal vez un pisco más y un porro lo ayudaran. Iba a pedir otro vaso cuando sus ojos quedaron fijos en un pequeño cartel de papel pegado a la pared. Un aviso, común y corriente, que ofrecía algunos de los paseos locales. Gonzalo se sorprendió de estar tan interesado por eso en medio de su angustia existencial. Pero nada, absolutamente nada, le ofrecía la vida, ni nada le interesaba, era como una pequeña hoja en medio de un río. Tanto daba una cosa como la otra. Total, tal vez su vida había terminado y, por lo tanto, tenía todo el tiempo del mundo. El pequeño cartel era una provocación, una invitación a seguir detrás de una de las misteriosas y caprichosas señales que nos marca la vida, aunque a veces no conduzcan a ningún lado. Ya le había sucedido antes. Arrancó el aviso de la pared y se lo guardó. Pagó y se fue.

El guía de la excursión no había parado de hablar en todo el trayecto. Gonzalo dormía y despertaba, escuchaba la interminable descripción y volvía a dormir. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo en aquel paseo, ni le importaba. Simplemente se estaba dejando llevar.

Cuando despertó otra vez, el ómnibus estaba detenido en una hostería a orillas de un enorme y hermoso lago. Gonzalo estaba solo. Bajó y vio al resto de los excursionistas que subían a un bote y se internaban en un paseo por el lago.

Respiró hondo, se desperezó y contempló lo que lo rodeaba. Era un lugar verdaderamente maravilloso. El lago color verde esmeralda rodeado de montañas, el río Petrohué, que se oía tronar entre los bosques de araucarias y una hermosa posada, eran el marco inmediato. Al fondo, la enorme presencia del volcán Osorno con su cumbre nevada hacía parecer el paisaje como una postal viviente. Comenzó a caminar por la orilla, despacio, sin rumbo.

Al rato se estaba internando en el bosque y el terreno ascendía levemente. En un claro desde donde se veían perfectamente el Osorno y el lago, Gonzalo se detuvo. Quería mirar y sentir, no quería pensar. El aire frío lo tonificaba y un rayo de sol que entraba en el claro le producía un agradable contraste de calor. De pronto, escuchó un chillido. Miró en esa dirección y vio, sobre una piedra, a apenas unos veinte metros de donde se encontraba, un águila que lo miraba con fijeza. Gonzalo no quiso moverse, extasiado por la hermosura del animal en ese ambiente. El águila voló y Gonzalo vio que descendía muy cerca, a apenas unos diez metros más allá, detrás de una roca grande. Decidió seguir al ave.

Avanzó muy despacio, tratando de no hacer ruido, llegó hasta la roca y la rodeó. El águila no estaba. Y un viejo que parecía sacado de un libro de antropología, vistiendo un hermoso

poncho de vicuña y con un gorro estilo mapuche, lo observaba con una gran sonrisa en una boca de muy pocos dientes.

Esa noche, en un rancho oscuro en las afueras de Puerto Montt, Sepé le leyó su destino en las vísceras del cuí. Gonzalo supo el por qué de muchas de las cosas que había vivido, era como si la vida lo hubiera preparado para ello. Supo que tenía algo importante por hacer, que su vida recién empezaba. Gonzalo volvió a nacer. Y lo hizo en medio de una leyenda. La leyenda de la vuelta de la machi y el renacer del pueblo de la gente que sueña.

Y ahora parecía que todo volvía a perderse. El enorme abismo de la tristeza y de la vida vacía, se abría una vez más delante de él.

“Depende de mí”, repitió mentalmente lo que le había dicho Sepé. El viejo continuaba hablando.

-Yo te vi, hace años, en mis sueños, cuando volaba en las alas de iwallow. Vi tus amigos y tus lugares. Entonces supe por qué el espíritu me había llevado hacia vos. En tus lugares, en tus amigos, estaba escrito el retorno de la machi. Yo vi venir a la madre, vi nacer a la niña, cuando tu espíritu estaba perdido y tu alma estaba borracha. Entonces te puse acá. Pero ahora, todo depende de vos, patrón. Porque la muchacha tiene el alma turbia.

-¿Qué viste en tu vuelo?

-Vi que ella está extraviada, ansiosa por ser alguien y por vivir algo. Vi al hombre que está con ella. El hombre tiene el alma retorcida por el dolor. Ellos están viendo todo y no lo entienden, no pueden llegar a nada bueno. Vos tenés que intervenir. Tenés que decirles las cosas, tal como las pensás. Tenés que mostrarles la verdad.

-No creo que me escuchen, Sepé.

-Hay peligro patrón, no pude verlo bien, pero hay peligro. Y las cosas se arreglan donde empezaron. Porque allí se torcieron. Ahora se necesita sabiduría de hombre para hacer ver a los hombres, para que la gente del pueblo deje el delirio y vuelva a soñar.

-No entiendo.

-Yo tampoco. Es el espíritu que ha hablado por mi boca. Pero sé que es necesario para ellos. Y para vos, patrón.

Gonzalo respiró hondo.

-¿Cómo hacemos para encontrar lo que está en El Estero?

-Hay que entrar en el tiempo, una vez más.

-¿Cebil?

-Sí. Pero yo te voy a decir la cantidad y a dónde hay que ir exactamente. Escuchá...

Y Sepé le empezó a explicar mientras Gonzalo escuchaba atentamente. Se sentía mejor, mucho mejor.

Cuando Micaela abrió la puerta y vio a Gonzalo, se sorprendió.

Hola..., pasá. —dijo con cierta incomodidad.

Cuando lo besó, Gonzalo notó que ella desviaba la boca y le ofrecía la mejilla. Gonzalo leyó todo en ese gesto.

Entró. Roberto Quispe estaba sentado en la reposera de la terraza. Se saludaron sin ningún calor. Roberto le ofreció un mate que Gonzalo aceptó.

Hubo un momento de silencio con cierta tirantez.

-Tenemos que seguir con lo de El Estero, Micaela —dijo Gonzalo indicando claramente cuál era el motivo de su presencia allí.

Micaela bajó la vista y se retorció las manos.

-Bueno, no sé... Todo cambió tanto...

-Como quieras, de todas formas, pueden seguir buscando la huaca ustedes.

Roberto arreglaba el mate con la cabeza baja, nervioso.

-¿Y vos, qué vas a hacer? –preguntó Micaela.

Gonzalo se encogió de hombros.

-Avisarle al escribano y a los abogados, después voy a ver a Andrés y a Gabriela para contarles en qué quedó todo y después me voy. A Europa, o a Norteamérica, no lo sé. Tengo todo el mundo y todo el tiempo para mí.

Micaela lo miró y sus ojos brillaron por las lágrimas que se asomaban. Su labio inferior tembló suavemente. Gonzalo la miraba sin demostrar la mínima emoción.

-Supongo que aquí termina todo –dijo él.

Micaela se tomó el rostro y se sentó.

-Dame tiempo, por favor, dame tiempo. No puedo ni pensar, todo esto está ocurriendo en muy poco tiempo.

Roberto carraspeó y ofreció otro mate a Gonzalo.

Gonzalo dudó y lo aceptó.

-Un mate y me voy. Cualquier cosa me llamás por teléfono.

-Yo quisiera ir a donde está Gabriela –Roberto los sorprendió con sus palabras- Quisiera conocerla, hay una leyenda...

-El regreso de la machi que va a reunir al pueblo –dijo Gonzalo.

Roberto asintió con la cabeza.

-¿De qué están hablando? –preguntó Micaela.

Roberto explicó.

-Hay una leyenda, o un mito, que habla de que en el final, cuando todo se haya perdido, una machi va a retornar y va a reunir al pueblo. No sé si la machi sos vos, o es tu madre.

Micaela lo miraba con la boca abierta, sentía que algo crecía en su interior. Una motivación poderosísima, entusiasmante. Miró a Gonzalo.

-Nunca me lo dijiste...

-Contale cómo termina la leyenda, Roberto. –dijo Gonzalo.

-Y todo volverá a repetirse –dijo Roberto.

-Eso significa que vuelve a repetirse el ciclo de dolor, de sufrimiento y de muerte –concluyó Gonzalo.

-No necesariamente –respondió Roberto secamente- Es cuestión de interpretación.

Ambos hombres se miraron. Gonzalo hizo un esfuerzo por mantener la calma.

-Yo, lo que tengo que hacer es certificar la existencia en El Estero de algo perteneciente a Micaela o a sus ancestros.

-Nosotros tenemos algo mucho más trascendente, Gonzalo –respondió Roberto- Nosotros queremos juntar al pueblo, tener nuestra machi, vivir de acuerdo a nuestras costumbres antiguas, todos juntos, como antes.

-¿Que quieren, hacer otra religión? ¿volver dos mil años atrás?, ¿es que no se dan cuenta de que todo cambió? –preguntó Gonzalo con fastidio.

Roberto y Micaela se miraron.

-Lo que están diciendo es una locura, es imposible, es antinatural, el aislarse del mundo- miró a Micaela con firmeza- Y vos Mica, ¿es esa la vida que querés, es ese tu futuro?

La pregunta de Gonzalo estaba cargada de segundas y terceras respuestas.

-Yo no estoy segura de nada –dijo Micaela-, pero no le veo nada malo a lo que dice Roberto. Podemos hacer todo, seguir con lo de El Estero, encontrar la huaca, ver a mi madre, juntarnos, no veo por qué no... Y allí, cuando tenga el panorama claro, podré pensar



en mi futuro, y en todo. Necesito tiempo, por favor, no quiero decidir algo y excluir lo demás.

La muchacha había respondido a todos los niveles a los que había interrogado Gonzalo. Gonzalo la miró profundamente, sin dejar que su expresión mostrara la tormenta que se agitaba en su interior.

-¡Si! –intervino Roberto con entusiasmo- ¡Tener otra vez a la machi, a la huaca, estar todos juntos!

Gonzalo los miró muy pensativo, muy serio. Jugó un poco más fuerte.

-¿Para qué me quieren a mi, en esto?

-Lo que te dije, Gonzalo, para que nos ayudes a encontrar la huaca y nos digas dónde está mi madre.

Roberto asintió con fervor.

-No llegarías nunca, Mica. Te tengo que llevar. –dijo, excluyendo a Roberto en la respuesta.

-Y yo quiero ir con vos –respondió Micaela.

Quedaron mirándose. Algo se estaba reconstruyendo.

-Gonzalo –Roberto hablaba y parecía emocionado, sus puños juntos a la altura del mentón- te pido por favor, por favor, que me lleves a donde está Gabriela. Es muy importante para mi. Es lo más importante.

Gonzalo y Micaela lo miraron sorprendidos. Gonzalo vio una tremenda pasión, un increíble dolor detrás de los ojos del hombre. No pudo ver otra cosa que eso.

-Está bien –dijo-, está bien. Vamos a los Andes, vamos a ver a Gabriela –Roberto suspiró con alivio, Micaela respiró hondo ante la emoción de lo que vendría. Gonzalo parecía de piedra.

-Pero antes, tenemos que hacer otra experiencia, tenemos que localizar el lugar donde se encuentra la huaca.

Roberto y Micaela estuvieron de acuerdo.

Estaban los tres sentados en el living del departamento. El sol estaba cayendo. Habían corrido las cortinas y el departamento estaba confortable y en silencio. No se escuchaba ninguno de los ruidos que venían de la calle.

La cabeza de Micaela caía hacia atrás por el efecto del cebil. Gonzalo terminaba de hablar y colocaba la mente de la muchacha en el tiempo indicado por Sepé.

Micaela comenzó a hablar, balbuceante, con la voz pastosa. Roberto, por indicación de Gonzalo, había puesto más cebil que antes.

El campo estaba en un silencio respetuoso por la muerte que lo recorría. A veces alguna paloma largaba su lúgubre quejido. Y el agorero urutaú nunca había cantado tanto como en esos tiempos. El río apenas se movía y, en el monte, la caballada se juntaba para aguantar el frío.

Las mujeres y los niños estaban en su último trajinar, algunos dormían. Otro grupo de mujeres se ocupaba en pulir piedras para boleadoras, reparar y aprontar los lazos y cuerdas para los arcos, recortar algún quillapí y lavar los pocos tiestos de la rústica cerámica que portaban. Mientras tanto, los hombres aprontaban sus armas; y hablaban de guerra y de muerte.

Eran apenas unas ciento veinte personas, todo lo que iba quedando del pueblo. Habían establecido sus tolderías recostadas al monte, al abrigo de los vientos del sur. Unos treinta o cuarenta toldos, la mayoría de cuero, algunos con la clásica estera de junco.

La noche era helada y la luna llena brillaba, amarilla, sobre el horizonte Guidaí miraba silenciosa el astro que le había dado el nombre. Cada vez que salía la luna llena era un momento especial para la mujer. Y verdaderamente era así. Sabía que en pocos instantes iba a ser llamada a la reunión de los caciques y que iba a ser consultada. Ya sabía lo que tenía para decirles, Guidaí sabía todo lo que habría de suceder, el tiempo no tenía secretos para ella. Había aprendido a leerlo muy joven, cuando tuvo su primer sangrado y se levantó diciendo que la cascabel la había visitado para enseñarle de la vida y de los hombres. No le habían creído hasta que la jovencita mostró la huella de dos colmillos en su cuello que estaba tremendamente hinchado. Ese día comenzó su preparación, la vieja Silumé la tomó para sí y le enseñó todo sobre hierbas, adivinaciones e invocaciones al *gualichu*.

“Silumé...”, pensó Guidaí. La vieja Silumé había quedado con Vencol. Una lágrima de dolor y de rabia rodó por las mejillas de Guidaí al pensar en su suerte. Seguramente Silumé sabía todo lo que había de suceder. Guidaí miró a la luna y mentalmente le preguntó porqué ella no lo supo, porqué la cascabel no le había contado a ella lo que iba a pasar. Y la voz en su interior volvió a decirle que su destino era otro.

Guidaí tenía unos treinta años. Era una mujer hermosa y respetada. Había pasado por todos los rituales e iniciaciones. Carecía por completo del dedo meñique de la mano izquierda, y su espalda y brazos lucían las cicatrices de las perforaciones del ritual del compañero. También tenía las tres rayas verticales en su frente, aunque ese tatuaje había pasado a ser un símbolo de estética femenina y lo llevaban la mayoría de las mujeres de la tribu. Guidaí nunca quiso hombre alguno a su lado. Su deseo era consagrarse al mundo de Tupán, tal como se lo había ordenado Silumé. Y cuando su vientre ardía con el deseo, transformaba aquello en fuerza, en poder, en *gualichu*, cuando era necesario. Y ese poder era, por lo tanto, enorme.

En ese momento la llamaron. Guidaí se puso la falda de cuero donde había grabado todos los dibujos que tenía la huaca, se ajustó el quillapí de cuero de oveja encima de sus hombros y apretó su cabello largo con una vincha de cuero que lucía al frente una figura de la luna creciente hecho en cobre. Era su ropa de ceremonia, juntó su estera de juncos y partió. Cuando llegó al lugar de la reunión se sentó y esperó. Era una mujer respetada, pero sabía perfectamente que debía guardar su lugar en la reunión.

Estaban todos los caciques y los hombres principales. Mateaban en silencio y alguno masticaba hojas de yerba. En un hoyo en el suelo se asaba lentamente un pedazo de carne gorda al calor de unos pocos rescoldos, los suficientes para cocinar y no levantar humo ni hacer luz.

Polidoro, un cacique grandote, con un hermoso *quillapí* de onza cubriendo sus hombros habló dirigiéndose a Guidaí.

-Los mataron. A casi todos, capturaron a Vaimaca, a Senaqué y a algún otro. Mataron a todos los hombres y se llevaron a las mujeres y a los gurises. –esperó un poco y agregó– Mataron a Juan Pedro, a Braun... Mataron Vencol.

Guidaí ya lo sabía, había visto todo en su visión, cuando se metió debajo de la manta y aspiró humo de tabaco hasta entrar en el mundo de Tupán. Vio la masacre, vio a los carios ayudando a los blancos, vio la infame muerte de Vencol, uno de los más queridos y respetados caciques, cuando trató de hablar con los blancos, con los que hasta ahora consideraba amigos. Vio la captura de sus amigas, de sus primas. Pero no pudo ver...

Polidoro seguía hablando

-Nos traicionaron. Nos salvamos porque la vieja Silumé dijo que no fuéramos a esa reunión, que nos mantuviéramos con vos.

-¿Y Silumé? –preguntó Guidaí con ansiedad.

-No lo sabemos. Ahora estás vos, Guidaí. Queremos venganza, y también queremos saber qué hacer.

Polidoro calló. Después de un instante Guidaí supo que era su momento de hablar.

-Vi todo, vi todo lo que sucedió. Y la vieja del tiempo me habló.

Guidaí calló. Algunos la miraron sin saber de qué hablaba. El Adivino, un cacique viejo y flaco, vestido con falda de cuero y con un gran tembetá colgando de su labio inferior, se paró. El Adivino, célebre por su fama de brujo y de sanador, era uno de los pocos que sabía a qué se estaba refiriendo. Miró a todos con sus ojos brillantes, se acercó al fogón, cortó un pedazo de carne con su facón y dijo con su voz ronca y potente:

-Esto es importante, hablá, mujer.

-Hay cosas más importantes que la venganza- dijo Guidaí con firmeza- tenemos que irnos, tenemos que salvarnos, los más que podamos. Volver a la pampa, seguir hasta encontrar las montañas grandes, donde nació el pueblo. Y empezar de nuevo.

Se hizo un silencio.

Un cacique joven, vestido con chiripá y camisa se movió inquieto. Su nombre era Joaquín Sepé

Yo quiero matar –dijo con los dientes apretados- quiero venganza. Quiero la sangre de Frutos y de Bernabé.

Todos lo escuchaban.

-¡Y yo quiero atar las plumas de mi lanza con los nervios de sus brazos!- agregó.

Un murmullo de aprobación recorrió la reunión. Se escuchó algún grito de guerra, agudo, seco, como un ladrido.

Polidoro levantó la mano y habló nuevamente.

-Todos queremos eso, Guidaí. Quedamos pocos, muy pocos, lo único que queda es la venganza. No veo qué es lo importante que vos decís.

Guidaí estaba incómoda, no sabía cómo explicar aquello que ni ella misma entendía bien. No sabía cómo decirles que aquello era más importante que el deseo de venganza que ella misma sentía en su sangre. Pensó en Silumé y le pidió sabiduría. Cuando vio en su mente el rostro sonriente de la vieja comenzó a hablar.

-El pueblo no muere. El pueblo vive en la tierra y en el mundo de Tupán, cuando lo soñamos, cuando hablamos con nuestros padres que no están, con nuestros abuelos y con nuestras abuelas, con todos lo que nos visitan y que no sabemos sus nombres. Con los caciques antiguos y con las mujeres viejas- Guidaí hizo un corto silencio para que sus palabras tomaran peso. Vio que algunos asentían, vio los ojos brillantes de El Adivino que la miraba con intensidad. Y continuó.

-Todos ellos viven y hablan con nosotros en nuestros sueños. Si nos matan a todos no va a haber gente que los sueñe y el pueblo va a desaparecer para siempre. Tiene que vivir gente para soñar al pueblo, para soñar a los abuelos y a los caciques antiguos, para que el pueblo siga existiendo. Eso me ha dicho la vieja del tiempo.

Todos quedaron callados, tratando de asimilar, de comprender la enormidad de lo que habían escuchado.

Guidaí miró a Joaquín Sepé antes de decir.

-Vi más muertos, muchos más. Y vi que hay venganza, y que en tu lanza, Joaquín Sepé, van a colgar, chorreando sangre, los nervios de los brazos de Bernabé.

Joaquín Sepé lanzó un alarido de furia y satisfacción.

Guidaí se sentó y bajó la cabeza. Había hablado.

Polidoro y El Adivino se miraron. El Adivino seguía comiendo carne cerca del fuego. Mientras masticaba asintió con la cabeza en dirección a Polidoro. Los dos hombres se conocían perfectamente. Hacía años que combatían juntos y se respetaban. Caciques de sus respectivas bandas, se habían juntado en aquella instancia dramática. El Adivino sabía que Polidoro era medio ladino y a veces poco confiable, pero no había nadie como él para planear una acción. Cuando asintió con la cabeza estaba diciendo que, decidiera lo que decidiera, él lo iba a apoyar. Y estando los dos de acuerdo, nadie se atrevería a oponerse.

Polidoro se paró.

-Joaquín Sepé, hay unas estancias por acá cerca, juntá todos los caballos que puedas. Bernabé nos viene siguiendo y debe andar a unas leguas del arroyo Cañitas. Yo me meto en el monte del potrero chico, en las puntas de los Matajojo, con los hombres. Joaquín Sepé coloca caballadas en los montes que hay desde el Cañitas hasta acá. Se deja ver por Bernabé y que lo siga cerca, pero sin parar. Ustedes van cambiando la caballada. Cuando llegue al potrero chico va a estar sin potros. Allí le caemos. El Adivino se va para la pampa con las mujeres y los gurises. Allí hay amigos. Cuando terminemos, los alcanzamos. Y después..., y después no sé. El que quiera que se vaya para las montañas, que no sé donde están. Y basta.

No se hablaba más. Cuando Polidoro terminaba estaba todo dicho. La reunión comenzó a dispersarse. Algunos fueron a comer algo, otros a dormir, a aprontar las cosas, o a cuidar de la caballada que habían guardado en el monte.

Guidaí se acercó a El Adivino. No tenía confianza con el cacique, no era de su familia ni de su grupo. Pero sabía que era el único que podría entenderla. El hombre la miró con sus ojos brillantes y ella le habló. Explicó todo con detalle. El Adivino asintió, comprendió.

-Pero no te olvides de que aquí, en esta tierra, murió nuestra gente, mujer, no te olvides de eso.

Al otro día los hombres se aprontaban para la guerra.

Los guerreros comenzaron a girar en círculos mientras las mujeres cantaban y lloraban mientras entonaban un lamento lúgubre. Giraron y giraron, cantando y llorando, los hombres con su armas en sus manos, las mujeres con sus niños en brazos. Muchos estaban pintados con barro blanco y algunos lucían pinturas ocre.

Después, los hombres se pusieron en fila, y las mujeres, detrás de ellos, seguían cantando. Polidoro montó su caballo y comenzó a recorrer la fila de guerreros con galope corto y nervioso. Fue y vino varias veces, y comenzó su arenga. Con voz potente Polidoro fue recordando la matanza de Salsipuedes, la traición, el sufrimiento por los compañeros muertos. Su voz se elevaba junto con el ulular de las mujeres. Algunos guerreros se dejaban llevar por la pasión y contestaban con gritos cortos y agudos. Polidoro comenzó a nombrar a todos los muertos, a las mujeres, a los amigos, a los parientes, luego siguió con los nombres de los guerreros principales y finalmente nombró a los caciques caídos en la batalla. Y finalizó pidiendo en nombre de todos ellos, venganza, muerte a los traidores del Queguay. Y lanzó un terrible alarido que fue respondido por un griterío infernal de toda la gente. Ojos brillantes y descajados, bocas abiertas y dientes apretados entre los que brotaba algún hilo de saliva, cuerpos que temblaban y sudaban, pies que pateaban el suelo, brazos en alto, armas que se agitaban y espíritus que querían matar, completaban el terrible

espectáculo de los charrúas aprontándose para la lucha. Algunos se hacían cortes en el cuerpo con armas capturadas al enemigo, otros se miraban entre sí aumentando el volumen de sus gritos. En el climax de aquella locura Polidoro los interrumpió con un grito potente. Así quedaron todos, en una enorme tensión. Y así comenzaron los aprontes para la marcha y para la lucha.

Las mujeres y niños, con algunos jóvenes que ya era hombres por haber estado guerreando, abrazaron en silencio a los guerreros y partieron hacia la pampa comandados por El Adivino.

Joaquín Sepé partió con su grupo a robar caballos y a establecer la emboscada. Polidoro partió para las puntas del Mataojo.

Guidaí hacía rato que se había marchado. En ese momento galopaba rápidamente a campo traviesa, gracias a un par de fletes que le había proporcionado El Adivino.

El capitán Juan Villaverde despertó. Miró el toldito que cubría su cuerpo y la luz le indicó que amanecía. Otro día infernal le esperaba. Se levantó, se abrigó y fue hacia el arroyo a lavarse la cara y a mear.

Cuando volvió del arroyo vio que la chusma ya se estaba moviendo. Comenzaban a escucharse los llantos de los bebés, los niños que llamaban a sus madres, las conversaciones de las mujeres y los quejidos de las viejas.

Los soldados ya estaban casi listos y la guardia se desperezaba después de haber pasado el amanecer bajo una helada implacable que había dejado blanco el campo.

Juan se acercó al fogón donde humeaba la carne asada rápidamente, casi cruda. Ya la estaban trozando para repartirla a la chusma.

“Una ración de carne, de tabaco y de yerba por día para cada uno”, decía el prolijo parte que le había enviado el gobierno. “Pero no dice qué carajo darle a los gurises”, pensaba Juan.

Volvió a repasar mentalmente el inventario de gente a su cargo: 25 niños, 74 mujeres, 13 hombres, 11 viejas y 43 bebés de pecho. “¡Qué disparate!, menos mal que a muchos los repartieron a los jefes enseguida que terminó el enfrentamiento”, pensó el capitán calculando lo que iba a ser llevar esta gente hasta Montevideo. No había peligro, aparentemente no quedaba nadie vivo después del combate de Salsipuedes. Y si había alguna banda, seguramente ya la estaban corriendo. Pero aun, sin peligro a la vista, todo eso iba a ser una terrible complicación.

“Salsipuedes...”

Juan sintió un gusto amargo al recordar las instancias del enfrentamiento. Era un hombre de unos 40 años y veterano de muchas guerras. Mirando a la indiada recordó la batalla de Guayabos, unos quince años atrás. “¡Grande don Frutos”, pensó mientras recordaba aquella formidable paliza que le dieron a Dorrego. Él se había hecho cargo de coordinar a los charrúas. “Gente difícil y brava esta. Pero saben pelear y conocen el terreno como nadie.” Después de largas negociaciones, donde se estableció claramente lo que le iba a tocar a los indios después del combate, lograron ponerse de acuerdo. Los charrúas cerraron los pasos de los ríos y robaron las caballadas de refresco del enemigo y todo el ganado que hubiera.

“Y ganamos, con ayuda de esta gente, ganamos. Y ahora los matamos. No sirven para nada, pero... me parece que no es justo. Y estoy seguro que don Frutos va a entrar a Montevideo al frente de todos, para lucirse, como siempre. En fin..., otros tiempos, antes peleábamos por otras cosas... ahora..., ahora no somos nada.”

Juan Villaverde recordó su infancia.

“Y pensar que yo nací en esta tierra siendo español. Un día la Patria me llamó a pelear por el Rey de España, contra las Juntas de España, cosa rara...”, reflexionaba Juan recordando el combate de Las Piedras. “Después la Patria cambió y me apuró, me llamó a pelear por las Provincias. Después Frutos dijo que la Patria era brasilera y peleamos entre amigos. Después fuimos argentinos. Ahora no somos nada, somos una cosa nueva. Y parece que para poder serlo tenemos que matar a esta gente. Y la Patria me sigue apurando. Me manda a pelear, me felicita, me asciende y yo sigo matando gente y haciendo cagadas. En nombre de la Patria.”

El capitán cortó un pedazo de asado que parecía comible y se alejó, perseguido por los pensamientos y las dudas terribles que asaltan a los hombres cuando amanecen en medio de un estallido de la historia.

Juan vio un revuelo entre la chusma, unos gritos, movimientos rápidos. Buscó con la mirada y vio a Silva que corría hacia el lugar. El sargento Benito Silva conocía muy bien a los indios, había pasado mucho tiempo entre ellos. Vio como Silva desenvainaba el sable y propinaba un violento sablazo a alguien. Todo volvía a la normalidad mientras un soldado se alejaba tomándose la cara y el capitán Villaverde terminaba su trozo de asado.

Silva se acercó, Juan lo interrogó con la mirada.

-El Tape, otra vez, capitán. Anda caliente y se la pasa manoseando a las chinas.

Juan Villaverde asintió en silencio. Confiaba plenamente en Silva para mantener a la indiada tranquila y meter disciplina entre los soldados. Y que utilizara lo que fuera necesario para ello. Aunque alguno, como El Tape, iba a andar unos días con la cara hinchada.

El Tape era un individuo muy joven, bajito, “despreciable, indisciplinado, cobarde y sucio”, al decir del sargento Silva. Tal vez por todo esto, al Tape le era imposible conseguir mujer. Y allí andaba, levantando las faldas de las indias, babeando detrás de ellas. No era cosa buena andar castigando soldados, pero Silva sabía cuándo era necesario. “Mientras la indiada marche tranquila...”

Con las mujeres no había problema, bastante trabajo tenían cuidando a los niños y a los bebés. O algunas que insistían en cargar los cuerpos de algún familiar muerto. Ya llevaban varios días de marcha, y el hedor era insoportable. Pero a ellos no parecía molestarle, y era mejor mantenerlos tranquilos. Había que cuidarse de los hombres. No eran muchos, algunos estaban heridos. Alguno iba a morir en la marcha, las infecciones pronto los matarían. Estaban cansados y golpeados. Pero no había que soltarlos, ni sacarles el ojo de encima, ni hacerlos enojar. Mejor darles la ración y algún chifle de caña en algún momento. Pero cuidando que no se emborrachen. “Silva sabe, no hay problema”.

Iban lento, muy lento, “al paso de la vieja más lenta”, pensaba Silva.

Para un observador externo, esa marcha era un espantoso deslizar de una chusma gris y lenta, que se movía como un animal gimiente a lo largo de los campos helados. Unos pocos hombres que caminaban a tropezones, con los dientes apretados por el dolor físico y espiritual, con las manos atadas a la espalda, que se detenían un instante a hacer sus necesidades fisiológicas sin ser soltados; un enorme grupo de mujeres que avanzaban afanándose de un lado a otro, cargando niños, enseres y algún muerto. Atendiendo a sus hombres y a sus viejas, a lo que quedaba de sus familias. Y llorando por dentro a sus muertos. Niños desnudos, ateridos, que caminaban llorando, ya sin más lágrimas; viejas que caían una y otra vez y que eran auxiliadas por las mujeres. Bebés temblando de frío, permanentemente prendidos de tetas flacas y sin leche.

Y un pequeño grupo de hombres que los rodeaba, con los uniformes destrozados, algunos con heridas, y todos con la vista perdida, como si los sentimientos hubieran quedado en algún campo, muchos días y muchas leguas atrás. Sin querer pensar, como si aquel calvario hubiera existido siempre y fuera a durar una eternidad.

Ese día les esperaban varios arroyos y un río grande por cruzar. Por suerte no había llovido y los vados estaban fáciles de pasar. Si no, aquello podía ser un desastre.

Juan Villaverde recordaba lo que había sido el cruce del Hum, a un indio viejo se lo había llevado la corriente. El pobre viejo, atado, pataleó un rato y se hundió enseguida. Hubo un griterío horrible y varias mujeres intentaron tirarse atrás del viejo mientras los hombres forcejeaban para soltarse. Hubo que meter sable para aquietar a la chusma y algún soldado ligó una terrible patada.

Aquella noche, con mucha prolijidad y sintiéndose un poco ruin, el capitán Villaverde redactó y firmó el parte con la novedad del día. Lo escribió al final de todo, después de detallar el consumo de raciones y el estado de los caballos.

El sargento sacó al capitán de sus cavilaciones con un chiflido.

Silva ya tenía todo listo para marchar. Villaverde ensilló y montó. Tenía varias horas de marcha antes de llegar a la estancia donde se aprovisionaría de carne.

A media mañana el sol calentaba un poquito cuando aparecía entre las nubes. Había colocado a Silva en la retaguardia, el lugar más problemático. Allí era donde las viejas se caían, donde se amontonaban los que querían orinar o defecar. Donde aparecían los problemas cuando había que apurar. Pero Silva era una garantía, los entendía, se comunicaba y se hacía respetar. Y había mandado a El Tape bien adelante a bombear, por si aparecía algo. Pero lo importante era tenerlo lejos de las mujeres. Y así él podía cabalgar tranquilo, dejándose llevar, sin pensar. Aunque más no fuera por un rato. Lo habían mandado sin ningún otro oficial, tenía que ocuparse de todo, calcular las raciones, llevar la cuenta de los débitos a las estancias donde se aprovisionaba, firmar y guardar los recibos, ver que no faltara agua, que ningún soldado se robara carne o yerba, que los caballos estuvieran en forma, que...

El Tape había aparecido, hacía señas con el brazo y señalaba al horizonte. Villaverde vio una mota de polvo, un jinete se acercaba. Galopaba largo y suave, con un caballo de refresco a su lado.

El jinete llegó junto al capitán, era un mensajero, traía carta de la capital y hacía varias horas que había recibido el sobre del último chasque. Saludó, entregó el sobre al capitán y siguió al paso mientras miraba la chusma con una mezcla de temor, curiosidad y asco por el olor que sentía. Se acercó a un soldado y le habló en voz baja mientras el capitán abría el sobre. Era una carta del gobierno, con instrucciones precisas, y una lista...

El capitán Juan Villaverde la leyó despacio y la volvió a leer mientras comenzaba a putear a todo el gobierno, a todos los generales y a todos los santos que los amparaban.

La directiva era muy clara: decía que debía entregar niños en determinados lugares, especificaba las edades y los sexos, había desde niños de pecho hasta niños o niñas de seis a ocho años, estos últimos los más requeridos. Villaverde sonrió cínicamente al leer las instrucciones finales donde decía que debían ser bien cuidados por quienes los recibieran, que debían ser educados y alimentados, que la propiedad era por no más de seis años o hasta que cumplieran dieciocho años. Y el que llevara a una india joven debía llevar también a una vieja. Y así seguían las precisas instrucciones de la burocracia montevideana. Villaverde sabía cómo iba a terminar eso: los iban a tener de esclavos. Un esclavo era un lujo carísimo en esos tiempos, y aquí estaba la oportunidad de conseguir uno o dos por un

precio baratísimo. “Si es que pagan algo estos cajetillas”, pensó al mirar la lista de nombres que pedían indios: eran las principales figuras, la nobleza de la joven república. Seguro que a la mayoría se les iban a escapar los indios, o al poco tiempo los iban a devolver, no conocían a esa gente.

Pero lo que más incomodaba a Villaverde no era todo eso, era el tener que separar a las indias de sus crías, eso iba a traer complicaciones. El trajinar y el cuidado de los niños era lo que las mantenía ocupadas.

Y así ocurrió, a los pocos días comenzaron los problemas. Cuando aquella india no quiso permitir que le sacaran a su hijo. Fue un griterío infernal, y se sumaron otras mujeres. Hubo que entrar a sablazo y a latigazo entre la chusma para aplacarlos. Un soldado se llevó una pedrada en la cabeza y otro un par de mordiscos antes de que pudieran arrancarle a la india el niño que llevaba apretado contra el pecho. La mujer había perdido a toda su familia en Salsipuedes y no aguantó más, enloqueció. Se arrojó al piso gritando y comenzó a arrancarse los cabellos hasta que el cuero cabelludo quedó hecho una masa sangrante.

En ese momento apareció una india y se le arrojó encima, la abrazó y la consoló, le habló al oído hasta que la tranquilizó. Habló rápidamente a los demás y se apartaron. Silva no recordaba haberla visto, pero estaba más preocupado por cómo lo miraban los guerreros que por el detalle de la china esa. El que no sacaba la vista de las caderas de la india que permanecía agachada auxiliando a la despojada madre, era El Tape. Miró y miró aquellas caderas redondas, grandes, hasta que sintió que la entrepierna le incomodaba. En ese momento, la india se volvió y lo miró, fijo, sin miedo, sin rabia, simplemente lo miró. El Tape se puso un poco nervioso, se limpió la saliva de su boca y se fue, pensando cosas que lo enloquecían.

Las escenas de dolor y de violencia se repetían cada vez que había que entregar a un niño. Y la marcha se hacía lenta, terriblemente lenta por los desvíos y por las mujeres que se negaban a continuar, Había que levantarlas a golpes de puño, a talerazos o a planazos de sable.

En medio de ese calvario de violencia, durante una parada, El Tape se acercó a la india de las caderas redondas y la siguió mientras la mujer iba para el monte cercano. Sabía que nadie lo iba a ver, todos andaban ocupados con el tema de los gurises. La vichó escondido, mientras la india se agachaba a mear. La falda de cuero levantada y arrollada, las nalgas oscuras cerca del piso, y una larga y ruidosa meada, enloquecieron a El tape. Se acercó por detrás, despacito, agachado, el brazo extendido, sin poder pensar en nada más que en tocar..., tocar... Rápidamente avanzó y su mano acarició apenas la vulva húmeda de la india. La mujer dio un salto y se apartó. Quedó mirándolo con expresión de asombro y de enojo. Pero El tape vio algo más en aquellos ojos oscuros. Se le acercó, con cuidado. La mujer no se movió. El Tape la agarró de un brazo y la atrajo. Ella forcejeó, pero El Tape se dio cuenta de que no se resistía tanto como hubiera podido, otra ya le hubiera dado un mordisco, un arañazo, o un rodillazo en los huevos. El Tape la apretó contra un tronco y la refregó mientras la india apartaba la cara. Sintió los gritos de Villaverde que ordenaba la marcha y no se quiso arriesgar, soltó a la india y quedó mirándola con una sonrisa. Ella le dio un fuerte cachetazo y se fue.

“No fue tan fuerte”, pensaba El Tape mientras se acariciaba la cara y sonreía.

“Le gustó, a la china le gustó”.

En los días siguientes la manoseó siempre que pudo, ella lo dejaba hacer mientras seguía atendiendo a la mujer que había enloquecido. Villaverde lo vio y no dijo nada. “Al fin encontró una que le hace caso, así no me jode a las demás. Y no está nada mal la china”.



Por las noches, El Tape avanzaba en su conquista, la india casi no se resistía. Y El Tape la manoseaba, la hurgaba y la chupaba hasta que se corría una y otra vez. Lo único que ella no le dejaba era penetrarla. Ya era suya, y andaba con ella todo el día, mientras la mujer le cebaba mate en los altos y le pedía pedazos de asado para alcanzarle a la pobre loca. El Tape se pavoneaba ante todos, él sabía tratar a las mujeres. Por lo menos a ésta, que era la única mujer que había tenido en su vida. Y El tape enloquecía de pensar que, en algún momento, iba a llegar el día en que pudiera culminar el escarceo sexual que mantenía con aquella mujer, el día en que pudiera hacer todo con ella.

“Todo...”, era el obsesivo pensamiento que dominaba la mente del hombre.

El día que El Tape supo que la había enamorado, fue cuando ella le pidió que le regalara aquel colgante de valvas y rueditas de cerámica. Una de las cosas que más le gustaban a El Tape, era recorrer los campos de batalla y recolectar objetos de indios. Y así andaba, con un enorme bolso de cuero en el que guardaba adornos de hueso, plumas, puntas de flecha y de lanza, vinchas, algún *quillapí*, bolsos, cueros, esteras, cuchillos, espuelas de punta de guampa, de todo. Era su tesoro. El colgante que quería su china se lo había sacado al cadáver de una vieja que encontró en Salsipuedes. Tenía más como ese. El Tape se lo puso en el cuello y vio cómo la india lloraba de emoción. “Ahora sí. Ya está. En la primera que pueda la monto.”

El capitán Villaverde decidió acampar en la estancia a la que habían llegado. Metió la indiada en un corral para cuidarla más fácilmente y aceptó la cena y el cuarto que le ofrecieron los dueños del establecimiento. No era para menos, les había dejado dos indiecitas de seis años que, por suerte, andaban sin madre. Además, estaba cansado, muy cansado.

El sargento Silva también estaba cansado. Apostó la guardia y se fue a dormir temprano. Se durmió pensando en que El Tape andaba mejor, le había pedido para hacer la guardia de las dos de la mañana, la peor. “Está haciendo méritos porque quiere pedir la china esa”, pensó acertadamente Silva antes de dormirse.

Sí, El Tape la iba a pedir, y si no se la daban iba a desertar, se la iba a llevar. Pero antes, antes..., esa iba a ser la noche de El Tape.

La china siempre se le resistía porque le daba vergüenza hacerlo frente a los demás. Pero El Tape la iba a ir a buscar en la madrugada y la iba a llevar para el monte.

Ya debían ser más de las tres, todos dormían, agotados por la jornada. El Tape entró sigilosamente al corral y la buscó. Allí estaba, despierta, con los ojos oscuros muy abiertos. “Me estaba esperando”, pensó El Tape sintiendo un temblor en su miembro.

Sin decir nada la tomó de la mano y la condujo al monte cercano. Ella lo dejó hacer con docilidad.

Al abrigo de lo árboles, mientras la luna llena subía y llenaba de sombras furtivas el monte nativo, El Tape no aguantó más y empezó a tantear, nervioso, torpe, casi enloquecido. Sus manos recorrían el cuerpo hasta prenderse con fuerza del sexo de la china mientras le lamía el cuello y los pechos con desesperación. Ella le habló suavemente y lo calmó. El Tape, temblando como una hoja, se dejó acostar, se quedó muy quieto disfrutando de la larga y suave caricia que le hacía la mujer. El Tape no aguantó más, abrió su pantalón y saltó sobre ella con furia. Le levantó la falda y la penetró salvajemente. Una dos, tres veces, hasta que culminó y cayó a un lado, agotado. Iba a esperar un poco antes de empezar de nuevo. Pero todo el cansancio del día y la ansiedad contenida cayeron sobre él.

“Sí, me echo un sueñito...”.

La china lo tapó con el poncho y, acariciándole la cabeza, comenzó a cantarle suavemente. Un canto largo, casi triste, reparador. El Tape disfrutaba mientras la mano no dejaba de acariciarlo.

“Le gustó, a la chinita le gustó. Descanso un poquito y le doy de nuevo. Chinita linda, te voy a llevar conmigo...”

Lo último que vio El Tape antes de dormirse fueron los ojos negros y brillantes de su china que lo miraban muy fijo. Vio una luz extraña, allá en el fondo, pero...

El Tape se durmió soñando con su china querida.

La india siguió cantando y mirando la luna que subía. Ahora cantaba muy bajito, casi como un suave aullido.

Cuando llegó su amiga, la india calló. Tomó el bolso de El Tape y se fue, muy despacio, sin ruido.

Cuando los pájaros empezaron a gritar en el monte El Tape despertó. Sintió aquello suave que le acariciaba los genitales y no quiso abrir los ojos. La china quería más. “Quedó caliente”, pensó El Tape orgulloso de sí mismo. La caricia era extraña, suave, como si lo revolviere una y otra vez. Su miembro comenzó a endurecerse.

De pronto recordó que se había ido de la guardia, tenía que levantarse antes que se dieran cuenta.

El Tape se sentó repentinamente y quedó paralizado por aquel latigazo de dolor, de increíble y monstruoso dolor que sintió repentinamente en el pene y los testículos. Abrió la boca y no pudo gritar, paralizado por el dolor. Logró sacarse el poncho de encima con un manotazo y mientras lo hacía sintió otra vez aquel terrible mordisco. Lo último que vio El Tape antes que su vista comenzara a nublarse fue a una enorme víbora que salía de entre sus piernas y se alejaba haciendo sonar los cascabeles de su cola.

Lo encontraron una hora después, muerto, con la boca y los ojos todavía muy abiertos, los genitales monstruosamente hinchados por el veneno.

Nadie lo lamentó. El sargento Silva se sintió aliviado y pensó cómo iba a establecer los turnos de guardia ahora que tenía un hombre menos. El capitán Villaverde escribió prolijamente en su diario de novedades que “un soldado apodado El Tape había muerto picado por una víbora y había sido cristianamente enterrado en la estancia...” La otra novedad era que había desaparecido un caballo. Respecto al número de prisioneros, Villaverde decidió no poner nada, al fin y al cabo las cuentas le daban bien.

Comenzaba otro día de aquella marcha infernal.

Mientras tanto, Guidaí galopaba muy lejos de allí. La boca apretada, los ojos húmedos y el bolso de Silumé colgando en su espalda.

Galopó durante horas. Se detuvo cuando encontró una cueva al pie de un cerro, en medio de aquellos árboles viejos y allí decidió pasar la noche. Al otro día, antes de partir, recordó las palabras de El Adivino. Guidaí pensó un rato y se decidió. Dejó el bolso de Silumé oculto bajo unas rocas y guardó la piedra en su morral. De pronto, sintió una profunda tristeza que la embargaba. Pensó que era por todo lo vivido. Guidaí tuvo que hacer un esfuerzo por salir de aquel pozo de dolor. Murmuró unas palabras, estableció una protección para el lugar y salió rápidamente de allí.

Días después, mientras Bernabé Rivera comenzaba la matanza de Mataojo y se aproximaba hacia su terrible muerte, y don Frutos Rivera hacía su entrada triunfal en Montevideo al frente de una horda de mujeres y niños gimientes y hombres destrozados, Guidaí galopaba por la pampa en busca de su gente, llevando la huaca de piedra apretada contra su pecho.

Micaela comenzó a despertar. Todavía estaba fija en su mente la imagen de los ojos oscuros de Guidaí. Lo último que vio antes de recobrar por completo la conciencia y que la nausea la dominara, fueron los ojos de otra mujer que la miraban a través de la piedra. Tenía tres rayas verticales tatuadas sobre su frente. La huaca había cambiado de mano una vez más.

Micaela abrió los ojos, respiró dos veces, se tapó la boca con las manos y salió corriendo, a tropezones hacia el baño.

Cuando volvió, Gonzalo estaba preparando un té.

Nadie dijo nada hasta que Micaela se recuperó. Tomó lentamente el té.

-¿Qué dije?

Gonzalo movió la mano en un gesto vago.

-Palabras, frases sueltas, nombres, gritos. Se te vio sufrir, sufrir mucho, cantaste, lloraste, te retorcías a un lado y a otro. Tenemos una idea muy vaga de todo, no hacías caso a las preguntas, no nos escuchabas.

Micaela asintió.

-Sí, fue mucho más fuerte que la vez anterior, sentí cada una de las cosas, las viví, entré en la piel de las personas, de todas las que veía. Fue demasiado.

Micaela sintió un estremecimiento cuando recordó fugazmente alguno de los pasajes. Lo peor había sido la experiencia con El Tape. El hecho se había alojado dentro de ella, en el mismo lugar donde guardara la repugnante experiencia con Benito en su juventud. Y sintió un profundo asco, y una rabia enorme. Se dio cuenta de que si procesaba, si contaba y traía todo lo vivido al consciente iba a ser mejor, aunque tal vez el dolor fuera insoportable.

-Recuerdo todo –les dijo- hasta el último detalle está grabado en mi mente.

Gonzalo se acomodó y encendió la pipa mientras Roberto traía un cuaderno y un lápiz.

Micaela liberó su recuerdo, respondió a las preguntas, y recordó detalles, situaciones y sentimientos, que no sabía que había visto y que había experimentado. Como si su mente fuera un interminable depósito de los hechos y de las vivencias de cientos de personas.

Cuando finalizó las lágrimas rodaban por sus mejillas, todo el dolor se había conjugado sobre sí misma. Gonzalo le pasó el brazo por los hombros y la recostó contra su pecho. Allí la muchacha pudo soltar el llanto. Lloró un buen rato, mientras Gonzalo rumiaba su impotencia y Roberto leía y releía su cuaderno casi con desesperación.

Cuando Micaela se calmó Roberto habló.

-Estamos en la misma, avanzamos en el tiempo, pero no tenemos nada más. Yo pensé que la huaca estaba en El Estero, ahora resulta que volvió a la pampa. Pero por lo menos ubicamos la cara de quien la tiene ahora, tenemos que volver a ese punto y...

Gonzalo negaba con la cabeza.

-Basta –le dijo- basta de cebil. Vamos a terminar con todo esto.

Roberto lo miraba con ansiedad.

-Pero se puede, todavía se puede. Yo sé administrarlo.

-Y yo sé que puede ser peligroso.

Roberto desvió la mirada. Se estaba generando tensión.

-Que decida ella- dijo Roberto.

Mica se pasó las manos por la cara.

-No sé. Lo del cebil me trajo nauseas, malestar. Pero lo que no sé si aguanto es tanto dolor en tan pocos días. Quiero seguir investigando, pero quiero parar con la experiencia esta. Al menos por un tiempo.

La expresión de Roberto era de desencanto y desolación.

-Pero..., ¿podemos ir a Los Andes, a donde está Gabriela? –preguntó angustiado.

-Sí –dijo Mica con ánimo renovado-, eso sí. Quiero conocer a mi madre.

Ambos miraron a Gonzalo cuya cara parecía de piedra.

-Y otra cosa que tenemos que averiguar en el futuro –dijo Roberto mientras anotaba furiosamente en su cuaderno- es si llegaron a Los Andes, como dijo Guidaí, o permanecieron en la pampa. Y entonces sabremos por donde anda la huaca.

Micaela no respondió. Estaba muy cansada.

Gonzalo lo miró con la misma cara que tenía hasta ese momento. Y tampoco dijo nada.

## CAPÍTULO 7

Llovía, intenso, parejo. Desde hacía varios días, según les habían dicho cuando pararon por el camino a comer algo. Hacía varias horas que habían dejado la ciudad de Mendoza y avanzaban hacia el sur. El auto, una cuatro por cuatro alquilada, se desplazaba tranquilo por la ruta. Gonzalo manejaba y Micaela miraba pensativa los cambiantes colores de la cordillera de Los Andes a su derecha. La ruta corría junto a la montaña y si bien en ocasiones subía mucho, parecía ir siempre pegada a una gigantesca pared. A la izquierda, cuando no estaban en el cajón que se formaba entre la cordillera y la precordillera, veían la inmensidad de la pampa. En el avión, en el viaje de ida a Mendoza, Micaela no podía menos que recordar la peripecia de los chonik a través de las enormes y secas llanuras que veía por debajo.

-¿Falta mucho? –preguntó Micaela a Gonzalo observando los nubarrones negros que se recostaban sobre la cima de las montañas.

-Unas cuatro horas para llegar a Barrancas. Después un par de días a pie, es decir, no exactamente a pie...

Micaela lo miró y él le sonrió dándole unas palmaditas sobre la pierna.

Micaela se sentía mejor. De alguna manera había logrado desdoblarse su sentimiento y mantenerse concentrada en lo que estaban haciendo, mientras otra parte de sí misma mantenía intacto, vivo y calentito su sentimiento por Gonzalo. Pero él parecía raro. Mica sonrió pensando en el posible motivo. “No importa, no le viene mal un poco de rigor al veterano”, pensó mientras miraba hacia Roberto que seguía durmiendo con la cabeza contra el vidrio.

Horas más tarde, cuando atardecía, llegaron a un puente sobre un arroyo donde había un pequeño caserío. Gonzalo se detuvo frente a una casa amarilla, vieja, con una puerta y una ventana al frente y otra en el segundo piso. Sobre la puerta había un cartel grande de refresco y abajo la palabra “Hotel”, pintada a mano.

-¿Esto es Barrancas? –preguntó Micaela.

-No, Barrancas es más adelante. Pero nos bajamos acá.

Bajaron rápidamente para guarecerse de la lluvia torrencial. Gonzalo golpeó la puerta del hotel y entró. Detrás entró Micaela tapándose con un saco y Roberto arrastrando una valija. En seguida apareció un hombre, viejo, de edad indefinida, con un cigarrillo apagado colgando de la comisura del labio. El hombre sonrió cuando vio a Gonzalo dejando ver lo poco que quedaba de su dentadura. Gonzalo lo presentó y el hombre saludó con una inclinación al tiempo que se sacaba la boina. Nadie entendió lo que dijo.

Un rato después, cuando ya anochecía, comieron en silencio unos deliciosos churrascos con huevo que les hizo el viejo y se fueron a acostar.

Esa noche durmieron los tres en la habitación del segundo piso. Era una habitación grande, con ocho camas individuales. El baño estaba abajo, pero todos estaban muy cansados.

Roberto quiso hablar, preguntar. Gonzalo no lo dejó.

-Mañana –le dijo- mañana empieza la cosa.

Y se dio vuelta para dormir. Micaela ya hacía rato que dormía.

Roberto suspiró mientras escuchaba el ruido incesante de la lluvia sobre el techo de chapa del hotel.

Al otro día Micaela se levantó. Roberto dormía, Gonzalo no estaba. Bajó al baño, se higienizó y entró al comedor. Una jarra de café caliente, una taza de lata y una fuente de pasteles la invitaban a desayunar.

Se sirvió café con movimientos lentos, buscando tiempo a que la mente se acomode a pensar en el día anterior y a anticipar el que viene. Con la taza humeante en la mano y masticando un delicioso pastel serrano Marcela salió al exterior, ya no llovía.

La cordillera al amanecer era un hermoso espectáculo. El sol, que aparecía dudoso entre las nubes, le daba de frente y resaltaba notablemente los colores. En los lugares en que no había vegetación predominaban los tonos de rojo y naranja intenso, cruzando en diagonales anchas sobre franjas amarillas o blanco cal. Como si enormes gigantes hubieran arrugado y levantado la piel de la tierra millones de años atrás, dejando ver todas sus capas y todos sus colores. Más atrás, las cumbres se elevaban, se oscurecían y se perdían entre las nubes bajas. Hacia el noroeste los nubarrones espesos tronaban sordo, contando que allí seguía lloviendo sin parar.

“Pensar que en un lugar como este, tal vez aquí mismo comenzó todo”, reflexionaba Mica sin saber cuán cerca estaba de la verdad. Pero eso no lo sabría nunca, ni ella ni ninguna de las marionetas de aquella epopeya. Lo sabría Dios, que dejaba quieto su molino y contemplaba escéptico cómo todo se precipitaba. Total..., las cosas iban a donde deben ir... Lo sabrían los dioses juguetones, que apuestan, pelean y a veces tuercen los destinos de los hombres. Y seguramente lo sabría la mujer de los tiempos y los viejos caciques. Y lo sabía un viejo, que mateaba tranquilo mientras pensaba, adentro de una cueva. Todos ellos esperaban, mientras el resto de los hombres no podía hacer otra cosa que vivir la historia.

Micaela San Román la vivía con su dolor creciente, mientras sentía que se acercaba a su madre y a algo extraño que no podía precisar. A una culminación. O a un principio.

Miró a un costado y vio venir a Gonzalo trayendo tres mulas ensilladas y un burrito cargado con bolsas.

Gonzalo le sonrió al ver su cara.

-Es lo mejor para la montaña- le dijo.

Ató las mulas y el burro.

-Vamos a despertar a Roberto. Tenemos que viajar todo el día.

-¿Hacia dónde?

-Hacia allá –dijo Gonzalo con gesto de preocupación señalando el noroeste, donde las nubes negras continuaban descargando agua.

Una hora después estaban en camino.

Avanzaban pegados a la orilla del arroyo y se internaban en un hermoso cajón rodeado de vegetación serrana.

Árboles centenarios, como el mañío, el roble y el pehuén, enredaderas de flores y lianas de arrayán y calafate, constituían un hermoso manto salpicado con la flor roja del copihue, y del cual se erguía, enhiesta y orgullosa, la araucaria.

-Son las nacientes del Río Colorado- explicó Gonzalo a Micaela que disfrutaba del paisaje.

El arroyo bajaba un poco ruidoso, seguramente crecido por la lluvia que se veía más adelante. Su recorrido era pautado por una maravillosa sucesión de accidentados tramos que comenzaban y culminaban en cascadas que se precipitaban desde dos o tres metros de altura. Cada curva, cada recodo del camino era una ocasión de ver y disfrutar de un nuevo paisaje, una nueva pintura viviente.

La marcha se prolongó por horas, subiendo, siempre subiendo, esquivando, cruzando el arroyo una y otra vez, bordeando, o bien avanzando por el lecho pedregoso, o internándose en el monte cuando era necesario. Siempre siguiendo una picada angosta, incierta, difícil de ver. En ocasiones cuando las características del suelo o lo espeso del monte lo requerían, debían desmontar y continuar a pie.

A medida que subían, sentían que el aire era más frío. En ocasiones, las nubes se volvían a cerrar y llovía otra vez en forma intermitente.

Micaela se detuvo y se secó la transpiración de su frente. Miró hacia arriba y vio un cóndor volando lento, con las enormes alas extendidas.

-¿A qué altura estamos? – preguntó.

-Unos dos mil metros- respondió Gonzalo y le señaló una enorme montaña que se veía a lo lejos despuntando las nubes.

-El volcán Damiyo, tiene casi cinco mil metros de altura.- hizo una pausa. Bien podría ser el Gran Huanca.

Micaela suspiró mirando la montaña a lo lejos.

-He pensado en esa posibilidad- respondió.

Era de tarde, habían cabalgado durante toda la jornada y si bien el paisaje los había mantenido entretenidos, ya estaban cansados y con dolor de espalda.

-¿Hasta donde vamos a seguir?

-Vamos a parar acá- dijo Gonzalo- seguimos mañana a primera hora.

Estaban en una especie de pequeña meseta donde el arroyo se ensanchaba y la montaña a ambos lados, mostraba unas enormes hendiduras que formaban abrigos naturales. Hacia allí se dirigieron.

La tarde terminaba, mientras preparaban el fuego adentro de una de aquellas cuevas. Era un espacio cómodo, de unos seis o siete metros de largo por cuatro de profundidad y unos tres metros de alto en su parte más alta. En los extremos se angostaba y se achataba, haciendo un poco difícil el acceso al interior. Era un lugar confortable y seguro.

Gonzalo había comprobado que no existían restos de fogón en el interior, ni tampoco había visto huellas de campamentos durante el trayecto.

“Mejor, esto sigue virgen”, pensó para sí.

Micaela masticaba una ramita mientras miraba a Roberto que acomodaba las mulas en el monte debajo de ellos.

Gonzalo miró a la joven y se sentó a su lado.

-¿Te puedo hacer una pregunta?- le dijo.

Micaela lo miró con las cejas levantadas.

-¿Te gusta?- preguntó Gonzalo señalando con la barbilla hacia Roberto.

Ella volvió la vista hacia delante y la comisura de su boca se distendió en un esbozo de sonrisa.

-Gonzalo, a veces parecé tener diecisiete años.

Gonzalo suspiró. Esperó un rato, pensó, sufrió.

-Sí, tenés razón- le dijo como si se sacara un gran peso de encima- después de todo...

Gonzalo se interrumpió.

-Después de todo..., ¿qué?

-Nada..., todo es producto de mis temores. Veo que tengo una inseguridad afectiva mayor de la que pensaba.

Permanecieron un rato en silencio.

-Gonzalo, estoy viviendo en pocos días cosas nuevas, extrañas, a veces violentas. Y vos sos una de esas vivencias, lo sabés bien. Pero no me pidas, a esta altura, seguridades de ningún tipo. Apenas sé donde estoy parada, no tengo la menor idea de qué voy a vivir mañana, o pasado.

La cara de Gonzalo se ensombreció cuando ella terminó de hablar. Micaela se dio cuenta.

-¿Qué, te molesta lo que te digo?

-No, no es eso. Es que tenés razón, nos esperan cosas fuertes.  
Quedaron callados. Roberto ascendía por la ladera hacia ellos.

-Yo me siento bien con vos, Gonzalo. Me siento segura.

Un trueno sordo y largo se escuchó hacia el norte. Roberto entraba a la cueva y sonreía.

-¿Nos seguiremos mojando?- preguntó.

-El problema no es mojarnos, el problema son los derrumbes- respondió Gonzalo mirando las piedras que rodaban suavemente por la ladera de la montaña de enfrente.

Con un suspiro Roberto avivó el fuego.

Esa noche, después de una cena de sandwiches y latas de comida, tomaron algunos mates y se durmieron profundamente, con la espalda recorrida por todo tipo de dolores y la mente por todo tipo de pensamientos y de expectativas.

Cuando amaneció ya estaban listos para partir.

Durante la mañana la jornada fue similar, excepto por el camino que comenzaba a ser más empinado y la vegetación que comenzaba a ralearse. El río, ahora, corría rápido dentro de un cajón de piedra.

Pasado el medio día comenzaron a jadear y Micaela experimentaba un leve dolor de cabeza.

-Y pasamos los dos mil quinientos metros- dijo Gonzalo- Ya se siente la altura.

Roberto miró hacia las cumbres.

-Parecen tan cercanas...- comentó.

-No te engañes, hay casi un día entero hasta la cumbre.

-¿Y vamos a ir hasta allá arriba?

-No- fue la lacónica respuesta.

Continuaron subiendo por dos horas más. La lluvia arreció. Nadie más habló. Las cabezas permanecieron bajas, cubiertas por las capuchas de los sencillos ponchos de plástico que Gonzalo había comprado en Mendoza.

Hacía un buen rato que se habían apartado del cauce del río cuando arribaron a una meseta al fondo de la cual se veía una hermosa cascada de unos diez metros de altura por cinco de ancho. Casi anochece.

-¿Vamos a parar acá?- preguntó Roberto.

Gonzalo negó con la cabeza al tiempo que guiaba su mula hacia la caída de agua.

Al llegar al pie de la cascada Gonzalo entró la mula al agua, el animal se resistió un poco, pero lo taloneó fuerte y siguió. Sin volverse Gonzalo hizo señas que lo siguieran, mientras ajustaba su capucha y su poncho.

Con poca luz, Gonzalo bajó de la mula y, con el agua por las rodillas se metió debajo de la cascada y se perdió de vista.

Micaela y Roberto se miraron dudando. Al fin la muchacha hizo lo mismo. Tironeando de su mula y sintiendo el agua que caía como un martillo sobre su espalda cruzó la cascada. Para su sorpresa, la caída no era muy espesa y rápidamente se encontró al otro lado, en una cueva un poco más grande de la que habían estado la noche anterior. Gonzalo la estaba esperando con una lámpara de minero encendida y atada a su frente.

Esperaron un instante y vieron el extraño espectáculo de Roberto surgiendo a través de la pared de agua.

El ruido era atronador y Gonzalo hizo señas de seguir hasta el fondo de la cueva.

Con cierta sorpresa vieron que lo que parecía ser la pared del fondo, doblaba pronunciadamente hasta culminar en un túnel angosto y apenas más alto que sus cabezas. El ruido del agua ya había desaparecido.



Anduvieron más de una hora por el túnel que daba una y otra vuelta. Micaela se dio cuenta de que atravesaban la montaña, pero no podía saber si el túnel se había bifurcado en algún lugar, Gonzalo caminaba con su mula detrás y mantenía la luz estaba siempre por frente de ellos. Por lo tanto, caminaban en una penumbra espesa con un resplandor por delante. Se daban cuenta que a veces las paredes del túnel se ensanchaban y desaparecían, y lo mismo con la altura, pero nunca pudieron establecer una ruta precisa y segura. Evidentemente era un túnel natural, y aparentemente seguían subiendo. La única referencia que pudieron extraer del trayecto fue la de haber atravesado un lago, o un río ancho y calmo, no lo podían saber, pero ignoraron su extensión y el lugar por donde lo habían atravesado.

Era imposible volver a realizar ese camino sin un guía, reflexionaba Roberto. Y se daba cuenta de que Gonzalo tomaba las precauciones para que ello fuera así. Pero a Roberto no le importaba, si las cosas eran como él las pensaba, no tenía intención alguna de volver.

Cuando la atmósfera comenzaba a tornarse espesa y pesada, y los pulmones se afanaban en el esfuerzo por respirar, una ráfaga de aire frío les acarició el rostro. Y un sordo murmullo comenzó a escucharse.

Casi sin que se dieran cuenta, el túnel hizo un extraño giro y aparecieron en el fondo de una gruta ancha y alta. Al frente se veía la salida y la brillante cortina de agua que formaba una lluvia torrencial.

-¿Esperamos que pare?- preguntó Roberto casi gritando para hacerse oír.

Gonzalo se le acercó para responder.

-Tenemos que seguir. Hay que llegar de noche.

-Pero, ¿es una locura!

Gonzalo negó con la cabeza y tiró de su mula saliendo de la gruta.

Micaela se dio cuenta el porqué de esa medida. Solamente alguien perfectamente conocedor del camino podía llegar a donde se dirigían, alguien que hubiera ido antes. Y, por lo tanto, alguien conocido del lugar. Además, era imposible registrar el camino para quien lo acompañara por primera vez, como era el caso de ella y de Roberto.

El camino que siguió fue un descenso permanente. Apenas se podían adivinar veredas delgadas, cornisas y pasos. Después de un tiempo de avanzar por terreno rocoso, comenzó el barro, era un verdadero peligro. Gonzalo advertía en cada lugar donde el terreno era especialmente peligroso. Resbalaron y cayeron una y otra vez. El barro acumulado en todo el cuerpo había dejado de importarles, y mucho menos el agua que continuaba cayendo sin piedad.

Micaela sentía un terrible dolor en sus piernas cuando comenzaron a trabajar fuerte los músculos correspondientes a la bajada. Sentía cómo los tendones y ligamentos de la rodilla, temblaban aguantando su peso al apoyar el pie en lugares que no veía o al resbalar. Tenía las palmas de las manos cortadas con infinidad de pequeños tajos, producto de apoyarlas en las continuas caídas.

Pero lo que más le incomodaba era la duda sobre sus ligamentos, parecía que en cualquier momento se iban a romper, o el músculo no iba a soportar la fuerza de aguantar su peso e iba a caer irremediamente, quién sabe hasta donde. Se dio cuenta de que prefería más una agotadora subida que una bajada como esa.

Los animales, no parecían sentir ni el cansancio ni el peligro, simplemente avanzaban, tanteando con los cascos delanteros, apoyando despacio cuando el terreno cedía, hasta que la pata quedaba firme. Y así continuaban, con la rienda del bozal larga, como había indicado Gonzalo para que tuvieran libertad de movimiento.

No sabían cuanto tiempo había transcurrido, un matorral aquí y otro allá, que los rozaban al bajar y del cual las manos se prendían con avidez, indicaban que algo de vegetación comenzaba a aparecer. Pero el barrial parecía interminable.

Al fin, el terreno comenzó a perder aquella pendiente infernal y el camino se hizo más ancho.

Gonzalo dijo que podían montar. Fue un alivio enorme, Micaela sintió que podría llegar a dormirse sobre su mula. Y así lo hizo, dejándose mecer por el movimiento del animal, en un dormitar incierto donde solo escuchaba el tronar de la lluvia y el ruido de los cascos de la mula sobre un terreno que comenzaba a ser pedregoso.

La despertó un cuchicheo de voces.

-¡Nunca vi que lloviera tanto!- decía alguien en español. No era la voz de Gonzalo, pero era alguien conocido...

Vio que estaban detenidos. Gonzalo apareció de entre las sombras.

Le hizo una seña y ella desmontó. Roberto la imitó y se acercó.

-Vamos a descansar- dijo Gonzalo conduciéndolos hacia una sombra que resultó ser una casa de adobe.

No había absolutamente nada en su interior, según pudieron ver con la lámpara de Gonzalo. Pero era un lugar seco y caliente. Y no se llovía.

Gonzalo tendió su sobre de dormir sobre el suelo y se desplomó con un suspiro.

-¿Dónde estamos?- preguntó Roberto.

-Llegamos- fue todo lo que dijo Gonzalo. Y apenas se dio vuelta comenzó a roncar.

Micaela y Roberto se miraron asombrados y lo imitaron.

Roberto, el único que había permanecido despierto, apagó la lámpara. Siguió pensando y escuchando su agitado corazón por un rato más. No veía el momento de que llegara el día.

En algún momento de la madrugada Micaela despertó sin saber por qué. Escuchó atentamente, sí, había sido eso. Era una serie de lamentos, de aullidos, de extraños gritos y risas que parecían venir de muy lejos, que rebotaban en las paredes de las montañas como ecos interminables y demenciales.

Escuchó la voz de Gonzalo y vio su sombra que se sentaba.

-Dormí, Mica. Mañana vemos todo.

Micaela se volvió a dormir con una extraña inquietud.

Cuando despertó por la mañana y salió al exterior, vio un paisaje de neblina, de árboles llovidos que goteaban incesantemente sobre un suelo de barro, de casas de adobe a ambos lados de una huella ancha que era un verdadero lodazal. Constató algunos plantíos pequeños de papa y algún otro vegetal que no pudo identificar. A lo lejos, vio gente que se afanaba en los huertos, otros que traían burros pequeños cargados con enormes atados de leña. Varios caminos a diferentes niveles formaban una especie de escalones donde se ubicaban las casa y los plantíos.

La casa donde habían dormido estaba al pie de un acantilado donde más abajo, tal vez a unos trescientos metros, se veía una especie de espacio abierto, un par de casas de adobe y un bosquecillo que parecía ocultar algún tipo de construcción. Un camino que no se sabía de donde venía, desembocaba en corrales con ovejas y cabras, gallinas sueltas y algunos cerdos que hozaban en un revolcadero de barro.

Hacia arriba las montañas crecían hasta entrar en las nubes, bajas y oscuras.

Micaela se dio cuenta de que estaban cerca del fondo de un valle grande, profundo, rodeado por escarpadas montañas.

No había otra forma de llegar al lugar que por la ruta que habían utilizado. Era un lugar totalmente apartado del resto del mundo, casi imposible de encontrar.

Roberto apareció a su lado, la miró y contempló el paisaje, buscando, ansioso.

Por uno de los caminos descendentes, una vieja se aproximaba hacia ellos caminando despacio y con dificultad, totalmente encorvada, doblada por los años y por el desgaste del trabajo de la tierra. Vestía un poncho de lana, cubría su cabeza con un gorro del mismo tejido y estaba descalza. Traía una pequeña vasija en las manos.

La vieja se acercó, y sin decir palabra les entregó la vasija y se fue. Estaba caliente y en su interior, había una gran cantidad de pequeñas papas humeantes, cocidas con su cáscara.

Micaela miró con curiosidad y comió una papa, casi no tenía sal, pero era sabrosa y reconfortante. Invitó a Roberto que miraba atentamente cómo se alejaba la vieja.

-¿Te diste cuenta?- preguntó Roberto excitado, sin hacer caso de la comida- ¿La viste?

Micaela tomó otra papa y lo interrogó con la mirada. Roberto estaba a punto de ahogarse.

-¡Los rasgos, los rasgos...!- se interrumpió mirando a un hombre que se aproximaba cargando un enorme costal de donde asomaban unos choclos pequeños y secos. El hombre tenía una tira en su frente que se prolongaba hacia atrás y terminaba en la bolsa de los choclos. Caminaba encorvado y de esa forma, repartía el peso entre el esfuerzo de su cuello y de su espalda, al tiempo que mantenía las manos libres para cuando tuviera que usarlas para trepar, o ayudarse en la marcha, tal como hacen todos los integrantes de los pueblos andinos cuando tienen que cargar algo pesado.

Vestía poncho de lana corto, pantalones de lana cruda, remangados a la rodilla y estaba descalzo. Era un hombre alto, fornido, de espaldas anchas, los brazos, al igual que las piernas, eran gruesos y musculosos. Al pasar frente a ellos apenas los miró. Sus facciones eran inconfundibles: pómulos altos, piel oscura, los ojos negros, rasgados horizontalmente, la nariz fina arriba y gruesa abajo, la boca ancha, el pelo muy negro, lacio y grueso, sujeto por una vincha de cuero.

Su semblanza y contextura ósea eran completamente diferentes a las de los pueblos andinos; mucho más bajos y no tan fuertes, con caras más redondeadas y sonrientes, con cajas torácicas genéticamente infladas por la selección natural, en el permanente esfuerzo por adaptarse a respirar mejor en el escaso oxígeno de la altura, con piernas y brazos cortos y el pelo más fino, con facciones más suaves y pasos más cortos. Con expresión más afable y más sufrida, sin la dureza de mirada que tenía el hombre que habían visto.

Sin atreverse a decir nada contemplaron pasar a otros hombres, todos similares al anterior. Y cuando vieron a las mujeres sus dudas se disiparon, todas tenían tres rayas negras verticales en su frente.

Micaela quedó asombrada, eran..., eran como todas las que vio en...

La voz agitada de Roberto no la dejó culminar su pensamiento.

-¡Son charrúas, son charrúas! ¡Llegaron, Mica, llegaron!

Micaela no podía creer lo que escuchaba ni las conclusiones de lo que veía. En ese preciso instante llegaba Gonzalo acompañado por un hombre evidentemente diferente a todos los que allí se veían. Era un hombre blanco, aunque su vestimenta y ademanes eran iguales a todos los demás.

Micaela lo reconoció, era Andrés, el extraño jinete que había visto en El Estero, el que había ajusticiado tan salvajemente a Benito.

Andrés saludó con una inclinación de cabeza. Al mirar a Micaela volvió a hacer aquel gesto de bajar tres dedos por su frente. Ahora Micaela sabía el significado. Pero a Micaela San Román le interesaba otra cosa. Saludó con una inclinación de cabeza y preguntó.

-¿Dónde está mi madre?

Andrés la miró un instante.

-Después vamos a verla, te está esperando.

Andrés saludó a Roberto dándole la mano.

-¿Podemos recorrer el pueblo?- preguntó Roberto.

Andrés dudó.

-¿Los llevás vos, Gonzalo?

Gonzalo asintió.

La recorrida duró más de lo que pensaban. Se encontraban en la parte más alta, y las casas se extendían hacia abajo. El panorama era siempre el mismo, gente trabajando que hacían caso omiso a los visitantes. Algunos miraban a Micaela con cierta curiosidad. Roberto habló con un muchacho que lo miró hoscamente y le respondió en un idioma desconocido.

-¡Es la lengua charrúa!- dijo Roberto fascinado –conservaron la lengua, sé algunas palabras.

-Nadie nos responde, pero no parecen estar nerviosos con nosotros- observó Micaela.

-Sabes perfectamente quienes somos, y muchos hablan español- dijo Gonzalo. Pero no nos van a hablar.

-¡Pero son los charrúas, los auténticos charrúas!- decía Roberto muy excitado al tiempo que Micaela sentía en silencio.

-Yo no lo expresaría con tanto entusiasmo.- expresó Gonzalo con tono algo escéptico.

-¿Por qué, Gonzalo, por qué te resistís a que esto sea así?- Micaela preguntaba casi con cansancio.

-Porque no lo es.

Roberto interrumpió, molesto.

-Sí, lo es. Y ahora tenemos a la machi, y en algún momento vamos a tener la huaca. ¡Y nada ni nadie va a impedir que volvamos a resurgir!

Gonzalo lo miró de reojo y dijo en tono calmo.

-Lo que está resurgiendo, es otro pueblo andino como cientos de los que hay aquí. Porque si están hablando de los charrúas, están cometiendo un grave error. Esta gente podrá tener sus genes charrúas, habría que investigarlo si eso es posible, pero acá se transformaron en un pueblo de montaña. Acá no cazan, no cabalgan, no hay nomadismo, no hay vacas ni hay industria del cuero. Y viven en casa de adobe. Si es verdad que descienden de los charrúas, entonces se adaptaron, como cualquier otro pueblo, como lo hicieron a lo largo de toda su historia. Ahora crían ovejas, plantan papas y quinua, su dieta cambió, comen poca carne. Y también cambiaron sus costumbres. No van a ver ningún cacique, no tienen guerras ni malones. Tal vez tengan algunos rasgos genéticos y varios rasgos culturales, pero si descienden de los charrúas perdieron la esencia.

”Cuando pensamos en los charrúas lo hacemos en su contexto cultural de hace doscientos años, y lo mismo con los otros indios de América. Y a veces, ellos se comportan como tal. Pero en realidad, son algo completamente diferente a lo que eran antes. Por eso siempre va a haber choques y diferencias. Nadie entiende, ni siquiera ellos, que son pueblos en adaptación, esa es su instancia cultural, aunque a ellos no les guste y nosotros sigamos insistiendo en buscar al buen salvaje puro. Acá no van a hacer resurgir a los charrúas, a lo sumo van a crear un grupo de fanáticos religiosos que van a terminar integrando cualquier grupo guerrillero andino.

-Tampoco tiene por qué terminar así- respondió Micaela- no todo tiene que terminar siempre igual.

-Está bien, borra lo último que dije.

Roberto y Micaela no dijeron más nada. Había cosas para pensar en lo que decía Gonzalo, cosas que parecían destruir los más íntimos deseos de reivindicación de Roberto y la ilusión de Micaela por una identidad grupal.

-¿Cuánto tiempo tiene esto? –preguntó Micaela después de un rato, mientras seguían caminando y Roberto miraba todo con mucha atención.

-No se sabe, suponemos que algunos llegaron a Los Andes, tal como dijo El Adivino. Hoy le estuve contando a Andrés el resto de la historia - aclaró- Y acá quedaron, no han salido en casi doscientos años. Excepto Andrés, que tiene su cometido, y Gabriela cuando fue a El Estero. Los demás permanecieron acá, siempre. Viviendo una leyenda y esperando su consumación.

-¿Y por qué no salieron?

-Ya lo vas a ver.

-¿Y nunca llegó nadie?- preguntó Roberto en un tono que no podía disimular su ansiedad. Gonzalo lo miró extrañado.

-No lo sé..., habría que preguntarle a Andrés...

Antes de que terminara de hablar, Roberto se fue sendero arriba en busca de Andrés. Micaela y Gonzalo lo miraban extrañados. Continuaron su camino descendente.

-Esto es lo que antropológicamente se llama un “aislado”. Es una población que se aísla y se mantiene cruzándose sobre sí misma, se puede decir que están en estado puro en lo que hace a su genética. En ese sentido son lo que eran en 1830.

-Pero esto es un hallazgo increíble, si la ciencia supiera...

Micaela se interrumpió al ver la mirada de Gonzalo.

-... sí, tenés razón- concluyó- ¿Cuánto hace que sabés de esto?

-Desde que Andrés fue a París y me contó todo. Después vine varias veces, Andrés quería convencerme de emprender otra causa perdida. En este caso la del indigenismo.

-¿Es una causa perdida?

-Tal como la plantean ellos sí. Piensan en una especie de paraíso indígena, uniendo todas las etnias de América, manteniendo sus costumbres, sus lenguas, sus religiones. Y para ello lo primero que piden es tierras. Vos sabés bien que eso es una utopía, entre ellos tenían sus luchas y enfrentamientos. Y los volverían a tener en caso de tener sus tierras y su ansiada independencia. Por otra parte, ¿vos pensás que algún recorte étnico, de cualquier tipo, puede resistir el avance de la globalización? Pero ellos insisten.

-¿Pero cuál es el futuro de ellos...-, Micaela vaciló antes de decir- ...de los que les decimos charrúas?, yo me siento parte de esto...

-Ya lo vas ver- volvió a responder Gonzalo en un tono ambiguo.

Se habían internado en un camino muy arbolado y tan embarrado como todo lo demás. El camino comenzó a despejarse y pronto tuvieron a la vista el corral de las ovejas. Micaela se dio cuenta de que estaban en el fondo del valle, en el lugar que habían visto desde la casa donde durmieron.

Miró hacia arriba. Estaban exactamente al final de un enorme cono invertido. Era un paisaje hermoso y estremecedor, las montañas se cernían sobre ellos y parecían cerrarse arriba. Un trueno cercano interrumpió su pensamiento. Vio que Gonzalo miraba hacia arriba con gesto de preocupación.

Siguieron avanzando y dejaron atrás el corral de las ovejas.

Micaela comenzó a escuchar voces, risas, llantos y gritos que le recordaron los sonidos que la despertaron en la madrugada.

Gonzalo no decía nada, la invitó a seguir haciendo un gesto y apretando los labios.

Llegaron al borde de lo que parecía ser una barranca de un poco más de tres metros de profundidad. Solo se podía bajar por las tres enormes escaleras de madera que se apoyaban en la pared. Vieron que las escaleras eran custodiadas por un par de hombres en la parte superior de cada una. Los hombres los miraron y no les hicieron caso.

Miraron hacia abajo, en el fondo había un gran espacio circular. Unas pocas construcciones de adobe alrededor de un enorme corral, lejos de las escaleras. Y adentro del corral, una casa de adobe grande y un grupo de unos cincuenta niños y niñas de todas las edades. Todos vestían túnicas blancas de lana cruda y estaban descalzos.

Micaela observó con atención y, a medida que comprendía, sentía el horror que subía lentamente desde el fondo de su ser.

Los niños y las niñas dentro del corral caminaban con torpeza, gritaban, reían y babeaban, las bocas muy abiertas, los ceños fruncidos, los brazos doblados y las manitos colgantes. Tanto sus conductas como su expresión reflejaban un fuerte retraso mental.

Micaela se volvió hacia Gonzalo.

-¿Qué está pasando acá?

Gonzalo contemplaba a los niños con profundo dolor.

-Son unas de las consecuencias de los “aislados”. Hay genes correspondientes a determinadas enfermedades que se potencian. Se cruzan entre sí, y los que serían genes recesivos tendientes a desaparecer en medio de una población grande, tienen muchas más posibilidades de aparecer al reducirse el número y juntarse con otro recesivo del mismo tipo. Es un aumento progresivo, la última vez que vine no había tantos.

-¿Y ellos, qué dicen de esto?

-Ellos los consideran sagrados, piensan que están en un trance permanente. Para ellos son los hijos de Tupán.

Micaela no salía de su asombro.

-Por eso no salen de acá...- pensó en voz alta la muchacha.

Mientras miraban salió de adentro de la casa de adobe una mujer. Vestía igual que los niños, pero de su cabello castaño claro, colgaban numerosas cintas de color. La mujer tenía una expresión de extravío, jugaba y danzaba como un niño más, cantaba con ellos. Aunque nadie la acompañaba. Cada uno dentro del corral se mantenía en un mundo interior inaccesible. Pero lo que les llamó poderosamente la atención fue otra cosa.

-¡Es una mujer blanca!- dijo Micaela con asombro.

Gonzalo iba a decir algo cuando Roberto habló, detrás de ellos.

-Sí, es mi esposa.

Micaela y Gonzalo se volvieron. Roberto miraba el corral con los ojos arrasados por las lágrimas. Una pena infinita se leía en su expresión.

-Hace más de dos años que no sé de ella. La busqué, la busqué por todos lados... Siempre dijo que quería encontrar a este pueblo. Al pueblo perdido, al pueblo que sueña, decía ella antes de..., de...

Miró a Gonzalo.

-...abusó del cebil.

Gonzalo se pasó la mano por la cabeza sin saber qué decir. Micaela sintió que se ahogaba, comenzó a llorar en silencio.

Roberto bajó por una de las escaleras. Entró al corral y fue hacia la mujer. La abrazó con delicadeza, con infinita ternura. La mujer lo miró sonriente, la vista extraviada, continuó cantando y jugando con los niños. Roberto quedó solo, la cabeza baja, en medio del corral

donde los niños caminaban erráticos y la mujer bailaba. Gonzalo vio cómo los hombros de Roberto se agitaban convulsivamente.

Gonzalo abrazó a Micaela y la condujo ladera arriba.

-Vamos, vamos a buscar a tu madre.

La muchacha se dejó llevar mientras mantenía la boca apretada y sus lágrimas continuaban cayendo.

Comenzaba a llover nuevamente. El barro se deslizaba camino abajo haciendo más dificultosa la subida. Gonzalo miraba todo con una mueca de disgusto.

Caminaron despacio acercándose otra vez al caserío principal. Gonzalo continuaba mirando el barro y Micaela miraba las casas de más arriba.

Gonzalo sintió que la muchacha se detenía repentinamente.

Micaela estaba mirando hacia una casa de adobe situada en el camino que corría un par de metros por encima de ellos. En la puerta se encontraba Andrés en compañía de una mujer.

-¡Esa mujer, esa mujer!- dijo Micaela muy excitada- ¡Es la que vi con la huaca, la tiene ella!

Gonzalo suspiró.

-Esa mujer es tu madre, Micaela.

Desde la puerta de la casa Gabriela los miraba con expresión de curiosidad. Sus ojos muy juntos contra las cejas. El pelo negro, abundante y surcado de mechones blancos, caía a ambos lados de la cara.

El interior de la casa estaba cubierto de pieles de oveja y de cabra, algunas mantas dobladas oficiaban de improvisados asientos. Las dos ventanas permanecían abiertas, con la estera de paja arrollada arriba, en el centro, un hueco grande en el piso contenía al fogón donde se terminaba de cocer un guiso de oveja y papa.

Andrés y Gonzalo conversaban mientras comían. Las mujeres lo hacían en silencio. No habían cruzado palabra, solamente un inclinar de cabezas a modo de saludo. Alguna mirada furtiva, y una sensación de curiosidad nerviosa, era todo lo que cruzaba entre ellas.

Gonzalo había visto que Gabriela evitaba hablarle o mirarlo.

“Francamente, no me importa”, pensó mientras escuchaba a su amigo.

Si, tal vez volviera a ser su amigo..., después de tanto tiempo, tanta vida y tantas cosas...

Andrés estaba entusiasmado.

-Sí, la huaca siempre estuvo acá. Y ahora que sabemos el resto de la historia, esto es todavía más grandioso. La leyenda es verdad, por eso Gabriela emprendió aquel viaje hace tanto tiempo, había soñado con eso, era el comienzo de todo. Si podemos seguir reconstruyendo cada parte de la historia...

-Alguien va a terminar como la loca de allá abajo- interrumpió Gonzalo molesto.

-No..., no tiene por qué ser así... pensamos que es un caso especial. Ella apareció un día, no sabemos cómo llegó, no sabemos cómo se llama. Dijo que al fin había llegado a su pueblo. Y la gente la aceptó, la protegió, vos sabés cómo son...

-Andrés, lo que ustedes tienen que hacer es vivir y abrirse al mundo, seguir adaptándose, como lo hacen todos. No es sano mantenerse así. Vos lo estás viendo.

-Es la oportunidad de que se cumpla la leyenda, Gonzalo- Andrés rehuía la velada mención de Gonzalo al tema de los niños retrasados- es la oportunidad de crear un pueblo nuevo, con gente con valores diferentes, como siempre quisimos. Con la machi, con la huaca, con la historia viva en nuestras experiencias, podemos unir a todas las tribus. El indigenismo va a dejar de ser una utopía ¿Por qué no lo entendés?

-Porque las cosas no son así. En París movimos un montón de gente y no tuvimos una idea para unirla; vos compraste una idea ajena y trataste de encontrar campesinos oprimidos, terminaste agitando un montón de cañeros de los que nadie se acuerda y con un montón de muertos que no eran campesinos ni oprimidos. Y ahora querés hacer lo mismo con los indios. ¿Por qué no los dejás ser por sí mismos? ¿Por qué no nos dejamos de ordenar y definir la vida de los demás en base a ideas que en realidad son nuestra visión del mundo y no necesariamente la de ellos?

Andrés lo miró largamente. Las mujeres habían terminado de comer, sin que mediara palabra alguna se levantaron y salieron. Los hombres no dijeron nada.

-Vos quedaste destruido por lo de Claudette, Gonzalo.

Gonzalo negó con la cabeza.

-Ya no, fue así durante mucho tiempo, pero ya no. Logré salir del pozo y reconstruirme.

-¿Y para qué viniste, para qué trajiste a Mica?

-Fue una serie de cosas, me contrataron para constatar lo de El Estero, después Sepe me habló de todo esto, conocí a Micaela....

Gonzalo se interrumpió y quedó un instante pensando. Andrés hizo un gesto de comprensión.

-Ahora entiendo más toda tu conducta- dijo- pero la trajiste hasta acá.

-La traje para que viera y decidiera por sí misma, no tengo derecho a imponerle lo que pienso.

Andrés le apoyó la mano en el hombro con un gesto de amistad.

-Yo creo en esto, Gonzalo, verdaderamente lo creo, estamos construyendo una verdad, una gran verdad.

-Y yo creo en descubrir pequeñas verdades, de a una, no en construir las.

-Yo creo en Gabriela.

-Y yo busco creer en Mica, pero la tengo que dejar crecer.

Los hombres se miraron a través de las historias de cada uno, historias que habían nacido juntas cuando empezaron a ser hombres, historias que nacieron alrededor de mujeres que amaron.

-Claudette murió, Andrés- respondió Gonzalo a la muda interrogante- y con ella murió algo que fue verdad, en aquel tiempo y en aquel lugar. En realidad murió mucho antes de que la mataran, pero yo no me había dado cuenta. Y no me di cuenta hasta que fui otra persona, con los mismos genes, pero otra persona. Lo mismo que les pasa a tus indios. Hay que aceptarlo y seguir.

Los hombres sintieron claramente que aquello era una separación definitiva. Habían perdido el apetito. Andrés armó un cigarrillo y le ofreció a Gonzalo, que lo rechazó y le mostró la pipa.

Andrés sonrió con tristeza. Eso también había cambiado.

Micaela y Gabriela caminaban y hablaban. Era una charla entrecortada, casi forzada. Gabriela preguntaba cosas de la historia y de las experiencias de Micaela. Y ella le contestaba casi sin ganas. Ambas mujeres se mantenían distantes, en guardia. Hasta que la conversación fue cayendo en un silencio prolongado e incómodo.

Después de un rato Micaela preguntó:

-¿Tuviste más hijos?

-No. No hacía falta. Ya estabas vos.



Mica no se atrevió a profundizar en la respuesta. Pero algo en su interior crecía, algo incómodo. Al fin, hizo la pregunta.

-¿Por qué me abandonaste?

-Yo no te abandoné. Te hice nacer donde tenías que hacerlo, te di un padre, un lugar para vivir y una tarea para cumplir. Hice lo que tenía que hacer.

Micaela sintió rabia, dolor.

-Lo decís como si me hubieras plantado y no como si fuera una hija- dijo con cinismo.

Gabriela resopló.

-Mirá m'hija, esto es mucho más grande que vos y que yo y que cualquier cosa que pienses. Yo nací acá, en este pueblo, ¿me entendés? Cuando escuché a Tupán supe la historia. Empecé a soñar, supe lo que había que hacer y emprendí el viaje. Anduve por todos lados, busqué y busqué, hasta que los sueños me llevaron allá. Y todo se confirmó, era como me lo venía diciendo Tupán. Me lo decía todos los días, no me dejaba pensar en otra cosa, todos los días. Hasta que encontré aquello. Entonces Tupán me indicó al hombre que tenía que ser tu padre y al hombre que tenía que ser mi compañero. Y yo obedecí. Y todo salió bien. Ahora tenemos que hacer crecer esto, yo acá y vos allá.

-¿Y qué fue lo que encontraste que te confirmó todo?

-Eso tenés que descubrirlo vos. Para eso te hice. Para crear el lazo entre las dos puntas de nuestra tierra.

Micaela sintió algo raro adentro de su pecho. Algo que había sentido siempre y que se escapaba cuando intentaba definirlo. Ahora esa sensación volvía y quedaba allí, sin escapar, pero sin dejarse reconocer.

Estaban llegando a un recodo en un lugar más elevado que donde se encontraban las casas. Era un lugar muy arbolado, recostado a la montaña. Gabriela le indicó la entrada de una cueva pequeña. Micaela entró.

Miró a su alrededor, estaba todo oscuro, pero en el fondo, un rayo de sol que provenía de un agujero en el techo de la cueva iluminaba algo. Micaela se acercó. Allí estaba, lo que tantas veces había visto en sus sueños, lo que tantas muertes y tantas vidas había presenciado. Era la huaca, la piedra que había nacido de la tierra y voló hasta caer a los pies de la machi, la piedra que había creado y unido a un pueblo, el depósito de su sangre, el registro de su historia, el símbolo de su existencia y el motivo de su resurgir.

Micaela empezó a temblar. Sentía una profunda emoción, sentía que su cabeza volaba y que cientos, miles de voces, le hablaban dentro de su mente. La muchacha no quería que su mente cayera otra vez en aquella vorágine de luchas y de dolor. Micaela comenzó a resistir con todas sus fuerzas, pero la sensación era muy fuerte y comenzaba a ceder.

-Escucha, hija, escucha a la piedra y conoce la historia- le dijo Gabriela detrás de ella.

Fue esa palabra lo que produjo la reacción. Micaela la escuchó y reconoció aquello que había anidado en su pecho y que comenzaba a crecer: era rencor. Se abrazó a ese sentimiento, grande y profundo que anidaba dentro de ella desde hacía tanto tiempo. Un rencor que la había frustrado, que la había resentido contra la vida y contra el amor. Había estado allí toda su vida, tal vez para poder manifestarse en ese preciso momento y darle fuerzas para resistir. Micaela alimentó al rencor y las voces no fueron tan fuertes. El rencor creció hasta que la llenó. Y las voces cesaron.

Micaela se volvió y miró el fondo de los ojos de aquella mujer que estaba frente a ella.

-No vuelvas a llamarme "hija"- le dijo en un tono helado.

Y salió de la cueva.

Esa noche Micaela daba vueltas y vueltas en su sobre de dormir. Un volcán se agitaba en su interior, un mar de emociones giraban y giraban buscando asentarse en una forma de ser y de pensar, en una forma de vivir, en decisiones. Todo lo visto y vivido la había violentado tremendamente.

-¿Qué te pasó?- le había preguntado Gonzalo cuando la vio llegar con su boca apretada, el ceño fruncido y los ojos contra las cejas.

-Nada- había sido la seca respuesta de la muchacha.

Gonzalo optó por no insistir. Al rato ella se sentó a su lado y se recostó en su hombro. Él la abrazó sin decir nada.

-¿Y Roberto?- preguntó Micaela tratando buscar la sencilla normalidad de la vida y las conversaciones comunes.

-Quedó allá, dándole de comer a su mujer, limpiándola y hablándole. No ha obtenido una sola palabra.

No hay normalidad en la vida, hay instantes, de felicidad, de amor, de penas profundas y de cosas violentas. Tan solo una sucesión de instantes.

Antes de dormir, Micaela pensaba en todo eso. Luchó por mantenerse despierta hasta que no aguantó más. Tenía miedo de soñar.

La lluvia seguía cayendo. Como si alguien, desde arriba, quisiera limpiar todo aquello.

Al otro día los despertaron los cantos. Unos cantos melancólicos, plañideros, en una lengua desconocida, como los que Micaela había escuchado en su experiencias.

Gonzalo sabía lo que sucedía, era el ritual de alimentación de la huaca. Y ellos estaban invitados.

La ceremonia se realizaba en el corral, era el momento de exaltación y de honra de los hijos de Tupán, le explicaba Gonzalo a Micaela mientras descendían. La muchacha lo escuchaba sin decir palabra. Mantenía la misma expresión hosca del día anterior.

No llovía, pero el barrial era espeso, insoportable.

Llegaron.

Todo el pueblo estaba presente, y muy pocos se fijaron en Micaela y Gonzalo. La multitud apretada, era un espectáculo multicolor de ponchos de lana y gorros andinos.

Gonzalo y Micaela se mantuvieron en un andén superior desde donde podían divisar mejor la ceremonia.

La gente del pueblo rodeaba el corral, muchos se encontraban adentro y muchos se mantenían arriba, mirando atentamente y cantando. En el centro del corral estaban Gabriela y Andrés. A un lado, abrazando a su mujer, estaba Roberto, hablándole continuamente al oído, mimándola, mientras ella continuaba mirando al infinito y sonriendo, sin escuchar, perdida en un mundo extraño, y tal vez feliz.

La gente se apartó y los niños salieron de adentro de la casa central, caminaban a tropezones, riendo o gimiendo, con su permanente expresión de ausencia. Los ayudaban varias mujeres. Los colocaron alrededor de Gabriela, luchando continuamente por mantenerlos sentados.

Gabriela sostenía un bulto de lana entre sus manos. Con lentitud y ceremonia lo abrió y lo mostró a la gente. Era la huaca. Todos cesaron los cantos. Gabriela levantó la piedra y giró mostrándola a las cumbres que los rodeaban.

-¡Tupán!- gritó con voz fuerte. Y todo el pueblo le hizo eco con un profundo rugido. Las montañas temblaron con el eco.

Gonzalo miró hacia arriba al tiempo que decía en voz baja:

-Como todos los pueblos andinos, terminaron asimilando sus dioses a las montañas.

-¡Tupán!- volvió a gritar la mujer.

Y las voces del pueblo volvieron a rugir.

Micaela no supo si lo que ocurría era algo real o imaginario, pero sentía que la tierra temblaba bajo sus pies. Miró a Gonzalo interrogante. Gonzalo miraba hacia las cumbres, le tomó la mano y la apretó, parecía cada vez más preocupado.

Un nuevo temblor y la gente gritó, contenta, Tupán estaba respondiendo. Gabriela sonreía. Desde abajo lanzó una mirada de triunfo hacia Micaela. La joven permaneció impassible.

Gabriela ahora señalaba hacia los niños. Una pequeña de unos doce años fue apartada de los demás y llevada a su lado. La niña sonreía estúpidamente y se babeaba abundantemente. La sujetaron, pusieron su manito sobre la huaca y Gabriela sacó de entre sus ropas un cuchillo de piedra.

-¡No, no puede ser...!- dijo Micaela en un susurro mientras Gonzalo la abrazaba.

Gabriela cortó una falange al tiempo que la pobre niña lanzaba un alarido de dolor. La sangre se derramó sobre la piedra. Los otros niños se agitaron y comenzaron a gritar enloquecidos al sentir el grito. El dolor y el sufrimiento de uno de ellos era lo único que sus pobres mentes estaban procesando. Fueron contenidos por las mujeres.

Micaela, todavía sin salir de su horror, miró las manos de los demás niños: a muchos de ellos les faltaban las falanges de los dedos.

-¡Hija de puta!- fue lo que atinó decir- ¡está loca, completamente loca!

-¡No lo puedo creer!- musitó Gonzalo con furia contenida.

Gabriela levantó la piedra hacia su pueblo. Aun caían algunas gotas de sangre. Todos gritaban contentos, excitados, con pequeños aullidos, cortos, secos, como los que lanzaban doscientos años atrás cuando festejaban algo o cuando iban a la guerra.

Un violento temblor de tierra hizo caer a unas cuantas personas. El pueblo estaba cada vez más feliz, Tupán se manifestaba.

Gonzalo miró hacia arriba, el temblor crecía en ondas largas y continuas, las montañas parecían oscilar.

-¡Vámonos de acá, rápido!- le dijo a Micaela.

Y tomándola de la mano comenzó a subir por la cuesta de barro mientras las ondas largas del sismo eran cada vez más violentas. Numerosas rocas comenzaron a precipitarse montaña abajo.

La gente se mantenía tranquila, no era el primer sismo que soportaban, y era una respuesta concreta de Tupán, en un momento especial, era el momento en que la huaca comía.

El temblor creció y creció. Gonzalo y Micaela cayeron en el barro, era imposible sostenerse. De pronto cesó.

Micaela suspiró.

-¡Al fin!- dijo.

-¡Vamos, rápido!- contestó Gonzalo poniéndose de pie- Ahora puede venir lo peor.

Micaela no entendió, pero se dio cuenta de que tenía que confiar en él.

Corrieron, corrieron desesperadamente ladera arriba, resbalando, tropezando en el barro. Al fin llegaron al caserío. Gonzalo parecía verdaderamente asustado. Corrió hacia donde estaban las mulas.

-¡Montá, rápido, apurate!

-Pero vamos a ensillar...- dijo Micaela.

-No hay tiempo, montá- y saltó sobre su mula comenzando a trotar rápidamente montaña arriba. Micaela lo imitó y decidió no preguntar más.

Mientras subían y subían Micaela comenzó a comprender. Un desprendimiento de barro descendía veloz a unos metros de ellos.

Llegaron a la zona rocosa y se detuvieron jadeando. Micaela miró hacia el fondo del valle. La gente continuaba en lo suyo, moviéndose como pequeños muñecos, casi trescientos metros por debajo de ellos. De pronto comenzó a escuchar un sonido extraño, era como un rugir grave, potente, lejano. Un sonido que guardaba dentro de sí una nota de enorme peligro. Sintió que la tierra vibraba, no era el temblor del sismo de un momento antes, era una vibración continua, de baja frecuencia e intensidad constante.

Gonzalo le señaló la ladera de enfrente. Micaela miró y vio algo extraño, la montaña parecía descender y ascender al mismo tiempo. Y de pronto entendió, era un aluvión, una enorme masa de barro se había desprendido de alguna superficie arcillosa profunda y se deslizaba sobre la misma a una velocidad creciente, arrastrando árboles, rocas y plantas. Miró las otras montañas y en todas sucedía lo mismo. Y otro tanto ocurría cincuenta metros por debajo de ellos.

La tierra caía, veloz, enorme y despiadada hacia la gente en el fondo del embudo. Micaela vio como todos quedaban quietos y miraban hacia arriba, paralizados por el terror. Muchos empezaron a correr, despavoridos. Los que estaban en el fondo del barranco se precipitaron a las escaleras, lucharon por trepar, se amontonaron, se golpearon hasta que las escaleras cayeron. Los gritos comenzaron a escucharse cuando el aluvión de barro llegaba al barranco y comenzaba a caer hacia adentro. Ahora la gente atrapada allí abajo se desplazaba de un lado a otro, enloquecida, la parte delantera del aluvión caía casi líquida y el barro les llegaba hasta las rodillas. Intentaron levantar, una vez más, las escaleras, pero pronto las perdieron bajo la masa de barro. Micaela observaba con profundo dolor cómo todos comenzaban a levantar a los niños en brazos. Encima del barranco, los que no habían bajado, luchaban infructuosamente contra el torrente de barro, se agarraban desesperadamente a los arbustos, trataban de trepar a algún árbol, pero era inútil. Pronto se desprendía el pedazo de tierra debajo de ellos y comenzaba a descender.

Gonzalo buscó entre la multitud y vio a Andrés, con el barro encima de su cintura y con una niña en brazos. Vio a Roberto que abrazaba con fuerza a su esposa mientras ella no dejaba de sonreír.

Cuando el barro estaba a punto de cubrirlos a todos Micaela localizó a su madre, estaba muy quieta, con un niño en sus brazos y mirando fijamente hacia arriba. Micaela estaba segura de que la estaba mirando a ella, y que le hablaba. “Estaré en tu sueño”, escuchó Micaela y trató de cerrar su mente.

Cuando el barro llegó a su mentón, Gabriela levantó al niño lo más alto que pudo. Varios la imitaron.

Y esa fue la escena que quedó grabada en las mentes de Micaela y de Gonzalo por siempre, la de un mar de barro del cual salían los brazos del pueblo charrúa sosteniendo a sus últimos descendientes sagrados: unos cuantos niños idiotas que continuaron riendo y llorando, hasta que el barro y el silencio taparon todo por completo.

Micaela cubrió su rostro con las manos.

-Vamos- dijo Gonzalo tirando de la rienda de su mula- vámonos de acá.

Recién al subir al avión, en el aeropuerto de Mendoza, comenzaron a recuperarse. La vista de la gente común, los ruidos y colores familiares, el contacto con la tecnología, los hicieron reaccionar y sentirse mejor.

El viaje de vuelta había sido terrible. El camino por el túnel, la vuelta descendiendo el río, con lluvia, sin nada para comer, los había agotado física y moralmente. Casi no hablaron durante el trayecto, tanto para reservar sus energías como para evitar recordar el horror de lo vivido. La noche en la cueva había sido una agonía. Con un frío insoportable por el ayuno y por la mojadura, solo pudieron tomar un poco de agua caliente e intentar reanimarse con un gran fuego. Después, durmieron muy pegados, con temblores que los recorrían permanentemente. Cuando llegaron al hotel, Micaela estaba al borde del desmayo. Comieron, durmieron y partieron lo más rápido posible hacia Mendoza.

Ahora el avión aceleraba al máximo sus turbinas y decolaba con suavidad. Volvían a lo conocido, a la civilización, al presente.

Ya en Montevideo, Micaela quiso pasar unos días antes de volver a El Estero. Necesitaba vestirse, maquillarse, salir a comprar ropa, mirar vidrieras, ir a un cine o a un boliche. Necesitaba ver gente como ella, hablarles, escucharles.

Y necesitaba seguridad, contención, cariño, amor de hombre. Tres días después de llegar a Montevideo buscó a Gonzalo durante la madrugada. Él no había intentado nada, se había limitado a apoyarla y a acompañarla, a ser su sostén y referencia en su búsqueda de rutina y normalidad. Y por ello, Micaela sintió un profundo agradecimiento, una sensación de tranquilidad y de seguridad crecientes, que pronto despertó el amor que había perdido, buscando una identidad imposible en un pasado de alucinaciones y delirio, y en un presente condenado a desaparecer en un valle perdido de Los Andes.

Un día ella, sin preámbulo alguno, le dijo:

-Tengo miedo, tengo miedo de soñar cada vez que me duermo. Tengo miedo de que Gabriela aparezca en mi sueño.

Gonzalo suspiró pasándose la mano por la cabeza.

-Desgraciadamente no puedo ayudarte.

Ella lo miró con una mezcla de tristeza y miedo en su expresión.

-Pero sé quien puede hacerlo- le dijo Gonzalo.

Micaela escuchó en tensión.

-Sepé. Él es el único que sabe y controla todo este proceso. A veces pienso que es él quien lo produce.

-Eso significa que debemos volver a El Estero y tal vez a alguna experiencia mental. No, no quiero eso otra vez, no lo quiero.

-Tenés que confiar en mí, Micaela. En algún momento teníamos que volver.

-No veo por qué...- respondió desviando la mirada y restregándose las manos, con evidentes muestras de temor.

-Yo sí lo veo- respondió con firmeza Gonzalo tomándole la mano en señal de confianza y protección- tenés que sacarte el miedo.

Micaela se dio cuenta de que aquello no terminaba. Y que no tenía otra alternativa que confiar en la única persona que se había mantenido firme, confiable y predecible a lo largo de todo lo que habían vivido. Precisamente, en el hombre que amaba.

Sepé escuchó atentamente mientras Gonzalo contaba todo lo sucedido. Solo había levantado las cejas una o dos veces en las partes más dramáticas del relato. Movié la cabeza con pesar al escuchar la muerte de Andrés.

Cuando Gonzalo terminó, Sepé miró a Mica y le preguntó:

-¿Y tu madre?

Micaela le contó la conversación que había mantenido con Gabriela y lo que había sentido en su mente cuando ella desaparecía en el barro.

Sepé asentía con la cabeza y Gonzalo la miraba asombrado. No sabía nada de todo lo que había sucedido entre las dos mujeres y tenía grandes dudas acerca de cómo se sentiría Micaela respecto a su madre.

-Entonces vos tenés miedo de que ella se te aparezca. De soñar con ella y que se meta en tu vida.

Micaela asintió en silencio.

-Y sí, es muy posible- dijo Sepé

-¿Y cómo puedo evitarlo?

-Hay que terminar lo que se empezó, m'hija. Hay que terminarlo, tragarlo y aguantarlo. Y así, cuando no quede deuda o cosa pendiente, vos vas a ser fuerte y vas a poder rechazar cualquier cosa que no quieras. O no rechazarlo, si vos no querés. Pero va a ser tu voluntad la que lo diga. No la de la brujita esa. Vos sos tan fuerte como ella. Pero tenés que terminar lo que se empezó.

-¿Y cómo hago para terminarlo?

-Hay un *gualichu* muy grande, muy fuerte, que dice que vos tenés que encontrar algo para que la machi vuelva. Si cumplís con eso el *gualichu* se termina. Y vos sos dueña de tu historia.

-Pero la machi..., ¿quién es la machi?- preguntó Gonzalo- yo pensé que era Gabriela, o ella, o las dos.

Sepé se encogió de hombros.

-Hay que terminar- fue lo único que dijo.

-Ya sé lo que voy a encontrar- dijo Micaela escéptica- el bolso de Silumé, lleno de adornos y ropas de la vieja, junto a armas, abalorios y chucherías que juntó El Tape. Y sé donde está, recuerdo el paraje. Es la Cueva de las Víboras, en la isla de ombúes.

Sepé sonrió enigmáticamente.

Esa tarde, poco antes de caer el sol, cabalgaban hacia la isla de ombúes al pie del cerro. La cabalgata le dio tiempo a Micaela para volver a pensar acerca de El Estero. Al ver la belleza de lo que la rodeaba se dio cuenta de que ése era su campo, su lugar en el mundo. Y valía la pena cualquier esfuerzo por obtenerlo. Y más, si con ello podía exorcizar aquel nudo de la historia que alguien, en algún tiempo, había atado con tanta fuerza. Micaela sentía claramente cómo una parte de su mente, una parte de sí misma, continuaba atada a todo aquello. Sí, Sepé tenía razón. Solamente continuando hasta el final se podía terminar con ese infierno.

Ya llegaban a la isla de ombúes y se internaban en el monte. Todo parecía más sombrío, más silencioso, como si la naturaleza se vistiera con las emociones de los humanos.

Llegaron a las chilcas que ocultaban parcialmente la entrada de la cueva.

Se detuvieron y se miraron.

-Tiene que entrar ella sola- dijo Sepé- No te preocupes m'hija, tenés fuerza suficiente para controlar todo.

Micaela asintió en silencio, cada vez más nerviosa. Miró a Gonzalo. Él le sonrió dándole ánimo. Ella intentó sonreír pero no pudo, se dirigió a la entrada y al pasar, apretó la mano de Gonzalo buscando fuerza.

Micaela entró.

La entrada era angosta, un poco más alta que la cabeza de Micaela, y corría en forma un tanto inclinada. Un poco más adelante se abría en un espacio casi circular, de unos dos

metros de diámetro, bajo y húmedo. La escasa luz del sol permitía ver unas piedras de mediano tamaño apiladas en el fondo. Micaela ya se sentía mejor, por lo menos no era un espacio grande del cual no viera sus límites provocando sensación de indefensión. Acá veía todo y sabía lo que había.

Dio un paso adelante y quedó paralizada. Ese sonido podía ser reconocido por cualquiera, era el sonido de la muerte. Y parecía inundar toda la cueva. Sin moverse, Micaela miró hacia abajo. Dos víboras de cascabel se arrollaban y desenrollaban sinuosamente muy cerca de sus pies. Una de ellas levantó la cabeza y palpó el aire con rápidos movimientos de su lengua. El sonido de los cascabeles aumentó.

Micaela sintió que sus piernas temblaban y que el sudor perlaba su frente. Las víboras comenzaron a moverse, fueron y vinieron, se arrollaron y se desplegaron, una de ellas pasó casi rozando sus pies. Y se pasaron hacia atrás de ella. La muchacha giró la cabeza muy despacio, sin mover el cuerpo, y vio que las víboras se dirigían hacia la entrada y salían al exterior. Revisó cuidadosamente todo el piso, no había nada.

Con mucha precaución, comenzó a apartar las piedras en el fondo de la cueva. Allí estaba el bolso de Silumé. Un bolso de cuero crudo, grande y cilíndrico, de un metro de altura por unos cincuenta centímetros de diámetro, manchado por el tiempo y por las huellas de vidas perdidas. La parte superior estaba abierta. Micaela lo tocó con el pie y se apartó. Otra vez el sonido de los cascabeles anunciaron la salida de una víbora pequeña que estaba dentro del bolso. La dejó pasar y la víbora se fue.

“Guidaí...”, pensó Micaela.

Ahora, más tranquila, tomó el bolso, y lentamente, con mucha precaución, volcó el contenido en el piso. Tal como pensaba. Un cuchillo de piedra, un tembetá, dos collares de valvas, puntas de flecha, una punta de lanza, los restos de lo que fue un tocado de plumas, una vincha, varias puntas de guampa que bien podrían ser espuelas, un trozo de cuero mal curtido de utilidad desconocida, pedacitos de piedra y madera y un montón de polvo. Un tesoro para algún arqueólogo y nada interesante para ella. Pero quedaba más en el fondo, algo grande.

Micaela abrió la boca del bolso y miró hacia adentro para asegurarse que no había más víboras. La inundó el olor a cosa vieja..., y una enorme bocanada de tristeza, de profunda amargura la cubrió. Micaela se dio cuenta que era eso lo que había sentido Guidaí antes de salir de la cueva. Se arrodilló, sus hombros cayeron. Apenas en un instante, Micaela había caído en una profunda depresión.

Comenzó a llorar silenciosamente mientras sacaba aquello del fondo del bolso.

Era un envoltorio de cuero de forma oblonga, de unos sesenta centímetros por cuarenta, atado con tientos. Casi sin fuerzas lo desató.

Cuando terminó Micaela había perdido por completo su fuerza interior. Lo único que podía hacer, era permanecer muy quieta, abatida, mientras sentía cómo entraba dentro de sí toda la historia y todo el profundo dolor de la raza charrúa y de sus ancestros.

A través de las lágrimas pudo ver que los ojos de aquel horrible muñeco brillaban y su monstruosa boca se movía, mientras los gritos de dolor y la sensación de muerte golpeaban en su mente.

Micaela no aguantó más. Casi instintivamente, sin darse cuenta de sus movimientos, hizo lo único que sus antepasados podían hacer en momentos en que sufrían de un profundo e inaguantable dolor.

Gonzalo estaba nervioso, muy nervioso. Cuando vio salir a las víboras quiso entrar, pero Sepé lo detuvo apoyando su mano en el brazo del hombre, mirándolo y negando despacio

con la cabeza. Cuando escuchó los sollozos de Micaela, Gonzalo sintió que su corazón se estrujaba. Y cuando el grito de dolor partió del fondo de la cueva no aguantó más. Miró a Sepé con los ojos desorbitados. El viejo asintió con la cabeza y Gonzalo se precipitó hacia adentro.

Micaela estaba de rodillas, arrollada sobre sí misma y sollozando. Frente a ella había algo extraño, era un muñeco, oscuro y con rastros de ocre que lo cruzaban. Tenía pelo muy largo, seguramente pelo natural muy viejo, apretado con una vincha de cuero, pegoteado por las innumerables veces en que cayó sangre sobre la momia para alimentarla y cayendo en jirones por su cara. Por detrás podían verse unos ojos hechos con cuentas y una boca de arcilla, larga y de labios finos. La cara era negra con algunas manchas pardas. No tenía extremidades, la armazón la constituían unos huesos largos, atados con tientos de cuero, entre los que Gonzalo reconoció un fémur y dos tibias. El tronco era rectangular y estaba cubierto de cuero. Estaba adornado con unos colgantes de valva y cerámica. Su aspecto general era chocante, aterrador. De alguna manera, aquello parecía vivo.

“Una momia chinchorro”, pensó Gonzalo que no salía de su asombro, “¡una momia andina, acá!”

Miró a Micaela que lloraba agarrándose la mano.

-Es la mujer del tiempo, es la machi- dijo Micaela casi sin poder hablar- y me contó toda la historia y todo el sufrimiento están dentro de mi. Pero terminó, todo terminó.

Gonzalo observó con horror, cómo la muchacha apretaba su mano de la cual caía lentamente un grueso hilo de sangre. La falange del dedo de Micaela estaba en el suelo, junto al cuchillo de piedra de Cuelén.

Horas más tarde, Micaela, con su mano izquierda vendada, se abrazaba de Gonzalo mientras estaban sentados bajo el alero escuchando los ruidos de la noche de El Estero. Estaba tranquila, todo había terminado y la muchacha disfrutaba del abrazo de su hombre.

-Sepé siempre supo todo, ¿verdad?

-Si, él hace que las cosas pasen- respondió Gonzalo pensando en muchas de las cosas que habían sucedido. Pero había que terminar con todo eso- Y no pienses más, Micaela, tenemos toda la vida y todo el tiempo del mundo.

-Sí- respondió ella con un profundo suspiro de alivio- tenemos toda la vida para nosotros.

Muy atrás, y muy dentro de ella, quedaba una historia terrible, una historia que muchos no conocen, una historia de dolor.

Sepé, acompañado de su perro negro, cabalgaba lentamente por la sierra. No tenía rumbo cierto, se dejaba llevar por los pensamientos, por los instintos y, a veces, por la voz de aquella mujer que insistía y gritaba.

Sepé se rió.

-¡Callate, vieja, callate que yo sé muy bien cómo tratarte! Yo no soy como esas pobres mujeres a las que tanto hiciste sufrir. ¡Y si seguís gritando no te doy de comer, no vas a ver una gota de sangre! – finalizó, y la momia de Cuelén hizo silencio adentro del bolso que colgaba a su espalda.

Sepé iba a seguir buscando gente que sueña. La mujer del tiempo intentó decir algo desde adentro del bolso. Pero Sepé la interrumpió.

-¡Y no tienen por qué estar viviendo como indios antiguos!- dijo en voz alta y con enojo.

Y la vieja se calló. Desde su eternidad, sintió que un nuevo tiempo comenzaba para todos. Y ella también dejó de sufrir.



FIN